

Bernard Cornwell

El ladrón de la horca



Lectulandia

A su regreso de la batalla de Waterloo, el soldado Rider Sandman, acepta recabar pruebas que demuestren la culpabilidad del pintor Charles Corday en la muerte de una joven aristócrata. Todo está a punto para ejecutarle, pero en su investigación Sandman descubre la inocencia del pintor y tiene muy poco tiempo para intentar demostrarla.

Una rigurosa novela histórica de gran intensidad, situada en el Londres de principios del siglo XIX, que mantiene al lector en permanente tensión y, que además ofrece una ajustada imagen de los ambientes judiciales y penitenciarios londinenses así como todo el bullicio y la agitación del variopinto Londres de la época.

Lectulandia

Bernard Cornwell

El ladrón de la horca

ePub r1.0

Glokta 23.11.13

Título original: *Gallows Thief*
Bernard Cornwell, 2001
Traducción: Pere Muñoz Avellaneda
Retoque de portada: Talizorah

Editor digital: Glokta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Antonia y Jef

Prologo

Sir Henry Forrest, banquero y regidor de la ciudad de Londres, casi sintió náuseas al entrar en Press Yard^[1] debido al terrible olor, peor que el hedor de los desagües de las cloacas donde Fleet Ditch desembocaba en el Támesis. Era una pestilencia digna de los pozos más negros del infierno, una fetidez inmundada que dejaba a uno sin aliento y que hizo que sir Henry diese un paso involuntario hacia atrás, se pusiese un pañuelo en la nariz y aguantase la respiración temiendo estar a punto de vomitar.

El guía de sir Henry se rió entre dientes.

—Yo ya no noto el olor, señor —comentó—, pero supongo que es mortalmente malo a su manera, mortalmente malo. Cuidado con los escalones, señor, tenga cuidado.

Sir Henry retiró el pañuelo cautelosamente y se obligó a hablar.

—¿Por qué llaman a esto «Press Yard»?

—Aquí es donde antaño, señor, los reclusos eran presionados. Eran aplastados, señor. Apedreados, señor, para persuadirles de que dijeran la verdad. Nosotros ya no lo hacemos, señor, una lástima, y como consecuencia ellos mienten como bellacos, señor, como bellacos. —El guía, uno de los carceleros de la prisión, era un hombre gordo con pantalones de cuero, una chaqueta manchada y una robusta porra. Se rió—. Aquí no hay ningún hombre o mujer culpables, señor; ¡no si usted les pregunta!

Sir Henry intentó mantener una respiración superficial para no tener que inhalar el nocivo miasma de inmundicia, sudor y putrefacción.

—¿Hay retretes aquí? —preguntó.

—Muy renovados, sir Henry, muy renovados. Hay desagües apropiados en Newgate, señor. Les mimamos demasiado, sí que lo hacemos, pero ellos son animales repugnantes, señor, repugnantes. Ensucian su propio nido, señor, eso es lo que hacen, ensucian su propio nido. —El carcelero echó el cerrojo a la verja por la que habían entrado al patio—. Los condenados gozan de la libertad de Press Yard, señor, durante la luz del día —dijo—, excepto en grandes ocasiones como hoy —sonrió abiertamente, para que sir Henry advirtiera que era una broma—. Deben esperar hasta que hayamos acabado, señor. Si usted gira a la izquierda, podrá reunirse con el señor Brown y los demás caballeros en la Sala de Reuniones.

—¿La Sala de Reuniones? —preguntó sir Henry.

—Donde se reúnen los condenados, señor, durante las horas del día, señor —explicó el carcelero—, excepto en grandes ocasiones como hoy, señor; esas ventanas a su izquierda, señor, son las cajas de sal.

Sir Henry vio al final del patio, que era muy largo y estrecho, quince ventanas con barrotes. Eran pequeñas, sombrías y estaban distribuidas en tres pisos, y a las celdas situadas detrás de esas ventanas las llamaban «las cajas de sal». No tenía ni idea de

por qué las llamaban así, y prefirió no preguntar por si animaba más el grosero humor del carcelero, pero sir Henry sabía que las quince cajas de sal también eran conocidas como las salas de espera del diablo y las antesalas del infierno. Eran las peores celdas de Newgate. Un reo, cuyos ojos eran un mero destello tras los barrotes, se quedó mirando fijamente a sir Henry, quien apartó la vista mientras el carcelero arrastraba la pesada puerta de la Sala de Reuniones.

—Muy agradecido, sir Henry, muy agradecido, por supuesto.

El carcelero saludó militarmente cuando sir Henry le ofreció un chelín en agradecimiento por su orientación a través de los laberínticos pasillos de la prisión.

Sir Henry entró en la Sala de Reuniones, donde fue recibido por el alcaide, William Brown, un hombre lúgubre con cabeza calva y mandíbula prominente. Un sacerdote robusto con una peluca anticuada, sotana, una sobrepelliz manchada y bandas de Ginebra sonreía empalagosamente al lado del alcaide.

—Permítame que le presente al ordinario, nuestro capellán —dijo el alcaide—, el reverendo doctor Horace Cotton. Sir Henry Forrest.

Sir Henry se quitó el sombrero.

—Para servirlo, doctor Cotton.

—A sus órdenes, sir Henry —respondió enfáticamente el doctor Cotton, después de dedicarle una larga reverencia.

La anticuada peluca del ordinario constaba de tres grandes ondas de vellón blanco que enmarcaban su pálida cara. Tenía un forúnculo supurante en la mejilla izquierda y, como remedio contra el olor de la prisión, llevaba un ramillete de flores atado alrededor del cuello, justo encima de las bandas de Ginebra.

—Sir Henry —confió el alcaide al capellán de la prisión— está aquí por un asunto oficial.

—¡Ah! —Los ojos del doctor Cotton se abrieron aún más, pensando que sir Henry había acudido por una extraña afición—. ¿Y es ésta su primera visita?

—Así es —admitió sir Henry.

—Estoy convencido de que lo encontrará edificante, sir Henry —dijo el sacerdote.

—¡Edificante! —La elección de la palabra sorprendió a sir Henry, que la consideró fuera de lugar.

—Hemos ganado almas para Cristo con esta experiencia —afirmó el doctor Cotton severamente—, para Cristo, ¡ya lo creo! —Sonrió y se inclinó servilmente mientras el alcaide conducía a sir Henry junto con los otros seis invitados que habían llegado para el desayuno tradicional de Newgate.

El último de los invitados se llamaba Matthew Logan y no necesitaba presentación, pues sir Henry y él eran viejos amigos, y como los dos eran regidores de la ciudad, eran considerados visitantes muy distinguidos aquella mañana, ya que la

Comisión de Regidores era la que en realidad dirigía la prisión de Newgate. El alcaide y el ordinario, cuyos sueldos eran fijados por los regidores, insistían en que los dos hombres tomaran café, pero ambos rehusaron la invitación. Logan cogió a sir Henry del brazo para llevárselo hasta la chimenea, donde pudiesen hablar en privado al lado de las brasas ardientes y las cenizas humeantes.

—¿Seguro que quiere ver todo esto? —preguntó Logan a su amigo con preocupación—. Tiene usted muy mal aspecto.

Sir Henry era un hombre apuesto, alto, delgado y ancho de espaldas, y con una expresión perspicaz y severa. Era banquero, rico y con éxito. Su cabello, canoso prematuramente, pues sólo habían pasado unos días desde su quincuagésimo cumpleaños, le daba una apariencia distinguida, aunque en aquel momento, de pie ante la chimenea de los presos en la Sala de Reuniones, parecía viejo, frágil, escuálido y enfermizo.

—Aún es muy de mañana, Logan —explicó—, y nunca estoy en mi mejor momento tan temprano.

—Claro —asintió Logan, aparentando creer la explicación de su amigo—, pero esto no es una experiencia para cualquiera, aunque debo decir que el desayuno de después es muy bueno. Riñones picantes. Ésta es probablemente mi décima o undécima visita, y el desayuno no me ha decepcionado todavía. ¿Cómo está lady Forrest?

—Florence está bien, gracias por su interés.

—¿Y su hija?

—Sin duda, Eleanor sobrevivirá a sus problemas —dijo sir Henry secamente—. Todavía no se ha demostrado que un corazón roto sea fatal.

—¿Excepto en los poetas, quizá?

—Malditos poetas, Logan —añadió sir Henry con una sonrisa. Colocó las manos frente a los restos de un fuego que esperaba ser atizado y devuelto a la vida. Los presos habían dejado sus ollas y calderos llenos hasta el borde y un montón de peladuras de patata ennegrecida se rizaba en las cenizas—. Pobre Eleanor... Si dependiera de mí, Logan, le permitiría casarse, pero Florence no quiere ni oír hablar del tema, y supongo que tiene razón.

—Las madres normalmente saben lo que es mejor en estos casos —comentó Logan sin darle importancia.

Entonces el murmullo de la sala se fue apagando a medida que los invitados se volvían hacia una puerta con barrotes que se había abierto con un súbito y violento chirrido. Durante un instante no entró nadie y parecía que todos los invitados contenían la respiración, pero entonces, después de una audible boqueada, apareció un hombre con una enorme bolsa de cuero caminando pesadamente. No había nada en su aspecto que explicase la boqueada. Era corpulento, de cara colorada y llevaba

unas polainas marrones, pantalones negros y una chaqueta negra demasiado ajustada por encima de su protuberante barriga. Se quitó respetuosamente su gastado sombrero marrón cuando vio el señorío expectante, pero no les dedicó ningún saludo y nadie en la Sala de Reuniones respondió a su llegada.

—Ese —le comentó Logan a sir Henry en voz baja— es el señor James Botting, más conocido familiarmente como Jemmy.

—¿El peticionario? —preguntó sir Henry entre dientes.

—El mismo.

Sir Henry reprimió un escalofrío y se recordó a sí mismo que los hombres no deberían ser juzgados por su apariencia, aunque era difícil tener buen concepto de un ser tan horrible como James Botting, cuyo pedazo de carne cruda por cara estaba desfigurada por verrugas, quistes y cicatrices. Su calva estaba rodeada por un mechón de pelo castaño lacio que caía por encima de su cuello raído y, cuando hacía muecas, cosa que repetía cada pocos segundos como un tic nervioso, mostraba unos dientes amarillos y unas encías de aspecto marchito. Tenía las manos grandes, que apartaron un banco de una mesa sobre la cual dejó caer su saco de cuero. Lo desabrochó y, consciente de ser observado por los silenciosos visitantes, extrajo ocho rollos de cuerda blanca delgada. Colocó los rollos sobre la mesa y los ordenó nerviosamente de manera que quedasen bien separados unos de otros. Luego, y con el aire de un prestidigitador, extrajo cuatro sacos blancos de algodón, cada uno de un metro cuadrado aproximadamente, que puso al lado de las cuerdas enrolladas, y por último, después de mirar para asegurarse de que todavía estaba siendo observado, sacó cuatro pesadas sogas hechas de cáñamo de tres cabos. Cada sogá, de unos tres metros y medio de largo, tenía un dogal en un extremo y un ojo ajustado en el otro. James Botting puso las sogas sobre la mesa y entonces dio un paso atrás.

—¡Buenos días, caballeros! —exclamó rápidamente.

—¡Oh, Botting! —respondió William Brown, el alcaide, en un tono como si acabase de darse cuenta de su presencia—. Buen día tenga usted.

—Y uno bueno es, señor —señaló Botting—. Temía que lloviese, debido a mis dolores de codo, pero no hay ni una nube a la vista, señor. ¿Sólo hay cuatro clientes hoy, señor?

—Sólo cuatro, Botting.

—Han atraído a una buena muchedumbre, señor, ya lo creo, a una buena muchedumbre.

—Bien, muy bien —comentó vagamente el alcaide, y volvió a su conversación con uno de los invitados al desayuno.

Sir Henry se giró hacia su amigo Logan.

—¿Sabe Botting por qué estamos aquí?

—Espero que no. —Logan, banquero como sir Henry, gesticuló—. Podría hacer

una chapuza si lo supiera.

—¿Hacer una chapuza?

—¿Qué mejor manera de demostrar que necesita un ayudante? —aclaró Logan con una sonrisa.

—Recuérdeme cuánto le pagamos.

—Diez chelines y seis peniques por semana, pero hay incentivos. La mano milagrosa para uno, y también la ropa y las sogas.

—¿Incentivos? —Sir Henry estaba desconcertado.

Logan sonrió.

—Nosotros contemplaremos el proceso hasta cierto punto, sir Henry, pero después nos retiraremos para degustar riñones picantes. En cuanto nos hayamos ido, el señor Botting invitará a la gente a subir al patíbulo para poder tocar la mano del muerto. Se supone que cura las verrugas, y creo que cobra un chelín y seis peniques por cada tratamiento. ¿Y qué pasa con la ropa de los presos y las sogas asesinas? La ropa la ofrece a la señora Tussaud si la quiere, y si no, la vende como recuerdo, y la soga se corta en fragmentos que normalmente se ofertan por las calles. Créame, el señor Botting no padece ninguna penuria. Yo he pensado a menudo que deberíamos ofrecer el trabajo de verdugo al mejor postor, en lugar de pagarle un sueldo al desgraciado.

Sir Henry se volvió para mirar la cara desfigurada de Botting.

—Sin embargo, la mano milagrosa no parece funcionar con el verdugo, ¿verdad?

—No es muy agradable de ver, ¿eh? —Logan estaba de acuerdo y sonrió. Entonces levantó la mano—. ¿Lo ha oído?

Sir Henry pudo escuchar un resonante ruido metálico. La sala se había quedado callada de nuevo y él sentía una especie de gélido terror. Se despreciaba a sí mismo por la lascivia que lo había persuadido a acudir a semejante desayuno. Entonces se estremeció mientras la puerta de Press Yard se abría.

Otro carcelero entró en la sala. Saludó militarmente al alcaide y se quedó de pie al lado de una pequeña tabla tirada en el suelo. El carcelero sostenía un pesado martillo y sir Henry se preguntó para qué serviría, pero no quiso averiguarlo; entonces los invitados más próximos a la puerta se quitaron el sombrero porque el sheriff y su ayudante habían aparecido en la entrada y estaban haciendo pasar a los presos a la Sala de Reuniones. Había cuatro, tres hombres y una joven. Esta última era poco más que una muchacha y tenía una cara pálida y asustada.

Uno de los sirvientes del alcaide apareció al lado de Matthew Logan y sir Henry.

—¿Brandy, señor?

—Gracias —respondió Logan y cogió dos tazas. Le ofreció una a sir Henry—. Es brandy malo —le susurró—, pero una buena precaución. Asienta el estómago, ¿eh?

De repente, la campana de la prisión empezó a sonar. La muchacha se puso a

temblar; entonces el carcelero que sostenía el martillo le ordenó que colocara un pie sobre el yunque de madera para que sus grilletes pudieran ser abiertos. Sir Henry, que había dejado de notar el hedor de la prisión hacía rato, bebió a sorbos el brandy y temió que lo fuera a vomitar. Se sentía la cabeza ligera, como si soñara. El carcelero martilleó los remaches del primer grillete y sir Henry vio que el tobillo de la muchacha estaba lleno de llagas.

—El otro pie, muchacha —ordenó el carcelero.

La campana seguía sonando y ya no se detendría hasta que los cuatro individuos fuesen ejecutados. Sir Henry era consciente de que le temblaba la mano.

—He oído que en Norwich el trigo se estaba vendiendo a sesenta y tres chelines el cuarto en Norwich la semana pasada —comentó, en voz demasiado alta.

Logan estaba mirando fijamente a la temblorosa muchacha.

—Robó el collar de su señora.

—¿Ah, sí?

—De perlas. Lo debe de haber vendido, porque no se ha encontrado. El tipo alto que tiene al lado es un bandolero. Lástima que no sea Hood, ¿eh? Sin embargo, algún día presenciaremos el balanceo de Hood. Los otros dos asesinaron a un tendero en Southwark. Sesenta y tres chelines el cuarto, ¿eh? Es un milagro que así alguien pueda comer.

La muchacha, con movimientos torpes debido a la falta de costumbre de caminar sin los grilletes, se apartó del yunque improvisado arrastrando los pies. Empezó a llorar y sir Henry le volvió la espalda.

—¿Riñones picantes, dice?

—El alcaide siempre sirve riñones picantes en los días de ejecución —respondió Logan—, es una tradición.

El martillo golpeaba los grilletes del bandolero, la campana sonaba y James Botting espetó a la joven que se acercara a él.

—Estate quieta, muchacha —le ordenó—, bebe eso si quieres. Bébetelo todo —señaló una taza de brandy que había en la mesa, al lado de las sogas cuidadosamente enrolladas. La muchacha derramó un poco porque le temblaban las manos, pero se bebió el resto de un trago y luego dejó caer la jarra de latón, que resonó en la losa. Empezó a disculparse por su torpeza, pero Botting la interrumpió—. Las manos quietas, muchacha —le advirtió—, las manos quietas.

—¡Yo no robé nada! —se lamentó ella.

—Tranquila, hija, tranquila. —El reverendo Cotton se había colocado a su lado y le puso una mano sobre el hombro—. Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, pequeña, y debes confiar tu fe a Él. —Le masajeó el hombro. Ella llevaba un vestido de algodón azul pálido con el escote caído y los dedos del sacerdote apretaron y acariciaron la blanca piel descubierta—. El Señor es una ayuda muy presente en los

malos tiempos —sermoneó el ordinario, mientras sus dedos dejaban marcas rosadas en la piel blanca de la muchacha—, y Él será tu consuelo y tu guía. ¿Te arrepientes de tus viles pecados, pequeña?

—¡Yo no robé nada!

Sir Henry se obligó a hacer respiraciones largas.

—¿Escapó de aquellos créditos brasileños? —le preguntó a Logan.

—Se los revendí a Drummonds —respondió Logan—, por lo que le estoy sumamente agradecido, Henry, sumamente agradecido.

—Es a Eleanor a quien debe agradecérselo —dijo sir Henry—. Vio una noticia en un periódico de París y extrajo las conclusiones correctas. Una muchacha inteligente, mi hija.

—Una lástima lo de su compromiso —se condolió Logan.

Logan miraba a la condenada, la cual lloraba en voz alta mientras Botting le inmovilizaba los codos con un trozo de cuerda. Se los ató a la espalda tan fuerte que la joven respiraba con dificultad. Botting sonrió a su lamento y acto seguido tiró de la cuerda aún más, obligando a la muchacha a apretar sus pechos contra la fina tela de su vestido barato. El reverendo Cotton se inclinó para que notase su aliento en la cara.

—Debes arrepentirte, pequeña, debes arrepentirte.

—¡Yo no lo hice! —Respiraba entre jadeos y las lágrimas le iban cayendo por su rostro desencajado.

—¡Las manos delante, muchacha! —ordenó Botting bruscamente.

Cuando ella alzó sus manos torpemente, el hombre le agarró una muñeca, rodeándola con un segundo trozo de cuerda que dobló entonces sobre su otra muñeca. Sus codos estaban atados a su espalda, sus muñecas delante, y como Botting había unido sus codos tan fuerte, no podría unir sus muñecas con la cuerda, pero sólo estaría satisfecho si las unía.

—Me está haciendo daño —gimió ella.

—¿Botting? —intervino el alcaide.

—La inmovilización no tendría que ser cosa mía —gruñó Botting, pero aflojó un poco la tensión de la cuerda que apretaba los codos de la muchacha y ésta asintió con la cabeza dando las gracias.

—Sería bonita si la arreglaran —comentó Logan.

Sir Henry estaba contando mentalmente las ollas de la chimenea. Todo parecía irreal. «Dios, ayúdame —suplicó para sus adentros—, Dios, ayúdame.»

—¡Jemmy! —El bandolero, ya sin los grilletes, saludó al verdugo con desdén.

—Ven aquí, muchacho. —Botting pasó por alto la confianza—. Bébetelo. Y deja los brazos a los lados.

El bandolero puso una moneda en la mesa, al lado de la taza de brandy.

—Para usted, Jemmy.

—Buen chico —murmuró el verdugo.

La moneda aseguraría que los brazos del bandolero no fueran inmovilizados demasiado fuerte y que su muerte fuera tan rápida como Botting pudiera.

—Eleanor me ha dicho que ya ha superado lo del compromiso —dijo sir Henry, todavía dando la espalda a los presos—, pero yo no la creo. Es muy infeliz. Lo sé. Pero fíjese, a veces me pregunto si es una obstinada.

—¿Obstinada?

—Me parece, Logan, que su atracción hacia Sandman sólo ha aumentado desde que rompieron el compromiso.

—Era un joven muy decente —comentó Logan.

—Es un joven muy decente —recalcó sir Henry.

—Pero escrupuloso en extremo —añadió Logan.

—En extremo, eso es —asintió sir Henry. Estaba mirando fijamente al suelo, intentando no hacer caso de los leves sollozos de la muchacha—. El joven Sandman es un buen hombre, muy buen hombre, pero sin posibilidades ahora. ¡Completamente sin posibilidades! Y Eleanor no puede casarse con un desgraciado.

—Es cierto, no puede hacerlo —asintió Logan.

—De ser por ella, se habría casado —se quejó sir Henry y negó con la cabeza—. Y nada de esto es culpa de Rider Sandman, pero ahora está en la miseria. Sin un céntimo.

Logan frunció el ceño.

—Pero cobra media paga del ejército, ¿no?

Sir Henry negó con la cabeza.

—Vendió su comisión; dio el dinero para la manutención de su madre y su hermana.

—¿Mantiene a su madre? ¿Esa terrible mujer? Pobre Sandman... —Logan se rió en voz baja—. ¿Pero seguro que Eleanor no tiene pretendientes?

—¡Al contrario! —Sir Henry parecía pesimista—. Hacen cola en la calle, Logan, pero Eleanor siempre les encuentra defectos.

—Ella es buena en eso —comentó en voz baja Logan, aunque sin malicia, porque le tenía aprecio a la hija de su amigo, aunque pensaba que estaba demasiado consentida. Ciertamente, Eleanor era inteligente y de gran cultura, pero ésa no era ninguna razón para no hacerla entrar en vereda—. Sin embargo —añadió—, sin duda se casará pronto.

—Sin duda lo hará —declaró sir Henry secamente.

Su hija no sólo era atractiva, sino que también se sabía que sir Henry otorgaría una generosa cantidad a su futuro esposo, por lo cual sir Henry a veces estaba tentado de permitir que se casara con Rider Sandman, pero su madre no quería ni oír hablar del tema. Florence deseaba que Eleanor tuviese un título y Rider Sandman no tenía

ninguno; tampoco tenía ya dinero, y por eso el matrimonio entre el capitán Sandman y la señorita Forrest no se celebraría. Los pensamientos de sir Henry sobre las perspectivas de su hija fueron ahuyentados por un grito de la muchacha condenada, un gemido tan lastimoso que sir Henry se volvió horrorizado para ver que James Botting le había colgado una de las pesadas sogas alrededor del cuello y la muchacha evitaba su tacto como si el cáñamo de Bridport estuviese empapado de ácido.

—Tranquila, querida —murmuró el reverendo Cotton, y entonces abrió su devocionario y se apartó de los cuatro presos, que ya estaban inmovilizados.

—Este nunca ha sido el trabajo del verdugo —se quejó James Botting, antes de que el ordinario pudiese empezar a leer el oficio de difuntos—. ¡Era el mozo de cuerda, el mozo de cuerda quien rompía los grilletes y hacía la inmovilización en el patio, en el patio! ¡Nunca ha sido el trabajo del verdugo hacer la inmovilización!

—Quiere decir que eso lo hacía su ayudante —murmuró Logan.

—Por lo tanto, sabe por qué estamos aquí —comentó sir Henry mientras el sheriff y su ayudante, ambos con largas togas, distintivos oficiales y bastones con punta de plata, y ambos evidentemente satisfechos de que los presos estuviesen correctamente preparados, fueron hacia el alcaide, quien se inclinó ante ellos con formalidad antes de presentarle al sheriff un documento.

—«Yo soy la resurrección y la vida —entonó el reverendo Cotton en voz alta—, y aquél que en mí crea, aunque estuviese muerto, aún vivirá.»

El sheriff echó un vistazo al papel, hizo un gesto de aprobación con la cabeza y se lo metió en un bolsillo de su toga con adornos de piel. Hasta entonces los cuatro presos habían estado al cuidado del alcaide de Newgate, pero desde aquel momento pertenecían al sheriff de la ciudad de Londres, el cual, terminadas las formalidades, se dirigió a sir Henry con una mano extendida y una sonrisa de bienvenida.

—¿Ha venido usted por el desayuno, sir Henry?

—He venido por una cuestión del deber —respondió severamente sir Henry—, pero me alegro de verle, Rothwell.

—Supongo que se quedará al desayuno —comentó el sheriff, mientras el ordinario recitaba las oraciones para el funeral—. Tienen unos riñones picantes muy buenos.

—Puedo tomar un buen desayuno en casa —contestó sir Henry—. No, he venido porque Botting ha solicitado un ayudante y nosotros pensamos, antes de justificar el gasto, que debíamos juzgar por nosotros mismos si es necesario o no. ¿Conoce usted al señor Logan?

—El regidor y yo nos conocemos desde hace tiempo —dijo el sheriff, estrechándole la mano a Logan—. La ventaja de proporcionarle al hombre un ayudante —comentó a sir Henry en voz baja— es que su sustituto ya estará cualificado. Y si hay problema en el patíbulo, bueno, dos hombres son mejor que uno.

Me alegro de verle, sir Henry, y a usted, señor Logan —recobró la compostura y se volvió hacia Botting—. ¿Está usted listo, Botting?

—Totalmente listo, señor, totalmente listo —respondió Botting mientras recogía los cuatro sacos blancos y se los metía en un bolsillo.

—Podemos hablar en el desayuno —le propuso el sheriff a sir Henry—. ¡Riñones picantes! Los he olido cuando venía hacia aquí. —Se sacó un reloj del bolsillito del chaleco y pulsó un botón para abrir la tapa—. Es hora de irnos, creo, hora de irnos.

El sheriff inició la comitiva fuera de la Sala de Reuniones, a través del estrecho pasillo de Press Yard. El reverendo Cotton tenía una mano sobre el cuello de la muchacha, a quien guiaba mientras leía el oficio religioso en voz alta, el mismo oficio que les había entonado en la capilla el día anterior. Los cuatro presos habían estado en el famoso Banco Negro, agrupados alrededor del ataúd de la mesa, y el ordinario les había leído su responso, así como predicado que ellos estaban siendo castigados por sus pecados, porque Dios había decretado que hombres y mujeres debían ser castigados. Les había descrito las llamas que les esperaban en el infierno; incluso les había detallado los diabólicos tormentos que se estaban preparando para ellos, y sus palabras hicieron llorar a la muchacha y a uno de los asesinos. La tribuna de la capilla se había llenado de gente que había pagado un chelín y seis peniques por cabeza para presenciar el último oficio eclesiástico de las cuatro almas condenadas.

Los presos en las celdas que daban a Press Yard gritaban protestas y despedidas mientras pasaba la comitiva. Sir Henry estaba alarmado por el ruido y sorprendido al oír la voz de una mujer profiriendo insultos.

—¿Seguro que los hombres y las mujeres no comparten las celdas? —preguntó.

—Ya no —respondió Logan, y entonces vio dónde estaba mirando su amigo—, y supongo que ésa no es ninguna presa, sino una mujer de la calle, sir Henry. Pagan lo que se llama «dinero malo» a los carceleros para poder venir y ganarse la vida aquí.

—¿Dinero malo? ¡Dios bendito! —sir Henry parecía afligido—. ¿Y nosotros permitimos eso?

—Nosotros miramos hacia otro lado —respondió Logan con voz queda—, entendiendo que es mejor tener rameritas en la prisión que presos amotinándose. —El sheriff había hecho bajar a la comitiva por un tramo de escaleras de piedra hacia un túnel que pasaba bajo la prisión principal y desembocaba en el vestíbulo, y el lúgubre conducto pasaba por una celda vacía con una puerta abierta—. Aquí es donde han pasado su última noche —Logan señaló la celda.

La muchacha condenada estaba tambaleándose y un carcelero la cogió del codo y la apremió.

—«Nada traemos a este mundo —la voz del reverendo Cotton resonaba en las húmedas paredes de granito— y bien es cierto que no podemos llevar nada con nosotros. El Señor otorga y el Señor desposee, bendito sea el nombre del Señor.»

—¡Yo no robé nada! —gritó de repente la muchacha.

—Cállate, chica, cállate —gruñó el alcaide.

Todos los hombres estaban nerviosos. Querían que los presos cooperaran, pero la muchacha estaba al borde de la histeria.

—«Señor, permíteme conocer mi fin —rezó el ordinario— y el número de mis días.»

—¡Por favor! —gimió la muchacha—. ¡No, no! Por favor.

Un segundo carcelero se le acercó por si se desmayaba y tuviera que ser llevada el resto del trayecto, pero ella siguió a trompicones.

—Si forcejean demasiado —le informó Logan a sir Henry—, entonces los atan a una silla y los cuelgan así, aunque confieso que no he visto pasar eso en muchos, muchos años, aunque sí recuerdo que Langley tuvo que hacerlo una vez.

—¿Langley?

—El predecesor de Botting.

—¿Ha presenciado usted esto varias veces? —preguntó sir Henry.

—Unas cuantas —admitió Logan—. ¿Y usted?

—Nunca. Hoy es como una obligación.

Sir Henry miró a los presos subir los escalones al final del túnel y deseó no haber acudido. Él nunca había visto una muerte violenta. Rider Sandman, quien debía haber sido su yerno, había sido testigo de muchas más muertes violentas porque había sido soldado, y sir Henry hubiese preferido que el joven estuviese allí. Siempre le había gustado Sandman. Una pena lo de su familia.

Al final de las escaleras estaba el vestíbulo, una cavernosa cámara de entrada que daba acceso a la calle llamada Old Bailey. La puerta que daba a la calle era Debtor's Door y permanecía abierta, pero no se veía la luz del día porque el patíbulo se había construido justo afuera. El ruido de la muchedumbre era ensordecedor y la campana de la prisión sonaba apagada, pero la de la iglesia del Santo Sepulcro, en el lado opuesto de Newgate Street, también estaba doblando por las muertes inminentes.

—Caballeros. —El sheriff, que en ese momento estaba al cargo de los procedimientos matutinos, se volvió hacia los invitados al desayuno—. Si suben los escalones hacia el patíbulo, caballeros, encontrarán sillas a derecha e izquierda. Simplemente, dejen dos delante para nosotros, si son ustedes tan amables.

Sir Henry, mientras atravesaba el altísimo arco de Debtor's Door, vio delante de él el oscuro y hueco interior del patíbulo y pensó cómo sería estar bajo un entarimado apoyado en vigas de madera. Una tela negra envolvía los tablones de delante y de los laterales, lo que significaba que la única luz provenía de las grietas entre las maderas que formaban la plataforma elevada del cadalso. Unas escaleras de madera subían a la derecha de sir Henry, penetrando entre las sombras antes de girar repentinamente a la izquierda y emerger en un pabellón cubierto que quedaba en la parte trasera del

entaramado. Tanto los escalones como la plataforma parecían muy sólidos, y costaba recordar que el patíbulo tan sólo se montaba el día anterior a una ejecución y era desmantelado inmediatamente después. El pabellón cubierto servía para resguardar a los honorables invitados en caso de inclemencias meteorológicas, pero aquel día el sol de la mañana brillaba en Old Bailey y había suficiente claridad como para hacer que sir Henry pestañeara al girar la curva de las escaleras y aparecer en el pabellón.

Una enorme ovación recibió la llegada de los invitados. A nadie le importaba quiénes eran, pero su aparición presagiaba la llegada de los presos. Old Bailey estaba abarrotada. Todas las ventanas que daban a la calle estaban ocupadas, e incluso había gente en los tejados.

—Diez chelines —dijo Logan.

—¿Diez chelines? —Sir Henry estaba desconcertado de nuevo.

—Por alquilar una ventana —explicó Logan—, a menos que sea el castigo de un crimen famoso; en tal caso el precio sube hasta dos o incluso tres guineas. —Señaló una taberna que estaba justo enfrente del andamio—. La posada La Urraca y el Tocón tiene las ventanas más caras porque se puede ver justo el hoyo en donde caen —se rió entre dientes—. Se puede alquilar un catalejo al dueño y verlos morir. Pero nosotros, por supuesto, tenemos las mejores vistas.

Sir Henry quería colocarse en la sombra de la parte trasera del pabellón, pero Logan acababa de sentarse en una de las sillas delanteras y sir Henry tuvo que tomar asiento junto a él. Le zumbaba la cabeza con el terrible ruido que provenía de la calle. Pensó que era igual que estar en el escenario de un teatro. Estaba abrumado y encandilado. ¡Cuánta gente! Por todas partes veía caras mirando la plataforma de tela negra. El patíbulo propiamente dicho, delante del pabellón cubierto, medía diez metros de largo por cinco de ancho y estaba coronado por una gran viga que iba desde el tejado del pabellón hasta el extremo de la plataforma. Había unos ganchos de carnicero atornillados en la parte inferior de la viga y una escalera de mano apoyada en la madera.

Una segunda e irónica ovación recibió a los oficiales con sus togas de adornos de piel. Sir Henry estaba sentado en una dura silla de madera que era demasiado pequeña y terriblemente incómoda.

—La muchacha será la primera —reveló Logan.

—¿Por qué?

—Ella es a quien han venido a ver —respondió Logan.

Evidentemente, él estaba disfrutando y sir Henry estaba sorprendido por eso. «Qué poco conocemos a nuestros amigos», pensó, y entonces volvió a desear que Rider Sandman estuviese allí, porque sospechaba que el soldado no aprobaría que se matara tan a la ligera. ¿O Sandman se había acostumbrado a la violencia?

—Debería permitirle que se casase con ella —dijo.

—¿Qué? —Logan tenía que alzar la voz porque el gentío estaba gritando que sacaran a los presos.

—Nada —respondió sir Henry.

—«Guardaré silencio como si no pudiese hablar —la voz del reverendo Cotton era cada vez más alta mientras subía por las escaleras detrás de la muchacha— cuando lo impío esté ante mis ojos.»

Primero venía un carcelero, después la muchacha, que subía torpemente los escalones, ya que sus piernas aún no se habían acostumbrado a andar sin grilletes, y el carcelero tuvo que sujetarla cuando tropezó con el último escalón.

Entonces la muchedumbre la vio. «¡Sombreros fuera! ¡Sombreros fuera!» El grito empezó delante y se repitió atrás. No era respeto la causa del grito, sino que los sombreros más altos de la gente de delante dificultaban la vista a los de detrás. El rugido de la muchedumbre era generalizado, apabullante, y entonces la gente se abalanzó hacia delante, por lo que los agentes que protegían el patíbulo levantaron sus porras y lanzas. Sir Henry se sentía abrumado por el ruido y los miles de personas con la boca abierta, gritando. Había tantas mujeres como hombres en la multitud. Sir Henry vio a una matrona de aspecto respetable inclinada sobre un catalejo en una de las ventanas de La Urraca y el Tocón. A su lado un hombre comía pan y huevo frito. Otra mujer tenía unos anteojos. Un vendedor de pasteles había colocado sus productos en una puerta. Las palomas, los milanos y los gorriones volaban en círculos, presas del pánico, debido al ruido. Sir Henry, cuya cabeza le daba vueltas, advirtió de repente los cuatro ataúdes abiertos que estaban en el borde del patíbulo. Estaban hechos de pino, resinosos y sin barnizar. La muchacha tenía la boca abierta y su cara, de natural pálida, se había vuelto enrojecida y desencajada. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras Botting la cogía por un codo inmovilizado y la llevaba hacia los tablones del centro de la plataforma. El centro era una trampilla y crujía bajo su peso. La muchacha temblaba y respiraba con dificultad mientras Botting la colocaba bajo la viga, en el extremo de la plataforma. Una vez estuvo en su sitio, Botting extrajo un saco de algodón de su bolsillo y se lo puso en la cabeza como si fuese un sombrero. Ella gritó al ser tocada e intentó apartarse, pero el reverendo Cotton la cogió del brazo mientras el verdugo le sacaba la soga de la espalda y subía por la escalera de mano. Botting era pesado y los escalones crujieron de manera alarmante. Encajó el pequeño ojo ajustado en uno de los grandes ganchos de carnicero y bajó torpemente, enrojecido y jadeante.

—Necesito un ayudante, ¿o no? —refunfuñó—. No es justo. Todo el mundo tiene un ayudante. ¡No te muevas, nena! ¡Vete como una cristiana! —Miró a la muchacha a los ojos mientras le ponía la soga alrededor de la cabeza. Apretó el nudo corredizo bajo su oreja izquierda y dio un pequeño tirón al dogal para asegurarse de que aguantaría su peso. Ella se quejó del tirón y entonces gritó, porque Botting le estaba

tocando el pelo—. ¡Estate quieta, muchacha! —gruñó, y entonces bajó el saco blanco de algodón para que le cubriera la cara.

—¡Quiero ver! —gritó ella.

Sir Henry cerró los ojos.

—«Puesto que mil años ante ti son tan sólo un ayer. —El ordinario había levantado la voz para que se le pudiera oír sobre el barullo del gentío. El segundo prisionero, el bandolero, ya estaba en el andamio y Botting lo colocó al lado de la muchacha, le puso el saco en la cabeza y subió la escalera para colocar la soga—. Oh, enseñanos a contar nuestros días —leyó el reverendo Cotton con voz cantarina—, para que podamos dirigir nuestros corazones hacia la sabiduría.»

—Amén —dijo sir Henry con fervor, con demasiado fervor.

—Oiga —Logan codeó ligeramente a sir Henry, cuyos ojos aún estaban cerrados y le ofreció un frasco—. Brandy del bueno. De contrabando.

El bandolero llevaba flores en su ojal. Hizo una reverencia a la multitud, que lo ovacionó, pero sus bravuconadas eran forzadas, ya que sir Henry pudo ver las piernas del hombre temblando y sus manos atadas agitándose.

—Ánimo, querida —le dijo a la muchacha a su lado.

Había niños entre la multitud. Una niña, que no tendría más de seis años, estaba sentada sobre los hombros de su padre y se chupaba el dedo. La multitud ovacionaba a cada preso que llegaba. Un grupo de marineros con largas coletas gritaba a Botting que le bajase el vestido a la muchacha.

—¡Muéstranos sus tetas, Jemmy! ¡Venga, déjalas salir!

—Pronto habrá terminado —le dijo el bandolero a la muchacha—, y tú y yo estaremos con los ángeles, muchacha.

—¡Yo no robé nada! —gimió la joven.

—¡Admitid vuestra culpa! ¡Confesad vuestros pecados! —El reverendo Cotton instaba a los cuatro presos, que ya estaban alineados sobre la trampilla. La muchacha era quien quedaba más lejos de sir Henry y estaba temblando. Los cuatro tenían los sacos sobre sus cabezas y las sogas en sus cuellos—. ¡Dirigíos a Dios con el corazón limpio! —les exhortó el ordinario—. ¡Limpiad vuestra conciencia, inclinados humildemente ante Dios!

—¡Venga, Jemmy! —gritó un marinero—. ¡Arráncale el vestido a la furcia!

La muchedumbre pidió silencio, esperando que hubiesen unas palabras finales.

—¡Yo no hice nada! —gimoteó la muchacha.

—¡Vete al infierno, gordo hijo de mala madre! —gruñó uno de los asesinos al ordinario.

—¡Nos vemos en el infierno, Cotton! —gritó el bandolero al sacerdote.

—¡Ahora, Botting! —El sheriff quería acabar rápido y Botting se escabulló hacia la parte trasera del andamio, donde tiró de un cerrojo de madera del tamaño de un

rodillo. Sir Henry se puso tenso, pero no pasó nada.

—El cerrojo —explicó Logan en voz baja— es simplemente un dispositivo de cierre. Tiene que bajar para soltar la trampa.

Sir Henry no dijo nada. Se encogió a un lado cuando Botting pasó rozándole para bajar a la parte de atrás del pabellón. Sólo los cuatro condenados y el ordinario estaban entonces a la luz del sol. El reverendo Cotton permanecía entre los ataúdes, bien apartado de la trampa.

—«Puesto que cuando montas en cólera es el fin de los días —salmodiaba—, hacemos que nuestros años concluyan, como si de un relato se tratase.»

—¡Cotton, gordo hijo de mala madre! —gritó el bandolero.

La muchacha estaba tambaleándose y, bajo el delgado algodón que le cubría la cara, sir Henry pudo ver cómo abría y cerraba la boca. El verdugo había desaparecido bajo la plataforma y estaba trepando por las vigas que aguantaban el andamio para alcanzar una cuerda que tiraba del madero que sostenía la trampa.

—«Muéstrate de nuevo, ¡oh Señor! —El reverendo Cotton había levantado una mano y elevado su voz hacia el cielo—. Y ten misericordia de tus siervos.»

Botting tiró de la soga y el madero se movió, pero no cedió del todo. Sir Henry, sin darse cuenta de que estaba aguantando la respiración, vio la trampa moverse bruscamente. La muchacha sollozaba y sus piernas cedieron, por lo que se desplomó en la trampa todavía cerrada. El gentío profirió un grito colectivo que se fue extinguendo cuando comprendieron que los cuerpos no habían caído; entonces Botting dio un fuerte estirón a la soga y la madera cedió, abriendo la trampa hacia abajo y dejando caer los cuatro cuerpos. Era una caída corta, de tan sólo unos dos metros, y no mató a ninguno de ellos.

—Era más rápido cuando usaban el carro en Tyburn —apuntó Logan, mientras se inclinaba hacia adelante—, pero así tenemos más Morris.

Sir Henry no necesitó preguntar lo que Logan quería decir. Los cuatro se movían bruscamente, dando tirones y retorciéndose. Estaban presenciando la danza Morris^[2] del patíbulo, al compás del cáñamo, con cabriolas agonizantes causadas por los sofocantes, estranguladores y mortales forcejeos de los condenados. Botting, oculto abajo el foso del patíbulo, se echó a un lado de un salto cuando los intestinos de la muchacha se soltaron. Sir Henry no vio a ninguno, porque tenía los ojos cerrados, y no los abrió ni siquiera cuando la multitud gritó hasta enronquecer cuando Botting, usando los codos atados del bandolero como estribo, trepó hasta sentarse en cuclillas como un sapo negro sobre los hombros del preso, para acelerar su muerte. El bandolero había pagado a Botting para morir más rápidamente, y éste estaba cumpliendo con su palabra.

—«Fijaos bien, os mostraré un misterio. —El ordinario hizo caso omiso al sonriente Botting, que se aferraba como una monstruosa joroba a la espalda del

hombre agonizante—. Ninguno de nosotros dormirá para siempre —entonó Cotton —, sino que nos transformaremos al instante, en un abrir y cerrar de ojos.»

—Ya ha muerto el primero —dijo Logan, mientras Botting bajaba del cadáver—, y yo tengo un apetito de muerte, ¡Dios, qué apetito tengo!

Tres de los cuatro todavía bailaban, pero cada vez más débilmente. El bandolero muerto oscilaba con la cabeza inclinada, mientras Botting tiraba de los tobillos de la muchacha. Sir Henry olió a excrementos, a excrementos humanos, y de pronto no pudo soportar más el espectáculo y bajó a trompicones los escalones del entarimado, hacia el oscuro y fresco refugio de piedra oscura del vestíbulo. Allí vomitó, y después intentó coger aire, mientras escuchaba a la muchedumbre y el crujir de las maderas del entarimado, hasta que se hizo la hora del ir al desayuno.

Riñones picantes. Era una tradición.

Capítulo 1

Rider Sandman se levantó tarde aquella mañana de lunes porque le habían pagado siete guineas para jugar en el once de sir John Hart contra un equipo de Sussex, y los ganadores se repartirían una prima de mil guineas. Sandman había logrado sesenta y seis carreras en la primera entrada y treinta y dos en la segunda, y éstos eran unos dignos resultados para cualquiera, aunque el once de sir John perdiese. Eso ocurrió el sábado; Sandman, observando a los otros bateadores golpear con furia bolas mal lanzadas, se dio cuenta de que el partido estaba vendido. A los corredores de apuestas los habían desplumado porque se esperaba que el equipo de sir John ganase con facilidad, pero alguien debió de apostar fuertemente por el once de Sussex, el cual al final ganó el partido por una entrada y cuarenta y ocho carreras. Se rumoreaba que el propio sir John había apostado en su contra, y evitó cruzar su mirada con la de Sandman, lo cual hacía creíble el rumor.

Por eso el capitán Rider Sandman caminaba de vuelta a Londres.

Iba caminando porque había rechazado compartir un carruaje con hombres que habían aceptado sobornos para perder un partido. Le encantaba el críquet, era bueno, y una vez había conseguido divinamente ciento catorce carreras para un once de Inglaterra que jugaba contra la selección del marqués de Canfield; los amantes del deporte viajaron muchas millas para ver al capitán Rider Sandman, soldado del 52 regimiento de infantería de Su Majestad, actuar en la línea de bateo. Pero odiaba el soborno y detestaba la corrupción, y tenía carácter, por lo que se enzarzó en una furiosa discusión con sus traidores compañeros de equipo y, cuando aquella noche durmieron en la confortable casa de sir John y viajaron cómodamente de vuelta a Londres al día siguiente, Sandman se negó. Era demasiado orgulloso.

Orgulloso y pobre. No podía permitirse el billete de la diligencia, ni siquiera el billete de cualquier carruaje común, porque en plena ira le había tirado a sir John los honorarios del partido a la cara y eso, admitió Sandman, había sido una estupidez por su parte, ya que se había ganado el dinero honradamente, aunque pareciese un trabajo sucio. Por eso caminaba de vuelta a casa, tras haber pasado la noche del sábado en un pajar cerca de Hickstead y después de anclar con dificultad durante todo el domingo hasta que la suela de su bota derecha estuvo a punto de gastarse del todo. Llegó a Drury Lane muy tarde aquella noche y dejó el equipo de críquet en el suelo de su habitación alquilada en un ático, se desvistió, cayó en la estrecha cama y durmió. Sólo durmió. Y aún estaba durmiendo cuando la trampilla se vino abajo en Old Bailey y la ovación de la muchedumbre hizo que un millar de alas sobresaltadas volaran hacia el plomizo cielo de Londres. Sandman todavía estaba soñando a las ocho y media. Estaba soñando, agitándose y sudando. Gritó, sin razón aparente, mientras sus oídos se llenaban del trote de caballos, de descargas de mosquetes y

cañones, y sus ojos se asombraban de los cortes de sables y los tajos de espadas bien afiladas; aquella vez el sueño iba a acabar con la caballería aplastando las escasas filas escarlatas, pero entonces el galope de los cascos se mezcló con el ruido de unos pasos presurosos y un escueto golpeteo en la endeble puerta del ático. Abrió los ojos y recordó que ya no era un soldado; entonces, antes de que pudiese articular alguna respuesta, Sally Hood entró en la habitación. Por un instante, Sandman pensó que el torbellino de ojos claros, vestido de algodón y cabello dorado era un sueño, y entonces Sally empezó a reírse.

—Maldita sea, le he despertado. ¡Dios, lo siento! —La joven se dio la vuelta para marcharse.

—No pasa nada, señorita Hood. —Sandman buscó a tientas su reloj. Estaba sudando—. ¿Qué hora es?

—Saint Giles acaba de dar las ocho y media —le respondió.

—¡Oh, Dios mío! —Sandman no podía creer que hubiese dormido hasta tan tarde. No tenía motivos para levantarse, pero el hábito de despertarse temprano había arraigado en él hacía tiempo. Se sentó en la cama, recordó que estaba desnudo y se subió rápidamente la fina sábana hasta el pecho—. Hay una bata colgada en la puerta, señorita Hood, si fuera usted tan amable...

Sally encontró la bata.

—Es que tengo prisa —explicó su repentina aparición en la habitación—. Mi hermano no me hace caso y tengo trabajo, y el vestido tiene que abrocharse, ¿lo ve? —se giró, mostrando su espalda descubierta—. Se lo habría pedido a la señora Gunn —continuó—, pero hoy hay una ejecución y se ha ido a verla. Dios sabe lo que puede ver, ya que está medio ciega y completamente borracha, pero le encanta una buena ejecución y no se puede dar muchos gustos a su edad. Está bien, ya se puede levantar, tengo los ojos cerrados.

Sandman salió de la cama con cuidado porque sólo había un pequeño espacio en su habitación del ático donde podía estar de pie sin darse con la cabeza en las vigas. Era un hombre alto, de casi un metro noventa, con cabello rubio, ojos azules y una cara alargada y huesuda. No era atractivo a la manera convencional, las facciones de su cara eran demasiado marcadas para eso, pero lucía tal aire de capacidad y amabilidad en su expresión que lo hacía memorable. Cogió la bata y se ató el cinturón.

—¿Dice que tiene trabajo? —le preguntó a Sally—. Un buen trabajo, supongo.

—No es lo que yo querría —admitió Sally—, porque no es sobre las tablas.

—¿Las tablas?

—El escenario, capitán —respondió. Se llamaba a sí misma actriz y quizá lo fuese, aunque Sandman había visto pocas muestras de que el teatro estuviese interesado por Sally, la cual, como Sandman, se aferraba al filo de la decencia y era

retenida allí, o eso parecía, por su hermano, un joven muy misterioso que trabajaba en horas extrañas—. Pero no es un mal trabajo —continuó—, y es respetable.

—Seguro que lo es —asintió Sandman, al notar que Sally no quería hablar del asunto.

El hombre se preguntó por qué se había puesto a la defensiva sobre un trabajo respetable, mientras Sally se preguntaba por qué Sandman, que era un caballero a todas luces, vivía de alquiler en una habitación de ático de la taberna La Gavilla de Drury Lane. Que estaba de mala racha estaba claro, pero aun así, ¿La Gavilla? Quizá no conocía ninguna mejor. La Gavilla era una famosa taberna de mala fama, refugio de toda clase de ladrones, desde carteristas hasta saqueadores, pasando por atracadores y hurtadores de tiendas, y a Sally le parecía que el capitán Rider Sandman era más tieso que un palo de escoba. Pero era un buen hombre, pensaba. La trataba como a una dama, y aunque sólo habían hablado un par de veces al cruzarse por los pasillos de la posada, había detectado cierta amabilidad en él. Suficiente amabilidad como para dejarla abusar de su intimidad aquella mañana de lunes.

—¿Y usted, capitán? —preguntó—, ¿trabaja?

—Estoy buscando empleo, señorita Hood —respondió Sandman, y era cierto, pero no encontraba ninguno. Era demasiado mayor para ser aprendiz de empleado, no estaba capacitado para trabajar con la ley o con dinero, y era demasiado escrupuloso para aceptar un trabajo dirigiendo esclavos en las plantaciones de azúcar en las islas.

—He oído que usted era jugador de críquet —comentó Sally.

—Sí, lo soy.

—Y famoso, dice mi hermano.

—No estoy seguro de eso —respondió Sandman modestamente.

—Pero puede ganar dinero con eso, ¿no?

—No tanto como necesito —aclaró Sandman, que sólo jugaba en verano y si estaba dispuesto a soportar los sobornos y la corrupción del juego—. Tengo un pequeño problema aquí. Faltan algunos corchetes.

—Eso es porque nunca tengo tiempo de arreglarlos —explicó Sally—, así que haga lo que pueda.

La joven estaba mirando en dirección a la repisa de la chimenea, en la que había un montón de cartas con los bordes doblados, lo que indicaba que habían sido enviadas hacía mucho tiempo. Se inclinó ligeramente hacia delante y consiguió ver que el primer sobre iba dirigido a la señorita tal o cual, ya que no entendía el nombre, aunque la primera palabra revelaba que al capitán Sandman le habían dejado plantado y que habían devuelto sus cartas. «Pobre capitán Sandman», pensó Sally.

—Y a veces —continuó Sandman—, donde hay corchetes no hay anillas.

—Por eso he traído esto —señaló Sally, moviendo un pañuelo de seda deshilachado sobre su espalda—. Hágalo pasar por los huecos, capitán. Póngame

decente.

—Así que hoy visitaré algunos conocidos —Sandman volvió a su primera pregunta— y veré si pueden ofrecerme trabajo; después, esta tarde, caeré en la tentación.

—¡Ooh! —Sally sonrió a sus espaldas, con ojos brillantes de alegría—. ¿Tentación?

—Iré a ver cómo juegan a críquet en Artillery Ground.

—Eso no me tentaría —aseguró Sally—; a propósito, capitán, si va a bajar a desayunar, hágalo rápido, o no comerá nada después de las nueve.

—¿Ah, no? —preguntó Sandman, aunque en realidad no tuviera intención de pagar a la taberna por un desayuno que no se podía permitir.

—La Gavilla siempre se llena cuando hay una ejecución en Newgate —explicó Sally—, porque la gente quiere desayunar cuando vuelven, ¿sabe? Les abre el apetito. Allí es donde ha ido mi hermano. Siempre baja a Old Bailey cuando hay un ahorcamiento. Les gusta que vaya.

—¿A quiénes?

—A sus amigos. Normalmente suele conocer a alguno de los pobres desgraciados que son retorcidos, ¿sabe?

—¿Retorcidos?

—Colgados, capitán. Colgados, retorcidos, ahorcados, estrangulados, asfixiados o acogotados. Bailando la Morris de Newgate, danzando sobre el escenario de James Botting, haciendo gárgaras en la soga. Deberá aprender la germanía si vive aquí, capitán.

—Ya lo veo —dijo Sandman, que acababa de empezar a pasar el pañuelo por los huecos del vestido, cuando Dodds, el recadero de la posada, empujó la puerta medio abierta y sonrió de oreja a oreja al descubrir a Sally Hood en la habitación del capitán Sandman y a éste abrochándole el vestido con el pelo alborotado y con tan sólo una raída bata vieja encima.

—Te van a entrar moscas si no cierras tu maldita boca —le gritó Sally a Dodds—, y él no es mi amante, pequeño bastardo. Sólo me está abrochando el vestido porque mi hermano y la madre Gunn se han ido a la horca, que es donde acabarás tú si es que hay una maldita justicia.

Dodds hizo caso omiso de la invectiva y le mostró un papel sellado a Sandman.

—Carta para usted, capitán.

—Eres muy amable —dijo Sandman, y se inclinó sobre su ropa doblada en busca de un penique—. Espera un momento —le pidió al chico, el cual, en realidad, no hizo el gesto de marcharse hasta que no le diesen propina.

—¡No le dé usted nada! —protestó Sally. Apartó la mano de Sandman y le quitó la carta a Dodds—. El pequeño sinvergüenza la olvidó, ¿verdad? ¡Esta mañana no ha

llegado ninguna maldita carta! ¿Cuántos días hace?

Dodds la miró con resentimiento.

—Llegó el viernes —admitió finalmente.

—¡Si una maldita carta llega el viernes, entrégala el viernes! ¡Venga, largo de aquí, a robar afuera! —le dio con la puerta en las narices—. ¡Pedazo de holgazán! Deberían llevarlo a la maldita Newgate y que bailase en el patíbulo. Eso le estiraría su maldito cuello holgazán.

Sandman acabó de pasar el pañuelo de seda a través de los huecos en los cierres del vestido, dio un paso atrás y asintió.

—Está muy atractiva, señorita Hood.

—¿Eso cree?

—Por supuesto —asintió Sandman. El vestido era verde claro, estampado de flores de aciano, y los colores favorecían la piel trigueña y el cabello rizado de Sally, que era tan rubio como el de Sandman. Era una bonita muchacha de ojos claros, de piel sin marcas de sífilis y una sonrisa contagiosa—. El vestido le favorece realmente —le aseguró.

—Es el único medio bueno que tengo —comentó ella—, así que más vale que me favorezca. Gracias —le entregó la carta—. Cierre los ojos, dé la vuelta tres veces y después pronuncie el nombre de su amada en voz alta antes de abrirla.

Sandman se rió.

—¿Y qué conseguiré con eso?

—Así serán buenas noticias, capitán —le explicó con seriedad—, buenas noticias —sonrió y se fue.

Sandman escuchó sus pasos bajando las escaleras y miró la carta. Quizá sería la respuesta a una de sus demandas de empleo. Desde luego era papel del bueno y la letra era educada y elegante. Deslizó un dedo bajo la solapa, decidido a abrir la carta, pero se detuvo. Se sentía como un tonto, pero cerró los ojos, dio la vuelta tres veces y pronunció el nombre de su amada en voz alta: «Eleanor Forrest», dijo; abrió los ojos, arrancó el sello de cera roja y desdobló el papel. Leyó la carta, la leyó otra vez e intentó determinar si realmente eran buenas noticias o no.

El honorable vizconde de Sidmouth le presentaba sus respetos al capitán Rider Sandman y tenía el honor de convocarlo a la mayor brevedad posible, preferiblemente antes del mediodía, en su despacho. Se agradecía la prontitud en su respuesta al secretario de lord Sidmouth, el señor Sebastian Witherspoon.

La primera impresión de Sandman fue que lo de la carta debían de ser malas noticias, que su padre habría pedido dinero al vizconde de Sidmouth, como había hecho con otros, y que su señoría le escribía para presentar una demanda sobre el patrimonio de Sandman. Pero era una estupidez. Su padre, por lo que Rider Sandman sabía, nunca había tratado con lord Sidmouth, y si lo hubiese hecho se habría

vanagloriado de ello, ya que siempre le había gustado la compañía de hombres importantes. Y había pocas personas más importantes que el honorable Henry Addington, primer vizconde de Sidmouth, otrora primer ministro de Gran Bretaña y por aquel entonces secretario de Estado de Su Majestad.

Así que, ¿por qué el Departamento de Estado quería ver a Rider Sandman?

Sólo había una manera de saberlo.

Así que Sandman se puso su camisa más limpia, sacó brillo a sus desgastadas botas con su camisa más sucia, se cepilló la chaqueta y, negando su pobreza al vestirse como el caballero que era, se fue a ver a lord Sidmouth.

El vizconde de Sidmouth era un hombre fino. De labios finos y cabello fino, tenía una fina nariz y una fina mandíbula que acababa en una fina barbilla de comadreja, sus ojos tenían toda la calidez del sílex finamente pulido y su fina voz era precisa, seca y desagradable. Era conocido como «el Doctor», un apodo sin cariño ni afecto, pero acertado, ya que era cínico, desaprobatorio y frío. Había hecho esperar a Sandman durante dos horas y cuarto, aunque si éste se había presentado en el despacho sin cita previa no podía culpar al Departamento de Estado por eso. Más tarde, mientras un moscardón zumbaba contra uno de los altos ventanales, lord Sidmouth fruncía el ceño ante el visitante.

—Ha sido usted recomendado por sir John Colborne.

Sandman inclinó la cabeza en señal de reconocimiento, pero no dijo nada. No había nada que decir. Un reloj de pie hacía tictac en una esquina del despacho.

—Estuvo usted en el batallón de sir John, en Waterloo —comentó Sidmouth—, ¿no es así?

—Así es, milord.

Sidmouth gruñó como si no le gustaran los hombres que habían estado en Waterloo y eso, reflexionó Sandman, podía ser bien cierto, ya que Gran Bretaña parecía entonces dividida entre aquéllos que habían luchado contra los franceses y los que habían permanecido en casa. Sandman sospechaba que estos últimos estaban celosos y preferían sugerir, muy delicadamente, que habían sacrificado una oportunidad de darse una vuelta por el extranjero debido a la necesidad de mantener próspera Gran Bretaña. Hacía ya dos años de las guerras contra Napoleón, pero la división continuaba, aunque sir John Colborne debía de poseer algún tipo de influencia en el gobierno si su recomendación había llevado a Sandman a aquel despacho.

—Sir John me ha dicho que está usted buscando empleo —prosiguió el secretario de Estado.

—Debo hacerlo, milord.

—¿Debe? —saltó Sidmouth de repente—. ¿Debe? Pero usted recibe la paga del

ejército, ¿no? Y no son unos honorarios poco generosos, ¿no es cierto? —hizo la pregunta con amargura, como si su señoría desaprobara totalmente dar pensiones a hombres que eran capaces de ganarse su propio sueldo.

—No tengo derecho a la paga, milord —dijo Sandman.

Había vendido su comisión y, como era tiempo de paz, había recibido menos de lo que se esperaba, aunque había sido suficiente para conseguir el arrendamiento de una casa para su madre.

—¿No tiene ingresos? —preguntó Sebastian Witherspoon, el asistente del secretario de Estado, desde su sitio detrás de la mesa de su señor.

—Algunos —respondió Sandman, y decidió que probablemente era mejor no decir que lo poco que ganaba provenía de jugar a críquet. El vizconde de Sidmouth no parecía un hombre que aprobase tal cosa—. No los suficientes —Sandman rectificó su respuesta—, y la mayor parte de lo que gano es para pagar las pequeñas deudas de mi padre. Deudas de comerciantes —añadió, por si el secretario de Estado pensaba que estaba intentando devolver las grandes cantidades que debían a los inversores ricos.

Witherspoon frunció el ceño.

—Según la ley, Sandman —le informó—, usted no es responsable de ninguna de las deudas de su padre.

—Soy responsable de la buena reputación de mi familia —contestó Sandman.

Lord Sidmouth soltó un resoplido de escarnio que bien podía ser una burla de la buena reputación de los Sandman o una respuesta irónica a sus evidentes escrúpulos o, lo más probable, un comentario sobre el padre de Sandman, el cual, enfrentado a la amenaza del encarcelamiento o del exilio debido a sus enormes deudas, se había quitado la vida deshonorando su propio nombre y dejando a su mujer y a su familia arruinados. El secretario de Estado escrutó largamente a Sandman con cara avinagrada y después se giró a mirar el moscardón que golpeaba la ventana. El reloj de pie sonaba hueco. Hacía calor en la sala y Sandman sentía la desagradable sensación del sudor empapándole la camisa. El silencio se alargaba y Sandman sospechaba que el secretario de Estado estaba sopesando la idea de darle un empleo al hijo de Ludovic Sandman. Los carros pasaban con gran estruendo bajo los ventanales. Los cascos sonaban agudos, y entonces, por fin, lord Sidmouth se decidió.

—Necesito a un hombre para llevar a cabo un trabajo —anunció, todavía mirando en dirección a la ventana—, aunque debo advertirle de que no es un puesto permanente. De ninguna manera es permanente.

—La verdad es que es cualquier cosa menos permanente —añadió Witherspoon.

Sidmouth miró con el ceño fruncido a su secretario.

—El puesto es totalmente temporal —le informó, y se dirigió hacia una enorme cesta de media altura, abarrotada de papeles, que había en el suelo alfombrado.

Algunos eran pergaminos, otros estaban doblados y sellados con cera, y unos cuantos mostraban pretensiones legales al estar envueltos con cinta roja—. Éstas, capitán —continuó—, son peticiones —el tono de lord Sidmouth dejaba claro que detestaba las peticiones—. Un condenado puede elevar una petición al rey solicitando clemencia o, incluso, el perdón total. Ésa es su prerrogativa, capitán, y todas esas peticiones de Inglaterra y Gales llegan a este departamento. ¡Recibimos casi dos mil al año! Parece como si cada persona condenada a muerte lograra enviar una petición en su defensa, y todas deben leerse. ¿No son leídas todas, Witherspoon?

El secretario de Sidmouth, un joven de mejillas rollizas, aguda mirada y modales elegantes, asintió.

—Sin duda son examinadas, milord. Sería una negligencia por nuestra parte no atender tales peticiones.

—Una negligencia, por supuesto —asintió Sidmouth piadosamente—, y si el delito no es demasiado atroz, capitán, y hay personas cualificadas dispuestas a hablar por el condenado, entonces podríamos mostrar clemencia. Nos podríamos conmutar una sentencia de muerte por, pongamos, ¿una de expatriación?

—¿Vos, milord? —preguntó Sandman, sorprendido por el uso que había hecho Sidmouth del término «nos».

—Las peticiones son dirigidas al rey —explicó el secretario de Estado—, pero la responsabilidad de decidir sobre la respuesta recae adecuadamente en este departamento. Mis decisiones son después ratificadas por el Consejo del Reino, y le puedo asegurar, capitán, que quiero decir ratificadas. No son cuestionadas.

—¡Por supuesto que no! —añadió Witherspoon, divertido.

—Yo decido —declaró Sidmouth con agresividad—. Es una de las responsabilidades de este ilustre departamento, capitán, decidir quiénes serán ahorcados y quiénes salvados. Hay cientos de almas en Australia, capitán, que deben sus vidas a este departamento.

—Y estoy seguro, milord —añadió Witherspoon con elocuencia—, de que su gratitud es infinita.

Sidmouth pasó por alto el comentario de su secretario. Entregó una petición enrollada a Sandman.

—Y de vez en cuando —continuó—, muy de vez en cuando, alguna petición nos convence de que investiguemos el asunto. En una de esas raras ocasiones, capitán, designamos a un investigador, pero no es algo que nos guste hacer. —Hizo una pausa, obviamente invitando a Sandman a que preguntase por qué el Departamento de Estado era tan reacio a nombrar un investigador, pero Sandman hizo caso omiso de la pregunta, mientras quitaba la cinta del pergamino—. Una persona condenada a muerte —el secretario de Estado le dio la explicación de todas formas— acaba de ser procesada. Él o ella ha sido juzgada y declarada culpable por un tribunal de justicia, y

no es asunto del gobierno de Su Majestad revisar unos hechos que han sido considerados por los tribunales apropiados. Nuestra política, capitán, no es desautorizar a la judicatura, pero de vez en cuando, muy infrecuentemente, sí que investigamos. Esa petición sólo es un caso extraño.

Sandman desenrolló la petición, que estaba escrita con tinta marrón en papel amarillo barato. «A Dios pongo por testigo —leyó— de que él es un buen chico y no podría haber matado nunca a lady Avebury, porque Dios sabe que es incapaz de matar ni a una mosca.» Había bastante más en el mismo estilo, pero Sandman no pudo seguir leyendo porque el secretario de Estado había empezado a hablar de nuevo.

—El asunto —explicó lord Sidmouth— concierne a Charles Corday. Ése no es su verdadero nombre. La petición, como puede ver usted mismo, proviene de la madre de Corday, la cual firma como Cruttwell, pero el muchacho parece haber adoptado un nombre francés. Dios sabe por qué. Fue condenado por el asesinato de la condesa de Avebury. Sin duda recordará el caso, ¿verdad?

—Me temo que no, milord —dijo Sandman.

Nunca había estado especialmente interesado por el crimen, nunca había comprado los calendarios de Newgate ni leído los periódicos que celebraban a famosos criminales y sus salvajes hazañas.

—No tiene ningún misterio —dijo el secretario de Estado—. El desgraciado violó y apuñaló a la condesa de Avebury y, por supuesto, merece la horca. ¿Cuándo le espera el patíbulo? —se giró hacia Witherspoon.

—Le espera de aquí a una semana, milord —le recordó Witherspoon.

—Si no tiene ningún misterio, milord —planteó Sandman—, entonces, ¿por qué investigar los hechos?

—Porque la peticionaria, Maisie Cruttwell —Sidmouth pronunció el nombre como si fuese agrio para su lengua—, es una costurera de Su Majestad, la reina Carlota, y Su Majestad ha tenido la deferencia de interesarse por el asunto —la voz de lord Sidmouth dejaba claro que gustosamente hubiese estrangulado a la esposa del rey Jorge III por ser tan gentil—. Es mi responsabilidad, capitán, y mi obligación convencer a Su Majestad de que se ha llevado a cabo toda investigación posible y de que no existe la menor duda de que aquel desgraciado es culpable. Por ese motivo he escrito a Su Majestad para informarla de que he designado un investigador que examinará los hechos y ofrecerá la seguridad de que se está haciendo justicia —Sidmouth lo explicó todo con aburrimiento, pero después señaló con su huesudo índice a Sandman—. Me pregunto si usted puede ser ese investigador, capitán, y si comprende lo que necesitamos.

Sandman asintió.

—Desea convencer a la reina, y para hacerlo debe estar completamente convencido de que el preso es culpable.

—¡No! —respondió bruscamente Sidmouth, que parecía realmente enojado—. Yo estoy completamente convencido de que el hombre es culpable. Corday, o como quiera que se haga llamar, fue acusado después de un debido proceso judicial. Es la reina quien necesita convencerse.

—Entiendo —asintió Sandman.

Witherspoon se acercó.

—Perdone la pregunta, capitán, pero, ¿no será usted de temperamento radical?

—¿Radical?

—¿No tendrá nada en contra de la horca?

—¿Para un hombre que viola y mata? —Sandman parecía indignado—. Por supuesto que no.

La respuesta era bastante franca, aunque, en realidad, no había pensado mucho sobre el asunto. Era algo que nunca había visto, aunque sabía que existía un patíbulo en Newgate, un segundo al sur del río, en la prisión de Horsemonger Lane, y otro en toda ciudad con tribunal superior de Inglaterra y Gales. De vez en cuando había oído alguna discusión sobre si el patíbulo se usaba demasiado o sobre si era una tontería colgar a un aldeano hambriento por robar un cordero de cinco chelines, pero, en general, poca gente quería abolir la horca. El patíbulo era una medida represiva, un castigo y un ejemplo. Era necesario. Era la máquina de la civilización y protegía a todos los ciudadanos decentes de sus depredadores.

Witherspoon, satisfecho con la indignada respuesta de Sandman, sonrió.

—Sabía que usted no era un radical —afirmó calmadamente—, pero uno debe asegurarse.

—Por tanto —lord Sidmouth echó un vistazo al reloj de pie—, ¿se compromete usted a ser nuestro investigador? —Esperaba una respuesta inmediata, pero Sandman dudaba. La duda no era porque no quisiera el trabajo, sino porque dudaba poseer las cualidades para ser un investigador del crimen, pero entonces se preguntó quién las tenía. Lord Sidmouth creyó que la duda significaba reticencia—. El trabajo no cubrirá sus gastos, capitán —observó con irritación—, el desgraciado es claramente culpable y uno solamente pretende satisfacer las femeninas preocupaciones de la reina. ¿Qué le parece la paga de un mes por un día de trabajo? —Calló y adoptó un aire despectivo—. ¿O teme que el empleo interfiera en su críquet?

Sandman necesitaba la paga de un mes, así que pasó por alto los insultos.

—Por supuesto que lo haré, milord —respondió—; será un honor.

Witherspoon se puso en pie, señal de que la audiencia había acabado, y el secretario de Estado se despidió con una inclinación de cabeza.

—Witherspoon le proporcionará una carta de autorización —le informó Sidmouth—, y yo esperaré con interés su informe. Que tenga un buen día, caballero.

—A vuestro servicio, milord. —Sandman hizo una reverencia, pero el secretario

de Estado estaba ya atendiendo otros asuntos.

Siguió al asistente hasta una antesala en la que un empleado trabajaba en una mesa.

—Será necesario un momento para sellar su carta —comentó Witherspoon—, así que, por favor, siéntese.

Sandman se había llevado la petición de Corday y la leyó toda, aunque extrajo poca información de las palabras mal escritas. La madre del condenado, que había firmado la petición con una cruz, simplemente había dictado una incoherente petición de clemencia. Decía que su hijo era un buen chico, un alma inofensiva y un cristiano, pero al lado de sus súplicas habían dos comentarios condenatorios. «Absurdo», decía el primero, «es culpable de un crimen atroz», mientras que el segundo, con letra apretada, rezaba: «Que la ley siga su curso». Sandman mostró la petición a Witherspoon.

—¿Quién ha escrito los comentarios?

—El segundo es la decisión del secretario de Estado —respondió Witherspoon—, y lo escribió antes de que supiese que Su Majestad estaba por medio. Y el primero es del juez que dictó sentencia. En este caso era sir John Silvester. ¿Lo conoce?

—Me temo que no.

—Es el registrador de Londres y, como podrá deducir de eso, un juez con mucha experiencia. Sin duda no es hombre que permita una flagrante injusticia en su sala. —Le entregó una carta al empleado—. Su nombre debe aparecer en la carta de autorización, por supuesto. ¿Hay alguna dificultad en su ortografía?

—No —respondió Sandman, y entonces, mientras el empleado escribía su nombre en la carta, leyó la petición de nuevo, pero no presentaba ningún argumento en contra de los hechos del caso. Maisie Cruttwell sostenía que su hijo era inocente, pero no podía aducir ni una prueba de semejante afirmación. En cambio, suplicaba clemencia al rey—. ¿Por qué me han escogido a mí? —preguntó Sandman a Witherspoon—. Lo que quiero decir es que deben de haber utilizado a alguien más como investigador anteriormente. ¿Es que no fue satisfactorio?

—El señor Talbott fue completamente satisfactorio —respondió Witherspoon, que estaba buscando el sello que autentificaría la carta—, pero murió.

—Ah.

—De un ataque —añadió Witherspoon—. Muy trágico. ¿Y por qué usted? Porque, como le ha informado el secretario de Estado, ha sido recomendado —estaba revolviendo el contenido de un cajón, buscando el sello—. Yo tuve un primo en Waterloo —continuó—, el capitán Witherspoon, un húsar. Era un oficial del duque. ¿Lo conoció?

—Pues no.

—Murió.

—Lo siento.

—Quizá fue lo mejor —observó Witherspoon. Por fin había encontrado el sello—. Siempre decía que temía el fin de la guerra. Siempre se preguntaba qué entusiasmo podía proporcionar la paz.

—Era un temor muy común en el ejército —comentó Sandman.

—Esta carta —el secretario estaba calentando una barra de cera sobre la llama de una vela— confirma que usted está investigando para el Departamento de Estado y solicita a todo el mundo que le ofrezcan su colaboración, aunque no requiere que lo hagan. Fíjese en esa distinción, fíjese bien. No tenemos ningún derecho legal para exigir colaboración —le advirtió mientras dejaba gotear la cera sobre la carta y apretaba cuidadosamente el sello sobre la mancha escarlata—, de manera que sólo podemos solicitarla. Le agradecería que me devolviese esta carta después de que hayan concluido sus investigaciones, y respecto a la naturaleza de las mismas, capitán, mi consejo es que no es necesario que sean muy laboriosas. No hay ninguna duda de que el hombre es culpable. Corday es un violador, un asesino y un mentiroso, y lo único que necesitamos de él es una confesión. Lo encontrará en Newgate, y si es usted lo suficientemente convincente, sin duda confesará su brutal crimen y usted habrá hecho su trabajo —le mostró la carta—. Espero tener noticias tuyas muy pronto. Necesitaremos un informe por escrito, pero, por favor, que sea breve. —De repente, retuvo la carta para dar fuerza a sus siguientes palabras—. Lo que no queremos, capitán, es complicar las cosas. Proporciónenos un sucinto informe que permita a mi señor convencer a la reina de que no hay ningún motivo posible para el perdón y deje que nos olvidemos del condenado asunto.

—¿Y si no confiesa? —preguntó Sandman.

—Fuércele —respondió Witherspoon, enérgicamente—. De todas formas será ahorcado, capitán, tanto si usted entrega su informe como si no. Tan sólo sería más conveniente si pudiésemos convencer a Su Majestad de que el hombre es culpable antes de que sea ejecutado.

—¿Y si es inocente? —preguntó Sandman.

Witherspoon parecía horrorizado ante tal posibilidad.

—¿Cómo va a serlo? ¡Ya ha sido declarado culpable!

—Claro —asintió Sandman, que cogió la carta y se la metió en un bolsillo de la chaqueta—. Su señoría —insinuó, con poca elegancia— ha mencionado los honorarios —odiaba tener que hablar de dinero, era del todo impropio de un caballero, pero también lo era su pobreza.

—Así es —afirmó Witherspoon—. Solíamos pagar veinte guineas al señor Talbott, pero me parece un tanto difícil recomendar el mismo importe en este caso. Realmente es un asunto demasiado trivial, así que autorizaré un pago de quince guineas. Se las enviaré. ¿Adónde? —Bajó la vista a su cuaderno de notas y de repente

le miró escandalizado—. ¿De verdad? ¿La Gavilla? ¿En Drury Lane?

—Así es —respondió fríamente Sandman.

Sabía que Whitterspoon merecía una explicación, ya que La Gavilla era conocida como guarida de delincuentes, pero Sandman no sabía nada de eso cuando solicitó un habitación y creía que no debía justificarse ante Witherspoon.

—Supongo que usted sabrá lo que le conviene —dijo Witherspoon con recelo.

Sandman vaciló. No era un cobarde, de hecho tenía fama de hombre valiente, aunque esa fama la había ganado en el fragor de la batalla, por lo que se armó de valor.

—Ha mencionado un pago, señor Witherspoon —comentó—, y me preguntaba si podría convencerle para cobrar. Habrá gastos inevitables... —su voz se fue apagando porque no tenía ni la más remota idea de qué gastos serían.

Tanto Whitterspoon como el empleado se le quedaron mirando como si se le hubiesen caído los pantalones.

—¿Cobrar? —preguntó Whitterspoon con voz queda.

Sandman sabía que se estaba ruborizando.

—Ustedes quieren el asunto resuelto rápidamente —prosiguió—, pero podrían haber imprevistos que requieran un desembolso. No puedo prever la naturaleza de tales imprevistos, pero... —se encogió de hombros y su voz se fue apagando de nuevo.

—Prendergast —Witherspoon miraba a Sandman, aunque le hablaba al empleado —, por favor, vaya al despacho del señor Hodge, presénteles mis respetos y pídale que nos avance quince guineas —calló, aún mirando a Sandman— en efectivo.

Encontraron el dinero, se lo entregaron, y se marchó del Departamento de Estado con los bolsillos llenos de oro. «Maldita pobreza», pensó, pero el alquiler era pagadero en La Gavilla y hacía tres días que no comía como es debido.

Pero ¡quince guineas! Ya se podía permitir una comida. Una comida, algo de vino y una tarde de críquet. Era una perspectiva tentadora, pero Sandman no era un hombre que faltase al deber. El trabajo como investigador del Departamento de Estado podía ser temporal, pero si acababa esa primera investigación rápidamente, podría conseguir otras asignaciones más lucrativas de lord Sidmouth, y éste era un resultado que deseaba con devoción, por lo que renunció a la comida, se olvidó del vino y pospuso el críquet.

Porque había un asesino que visitar y una confesión que obtener.

Así que Sandman se fue a buscarla.

En Old Bailey, una calle con forma de embudo que se estrechaba desde Newgate Street hasta Ludgate Hill, estaban desmontando el patíbulo. La tela negra que había cubierto la plataforma ya estaba plegada encima de una pequeña carreta y dos

hombres bajaban la pesada viga desde la cual se había ahorcado a las cuatro víctimas. Ya se estaban vendiendo a un penique los primeros periódicos que describían las ejecuciones y los delitos que las habían causado a los que quedaban de la muchedumbre de la mañana, que habían esperado para ver cómo Jemmy Botting sacaba los cuatro cadáveres del foso, los sentaba en el borde para sacarles las sogas y los colocaba en los ataúdes. Un puñado de espectadores había subido al patíbulo para que la mano de los muertos les tocara sus verrugas, forúnculos y tumores.

Por fin fueron llevados los ataúdes a la prisión, pero algunas personas se quedaron para ver cómo desmontaban el patíbulo. Dos vendedores ofrecían lo que decían que eran trozos de las sogas asesinas. Algunos letrados con peluca y toga negra se dirigían a toda prisa hacia la Posada del Cordero, La Urraca y el Tocón y a los tribunales de la Cámara de Sesiones, que se había construido al lado de la prisión. La calle se había abierto al tráfico de nuevo, por lo que Sandman tuvo que esquivar coches, carruajes y carretas para alcanzar la entrada de la prisión, donde esperaba encontrarse celadores y compuertas, en vez de un portero sin uniforme al final de las escaleras y docenas de personas yendo y viniendo. Las mujeres llevaban paquetes de comida, bebés y botellas de ginebra, cerveza o ron. Los niños corrían y gritaban, mientras dos camareros de La Urraca y el Tocón repartían comidas en bandejas de madera a los presos que podían permitirse sus servicios.

—¿Su señoría busca a alguien? —El portero, viendo la confusión de Sandman, se había abierto paso entre la multitud para salirle al encuentro.

—Estoy buscando a Charles Corday —respondió Sandman, y como el portero parecía confundido, añadió que trabajaba para el Departamento de Estado—. Me llamo Sandman —explicó—, capitán Sandman, y soy el investigador oficial de lord Sidmouth. —Sacó la carta con el impresionante sello del Departamento de Estado.

—¡Ah! —el portero no se interesó por la carta—. Usted ha sustituido al señor Talbott, que en paz descanse. Era un verdadero caballero, señor.

Sandman guardó la carta.

—¿Debería, quizá, presentar mis respetos al gobernador? —preguntó.

—Alcaide, señor, el señor Brown es el alcaide, señor, y no le agradecerá que le presente sus respetos, señor, si no es necesario. Simplemente entre, señor, y visite al preso. El señor Talbott, que en paz descanse, los llevaba a una de las cajas de sal vacías y allí tenía una pequeña charla. —El portero sonrió e hizo la pantomima de un puñetazo—. Un servidor de la verdad, el señor Talbott. Un gran hombre, como usted. ¿Cómo se llamaba su amigo?

—Corday.

—Está condenado, ¿verdad? Entonces lo encontrará en Press Yard, su señoría. ¿Lleva alguna pipa, señor?

—¿Una pipa?

—Una pistola, señor. ¿No? Algunos caballeros llevan, pero las armas no son aconsejables, señor, porque esos mal nacidos podrían dominarle. Y un consejo, capitán —el portero, cuyo aliento apestaba a ron, miró un momento hacia atrás y le agarró la solapa, para enfatizar sus palabras—, le dirá que no lo hizo, señor. Aquí no hay ni un culpable, ¡ni uno! No si usted les pregunta. Todos juran por sus madres que no lo hicieron, pero no es así. Son culpables. Todos —sonrió y le soltó la solapa—. ¿Lleva reloj, señor? ¿Sí? Mejor que no lleve nada que le puedan robar. Guárdelo aquí en el cajón, señor, bajo llave y vigilancia. A la vuelta de la esquina, señor, encontrará unas escaleras. Bájelas, señor, siga el túnel y no se preocupe por el olor. ¡Dejen pasar! —El último grito iba dirigido a toda la gente del vestíbulo, porque unos operarios, acompañados de tres vigilantes armados con porras, estaban sacando un ataúd de madera de la prisión—. Es la chica que han colgado esta mañana, señor —confió el portero a Sandman—. Se la llevan a los cirujanos. Los caballeros quieren a una joven para diseccionarla. Baje las escaleras, señor, y siga su olfato.

El olor de cuerpos sin lavar le recordó a Sandman los alojamientos españoles abarrotados de casacas rojas cansados, y el hedor se hizo incluso más nocivo al pasar por el túnel de piedra, que llevaba a otras escaleras que subían hasta un cuarto de guardia, al lado de una enorme compuerta barrada que conducía a Press Yard. Dos carceleros, armados con porras, guardaban la entrada.

—¿Charles Corday? —respondió uno cuando Sandman preguntó dónde podía encontrar al preso—. No le pasará inadvertido. Si no está en el patio, estará en la Sala de Reuniones —señaló una puerta abierta al otro lado del patio—. Parece una maldita cría, es por eso que no lo confundirá.

—¿Una cría?

El hombre abrió la compuerta.

—Parece una maldita muchacha, señor —aclaró con desdén—. ¿Es amigo suyo? —Sonrió con burla, pero la sonrisa desapareció cuando Sandman se giró y se lo quedó mirando—. No lo veo en el patio, señor —el carcelero había sido soldado, por lo que enderezó la espalda y se mostró respetuoso bajo la mirada de Sandman—, así que estará en la Sala de Reuniones, señor. Es aquella puerta, señor.

Press Yard era un espacio estrecho entre edificios altos y húmedos. La poca luz que llegaba al patio sobrepasaba la hilera de pinchos que coronaba la pared de Newgate Street, al lado de la cual una veintena de presos, fácilmente identificables por sus grilletes, estaban sentados con sus visitas. Unos niños jugaban alrededor de una alcantarilla abierta. Un ciego estaba sentado en los escalones que llevaban a las celdas, refunfuñando solo y rascándose las llagas de sus tobillos esposados. Un borracho, también encadenado, yacía durmiendo mientras una mujer, seguramente su esposa, lloraba en silencio a su lado. Creyó que Sandman era un hombre rico y le extendió una mano pidiendo limosna.

—Tened piedad de una mujer pobre, su señoría, tened piedad.

Sandman entró en la Sala de Reuniones, que era un enorme espacio repleto de mesas y bancos. Un fuego de carbón ardía en un gran hueco donde varias ollas de estofado colgaban de una barra. Las ollas eran removidas por dos mujeres que al parecer estaban cocinando para una docena de personas sentadas alrededor de una de las largas mesas. El único carcelero de la estancia, un hombre más bien joven armado con una porra, también estaba a la mesa, compartiendo una botella de ginebra y las risas, que desaparecieron de golpe cuando Sandman apareció. Entonces las demás mesas callaron y cuarenta o cincuenta personas se giraron para ver al recién llegado. Alguien escupió. Algo de Sandman, quizá su estatura, hablaba de autoridad y ése no era un sitio donde la autoridad fuese bienvenida.

—¡Corday! —gritó Sandman, con el típico tono de oficial—. ¡Busco a Charles Corday! —Nadie respondió—. ¡Corday! —volvió a gritar.

—¿Señor?

La voz que respondió era temblorosa y procedía del rincón más lejano y oscuro de la sala. Sandman se abrió paso entre las mesas para ver a una figura patética encogida contra la pared. Charles Corday era muy joven, de poco más de diecisiete años, extremadamente delgado y con una cara pálida enmarcada en largo cabello rubio que le hacía parecer, ciertamente, afeminado. Tenía largas pestañas, labios temblorosos y una oscura magulladura en una mejilla.

—¿Tú eres Charles Corday? —Sandman sintió una antipatía instintiva hacia el joven, quien parecía demasiado delicado y autocompasivo.

—Sí, señor. —El brazo de derecho de Corday estaba temblando.

—Levántate —ordenó Sandman. Corday parpadeó sorprendido por el tono de la orden, pero obedeció, estremeciéndose, ya que los grilletes le apretaban los tobillos—. He sido enviado por el secretario de Estado —continuó—, y necesito algún sitio privado donde podamos hablar. Podemos usar las celdas, quizá. ¿Podemos ir desde aquí? ¿O desde el patio?

—El patio, señor —respondió Corday, aunque no parecía haber entendido demasiado lo que le había dicho Sandman.

Condujo a Corday hasta la puerta.

—¿Es tu amante, Charlie? —preguntó un hombre—. ¿Viene a darte un abrazo de despedida, verdad?

El resto de los presos se echaron a reír, pero Sandman tenía la capacidad del oficial experimentado para saber cuándo soslayar la insubordinación, así que siguió andando, aunque cuando oyó chillar a Corday se giró y vio a un hombre de pelo grasiento y sin afeitar que le había agarrado del pelo como si fuese una correa.

—¡Te estoy hablando a ti, Charlie! —insistió el hombre. Le tiró del pelo, haciendo que el muchacho volviese a gritar—. ¡Danos un beso, Charlie! —pidió el

hombre—, ¡danos un beso!

Las mujeres de la mesa al lado del fuego reían de la situación de Corday.

—Déjalo —ordenó Sandman.

—Aquí tú no das las órdenes, amigo —gruñó el hombre sin afeitar—. Nadie da órdenes aquí, ya no hay más órdenes, no hasta que Jemmy venga a buscarnos, así que piérdete, amigo, vete a... —El hombre calló de repente y dio un extraño alarido—. ¡No! —gritó—. ¡No!

Rider Sandman siempre había sufrido de mal genio. Era algo que sabía y contra lo cual luchaba. En su vida diaria adoptaba un tono de gentil calma, usaba la cortesía mucho más de lo necesario, enaltecía la razón y la reafirmaba con la plegaria, y hacía todo esto porque temía su propio mal genio, aunque ni la plegaria, la razón ni la cortesía habían eliminado su mal carácter. Sus soldados habían descubierto que había un demonio en él. Era un verdadero demonio y sabían que no era un hombre al que contrariar, porque tenía un genio tan repentino y temible como una tormenta de rayos y centellas. Además, era un hombre alto y fuerte, lo suficientemente fuerte como para levantar al preso sin afeitar y estamparlo contra la pared con tanta violencia que la cabeza le rebotó en la piedra. Entonces el hombre gritó porque Sandman le había clavado un puñetazo en el vientre.

—Te digo que lo dejes —ordenó Sandman, bruscamente—. ¿No has oído lo que he dicho? ¿Eres sordo o sólo un maldito idiota? —Golpeó al hombre una, dos veces más; sus ojos centelleaban y su voz amenazaba con aún más violencia—. ¡Maldita sea! ¿Por qué clase de imbécil me tomas? —espetó al hombre—. ¡Contesta!

—¡Señor! —consiguió responder el hombre.

—Responde. ¡Maldita sea! —Tenía su mano derecha en el cuello del preso y lo estaba estrangulando, por lo que el otro no podía decir nada.

Había un silencio absoluto en la Sala de Reuniones. El hombre, que miraba a los furiosos ojos de Sandman, se estaba ahogando.

El carcelero, tan horrorizado por la fuerza de la ira de Sandman como el resto de presos, atravesó nerviosamente la sala.

—¿Señor? Le está estrangulando, señor.

—Le estoy matando —gruñó Sandman.

—Señor, por favor, señor.

De repente, Sandman entró en razón y soltó al preso.

—Si no puedes ser educado —le dijo al hombre medio estrangulado—, deberías callarte.

—No le diré ni una palabra más, señor —dijo el carcelero con preocupación—, le garantizo que no lo haré, señor.

—Vamos, Corday —ordenó Sandman, y se marchó bruscamente de la sala.

Hubo un suspiro de alivio cuando se fue.

—¿Quién diablos era? —consiguió decir el magullado preso, con dolor en el cuello.

—No lo había visto nunca.

—No tenía derecho a pegarme —protestó el prisionero, y sus amigos gruñeron su conformidad, aunque ninguno se atrevió a seguir a Sandman para debatir la cuestión.

Sandman condujo a un Corday aterrorizado a través de Press Yard hasta los escalones que llevaban a las quince cajas de sal. Las cinco celdas de la planta baja estaban siendo usadas por prostitutas y Sandman, a quien todavía le hervía la sangre, no se disculpó al interrumpirlas, sino que cerró las puertas de un portazo y subió las escaleras para encontrar una celda vacía en el primer piso.

—Aquí —le indicó a Corday.

El asustado joven se escabulló por delante de él. Sandman se estremeció por el hedor de esa antigua zona de la cárcel, que había sobrevivido a los incendios de las revueltas de Gordon^[3]. El resto de la prisión había quedado reducido a cenizas durante los disturbios, pero esas plantas solamente se habían chamuscado, y las cajas de sal parecían más bien mazmorras medievales que modernas celdas. Había una esterilla en el suelo, que servía evidentemente de colchón, un montón de sábanas para seis o siete personas se apilaban desordenadamente bajo una ventana de altos barrotes y un orinal sin vaciar apestaba en un rincón.

—Soy el capitán Rider Sandman —se volvió a presentar a Corday—, y el secretario de Estado me ha pedido que investigue tu caso.

—¿Por qué? —Corday, que se había arrellanado en el montón de sábanas, se armó de valor para preguntar.

—Tu madre tiene contactos —comentó Sandman brevemente, con el mal genio aún reciente.

—¿La reina ha hablado por mí? —Corday parecía esperanzado.

—Su Majestad ha solicitado que se confirme tu culpabilidad —respondió Sandman, a quien le faltaba el aire.

—Pero yo no soy culpable —protestó Corday.

—Ya has sido condenado —replicó Sandman—, así que tu culpabilidad ya no está en tela de juicio.

Sabía que sonaba insoportablemente pomposo, pero quería acabar con esa desagradable reunión para poder ir a jugar al críquet. Serían, pensó, las quince guineas que más rápido habría ganado jamás, porque no podía imaginarse a esa despreciable criatura resistiéndose a sus peticiones de que confesase. Corday parecía patético, afeminado y a punto de llorar. Llevaba una ropa mugrienta pero elegante: pantalones negros, medias blancas, una camisa blanca de volantes y un chaleco azul de seda, aunque no llevaba ni fular ni chaqueta. La ropa, sospechó Sandman, era mucho más cara que cualquier cosa que él mismo poseía, lo cual hacía que aumentase

su antipatía hacia Corday, cuya voz sonaba nasal, con un acento que revelaba pretensiones sociales. Un pequeño gimoteo advenedizo, juzgó Sandman instintivamente; era apenas un adulto y ya imitaba las maneras de sus mayores.

—¡Yo no lo hice! —protestó Corday de nuevo, y empezó a llorar. Se puso a gimotear, su voz lloriqueaba y las lágrimas le caían por sus pálidas mejillas.

Sandman se apoyó en la entrada de la celda. Su predecesor obviamente había sacado las confesiones a los prisioneros a golpes, pero Sandman no se imaginaba haciendo lo mismo. No era honrado y no podía hacerlo, lo cual significa que debía convencer al desgraciado muchacho de que le dijese la verdad, pero lo primero era hacer que parase de llorar.

—¿Por qué te haces llamar Corday —le preguntó, esperando distraerle—, si el apellido de tu madre es Cruttwell?

—No hay ninguna ley que lo prohíba —respondió Corday tratando de no llorar.

—¿Acaso he dicho que la hubiera?

—Soy retratista —dijo Corday enfurruñado, como si necesitase reafirmarse de ese hecho—, y los clientes prefieren pintores que tengan nombres franceses. Cruttwell no suena distinguido. ¿Dejará que Charlie Cruttwell le haga el retrato cuando puede contratar a monsieur Charles Corday?

—¿Eres pintor? —Sandman no podía esconder su sorpresa.

—¡Sí! —Corday, con los ojos enrojecidos de llorar, miró a Sandman con agresividad, y se vino debajo de nuevo—. Era el aprendiz de sir George Phillips.

—Es muy famoso —asintió Sandman, con desdén—, a pesar de tener un nombre prosaicamente inglés. Y sir Thomas Lawrence a mí no me suena muy francés.

—Creí que cambiarme el nombre ayudaría —subrayó Corday, malhumorado—, ¿importa?

—Importa que eres culpable —contestó Sandman, severamente— y, si no hay nada más, te enfrentarás al juicio de Dios con la conciencia clara, si lo confiesas.

Corday se quedó mirando a Sandman como si estuviese loco.

—¿Sabe de qué soy culpable? —preguntó finalmente—. Soy culpable de tener delirios de grandeza. Soy culpable de ser un pintor decente. Soy culpable de ser condenadamente mejor pintor que el maldito sir George Phillips, y soy culpable, Dios mío, cuán culpable soy, de ser estúpido, ¡pero yo no maté a la condesa de Avebury! ¡Yo no lo hice!

A Sandman no le gustaba el muchacho, pero sentía el peligro de ser condenado por su culpa, por eso se armó de valor para recordar las palabras de advertencia del portero de la prisión.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Dieciocho —respondió Corday.

—Dieciocho —repitió Sandman—. Dios se apiadará de tu juventud —comentó

—. Todos hacemos estupideces cuando somos jóvenes, y tú has hecho cosas terribles, pero Dios sopesará tu alma y todavía hay esperanza. No estarás condenado a los fuegos del infierno si confiesas y le imploras perdón a Dios.

—¿Perdón por qué? —preguntó Corday.

Sandman estaba tan desconcertado que no dijo nada.

Corday, con los ojos enrojecidos y la cara pálida, se quedó mirando al corpulento Sandman.

—Míreme —señaló—, ¿tengo el aspecto de un hombre con la fuerza para violar y matar a una mujer, incluso aunque quisiera? ¿Eh? —No lo tenía. Sandman debía admitirlo, al menos para sí, ya que Corday era una criatura débil e insignificante, enclenque y flaca, que volvía a llorar otra vez—. Todos son iguales —lloriqueó—. ¡Nadie escucha! ¡A nadie le importa! Mientras se ahorque a alguien, a nadie le importa.

—¡Deja de llorar, por Dios! —gruñó Sandman, e inmediatamente se censuró a sí mismo por dejarse vencer por su temperamento—. Lo siento —farfulló.

Esas dos palabras hicieron que Corday frunciera el ceño con desconcierto. Dejó de llorar, miró a Sandman y frunció el ceño de nuevo.

—Yo no lo hice —susurró—. Yo no lo hice.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Sandman, despreciándose a sí mismo por haber perdido el control de la entrevista.

—Yo la estaba pintando —respondió Corday—. El conde de Avebury quería un retrato de su esposa y le pidió a sir George que se lo hiciese.

—¿Se lo pidió a sir George y estabas tú pintándola? —Sandman se mostraba escéptico.

Corday, después de todo, sólo tenía dieciocho años mientras que sir George Phillips era conocido como el único rival de sir Thomas Lawrence.

Corday suspiró como si Sandman estuviera siendo deliberadamente obtuso.

—Sir George bebe —afirmó, con desdén—. Empieza con *Blackstrap*^[4] en el desayuno y empina el codo hasta la noche, lo cual significa que le tiembla la mano. Así que él bebe y yo pinto.

Sandman salió al pasillo para escapar del olor del orinal de la celda. Se preguntaba si estaba siendo un ingenuo, porque pensaba que Corday era curiosamente convincente.

—¿Pintabas en el estudio de sir George? —preguntó, no porque le importase, sino porque quería llenar el silencio.

—No —respondió Corday—. Su marido quería que el retrato estuviese situado en su dormitorio, así que lo hice allí. ¿Tiene usted idea de la molestia que significa eso? Hay que llevar el caballete, el lienzo, tizas, óleos, trapos, lápices, paños para el suelo, cuencos para hacer las mezclas y más trapos. Sin embargo, el conde de Avebury

pagaba por eso.

—¿Cuánto?

—Lo que sir George pudiese llevarse. ¿Ochocientas guineas? ¿Novecientas? A mí me ofreció cien. —Corday parecía resentido ante tales honorarios, aunque a Sandman le parecía una fortuna.

—¿Es normal pintar un retrato en el dormitorio de una dama? —preguntó Sandman con evidente desconcierto. Podía imaginarse a una mujer que quisiese ser pintada en un salón o bajo un árbol de un soleado jardín, pero el dormitorio le parecía una perversa elección.

—Tenía que ser un retrato de *boudoir* —comentó Corday, y aunque el término era nuevo para Sandman, entendió lo que significaba—. Están muy de moda —continuó—, porque hoy en día todas las mujeres quieren parecerse a la Paulina Bonaparte de Canova.

Sandman frunció el ceño.

—Me confundes.

Corday levantó sus ojos suplicantes al cielo ante tal ignorancia.

—El escultor Canova —explicó— hizo un retrato de la hermana del emperador, que es muy famosa, y toda belleza en Europa desea ser pintada en la misma postura. La mujer se reclina en una *chaise longue*, con una manzana en la mano izquierda y la cabeza apoyada en la derecha. —Corday, para vergüenza de Sandman, hizo una demostración de la postura—. Lo destacable —continuó el muchacho—, es que la mujer está desnuda de cintura para arriba. Y bastante de cintura para abajo.

—¿Así que la condesa estaba desnuda cuando la pintaste? —preguntó Sandman.

—No —Corday vaciló y se encogió de hombros—. Ella no debía saber que se la iba a pintar desnuda, así que llevaba un camisón. Íbamos a usar una modelo en el estudio para pintar los pechos.

—¿No lo sabía? —Sandman no se lo creía.

—Su marido quería un retrato —insistió Corday, con impaciencia—, y la quería desnuda, algo a lo que ella se hubiese negado; por eso le mintió. No le importaba hacerse un retrato de *boudoir*, pero no se iba a desnudar ante cualquiera, así que íbamos a inventarlo, y yo estaba empezando el trabajo preliminar, el dibujo y las tintas. Un dibujo al carboncillo con unos pocos toques de color: las colchas, el papel de la pared, y el cabello y la piel de la señora. Menuda zorra.

Sandman sintió renacer sus esperanzas, ya que sus últimas palabras habían sido malévolas, justo lo que esperaba de un asesino hablando de su víctima.

—¿No te gustaba?

—¿A mí? ¡La detestaba! —Corday escupió—. ¡Era una falsa de dudosa reputación! —Quería decir que era una cortesana, una prostituta de lujo—. Un par de tetas, sólo eso —Corday la degradó salvajemente—. Pero que no me gustase no me

convierte en un violador y un asesino. Además, ¿realmente cree que una mujer como la condesa de Avebury permitiría a un aprendiz de pintor estar a solas con ella? Estuvo siempre acompañada por una doncella cuando la pintaba. ¿Cómo podría haberla violado o asesinado?

—¿Había una doncella? —preguntó Sandman.

—Por supuesto —insistió Corday con desdén—, una fea zorra llamada Meg.

Sandman estaba ya totalmente desconcertado.

—Y me imagino que Meg testificó en tu juicio.

—Meg ha desaparecido —contestó Corday, cansado—, por eso me van a ahorcar. —Miró a Sandman—. ¿Usted no me cree, verdad? Cree que me lo estoy inventando. Pero había una doncella que se llamaba Meg y estuvo allí y cuando se celebró el juicio no la encontraron. —Había hablado con actitud desafiante, pero su comportamiento cambió de repente y comenzó a llorar de nuevo—. ¿Duele? —preguntó—. Sé que duele. ¡Seguro!

Sandman bajó la mirada al suelo.

—¿Dónde estaba la casa?

—En Mount Street —Corday estaba encorvado y sollozando— está justo...

—Ya sé dónde está Mount Street —le interrumpió Sandman, un tanto bruscamente. Le apenaban las lágrimas de Corday, pero perseveró haciendo preguntas motivadas por la simple curiosidad—. ¿Y tú admites que estuviste en casa de la condesa el día en que fue asesinada?

—¡Estuve allí justo antes de que fuese asesinada! —respondió Corday—. Había escaleras traseras, para el servicio, y alguien llamó a esa puerta. Un golpeteo deliberado, una señal; la condesa se puso nerviosa e insistió en que me marchase inmediatamente. Así que Meg me acompañó hasta abajo por las escaleras de delante y me mostró la puerta. Tuve que dejarlo todo: las pinturas, el lienzo, todo, y eso convenció a los agentes de que era culpable. Así que al cabo de una hora llegaron y me detuvieron en el estudio de sir George.

—¿Quién envió a los agentes?

Corday se encogió de hombros indicando que no lo sabía.

—¿Meg? ¿Alguna otra criada? Y los agentes te encontraron en el estudio de sir George. ¿Que está dónde?

—En Sackville Street. Encima de los Gray, los joyeros. —Corday miró a Sandman con los ojos enrojecidos—. ¿Lleva una navaja?

—No.

—Porque si la lleva, le ruego que me la dé. ¡Démela! ¡Prefiero cortarme las venas que quedarme aquí! ¡Yo no hice nada, NADA! ¡Y encima me pegan y abusan de mí todos los días, y en una semana me ahorcarán! ¿Por qué esperar una semana? Ya estoy en el infierno. ¡Estoy en el infierno!

Sandman se aclaró la voz.

—¿Por qué no te quedas aquí, en las celdas? Aquí estarás solo.

—¿Solo? ¡Estaré solo durante dos minutos! Es más seguro abajo, donde al menos hay testigos —Corday se secó las lágrimas con la manga—. ¿Qué hará ahora?

Sandman estaba desconcertado. Esperaba haber escuchado una confesión y después volver a La Gavilla y escribir un respetable informe. En vez de eso, estaba confundido.

—Ha dicho que el secretario de Estado quería que usted hiciese investigaciones. ¿Las hará? —La mirada de Corday era desafiante, pero se hundió de nuevo—. A usted no le importa. ¡A nadie le importa!

—Haré las investigaciones —respondió Sandman con brusquedad. Ya no podía soportar más el hedor, las lágrimas y la miseria, y se marchó corriendo por las escaleras. Salió al aire fresco de Press Yard y por un momento sintió pánico de que los carceleros no le abriesen la compuerta que conducía al túnel, pero, por supuesto, lo hicieron.

El portero abrió su cajón y sacó el reloj de Sandman, un Breguet chapado en oro que había sido un regalo de Eleanor. Sandman había intentado devolverle el reloj con sus cartas, pero ella se había negado a aceptarlo.

—¿Ha encontrado al hombre, señor? —preguntó el portero.

—Así es.

—Y se habrá inventado una historia, seguro. —El portero se rió—. Se ha inventado una excusa, ¿eh? Le pueden tomar a uno el pelo, señor, muy fácilmente. Pero hay una manera fácil de saber cuándo miente un condenado, señor, una manera fácil.

—Y supongo que debo escucharla —añadió Sandman.

—Hablan, señor, así es como se puede decir que están mintiendo, porque hablan.

El portero pensó que era un buen chiste y soltó unas carcajadas mientras Sandman bajaba por los escalones hasta Old Bailey.

Se paró en la acera, olvidándose de la multitud que iba y venía. Se sentía envilecido por la prisión. Abrió la tapa del reloj Breguet y vio que eran las dos y media pasadas; se preguntaba a dónde había ido a parar el día. «Para Rider», decía la inscripción de Eleanor que había en la tapa del reloj, «*in aeternam*», y esa, a todas luces, falsa promesa no mejoró su estado de ánimo. Cerró el reloj justo cuando un obrero le gritaba que tuviese cuidado. La trampilla, el pabellón y la escalera del patíbulo ya habían sido desmantelados y en esos momentos el revestimiento machihembrado que cubría la plataforma estaba siendo desmontado y las tablas iban cayendo peligrosamente cerca de Sandman. Un carretero que transportaba una enorme pila de ladrillos azuzaba a los caballos con fuerza, aunque los animales no podían avanzar ante el embrollo de vehículos que bloqueaban la calle.

Finalmente Sandman se metió el reloj en el bolsillo y caminó en dirección norte. Estaba en un dilema. Corday había sido declarado culpable y, sin embargo, aunque no le gustaba el joven en absoluto, su historia era creíble. Sin duda el portero tenía razón y cada preso de Newgate estaba convencido de su inocencia, pero Sandman no era un ingenuo. Había dirigido a una compañía de soldados con consumada habilidad y creía que sabía cuándo alguien estaba diciendo la verdad. Si Corday era inocente, las quince guineas que llenaban los bolsillos de Sandman no serían tan rápidas ni fáciles de ganar.

Decidió que necesitaba un consejo.

Así que se fue a ver cómo jugaban a críquet.

Capítulo 2

Sandman llegó a Bunhill Row justo antes de que los relojes de la ciudad dieran las tres; el tañido de las campanas ahogaba momentáneamente el sonido del bate contra la bola, las ovaciones y los aplausos de los espectadores. Parecía un gran gentío y, a juzgar por los gritos, un buen partido. El guardián le hizo señas de que entrase.

—No necesito tus seis peniques, capitán.

—Deberías, Joe.

—Sí, y tú deberías estar jugando, capitán.

Joe Mallock, guardián de Artillery Ground, había bateado para los mejores clubes de Londres antes de que los dolores en las articulaciones le dejasen débil, y recordaba bien uno de sus últimos partidos, cuando un joven oficial del ejército, poco más que un crío, había bateado su lanzamiento fuera de los jardines de New Road, en Marylebone.

—Hace demasiado que no te vemos batear, capitán.

—Ya no soy un jovencito, Joe.

—¿Que ya no eres un jovencito, muchacho? ¡Ya no eres un jovencito, dices! Si ni siquiera has cumplido los treinta. Venga, entra. Lo último que he oído es que Inglaterra llevaba cincuenta y seis carreras, con sólo cuatro de una vez. ¡Te necesitan!

Una escandalosa burla le valió la entrada, mientras caminaba hasta la línea del terreno de juego. El once del marqués de Canfield jugaba contra el equipo de Inglaterra, y a uno de los jugadores de campo del marqués se le había escapado una bola fácil; en esos momentos soportaba el desprecio de la multitud. «¡Patoso! — gritaban—. ¡Dadle un cubo!»

Sandman miró el marcador y vio que Inglaterra, en la segunda entrada, ganaba sólo por dieciséis carreras y aún le quedaban cuatro bateadores. La mayoría del público animaba al once de Inglaterra y recibió con gran ovación un buen golpe que envió rápidamente la bola hacia el otro extremo del campo. El lanzador del marqués, un gigante barbudo, escupió en el césped y levantó la mirada al cielo, como si no oyese los gritos del público. Sandman miró al bateador, Budd, caminar hasta la portería^[5] y apisonar una pequeña parcela de fina hierba.

Sandman se paseó por delante de los carruajes aparcados frente al terreno de juego. El marqués de Canfield, de barba y cabello blancos, que estaba instalado con un telescopio en un landó, le saludó secamente con la cabeza y deliberadamente apartó la mirada. Un año antes, antes de la desgracia del padre de Sandman, el marqués le habría llamado para saludarlo, habría insistido en compartir unos momentos de charla y le habría rogado que jugase en su equipo, pero en el presente el nombre de Sandman tenía mala reputación y el marqués le había evitado a propósito. Pero entonces, desde lejos, y como si de una recompensa se tratase, una mano se

agitaba vigorosamente desde otro carruaje y una ansiosa voz le saludaba a gritos.

—¡Rider! ¡Aquí! ¡Rider!

La mano y la voz eran de un joven alto y desgreñado, extremadamente delgado, muy huesudo, desgarbado y vestido de negro que fumaba una pipa de porcelana de la que le iba cayendo ceniza en el chaleco y la chaqueta. Su cabello rojo necesitaba un buen par de tijeras, ya que le caía sobre la cara de nariz larga y a los lados de un cuello amplio y pasado de moda.

—Baja la escala del carruaje —le ordenó—, venga, sube. Llegas tardísimo. Heydell ha marcado treinta y cuatro en la primera entrada y ellos también han anotado bastante. ¿Qué tal estás, amigo mío? Fowkes está lanzando bastante bien, pero falla un poco en el juego exterior. Budd está bateando, y aquél que acaba de entrar se llama Fellowes y no sé nada de él. Deberías estar jugando. Tú también estás pálido. ¿Ya comes como es debido?

—Como —respondió Sandman—, ¿y tú?

—«Dios me protege, en su inmensa sabiduría Él me protege.» —El reverendo lord Alexander Pleydell se recostó en su asiento—. Ya veo que mi padre te evita.

—Me ha saludado con la cabeza.

—¿Ah, sí? ¡Ah! Qué elegancia. ¿Es cierto que jugaste para sir John Hart?

—Jugué y perdí —contestó Sandman con amargura—. Estaban sobornados.

—¡Querido Rider! ¡Te advertí acerca de sir John! El hombre no es más que codicia. Sólo te quería para que jugaras y todo el mundo pensara que su equipo era incorruptible, y funcionó, ¿no es así? Espero que te pagara bien, porque debió de ganar bastante dinero contigo. ¿Quieres un poco de té? Por supuesto que quieres. Me parece que le diré a Hughes que nos traiga té y un poco de pastel del puesto de la señora Hillman, ¿vale? Budd está mejor que nunca, ¿verdad? ¡Menudo bateador está hecho! ¿Has cogido alguna vez su bate? ¡Es un garrote, una porra! ¡Oh, bien hecho! ¡Bien golpeado! ¡Duro con ellos, duro con ellos! —estaba animando a Inglaterra en voz bien alta, para que su padre, cuyo equipo era el adversario, lo oyese—. ¡Estupendo! ¡Bien hecho! Hughes, querido amigo, ¿dónele estás?

Hughes, el criado de lord Alexander, se acercó al carruaje.

—¿Milord?

—Saluda al capitán Sandman, Hughes, y creo que nos atreveremos con el té de la señora, ¿verdad? Y quizá un trozo de su pastel de albaricoque —le puso unas monedas en la mano—. ¿Qué dicen las apuestas, Hughes?

—Sin duda favorecen al once de su padre, milord.

Lord Alexander le puso dos monedas más en la mano.

—El capitán Sandman y yo apostaremos una guinea cada uno a favor de Inglaterra.

—No puedo permitirme tal cosa —protestó Sandman—, y, además, detesto

jugarme el dinero en el críquet.

—No seas pedante —le acusó lord Alexander—, no estamos sobornando a los jugadores, sino arriesgando el dinero al reconocerles su habilidad. Estás pálido de verdad, Rider, ¿estás enfermo? ¿Cólera, a lo mejor? ¿La peste? ¿La tisis, quizá?

—Fiebre de prisión.

—¡Amigo mío! —Lord Alexander parecía aterrorizado—. ¿Fiebre de prisión? Por Dios, siéntate.

El carruaje se balanceó cuando Sandman se sentó al lado de su amigo. Habían ido a la misma escuela, donde se habían hecho amigos inseparables y donde Sandman, que siempre había destacado en los juegos y era uno de los héroes de la escuela, había protegido a lord Alexander de los bravucones que creían que el pie deforme de su señoría le convertía en objeto de ridículo. Sandman, al dejar la escuela, había conseguido una comisión en infantería, mientras que lord Alexander, segundo hijo del marqués de Canfield, se había ido a Oxford, donde había conseguido dos matrículas de honor durante el primer año en el que se premiaban.

—No me digas que has estado preso —reprendió a Sandman.

Éste sonrió y le enseñó la carta del Departamento de Estado; después le describió la mañana, aunque la narración de su historia era interrumpida constantemente por las exclamaciones de elogio o burla que lord Alexander dirigía a los jugadores, muchas de las cuales con la boca llena de pastel de albaricoque de la señora Hillman, que su señoría reducía a un montón de migas que se mezclaban con la ceniza del chaleco. Al lado de su silla tenía una bolsa llena de pipas de porcelana, y tan pronto como se llenaba una, cogía otra y le daba a la piedra de lumbre. Las chispas de la piedra saltaban sobre su chaqueta y sobre el asiento de piel del carruaje, donde se apagaban mientras su señoría daba caladas a la pipa.

—Debo decir —comentó cuando hubo considerado el relato de Sandman— que creo bastante improbable que el joven Corday sea culpable.

—Pero ha sido procesado.

—¡Mi querido Rider! ¡Mi querido, querido Rider! Rider, Rider, Rider. ¡Rider! ¿Has asistido alguna vez a las sesiones de Old Bailey? Por supuesto que no, has estado demasiado ocupado calentando a los franceses, pobre desdichado. Pero me atrevo a decir que en una semana esos cuatro jueces liquidan un centenar de casos. ¿Cinco al día, cada uno? A menudo son más. ¡La gente no tiene un juicio de verdad; los arrastran por el túnel desde Newgate, llegan parpadeando a la Cámara de Sesiones, son golpeados como animales y deben caminar con grilletes! ¡No hay justicia!

—Son defendidos, supongo.

Lord Alexander miró a su amigo con cara indignada.

—Los juicios no son tu consejo de guerra, Rider. ¡Esto es Inglaterra! ¿Qué

abogado defenderá a un joven sin un céntimo acusado de robar ovejas?

—Corday no está sin un céntimo.

—Pero apuesto a que no es rico. Por Dios, Rider, la mujer fue encontrada desnuda, bañada en sangre y con su espátula clavada en el cuello.

A Sandman, que miraba a los bateadores anotar un tanto rápido después de que un golpe poco elegante enviase la bola a la portería contraria, le hizo gracia que su amigo supiese los detalles del crimen de Corday, lo que daba a entender que lord Alexander, cuando no estaba entre volúmenes de filosofía, teología y literatura, hojeaba los periódicos del vulgo que describían los crímenes más violentos del país.

—Entonces estás sugiriendo que Corday es culpable —insinuó Sandman.

—No, Rider, estoy sugiriendo que parece culpable, que es diferente. Y en cualquier sistema de justicia respetable podríamos concebir maneras de distinguir entre la apariencia y la realidad de la culpabilidad. Pero no en la sala de sir John Silvester. El hombre es un animal, un animal inconsciente. ¡Oh, bien bateado, Budd, bien bateado! ¡Corre, hombre, corre! ¡No te entretengas! —Su señoría cogió otra pipa y se dio lumbre—. Todo el sistema —farfulló entre caladas— es pernicioso. ¡Pernicioso! Sentencian a cien personas a la horca, pero sólo matan a diez porque al resto le han conmutado las sentencias. ¿Y cómo consigues una conmutación? Pues haciendo que un hacendado, un clérigo o un noble firmen la petición. ¿Y qué pasa si no conoces a gente tan elevada? Pues que te colgarán. Te colgarán. ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¿Has visto eso? ¡Han eliminado a Fellowes, por Dios! ¡Menudo bateador! ¡Cierra los ojos y le intenta dar! Deberían colgarlo. ¿Ves, Rider, lo que está pasando? La sociedad, o sea, la gente respetable, tú y yo, bueno, al menos tú, ha ideado una manera de mantener a las clases bajas controladas. Les hacemos depender de nuestra piedad y nuestra bondadosa amabilidad. Les condenamos a la horca, después les perdonamos la vida y se supone que deben estarnos agradecidos. ¡Agradecidos! Es pernicioso. —Lord Alexander estaba completamente exaltado. Se frotaba las largas manos con nerviosismo y el pelo, bastante alborotado, se despeinaba aún más—. Esos condenados *tories*... —miró a Sandman, incluyéndolo en su condena—. ¡Es completamente pernicioso! —Frunció el ceño un instante y le vino una feliz idea a la cabeza—. ¡Tú y yo, Rider, asistiremos a una ejecución!

—¡No!

—Es tu deber, amigo mío. Ahora que eres un funcionario de este opresivo Estado, deberías saber qué brutalidad les espera a esas almas inocentes. Escribiré al alcaide de Newgate y solicitaré que tengamos acceso privilegiado en la próxima ejecución. Oh, cambian al lanzador. Dicen que ese tipo la lanza con astucia. ¿Vendrás a cenar conmigo esta noche?

—¿En Hampstead?

—Por supuesto, en Hampstead —respondió lord Alexander—, allí es donde como

y duermo, Rider.

—Entonces, no.

Lord Alexander suspiró. Había intentado desesperadamente convencer a Sandman para que se mudase a su casa, y éste había estado tentado, porque el padre de lord Alexander, a pesar de estar en desacuerdo con los pensamientos radicales de su hijo, le pasaba una mensualidad que le permitía disfrutar de un carruaje, establos, criados y de una excepcional biblioteca, pero Sandman había aprendido que pasar más de unas cuantas horas en compañía de su amigo era acabar discutiendo amargamente. Era mejor, mucho mejor, ser independiente.

—Vi a Eleanor el sábado pasado —comentó lord Alexander con su falta de tacto habitual.

—Espero que esté bien.

—Estoy seguro que sí, pero creo que no se lo pregunté. Pero, entonces, ¿por qué debería uno preguntar? Parece tan redundante... Obviamente no se estaba muriendo, tenía buen aspecto, así que ¿por qué debía preguntar? ¿Recuerdas los *Principios* de Paley?

—¿Es un libro? —preguntó Sandman, que obtuvo a cambio una mirada de incredulidad—. No lo he leído —añadió precipitadamente.

—¿Qué has estado haciendo con tu vida? —recriminó lord Alexander con irritación—. Te lo dejaré, pero sólo para que entiendas los viles argumentos que se dan en favor del patíbulo. ¿Sabías que —lord Alexander recalcó sus palabras golpeando a Sandman con la boquilla de la pipa— Paley aprobaba ahorcar a inocentes con las engañosas premisas de que la pena capital es una necesidad, de que los errores no se pueden evitar en un mundo imperfecto y de que, además, los que no tienen culpa sufren para que la sociedad sea más segura? Los inocentes que son ejecutados así se convierten en un sacrificio inevitable, por no decir lamentable. ¿Puedes dar crédito a semejante argumento? ¡Deberían haber colgado a Paley por eso!

—Era clérigo, creo —señaló Sandman, aplaudiendo un toque sutil que envió a un jugador de campo a correr hacia la línea que daba a Chiswell Street.

—Por supuesto que era clérigo, pero ¿qué tiene que ver con eso? Yo soy clérigo. ¿Es que eso da a mis argumentos poder divino? A veces eres absurdo. —Lord Alexander había roto la boquilla de la pipa mientras azuzaba a su amigo y tuvo que encender otra—. Reconozco que Thomas Jefferson trata el mismo tema, por supuesto, pero su argumento me parece más elegante que el de Paley.

—Es significativo —insinuó Sandman— que Jefferson sea uno de tus héroes y sea incapaz de hacer nada mal.

—Soy más crítico de lo que crees —contestó su amigo, de mal humor—, e incluso debes admitir que Jefferson tiene razones políticas para sus ideas.

—Lo que hace que sean más censurables —replicó Sandman—. Te estás quemando.

—Es cierto. —Lord Alexander se sacudió la chaqueta—. Eleanor preguntó por ti, que yo recuerde.

—¿Ah, sí?

—¿No te lo acabo de decir? Y le dije que sin duda estabas en buena forma. Oh, bien golpeado, bien golpeado. ¡Budd batea casi tan fuerte como tú! Nos vimos en el Egyptian Hall. Había una conferencia sobre —calló, frunciendo el ceño mientras miraba al bateador—, válgame Dios, he olvidado por qué fui, pero Eleanor estaba con el doctor Vaux y su esposa. Dios mío, ese hombre es imbécil.

—¿Vaux?

—¡No, el bateador nuevo! ¡No sirve de nada pegar con el bate al aire! ¡Batea, hombre, batea, está hecho para eso! Eleanor tenía un mensaje para ti.

—¿Ah, sí? —El pulso de Sandman se aceleró. Su compromiso con Eleanor se había roto, pero todavía estaba enamorado de ella—. ¿Qué?

—¿Qué? —lord Alexander frunció el ceño—. Se me ha ido de la cabeza, Rider, se me ha ido completamente. Por Dios. Pero no debió de ser nada importante. No era importante para nada. Y en cuanto a la condesa de Avebury... —se encogió de hombros, evidentemente incapaz de expresar ninguna opinión sobre la mujer asesinada.

—¿Qué pasa con la señora? —preguntó Sandman, sabiendo que sería inútil hacerle recordar el mensaje de Eleanor.

—¡Señora! ¡Ja! —La exclamación de lord Alexander fue tan alta que atrajo la mirada de un centenar de espectadores—. Aquella bruja —soltó, y entonces recordó que era sacerdote—. Pobre mujer, aunque fue trasladada a un sitio más agradable, sin duda. Si alguien la quería muerta, creo que sería su marido. ¡Al condenado le pesarían demasiado los cuernos!

—¿Crees que la mató el conde? —preguntó Sandman.

—Estaban separados, Rider, ¿no es eso un indicio?

—¿Separados?

—Pareces sorprendido. ¿Puede uno preguntarse la razón? La mitad de los maridos de Inglaterra parecen estar separados de sus mujeres. No es una situación poco común.

Sandman estaba sorprendido porque podría haber asegurado que Corday le había dicho que el conde había encargado el retrato de su esposa, pero ¿por qué iba a hacer tal cosa si estaban separados?

—¿Estás seguro de que estaban separados?

—Lo sé de buena fuente —respondió lord Alexander a la defensiva—. Soy amigo del hijo del conde. Christopher, así se llama, y es un hombre de lo más cordial. Estaba

en Brasenose cuando yo estaba en Trinity.

—¿Cordial? —preguntó Sandman. Parecía una palabra extraña.

—¡Oh, mucho! —respondió Alexander, enérgicamente—. Recuerdo que estudié una carrera extremadamente respetable y se marchó con Lasalle a la Sorbona. Su campo es la etimología.

—¿Los bichos?

—Las palabras, Rider, las palabras —lord Alexander miró al cielo ante la ignorancia de Sandman—. El estudio del origen de las palabras. Siempre he pensado que no es un campo serio, pero Christopher parecía creer que había trabajo que hacer. La muerta, por cierto, era su madrastra.

—¿Te habló de ella alguna vez?

—Hablábamos de cosas serias —respondió Alexander en tono reprobatorio—, pero, naturalmente, en el curso de cualquier charla, uno se enteraba de trivialidades. Te puedo decir que había poco amor en esa familia. El padre despreciaba al hijo, odiaba a su esposa, ésta detestaba a su marido y el hijo estaba amargamente predispuesto contra los dos. Debo decir que los condes de Avebury son un claro ejemplo de los peligros de la vida familiar. ¡Oh, bien golpeado! ¡Bien golpeado! ¡Qué bueno! ¡Bien hecho! ¡Corre, corre!

Sandman aplaudió al bateador y sorbió el té que le quedaba.

—Me sorprende saber que los condes estuviesen separados —observó—, porque Corday afirma que el conde encargó el retrato. ¿Por qué iba a hacer tal cosa si estaban separados?

—Eso debes preguntárselo a él —contestó lord Alexander—, aunque si te sirve de algo, creo que Avebury, aunque celoso, todavía estaba enamorado de ella. Ella era una renombrada belleza y él es un renombrado imbécil. Ojo, Rider, que yo no acuso a nadie. Tan sólo afirmo que si alguien quería a la dama muerta, podía ser su marido perfectamente, aunque dudo que le diera el golpe fatal él mismo. Incluso Avebury es lo suficientemente sensato como para haber contratado a alguien para hacer el trabajo sucio. Con lo cual es un mártir. ¡Oh, buen golpe! ¡Buen golpe! ¡Duro con ellos! ¡Duro con ellos!

—¿Su hijo todavía está en París?

—Volvió. Lo veo de tanto en tanto, aunque no tenemos tanto trato como cuando estábamos en Oxford. ¡Mira eso! ¡Juguetea con el bate! ¡De qué sirve atizar a las bolas!

—¿Podrías presentármelo?

—¿El hijo de Avebury? Supongo que sí.

El partido acabó a las ocho y media pasadas, cuando el equipo del marqués, que sólo necesitaba noventa y tres carreras para ganar, se vino abajo. Su derrota complació a lord Alexander, pero hizo sospechar a Sandman que otra vez el soborno

había arruinado el juego. No podía probarlo, y lord Alexander se burló de la sospecha y no quiso saber nada cuando Sandman intentó rechazar sus ganancias de las apuestas.

—Por supuesto que te lo quedas —insistió lord Alexander—. ¿Aún te hospedas en La Gavilla? ¿Sabes que es una taberna de germanía?

—Lo sé ahora —admitió Sandman.

—¿Por qué no cenamos allí? Así aprenderé algo de su popular germanía, aunque supongo que toda germanía es popular. ¿Hughes? Manda traer los caballos del carruaje, y dile a Williams que nos vamos a Drury Lane.

La germanía era el argot de los delincuentes de Londres y la etiqueta con la que se conocía su lenguaje. Nadie robaba carteras, sino que se pulía algo, desplumaba un pavo o pegaba el tirón. La prisión era el encierro o estar a la sombra, Newgate era la Taberna de la Cabeza del Rey y sus carceleros los grilleros. Un buen hombre era un ostentoso bribón y su víctima un mudo. A lord Alexander lo consideraron un mudo, pero uno genial. Aprendió el argot y pagó por las palabras comprando cerveza y ginebra, y no se marchó hasta pasada la medianoche. Fue entonces cuando Sally Hood volvía a casa del brazo de su hermano, ambos borrachos, y pasaron por delante de lord Alexander, que estaba apoyado en su carruaje, el cual creía que era realmente un purasangre y sus linternas un par de luceros. Se aguantaba de pie sujetándose a una rueda, cuando Sally pasó a toda prisa. Se la quedó mirando boquiabierto.

—Estoy enamorado, Rider —declaró a voz en grito.

Sally miró hacia atrás y le dedicó a Sandman una deslumbrante sonrisa.

—No estás enamorado, Alexander —rectificó Sandman, con firmeza.

Lord Alexander siguió mirando a Sally hasta que desapareció tras la puerta principal de La Gavilla.

—Estoy enamorado —insistió lord Alexander—. He sido alcanzado por la flecha de Cupido. Estoy prendado. Soy un enamorado.

—Lo que eres es un clérigo muy borracho, Alexander.

—Soy un clérigo muy borracho enamorado. ¿Conoces a la dama? ¿Puedes conseguirme una cita? —Se tambaleó hacia Sally, pero su pie deforme resbaló con los adoquines y cayó cuan largo era—. ¡Insisto, Rider! —gritó desde el suelo—. Insisto en presentar mis respetos a la dama. Deseo casarme con ella.

En realidad, estaba tan borracho que no se tenía en pie, pero Sandman, Hughes y el cochero consiguieron colocar a su señoría en su carruaje y, con sus luceros titilantes, se marchó trotando en dirección norte.

Llovía a la mañana siguiente y todo Londres parecía estar de mal humor. Sandman tenía dolor de cabeza, ardor de estómago y el recuerdo de lord Alexander cantando la canción de la horca que le habían enseñado en el bar.

Y ahora me voy al infierno, me voy al infierno,
y es lo mejor, es lo mejor.
Si te vas allí a vivir, allí a vivir,
maldice tus ojos.

Tenía la melodía grabada en la memoria y no podía quitársela de la cabeza mientras se afeitaba y cuando se preparaba té en el fuego de la habitación trasera, donde a los inquilinos se les permitía hervirse el agua. Sally entró corriendo, con el pelo despeinado, pero con el vestido ya abrochado. Se sirvió una taza de agua y la alzó en fingido brindis.

—El desayuno —le anunció a Sandman, y sonrió—. He oído que estaba muy alegre anoche.

—Buenos días, señorita Hood —gruñó Sandman.

Ella se echó a reír.

—¿Quién era aquel tipo tullido con el que estaba?

—Es amigo mío —respondió Sandman—, el reverendo lord Alexander Pleydell, Maestro en las Artes, el segundo hijo de los marqueses de Canfield.

Sally se quedó mirando a Sandman.

—Me está engañando.

—Le prometo que no.

—Dijo que se había enamorado de mí.

Sandman esperaba que ella no hubiese oído nada.

—Y sin duda esta mañana, señorita Hood —aseguró—, cuando esté sobrio, seguirá enamorado de usted.

Sally se rió del tacto de Sandman.

—¿De verdad es reverendo? No viste como tal.

—Recibió las órdenes cuando dejó Oxford —explicó Sandman—, pero me parece que más bien lo hizo para enojar a su padre. O quizá, por aquel entonces, deseaba convertirse en miembro de su universidad. Pero nunca se ha ganado la vida. No necesita ninguna parroquia ni ningún otro tipo de trabajo, porque su padre es rico. Dice que está escribiendo un libro, pero no he visto nada al respecto.

Sally se bebió el agua e hizo una mueca de asco, por el sabor. «¿Un reverendo rico tullido?», pensó por un momento, y sonrió con malicia.

—¿Está casado?

—No —respondió Sandman, sin añadir que Alexander se enamoraba regularmente de cualquier dependienta guapa que viese.

—Bueno, podía vivir en un infierno con alguien mucho peor que un clérigo lisiado, ¿no? —observó Sally, y suspiró mientras el reloj daba las nueve—. Ay, Señor,

llego tarde. A ese cabrón para el que trabajo le gusta empezar temprano. —Se fue corriendo.

Sandman se puso el sobretodo y se marchó hacia Mount Street. A investigar, le había animado Alexander, y eso haría. Tenía seis días para descubrir la verdad, y decidió que empezaría con la criada desaparecida, Meg. Si ella existía, ya que en aquella húmeda mañana Sandman dudaba de la historia de Corday, podría acabar con su confusión al afirmar o desmentir la historia del pintor. Subió a toda prisa por New Bond Street, pero entonces se dio cuenta de que debía pasar por delante de la casa de Eleanor en Davies Street, y como no quería que nadie pensara que estaba siendo importuno, la evitó dando un largo rodeo, con lo cual, al llegar a la casa en Mount Street donde había tenido lugar el asesinato, estaba empapado hasta los huesos.

Fue bastante sencillo saber cuál era la casa de ciudad del conde de Avebury, porque incluso con ese tiempo y a pesar de los pocos peatones, una vendedora de periódicos se guarecía bajo una lona, en un esfuerzo de pregonar sus mercancías justo delante de la casa del asesinato.

—La historia de un asesinato, señor —le ofreció a Sandman—, por sólo un penique. Un horrible asesinato, señor.

—Dame uno.

Sandman esperó mientras ella intentaba sacar un ejemplar de su bolsa de lona, después subió los escalones y llamó a la puerta principal. Las ventanas de la casa estaban con los postigos cerrados, pero eso significaba poco. Mucha gente, que se quedaba en Londres fuera de temporada, cerraba los postigos para aparentar que se había ido al campo, aunque parecía que la casa estaba realmente vacía, ya que la llamada de Sandman no sirvió de nada.

—No hay nadie en la casa —comentó la mujer que vendía los periódicos—, no ha habido nadie desde el asesinato, señor.

Un barrendero que pasaba, atraído por el golpeteo de Sandman, se había acercado a la casa y también confirmaba que estaba vacía.

—¿Pero es ésta la casa del conde de Avebury? —preguntó Sandman.

—Sí, señor, así es —el barrendero, un niño de unos diez años, esperaba una propina—, y está vacía, su señoría.

—Había una criada aquí —señaló Sandman— que se llamaba Meg. ¿La conocías?

El barrendero negó con la cabeza.

—No conozco a ninguna, señoría.

Otros dos muchachos, ambos pagados para barrer el estiércol de caballo de las calles, se habían unido al barrendero.

—Se marcharon —comentó uno de ellos.

Un sereno, con su bastón de vigilante, se quedó mirando a Sandman boquiabierto,

pero no intervino, y justo entonces la puerta principal de la casa de al lado se abrió y apareció en la entrada una mujer de mediana edad, vestida con poca gracia. Tembló debido a la lluvia, miró con nerviosismo a la pequeña multitud que se congregaba frente a la puerta de sus vecinos y sacó un paraguas.

—¡Señora! —la llamó Sandman—. ¡Señora!

—¿Señor? —La ropa de la mujer indicaba que era una sirvienta, quizás un ama de llaves.

Sandman dejó atrás al pequeño grupo y se quitó el sombrero.

—Perdone, señora, pero el vizconde de Sidmouth me ha encargado que investigue los tristes acontecimientos que aquí ocurrieron. —Hizo una pausa y la mujer le miró boquiabierta mientras la lluvia bajaba chorreando por los bordes del paraguas, aunque parecía impresionada por la mención de un vizconde, por eso Sandman le había hablado de ello—. ¿Es cierto, señora —continuó—, que había una criada llamada Meg en la casa?

La mujer miró atrás hacia la puerta cerrada como si buscara una escapatoria, pero entonces asintió.

—Sí que la había, señor, sí que la había.

—¿Sabe dónde está?

—Se marcharon, señor. Todos, señor.

—Pero ¿adónde?

—Creo que se marcharon al campo, señor —le hizo una reverencia, esperando, evidentemente, que eso le haría marcharse.

—¿Al campo?

—Se marcharon de aquí, señor. Y el conde, señor, tiene una casa en el campo, señor, cerca de Marlborough, señor.

No sabía nada más. Sandman la presionó, pero cuanto más la interrogaba, menos segura estaba de lo que le acababa de decir. De hecho, sólo estaba segura de una cosa, de que los cocineros, lacayos, cocheros y criadas de la condesa se habían marchado todos y ella pensaba, pero no lo sabía con certeza, que debían de haberse ido a la casa de campo del conde cerca de Marlborough.

—Eso es lo que le he dicho —afirmó uno de los muchachos barrenderos—, se marcharon.

—Su señoría se marchó —comentó el vigilante, y se echó a reír—; se la cargaron y se marchó.

—Lea todo sobre el asunto —añadió la vendedora de periódicos con optimismo.

Parecía evidente que había poco más que saber en Mount Street, así que Sandman se marchó. ¡Meg existía! Eso confirmaba parte de la historia de Corday, pero sólo parte, porque el aprendiz de pintor podía haber cometido el asesinato mientras la criada estaba fuera de la habitación. Sandman pensó en la afirmación del portero de

Newgate de que todos los criminales mienten y se preguntó si no estaba siendo imperdonablemente ingenuo al dudar de la culpabilidad de Corday. Después de todo, el desgraciado muchacho había sido procesado y condenado, y aunque lord Alexander podía burlarse de la justicia inglesa, a Sandman le costaba ser tan desdeñoso. Había pasado la mayor parte de la última década luchando por su país contra una tiranía que lord Alexander celebraba. Había un retrato de Napoleón colgado en casa de su amigo, junto con otros de George Washington y Thomas Paine. Le parecía que a lord Alexander no le gustaba nada de lo inglés, mientras que lo extranjero era preferible, y ni siquiera toda la sangre que había caído de la guillotina le convencería nunca de que libertad e igualdad eran incompatibles, un punto de vista extremadamente obvio para Sandman. Por tanto, parecía que estaban condenados a discrepar. Lord Alexander Pleydell lucharía por la igualdad mientras que Sandman creía en la libertad; para éste era impensable que un inglés nacido libre no tuviese un juicio justo, y eso es precisamente lo que su nombramiento como investigador le animaba a pensar. Era más cómodo pensar que Corday era un mentiroso, aunque Meg existía indudablemente y su existencia ponía en duda la fuerte creencia que Sandman tenía en la justicia británica.

Iba caminando hacia el este por los jardines de Burlington, pensando en tales asuntos y sólo medio consciente del traqueteo de los carruajes que salpicaban bajo la lluvia, cuando vio que el final de la calle estaba bloqueado por los carros y el andamiaje de un cantero, así que giró por Sackville Street, donde tuvo que andar por la alcantarilla porque una pequeña multitud se concentraba bajo el toldo de la joyería Gray. La mayoría se resguardaba de la lluvia, pero algunos estaban admirando los rubíes y zafiros de un magnífico collar expuesto dentro de una caja dorada en el escaparate de la tienda. Gray... El nombre le recordaba algo, así que se paró en la calle y miró hacia arriba, por encima del toldo.

—¿Te quieres suicidar? —gruñó un carretero a Sandman, y tiró de las riendas.

Sandman hizo caso omiso del hombre. Corday le había dicho que el estudio de sir George Phillips estaba allí, pero no podía ver nada en las ventanas sobre la tienda. Dio un paso atrás y encontró una entrada a un lado de la tienda, claramente separada del negocio de joyas, pero ninguna placa anunciaba quién vivía o comerciaba tras la puerta pintada de verde brillante con una aldaba de latón bien pulido. Un mendigo con una sola pierna estaba sentado en la entrada, con la cara desfigurada por llagas.

—¿Le presta una moneda a un soldado viejo, señor?

—¿Dónde sirvió? —preguntó Sandman.

—En Portugal, señor, España, señor, y Waterloo, señor. —El mendigo se dio unas palmaditas en el muñón—. Perdí la pierna en Waterloo, señor. Estuve en toda la guerra, señor.

—¿En qué regimiento?

—En artillería, señor. Soy artillero, señor. —En esos momentos parecía más nervioso.

—¿Qué batallón y qué compañía?

—El octavo batallón, señor —el mendigo se sentía totalmente incómodo y su respuesta no era convincente.

—¿Qué compañía? —preguntó Sandman—. ¿Y con qué comandante?

—¿Por qué no lo dejamos? —gruñó el hombre.

—No estuve mucho en Portugal —le informó Sandman—, pero luché por España y estuve en Waterloo. —Levantó la aldaba de latón y llamó con fuerza—. Lo pasamos bastante mal en España —continuó—, pero Waterloo fue con diferencia lo peor, y siento compasión por todos los que lucharon allí. —Volvió a llamar—. ¡Pero puedo enfadarme, enfadarme mucho —su mal genio afloraba— con aquéllos que dicen que han luchado allí y no lo hicieron! ¡Me molesta en extremo!

El mendigo se alejó apresuradamente de la ira de Sandman; justo entonces la puerta verde se abrió y un paje negro de trece o catorce años retrocedió ante la salvaje cara de Sandman. Debió de pensar que la cara significaba problemas, porque intentó cerrar la puerta, pero Sandman consiguió poner la bota. Detrás del muchacho había un corto y elegante pasillo y después unas escaleras estrechas.

—¿Es éste el estudio de sir George Phillips? —preguntó Sandman.

El paje, que llevaba una librea gastada y una peluca que necesitaba urgentemente ser empolvada, tiraba de la puerta, pero no podía hacer nada ante la mayor fuerza de Sandman.

—Si no tiene una cita, entonces no es bienvenido —dijo el muchacho.

—Tengo una cita.

—¿De verdad? —El sorprendido muchacho soltó la puerta, haciendo que Sandman tropezase al abrirse del todo—. ¿De verdad? —volvió a preguntar.

—Tengo una cita —respondió Sandman, presuntuoso— vengo de parte del vizconde de Sidmouth.

—¿Quién es, Sammy? —bramó una voz desde el piso de arriba.

—Dice que viene de parte del vizconde de Sidmouth.

—¡Entonces deja que suba! ¡Deja que suba! No somos demasiado orgullosos para pintar a políticos. A esos cabrones les cobramos más.

—¿Le guardo la chaqueta, señor? —preguntó Sammy, haciéndole una reverencia mecánica.

—Me la dejo puesta.

Sandman entró en el pasillo, que era diminuto, pero sin embargo decorado con un moderno papel a rayas e iluminado por una pequeña araña. Los ricos patrones de sir George eran recibidos por un paje uniformado y una entrada alfombrada, pero al subir las escaleras la elegancia era mancillada por el hedor a aguarrás, y en la

habitación de arriba, que se suponía tan elegante como la entrada, reinaba el desorden. La habitación era un salón en el que sir George podía mostrar sus pinturas acabadas y atraer a futuros clientes, pero se había convertido en un vertedero de obras a medio acabar, de paletas de pintura reseca, de un pastel de ave abandonado que se había hecho una pasta, de pinceles viejos, de trapos y de un montón de ropa de hombre y de mujer. Un segundo tramo de escaleras subía hasta el último piso y Sammy le indicó a Sandman que subiese.

—¿Quiere café, señor? —preguntó, yendo hacia una entrada con cortina que obviamente escondía una cocina—. ¿O té?

—Té, por favor.

El techo del último piso había sido eliminado para abrir la larga habitación a las vigas del ático y las claraboyas se habían colocado en el tejado, por lo que Sandman parecía estar subiendo hacia la luz. La lluvia golpeteaba las tejas y goteaba lo suficiente como para tener cubos por todo el estudio. Una estufa negra con forma de olla dominaba el centro de la sala, aunque a esas alturas sólo servía de mesa para una botella de vino y una copa. Al lado de la estufa un caballete aguantaba un enorme lienzo, mientras un oficial de marina posaba con un marinero y una mujer en una plataforma al final de la habitación. La mujer gritó cuando apareció Sandman y agarró una tela gris que cubría la caja de embalaje en la que estaba sentado el oficial.

Era Sally Hood. Sandman, con el sombrero empapado en la mano derecha, le hizo una reverencia. La joven llevaba un tridente en la mano, un casco de latón y muy poco más. De hecho, Sandman se dio cuenta de que no llevaba nada más, aunque sus caderas y muslos estaban bastante tapados por un escudo ovalado de madera, en el que se había dibujado al carboncillo y a toda prisa una bandera del Reino Unido. Sandman comprendió que ella era Britannia.

—Se está regalando la vista con las tetas de la señorita Hood —observó el hombre al lado del caballete—. ¿Y por qué no? Con esa forma son espléndidas, la quintaesencia del pezón.

—Capitán... —murmuró Sally, que había reconocido a Sandman.

—A su servicio, señorita Hood —respondió Sandman, y volvió a inclinarse ante ella.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó el pintor—. ¿Ha venido a verme a mí o a Sally?

Era un hombre enorme, gordo como un tonel, con grandes carrillos, nariz abotargada y una panza que hinchaba una camisa manchada de pintura, adornada con volantes. Su pelo blanco estaba envuelto en una ajustada cofia como la que solía llevarse debajo de las pelucas.

—¿Sir George? —preguntó Sandman.

—A su servicio, señor. —Sir George intentó inclinarse, pero estaba tan gordo que

sólo pudo conseguir una pequeña inclinación, pero hizo un bonito gesto con el pincel, moviéndolo como si fuese un abanico plegado—. Es usted bienvenido —añadió— mientras venga a hacer un encargo. Cobro ochocientas guineas por un retrato completo, seiscientas de cintura para arriba, y no hago bustos a menos que me esté muriendo de hambre, y eso no pasa desde el año noventa y nueve. ¿Le envía el vizconde de Sidmouth?

—No desea que le pinten, sir George.

—¡Entonces váyase a la mierda! —exclamó el pintor.

Sandman no le hizo caso, y se puso a mirar el estudio, que era un desbarajuste de estatuas de yeso, cortinas, harapos en el suelo y lienzos a medio acabar.

—Oh, está en su casa, por favor —gruñó sir George, y gritó escaleras abajo—: Sammy, negro bastardo, ¿dónde está el té?

—¡Se está haciendo! —contestó Sammy.

—¡Date prisa!

Sir George tiró al suelo la paleta y el pincel. Dos jóvenes le flanqueaban; ambos estaban pintando olas en el lienzo y Sandman supuso que serían sus aprendices. El lienzo era enorme, al menos de tres metros y medio de ancho, y mostraba una roca solitaria en un soleado mar en el que había una flota a medio pintar. Un almirante estaba sentado en la cima de la roca, flanqueado por un apuesto joven vestido de marinero y por Sally Hood desnuda como Britannia. Por qué razón el almirante, el marinero y la diosa debían estar tan abandonados en su aislada roca no estaba claro y Sandman no quería preguntar, pero entonces se dio cuenta de que el oficial que estaba posando como almirante no tendría más de dieciocho años, pese a lo cual llevaba un uniforme lleno de condecoraciones en el que brillaban dos estrellas. Eso confundió a Sandman durante un instante, y entonces vio que su manga derecha vacía estaba prendida con alfileres a la chaqueta.

—El verdadero Nelson está muerto —sir George había estado siguiendo la mirada de Sandman y dedujo sus pensamientos—, por tanto hacemos lo que podemos con el joven maestro Corbett; ¿conoce la tragedia de la vida del joven maestro Corbett? Es que está de espaldas a Britannia, y así debe estar durante horas todos los días, sabiendo que uno de los pares de tetas más turgentes de todo Londres están justo a medio metro detrás de él y no las puede ver. ¡Ja! Y por Dios, Sally, deja de esconderte.

—No está pintando —contestó Sally—, por tanto me puedo tapar.

—Había dejado la tela gris que convertía la caja de embalaje en una roca y se había puesto su abrigo.

Sir George recogió su pincel.

—Ahora estoy pintando —gruñó.

—Tengo frío —protestó Sally.

—De repente eres demasiado importante como para enseñarnos los pechos, ¿no es eso? —gruñó sir George y miró a Sandman—. ¿Le ha contado lo de su señor? ¿El que se ha enamorado de ella? Pronto estaremos todos haciéndole reverencias y peleándonos por ella, ¿verdad? Sí, señora, enséñenos sus tetas, señora —se echó a reír y sus aprendices sonrieron.

—Ella no le ha mentado —contestó Sandman—. Su señoría existe, le conozco, y es cierto que está enamorado de la señorita Hood y que es muy rico. Más que lo suficientemente rico para encargarle una docena de retratos, sir George.

Sally le miró con cara de gratitud mientras que sir George, desconcertado, mojó el pincel en la pintura de la paleta.

—Entonces, ¿quién diablos es usted? —le preguntó a Sandman—. Además de ser el enviado de Sidmouth.

—Soy el capitán Rider Sandman.

—¿De marina, infantería, artillería, caballería, o la capitanía es una ficción? Hoy en día la mayoría de los rangos lo son.

—Estuve en infantería —respondió Sandman.

—Te puedes destapar —le explicó sir George a Sally—, porque el capitán fue soldado, lo que quiere decir que ha visto más tetas que yo.

—No ha visto las mías —replicó Sally, apretándose el abrigo contra el pecho.

—¿Cómo es que la conoce? —preguntó sir George a Sandman, desconfiado.

—Nos alojamos en la misma taberna, sir George.

El pintor gruñó.

—Entonces o ella vive mucho mejor de lo que se merece, o usted vive peor. Suelta el abrigo, quejica estúpida.

—Me da vergüenza —confesó Sally, ruborizándose.

—Él ha visto a peores que tú desnudas —comentó sir George con amargura, y dio un paso atrás para examinar el cuadro—. *La apoteosis de lord Nelson*, ¿qué le parece? ¿Se estará preguntando quizá por qué no le he puesto al pequeño cabrón un parche en el ojo? ¿Se lo está preguntando?

—No —respondió Sandman.

—Porque nunca llevó un parche en el ojo, ése es el motivo. ¡Nunca! Lo pinté dos veces en vida. A veces llevaba una visera verde, pero nunca un parche, así que no llevará ninguno en esta obra maestra encargada por sus señorías del Almirantazgo. No soportaban al pequeño cabrón cuando vivía, y ahora lo quieren colgado en la pared. Pero lo que realmente quieren colocar en sus paneles, capitán Sandman, son las tetas de Sally. ¡Sammy, negro bastardo! ¡En nombre de Dios, qué diantre estás haciendo ahí abajo! ¿Cultivando la malditas hojas de té? ¡Tráeme brandy! —Miró a Sandman con cara de pocos amigos—. Entonces, ¿qué es lo que quiere de mí, capitán?

—Hablar de Charles Corday.

—¡Oh, Santo Dios! —blasfemó sir George, mirándole agresivamente—. ¿Charles Corday? —pronunció el nombre con mucha solemnidad—. ¿Querrá decir el pequeño y mugriento Charles Cruttwell?

—Que ahora se hace llamar Corday, sí.

—Me importa un carajo cómo se hace llamar —gruñó sir George—, le van a retorcer su flacucho cuello el próximo lunes. He pensado que podría ir a verlo. Uno no ve cada día a uno de sus aprendices ahorcado; una pena —le dio un cachete a uno de los jóvenes que estaba pintando laboriosamente unas olas salpicadas de blanco y miró con mala cara a sus tres modelos—. Sally, por Dios, tus tetas son mi dinero. ¡Venga, posa, que para eso te pago!

Sandman, cortésmente, se dio media vuelta mientras ella se quitaba el abrigo.

—El secretario de Estado —le informó— me ha pedido que investigue el caso de Corday.

Sir George se rió.

—Su madre ha estado implorando a la reina, ¿no es eso?

—Sí.

—Qué suerte tiene el pequeño Charlie, con esa madre. ¿Quiere usted saber si lo hizo?

—Me ha dicho que no lo hizo.

—Por supuesto que le habrá dicho eso —replicó sir George, con desdén—. No es muy probable que confiese, ¿verdad? Pero, por extraño que parezca, probablemente le esté diciendo la verdad. Al menos acerca de la violación.

—¿Él no la violó?

—Podría haberlo hecho —sir George daba pequeños toques con el pincel, que mágicamente iban dando vida a la cara de Sally bajo el casco—. Podría haberlo hecho, pero habría ido contra su naturaleza —sir George miró a Sandman maliciosamente—. Nuestro monsieur Charles Corday, capitán, es sodomita —se rió de la expresión de Sandman—. Te ahorcan si eres uno de ellos, así que da igual si Charlie es culpable o inocente, ¿no? Ciertamente es culpable de sodomía, así que de todas maneras se merece la horca. Como todos. Asquerosos maricones. Los colgaría a todos, y no precisamente del cuello.

Sammy, sin librea ni peluca, trajo una bandeja en la que habían unas tazas mal colocadas, una tetera y una botella de brandy. El muchacho sirvió té para sir George y Sandman, pero sólo sir George recibió un vaso de brandy.

—Tendréis vuestro té enseguida —informó sir George a sus modelos—, cuando esté preparado.

—¿Está seguro? —le preguntó Sandman.

—¿De que les daré su té o de que Corday es sodomita? Por supuesto que estoy

condenadamente seguro. Podías dejar a Sally y a una docena como ella en cueros y a él no le molestaba mirar, pero siempre estaba intentando ponerle las manos encima a Sammy, ¿verdad, Sammy?

—Le dije: «¡Piérdete!» —contestó Sammy.

—¡Bien hecho, Samuel! —exclamó sir George. Dejó su pincel y se bebió el brandy de un trago—. ¿Se estará preguntando quizá, capitán, por qué admití a un asqueroso sodomita en este templo del arte? Se lo diré. Porque Charlie era bueno. Sí, era bueno. —Se sirvió más brandy, se bebió la mitad y volvió al lienzo—. Dibujaba maravillosamente, capitán, dibujaba como el joven Rafael. Era un verdadero placer observarlo. Tenía talento, que es más de lo que puedo decir de este par de manazas —le dio un cachete al segundo aprendiz—. Sí, Charlie era bueno. Sabía pintar tan bien como dibujaba, con lo cual le podía confiar la carne, no sólo los ropajes. Un año o dos más y podría haber trabajado por su cuenta. ¿El cuadro de la condesa? Está allí, si usted quiere ver lo bueno que era —señaló unos lienzos sin enmarcar que estaban amontonados contra una mesa repleta de tarros, cola, cuchillos, manos de mortero y frascos de óleo—. Ve a buscarlo, Barney —ordenó a uno de sus aprendices—. Ésa es toda su obra, capitán —continuó sir George—, porque no llegó al punto en el que el cuadro necesita mi talento.

—¿No lo podría haber acabado él mismo? —preguntó Sandman. Sorbió el té, que era una excelente mezcla de *gunpowder* ^[6] y té verde.

Sir George se echó a reír.

—¿Qué le he dicho, capitán? No, deje que lo adivine. Charlie le contó que yo no podía hacerlo, ¿verdad? Le dije que yo estaba borracho, y que por eso tuvo que pintar él a la señora. ¿Es eso lo que le dijo?

—Sí —admitió Sandman.

A sir George le hizo gracia.

—Ese pequeño bastardo mentiroso. Merece que lo cuelguen por eso.

—Entonces, ¿por qué le dejó pintar a la condesa?

—Piense un poco —contestó sir George—. Sally, hombros hacia atrás, cabeza erguida, pezones fuera, ésa es mi chica. Eres Britannia y dominas las malditas olas, no eres una maldita puta de Brighton tirada en una roca.

—¿Por qué? —insistió Sandman.

—Porque, capitán —sir George hizo una pausa para dibujar un trazo con el pincel—, estábamos engañando a la dama. La estábamos pintando con un vestido, pero una vez el lienzo volviese aquí, la íbamos a pintar desnuda. Eso es lo que el conde quería y eso es lo que Charlie habría hecho. Pero cuando un hombre pide a un pintor que represente a su esposa desnuda, y muchos lo hacen, puede usted estar seguro de que el retrato resultante no será expuesto. ¿O es que un hombre cuelga semejante pintura en su despacho para excitar a sus amigos? No. ¿O lo muestra en su casa de Londres

para instruir a la sociedad? No. Lo cuelga en su vestidor o en su estudio, donde nadie que no sea él pueda verlo. ¿De qué me sirve eso a mí? Si yo pinto un cuadro, capitán, quiero que todo Londres lo mire boquiabierto. Quiero que hagan cola en esas escaleras rogándome que les pinte uno igual para ellos, lo que significa que no se hace dinero con las tetas de la sociedad. Yo pinto los cuadros provechosos y Charlie se dedicaba a los retratos de *boudoir*. —Dio un paso atrás y miró enfadado al joven que posaba como marinero—. Estás aguantando mal ese remo, Johnny. Quizá debería pintarte desnudo. Como Neptuno —se giró y lanzó una mirada lasciva a Sandman—. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes? Usted sería un buen Neptuno, capitán. Tiene una buena figura. Me haría un favor si se desnudara y se colocara enfrente de Sally. Le daremos cola de pez para que se mantenga erecto. Tengo cola de pez en alguna parte; la utilicé para *La apoteosis del conde Saint Vincent*.

—¿Cuánto paga? —preguntó Sandman.

—Cinco chelines por día —sir George se quedó sorprendido por la reacción.

—¡A mí no me paga eso! —protestó Sally.

—¡Porque eres una maldita mujer! —gruñó bruscamente sir George, y miró a Sandman—. ¿Y bien?

—No —respondió Sandman, y se quedó quieto. El aprendiz había estado pasando los lienzos y Sandman lo había detenido—. Déjame ver éste —le pidió, señalando un retrato de cuerpo entero.

El aprendiz lo sacó del montón y lo apoyó en una silla para que la luz del cielo cayese sobre el lienzo, el cual mostraba a una joven sentada en una mesa con la cabeza ladeada de una manera casi agresiva. La mano derecha descansaba en una pila de libros y la izquierda sostenía un reloj de arena. Su cabello rojo estaba recogido, para mostrar un largo y esbelto cuello rodeado de zafiros. Llevaba un vestido plata y azul con un encaje blanco en el cuello y las muñecas. Sus ojos miraban con atrevimiento al frente y añadían más beligerancia, que era suavizada por la mera sospecha de que estaba a punto de sonreír.

—Ésa es —comentó sir George, con reverencia— una señorita muy inteligente. Cuidado con ése, Barney, se tiene que barnizar esta tarde. ¿Le gusta, capitán?

—Es... —Sandman hizo una pausa, buscando una palabra que halagara a sir George—, es maravilloso —observó sin convicción.

—Sí que lo es —respondió sir George, con entusiasmo, alejándose del apoteosis de Nelson medio acabado para admirar a la joven, cuyo cabello rojo se había apartado de una frente alta y ancha, cuya nariz era recta y larga y su boca generosa y amplia, y que había sido pintada en un espléndido salón con una pared de retratos ancestrales, lo que indicaba que provenía de una familia de gran antigüedad, aunque su padre era hijo de un boticario y su madre hija de un párroco que se había casado con un hombre de clase inferior a la suya—. La señorita Eleanor Forrest —anunció sir George—. Su

nariz es demasiado larga, su barbilla demasiado afilada, sus ojos están más separados de lo que la convención dicta como bellos, su cabello es lamentablemente pelirrojo y su boca es demasiado espléndida, aunque el efecto es extraordinario, ¿verdad?

—Sí que lo es —respondió Sandman, con fervor.

—Sin embargo, de todos sus atributos —sir George había abandonado el tono de chanza y en esos momentos hablaba con sinceridad—, su inteligencia es lo que más admiro. Me temo que desperdiciará su vida con el matrimonio.

—¿Ah, sí? —Sandman tuvo que esforzarse para que su voz no delatase sus sentimientos.

—Lo último que oí —sir George volvió a Nelson— es que estaba comprometida como la futura señora Eagleton. Creo que el retrato es un regalo para él, aunque la señorita Eleanor es demasiado inteligente para casarse con un idiota como Eagleton —entonces gruñó—. Desperdiciada.

—¿Eagleton? —Sandman sintió como si una mano helada le hubiese agarrado el corazón. ¿Era aquél el mensaje que lord Alexander había olvidado? ¿Que Eleanor estaba prometida a lord Eagleton?

—Lord Eagleton, heredero del conde de Bridport y un pelmazo. Un pelmazo, capitán, un pelmazo, y yo detesto a los pelmazos. ¿De verdad Sally Hood va a ser una señora? Dios bendito, Inglaterra se ha echado a perder. Enséñamelas, querida, que no son nobles todavía y el Almirantazgo ha pagado por ellas. Barney, encuentra a la condesa.

El aprendiz siguió buscando por los lienzos. Soplaba el viento y hacía que las vigas crujiesen. Sammy vació dos de los cubos en los que caía la lluvia lanzando el agua por la ventana trasera y provocando un bramido de protestas abajo. Sandman miró a través de las ventanas delanteras, más allá del toldo de la joyería Gray, hacia Sackville Street. ¿Realmente Eleanor iba a casarse? Hacía más de seis meses que no la veía y era muy posible. A su madre, al menos, le corría prisa ver a Eleanor caminar hacia un altar, preferiblemente un altar aristocrático, ya que Eleanor ya tenía veinticinco años y pronto se la consideraría una solterona. «Maldita sea», pensó Sandman, pero se olvidó de ella.

—Es éste, señor —Barney, el aprendiz, interrumpió sus pensamientos. Colocó un retrato inacabado sobre el cuadro de Eleanor—. La condesa de Avebury, señor.

«Otra belleza», pensó Sandman. La pintura apenas estaba empezada, aunque era extrañamente real. El lienzo había sido centrado, así como un dibujo al carboncillo de una mujer reclinada en una cama rematada con un dosel de formas puntiagudas. Corday había pintado muestras del papel de la pared, del material del dosel, del cubrecama, de la alfombra y de la cara de la mujer. Apenas había pintado el cabello, por lo que parecía como si la condesa estuviese en el campo, más que en su dormitorio de Londres, y aunque el resto del lienzo casi no tenía ningún otro color,

era impresionante y estaba lleno de vida.

—Oh, sabía pintar, nuestro Charlie, sabía pintar. —Sir George, secándose las manos con un trapo, se había aproximado a mirar el cuadro. Su voz era reverente y sus ojos delataban una mezcla de admiración y celos—. Es un hábil diablillo, ¿verdad?

—¿Es un buen retrato?

—Ya lo creo —asintió sir George—, por supuesto que sí. Ella era una belleza, capitán, una mujer que hacía volverse a la gente, pero eso era todo. La sacaron de los bajos fondos, capitán. Era como Sally. Una bailarina de ópera.

—Yo soy actriz —insistió Sally, enfadada.

—Actriz, bailarina de ópera, ramera... todas son iguales —gruñó sir George—, y Avebury fue un idiota al casarse con ella. Debería haberla conservado como amante, pero nunca casarse con ella.

—¡Este té está jodidamente frío! —protestó Sally. Había abandonado la tarima y se había quitado el casco.

—Vete a almorzar algo, niña —le ordenó sir George, presuntuosamente—, pero vuelve a las dos. ¿Ha terminado, capitán?

Sandman asintió. Estaba mirando el cuadro de la condesa. Su vestido había sido muy poco esbozado, seguramente porque estaba condenado a desaparecer, pero su cara, atractiva y seductora, estaba casi acabada.

—¿Verdad que usted ha dicho que el conde de Avebury encargó el retrato?

—Así es —admitió sir George—, lo encargó él.

—Pero he oído que estaban separados —objetó Sandman.

—Yo también —contestó sir George, con ligereza, y soltó una risotada—. Sin duda le ponía los cuernos. La señora tenía una reputación, capitán, y no tenía que ver precisamente con alimentar a los pobres o consolar a los afligidos. —Se estaba poniendo un anticuado abrigo, de puños amplios, cuello ancho y botones dorados—. ¡Sammy! —gritó escaleras abajo—. ¡Me comeré el pastel de ave aquí arriba! Y un poco de ese salpicón si no está reseco. Y puedes abrir otra botella de burdeos. —Avanzó pesadamente hacia la ventana y miró con el ceño fruncido a la lluvia que luchaba contra el humo de un millar de chimeneas.

—¿Por qué un hombre separado de su mujer se gastaría una fortuna en su retrato? —preguntó Sandman.

—La vida, capitán —respondió sir George solemnemente—, es un misterio incluso para mí. ¿Cómo diablos lo iba a saber? —Sir George se giró hacia Sandman—. Tendrá que preguntarle a su cornuda señoría. Creo que vive cerca de Marlborough, aunque tiene fama de vivir recluido, por lo que me temo que su viaje sería en balde. Por otra parte, quizá no sea un misterio. Podría ser que hubiese querido vengarse de ella. Colgar sus tetas desnudas en la pared sería un tipo de

venganza, ¿o no?

—¿Ah, sí?

Sir George se rió entre dientes.

—No hay nadie que sea tan consciente de su propiedad como una ramera ennoblecida, capitán, así que, ¿por qué no recordarle a la zorra lo que le dio el título? Las tetas, señor, las tetas. Si no hubiese sido por sus buenas tetas y sus largas piernas todavía estaría cobrando a diez chelines la noche. Pero ¿la mató el pequeño Charlie, el sodomita? Lo dudo, capitán, lo dudo mucho, pero no me importa demasiado. Al pequeño Charlie se le habían subido los humos a la cabeza, así que no me lamentaré al ver cómo se retuerce al final de la sogá. ¡Ah! —se frotó las manos mientras su criado subía las escaleras con una pesada bandeja—. ¡El almuerzo! Que tenga un buen día, capitán, espero haberle sido de ayuda.

Sandman no estaba seguro de si sir George le había ayudado de algún modo, aunque le había servido para terminar de confundirle, pero sir George había acabado con él y se había despedido.

Por lo tanto, se fue. Y estaba lloviendo a cántaros.

—¡Ese gordo cabrón nunca nos ofrece el almuerzo! —protestó Sally Hood. Estaba sentada frente a Sandman en una taberna de Piccadilly en la que, inspirados por el almuerzo de sir George Phillips, compartían un cuenco de salpicón: un mezcla fría de carne asada, anchoas, huevo duro y cebolla—. Anda que no traga —continuó Sally—, y se supone que nosotros nos tenemos que morir de hambre. —Partió un trozo de pan de una barra, echó más aceite al cuenco y sonrió tímidamente a Sandman—. Sentí tanta vergüenza cuando entrasteis...

—No tuvo por qué sentirla —respondió Sandman.

Al salir del estudio de sir George había invitado a Sally a comer y habían corrido bajo la lluvia hasta Los Tres Barcos, donde pagó por el salpicón y una gran jarra de cerveza con parte del dinero que le habían avanzado en el Departamento de Estado.

Sally puso sal en el cuenco y lo removió todo enérgicamente.

—¿No se lo dirá a nadie? —le preguntó muy seriamente.

—Por supuesto que no.

—Ya sé que no es actuar —comentó—, y no me gusta que aquel gordo cabrón se me quede mirando todo el día, pero es guita, ¿no?

—¿Guita?

—Dinero.

—Es guita —asintió Sandman.

—Y yo no debería haber dicho nada sobre su amigo —se lamentó Sally—, porque me he sentido como una tonta.

—¿Se refiere a lord Alexander?

—Soy una tonta, ¿verdad? —sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto que no.

—Sí lo soy —insistió la joven con fervor—, pero no quiero estar haciendo eso siempre. Tengo veintidós años y tendré que encontrar algo pronto, ¿no? Y no me importaría conocer a un verdadero lord.

—¿Quiere casarse?

Ella asintió, se encogió de hombros y pinchó medio huevo duro.

—No lo sé —admitió—. Me refiero a que cuando la vida va bien, va muy bien. Hace dos años no parecía que iba a dejar de trabajar. Era la criada de una bruja en una obra sobre un rey escocés —frunció el ceño intentando recordar el nombre, y sacudió la cabeza—. Era un bastardo. Después fui una bailarina en un espectáculo sobre un rey negro que fue asesinado en la India y que era otro bastardo, pero ¿cree que duraron dos o tres meses? ¡Nada! ¡Ni siquiera hay trabajo en Vauxhall Gardens!

—¿Qué hacía allí?

Sally cerró los ojos mientras pensaba.

—¿Tablo? —farfulló—. ¿Tabló?

—*Tableau vivants*?

—¡Eso es! Yo fui una diosa durante tres meses el verano pasado. Estaba encima de un árbol tocando un arpa y la guita no estaba mal. Después tuve una oportunidad en Astley's con los caballos bailarines y con eso pasé el invierno, pero ahora no hay nada, ¡ni siquiera allí abajo en Strand! —Se refería a los teatros más nuevos que ofrecían más música y baile que los dos antiguos teatros de Drury Lane y Covent Garden—. Aunque tengo un espectáculo privado que me ha salido —añadió, despreciando la posibilidad.

—¿Privado? —preguntó Sandman.

—Un tipo rico quiere que su chica sea actriz, ¿sabe? Así que alquila un teatro cuando está fuera de temporada y nos paga para cantar y bailar, paga a los espectadores para que aplaudan y paga a los escritorzuelos para que la presenten en los periódicos como la nueva Vestris^[7]. ¿Quiere ir? Es el jueves por la noche en Covent Carden y es la única representación, así que no tendrá que pagar entrada, ¿vale?

—Si puedo, iré —prometió Sandman.

—Lo que necesito —aseguró Sally— es meterme en una compañía, y podría hacerlo si estuviera dispuesta a ser una golfa. ¿Sabe lo que es? Por supuesto que sí. Y ese gordo cabrón —sacudió la cabeza, refiriéndose a sir George Phillips— se cree que soy una golfa, ¡y no lo soy!

—Yo nunca he pensado que lo fuese.

—Entonces es usted el único maldito hombre que no lo piensa —le sonrió—. Bueno, usted y mi hermano. Jack mataría a cualquiera que dijera que soy una golfa.

—Hace bien —asintió Sandman—. Seguramente su hermano me gustaría.

—A todo el mundo le gusta Jack —afirmó Sally.

—Realmente no lo conozco, por supuesto —comentó Sandman—, pero parece simpático.

El hermano de Sally, en las pocas ocasiones en las que Sandman se lo había encontrado, parecía un hombre seguro de sí mismo, de trato fácil. Era popular presidiendo una generosa mesa en el bar de La Gavilla y era extremadamente atractivo, lo que atraía a una multitud de jovencitas. También era misterioso porque nadie en la taberna sabía exactamente de qué trabajaba, aunque indudablemente se ganaba la vida bastante bien, ya que Sally y él tenían alquiladas dos habitaciones grandes en el primer piso de la posada.

—¿A qué se dedica su hermano? —preguntó a Sally y, como respuesta, recibió una mirada muy extraña—. No, de verdad —insistió—, ¿en qué trabaja? Es que como hace un horario tan raro...

—¿No sabe quién es? —preguntó Sally.

—¿Debería saberlo?

—Él es Robin Hood —respondió Sally, y se echó a reír al ver la cara de Sandman—. Ése es mi Jack, capitán —añadió—, Robin Hood.

—¡Dios bendito! —exclamó Sandman.

Robin Hood era el apodo de un bandolero buscado por todos los jueces de Londres. La recompensa por su captura era de más de mil libras y seguía aumentando constantemente.

Sally se encogió de hombros.

—Es un tonto, de verdad. Siempre le estoy diciendo que acabará bailando al son de Jemmy Botting, pero no me escucha. Pero cuida de mí. Bueno, hasta cierto punto, porque con Jack se pasa del festín a la hambruna, y cuando tiene plata se la da a sus señoritas. Pero es bueno conmigo, sí que lo es, y no dejaría que nadie me pusiese la mano encima. —Frunció el ceño—. ¿No se lo dirá a nadie?

—¡Por supuesto que no!

—Me refiero a que todos en la taberna saben quién es, pero nadie lo dirá delante de él.

—Ni yo tampoco —le aseguró Sandman.

—Por supuesto que no lo hará —asintió Sally y sonrió—. ¿Y qué me dice de usted? ¿Qué quiere en esta vida?

Sandman, sorprendido ante la pregunta, pensó por un instante.

—Supongo que quiero volver a mi antigua vida.

—¿A la guerra? ¿A ser un soldado? —preguntó ella con desaprobación.

—No. Sólo al lujo de no tener que preocuparme de dónde viene el próximo chelín.

Sally se echó a reír.

—Todos queremos eso. —Eché más aceite y vinagre en el cuenco y lo removió todo—. Así que tenía dinero, ¿verdad?

—Lo tenía mi padre. Era un hombre muy rico, pero hizo unas malas inversiones, pidió prestado demasiado dinero, jugó y perdió. Así que falsificó unos pagarés y los presentó en el banco de...

—¿Pagarés? —Sally no lo entendía.

—Instrucciones para pagar dinero —explicó Sandman—, y por supuesto fue una estupidez, pero supongo que estaba desesperado. Quería conseguir algo de dinero y marcharse a Francia, pero descubrieron sus falsificaciones y se enfrentó a la detención. Lo hubieran ahorcado, si no fuera porque se voló la tapa de los sesos antes de que llegaran los agentes.

—Dios —exclamó Sally, mirándole.

—Por tanto mi madre lo perdió todo. Ahora vive en Winchester con mi hermana pequeña y yo intento mantenerlas. Les pago el alquiler, me preocupo de las facturas, ese tipo de cosas —se encogió de hombros.

—¿Y por qué no trabajan? —preguntó Sally, con mal humor.

—No están acostumbradas a hacerlo —respondió Sandman, y Sally repitió sus palabras, aunque en voz baja. Sólo movió los labios y Sandman se rió—. Todo eso pasó hace poco más de un año —continuó—, y yo ya había dejado el ejército por aquel entonces. Me iba a casar. Habíamos escogido una casa en Oxfordshire, pero, claro, ella no podía casarse conmigo cuando me quedé sin un céntimo.

—¿Por qué no? —preguntó Sally.

—Porque su madre no le dejaría casarse con un pobre.

—¿Porque ella también era pobre?

—Al contrario —negó Sandman—; su padre había prometido darle seis mil libras al año. Mi padre me había prometido aún más, pero como se arruinó... —se encogió de hombros, sin atreverse a acabar la frase.

Sally se le quedó mirando boquiabierta.

—¿Seis mil? —preguntó—. ¿Libras? —Sólo pudo exhalar la última palabra, incapaz de comprender tal riqueza.

—Libras —confirmó Sandman.

—¡Rediós! —fue suficiente para convencerla de que dejase de comer por un momento, pero recordó que estaba hambrienta y continuó—. Siga, siga —le animó.

—Por tanto me quedé con mi madre y mi hermana por un tiempo, pero eso no era práctico. No había trabajo para mí en Winchester, así que llegué a Londres el mes pasado.

Sally pensó que era divertido.

—Nunca había trabajado de verdad en su vida, ¿eh?

—Fui un buen soldado —respondió Sandman, en tono pacífico.

—Supongo que eso es un trabajo —aceptó Sally, a regañadientes—, de algún tipo —buscó una pata de pollo en el cuenco—. ¿Pero qué es lo que quiere hacer?

Sandman levantó la mirada al techo lleno de humo.

—Sólo trabajar —contestó vagamente—. No estoy cualificado para nada. No soy ni abogado, ni cura. Asistí al Winchester College durante dos trimestres —hizo una pausa, estremeciéndose al recordarlo—, así que pensé probar con los comerciantes de Londres. Contratan a hombres para administrar los cultivos. Cultivos de tabaco y plantaciones de azúcar.

—¿En el extranjero? —preguntó Sally.

—Sí —respondió Sandman con discreción, porque, de hecho, sí que le habían ofrecido un trabajo en una plantación de azúcar en Barbados, pero al saber que el puesto requería supervisar a esclavos, decidió rechazarlo. Su madre se había burlado de su negativa diciéndole que no tenía voluntad, pero él estaba satisfecho con su decisión.

—Pero ahora no es necesario que se vaya al extranjero —le animó Sally—, no si está trabajando para el secretario de Estado.

—Me temo que es un empleo muy temporal.

—¿Robarle gente a la horca? ¡Eso no es temporal! Más bien de jornada completa. —Arrancó la carne del hueso de pollo con los dientes—. Pero ¿va a sacar a Charlie de la Taberna de la Cabeza del Rey?

—¿Le conoce?

—Me lo encontré una vez —respondió, con la boca llena de carne—, y el gordo de sir George tiene razón. Es un mariquita.

—¿Un mariquita? No importa, creo que ya entiendo. ¿Y usted cree que es inocente?

—Por supuesto que lo es, puñeta —contestó ella con energía.

—Le declararon culpable —señaló Sandman, con precaución.

—¿En las sesiones de Old Bailey? ¿Quién fue el juez?

—Sir John Silvester —respondió Sandman.

—¡Rediós! ¿La Cachiporra? —Sally estaba siendo mordaz—. Es un cabronazo. Yo le digo, capitán, que hay docenas de almas inocentes en sus tumbas gracias a La Cachiporra. Y Charlie es inocente. Tiene que serlo. Es un mariquita, ¿no? No sabría qué hacer con una mujer, ¡imagínese violarla! Y quienquiera que la matase le dio una buena paliza, y Charlie no tiene fuerza para hacer eso. Bueno, le habrá visto, ¿verdad? ¿Tiene el aspecto de haber podido degollarla? ¿Qué es lo que dice ahí? —señaló al periódico que Sandman se había sacado del bolsillo y había desdoblado sobre la mesa. En la cabecera del diario había un dibujo mal impreso de un ahorcamiento que pretendía ser la inminente ejecución de Charles Corday, y mostraba

a un hombre encapuchado de pie en una carreta bajo la horca—. Siempre ponen este dibujo —comentó—. Me gustaría que encontrasen uno nuevo. Ni siquiera se usa la carreta ya. ¡Esfúmate, bobo! —gritó esas palabras a un hombre bien vestido que se le había acercado, le había saludado y estaba a punto de hablar. Se marchó con cara de sorpresa—. Ya sé lo que quiere —le explicó.

Sandman parecía alarmado ante su arrebato, pero se echó a reír y siguió mirando el periódico.

—Según dice aquí, la condesa estaba desnuda cuando la encontraron. Desnuda y ensangrentada.

—Fue apuñalada, ¿no?

—Dice que tenía el cuchillo de Corday clavado en el cuello.

—No podría haberla apuñalado con eso —negó Sally, con desdén—; no está afilado. Es un... no sé, ¿cómo se llama? Es para mezclar la pintura, no es para rajar.

—¿Rajar?

—Cortar.

—Entonces es una espátula —afirmó Sandman—, pero aquí dice que fue apuñalada doce veces en las... —vaciló.

—En las tetas —continuó Sally—. Siempre dicen eso si es una mujer. Nunca las apuñalan en otra parte. Siempre en los pechos —negó con la cabeza—. A mí no me parece eso obra de un mariquita. ¿Por qué desnudarla? ¿Para sólo matarla? ¿No quiere más? —empujó el cuenco hacia él.

—No, por favor. Para usted.

—Me comería un maldito caballo entero —apartó su plato y se colocó el cuenco delante—. No —aseguró, después de un momento de reflexión—, él no lo hizo, ¿verdad? —Volvió a callarse, frunciendo el ceño, y Sandman notó que estaba dudando si contarle algo, pero él se lo tomó con calma. Ella le miró, como si juzgase si realmente le gustaba o no, y se encogió de hombros—. Le ha metido del todo —le susurró.

—¿Corday?

—¡No! ¡Sir George! Le ha mentado. He oído que le ha dicho que el conde quería el cuadro, pero no es así.

—¿Ah, no?

—Estuvieron hablando de ello ayer —le reveló Sally con seriedad—, él y un amigo, sólo que él piensa que no escucho. Me quedo allí de pie pasando frío y él habla como si yo no fuese nada más que un par de tetas —se sirvió más cerveza—. No fue el conde quien encargó el cuadro. Se lo confesó a su amigo, me miró y me dijo: «No has oído nada, Sally Hood». ¡Me dijo eso!

—¿Mencionó quién había encargado el cuadro?

Sally asintió.

—Un club encargó el cuadro, aunque se volvería loco si supiese que se lo he dicho, porque está que se muere de miedo por esos cabrones.

—¿Lo encargó un club?

—Como un club de caballeros. Como Boodles o Whites, aunque no fueron ellos, porque tiene un nombre divertido. ¿El Club del Semáforo? No, así no es. ¿Sema? ¿Sera? No lo sé. Tiene algo que ver con ángeles.

—¿Ángeles?

—Ángeles —confirmó Sally—. ¿Semáforo? Algo así.

—¿Serafines?

—¡Eso es! —estaba muy impresionada de que Sandman hubiese dado con el nombre—. El Club de los Serafines.

—Nunca he oído hablar de él.

—Me parece que es realmente privado —declaró Sally—, ¡quiero decir realmente privado! No está lejos. En Saint James's Square, así que deben de tener dinero. Aunque son demasiado ricos para mí.

—¿Lo conoce?

—No mucho —respondió la joven—, pero me pidieron que fuese allí una vez, sólo que no soy ese tipo de actriz.

—¿Pero por qué querría el Club de los Serafines el retrato de la condesa? —preguntó Sandman.

—Dios sabrá —contestó Sally.

—Tendré que preguntárselo.

Sally parecía alarmada.

—¡No les diga que se lo he dicho yo! ¡Sir George me mataría! Y necesito el trabajo, ¿vale?

—No les diré nada de usted —le prometió—, aunque, de todas formas, supongo que ellos no la mataron.

—Entonces, ¿cómo va a encontrar a quien lo hizo? —preguntó Sally.

Era una buena pregunta. Sandman se puso a pensar y le dijo la verdad.

—No lo sé —admitió con arrepentimiento—. Pensaba que cuando el secretario de Estado me pidió investigar todo esto, lo único que debía hacer era ir a Newgate y hacer unas preguntas. Como si interrogase a uno de mis soldados. Pero no es así. Tengo que encontrar la verdad y ni siquiera estoy seguro de por dónde empezar. Nunca había hecho algo así antes. De hecho, no conozco a nadie que lo haya hecho. Así que supongo que debo preguntar, ¿no? Hablo con todos, les pregunto cualquier cosa que se me ocurra y espero poder encontrar a la muchacha sirvienta.

—¿Qué muchacha sirvienta?

Así que Sandman le explicó quién era Meg, que había ido a la casa de Mount Street y que le habían dicho que toda la servidumbre había sido despedida.

—Podrían haberse marchado a la casa de campo del conde —comentó Sandman—, o quizá simplemente fueron despedidos.

—Pregunte a las criadas —propuso Sally—. Pregunte a las otras criadas en la calle y a todas las criadas de las calles cercanas. Alguna de ellas lo sabrá. Las criadas cotillean cualquier cosa. Oh, Dios mío, ¿ya es la hora?

El reloj de la taberna acababa de sonar dos veces. Sally cogió rápidamente el abrigo, agarró lo que quedaba de pan y salió corriendo.

Sandman se quedó y volvió a leer el periódico. No decía mucho, pero le daba tiempo para pensar.

Y tiempo para preguntarse por qué un club privado, muy privado, y con un nombre angélico, quería una mujer pintada desnuda.

Pensó que ya era hora de saberlo. Era hora de visitar a los serafines.

Capítulo 3

Había dejado de llover, aunque el aire era húmedo y los adoquines de Saint James's Street brillaban como si les hubiesen dado una capa de barniz. El humo de todas las chimeneas volaba bajo el viento fresco, arremolinando inmundicias y cenizas como nieve oscura. Dos elegantes carruajes traqueteaban por la colina, adelantando a un tercero que había perdido una rueda. Un grupo de hombres iba avisando del vehículo ladeado, mientras los caballos, un brioso grupo de zainos, eran paseados por un cochero. Dos borrachos, vestidos a la moda, se apoyaban el uno en el otro mientras le hacían reverencias a una mujer, la cual, tan elegante como sus admiradores, paseaba con un parasol plegado. Ella ni miraba a los borrachos, y tampoco hacía caso de las obscenidades que le gritaban desde las ventanas de los clubes de caballeros. Sandman dedujo que no era ninguna dama, ya que ninguna mujer respetable pasaría por Saint James's Street. Se le quedó mirando descaradamente cuando se le acercaba y Sandman, educadamente, se tocó el sombrero con la mano, pero la dejó pasar por el lado de la pared y siguió caminando.

—Demasiado caliente para ti, ¿verdad? —gritó un hombre a Sandman, desde una ventana.

Pero pasó por alto la burla. «Concéntrate», se decía a sí mismo, «concéntrate», y para hacerlo se detuvo en la esquina de King Street y miró hacia Saint James's Palace como si sus antiguos ladrillos le pudiesen inspirar.

Se preguntaba por qué iba al Club de los Serafines. Porque, si Sally tenía razón, ellos habían encargado el retrato de la condesa asesinada, pero ¿y qué? Sandman estaba empezando a sospechar que el cuadro no tenía nada que ver con el asesinato. Si Corday decía la verdad, entonces el asesino fue la persona que le había interrumpido cuando llamaron a la puerta de las escaleras traseras, pero Sandman no tenía ni la más mínima idea de quién podía ser. Entonces, ¿por qué se dirigía al Club de los Serafines? Porque el misterioso club, evidentemente, había conocido a la mujer muerta y se había gastado el dinero en un retrato suyo, el cual, sin que la señora lo supiese, la iba a mostrar desnuda, lo cual indicaba que algún miembro del club había sido su amante o ella no había querido serlo, y el amor, como el rechazo, conducía hasta el odio, y el odio llevaba al asesinato; ese encadenamiento de ideas alentaba a Sandman a preguntarse si el cuadro estaba relacionado con el asesinato o no. Todo era confuso, demasiado confuso, y no llegaba a ninguna parte intentando concentrarse en ello, así que se puso a caminar de nuevo.

Nada indicaba el local del Club de los Serafines, pero un barrendero le señaló una casa con ventanas cerradas en la parte este de la plaza. Sandman atravesó la plaza y, cuando se acercaba, vio un carruaje tirado por cuatro caballos parado en el bordillo delante del club. El coche estaba pintado de azul oscuro y en las puertas había

escudos rojos grabados con ángeles de toga dorada en pleno vuelo. Evidentemente, acababa de subir un pasajero, porque arrancó cuando Sandman llegó a la puerta pintada de azul esmaltado y sin placa de latón. Había una cadena dorada en el porche de poca altura, y cuando tiró de ella resonó una campanilla en el interior del edificio. Estaba a punto de tirar de la cadena de nuevo, cuando se dio cuenta de que había una rendija de luz en el centro de la puerta y vio una mirilla que atravesaba la madera pintada de azul. Creyó que alguien le estaba observando, así que dio un paso atrás y oyó que descorrían un cerrojo. Quitaron un segundo cerrojo, una cerradura giró y, por fin, la puerta fue abierta levemente por un criado vestido con una librea negra y amarilla que inspeccionó a Sandman.

—¿Está usted seguro, señor —preguntó, después de una pausa—, de que no se equivoca de casa? —El «señor» no sonaba con respeto, sino que era una mera formalidad.

—¿Es éste el Club de los Serafines?

El criado dudó. Era un hombre alto, probablemente un año o dos mayor que Sandman, y tenía la cara oscurecida por el sol, marcada por la violencia y endurecida por la experiencia. «Un hombre brutal pero atractivo», pensó Sandman, y que parecía competente.

—Ésta es una casa privada, señor —respondió el criado, con firmeza.

—Que pertenece, según creo, al Club de los Serafines —replicó Sandman, bruscamente—, con el que tengo un asunto pendiente —agitó la carta del secretario de Estado—. Un asunto del gobierno —añadió.

Sin esperar ninguna respuesta, pasó por delante del criado hasta un vestíbulo de techos altos, elegante y caro. El suelo era un tablero de ajedrez de azulejos de mármol relucientes que también encuadraba la chimenea, en la que había un pequeño fuego y sobre la cual había un cuadro enmarcado con gran profusión de querubines dorados, ramilletes de flores y hojas de acanto. Un araña colgaba del techo justo en el hueco de unas escaleras, con al menos un centenar de velas apagadas. Unos oscuros cuadros colgaban en las paredes blancas. Una mirada rápida le permitió ver que eran paisajes sin ninguna dama desnuda a la vista.

—El gobierno, señor, no tiene ningún asunto aquí, ninguno —aseguró el alto criado.

Parecía sorprendido de que Sandman se hubiese atrevido a pasar por delante de él, y como reprobación, le lanzó una clara indirecta dejando abierta la puerta de entrada e invitándole a que se marchase. Otros dos criados, ambos muy corpulentos y con la misma librea negra y amarilla, habían salido de la habitación de al lado para animar al visitante indeseado a que se marchase.

Sandman, al ver a los recién llegados, se volvió hacia el criado más alto que aguantaba la puerta y advirtió que el buen aspecto del hombre quedaba desfavorecido

por las pequeñas cicatrices negras de su mejilla derecha. La mayoría de la gente casi no habría notado las marcas, que eran poco más que motas oscuras bajo la piel, pero Sandman había adquirido el hábito de reconocer las quemaduras de pólvora.

—¿En qué regimiento? —le preguntó al hombre.

La cara del criado esbozó una media sonrisa.

—En el primero de infantería, señor.

—Yo luché a su lado en Waterloo —le informó Sandman. Se metió la carta en el bolsillo de la chaqueta, se sacó el sobretodo empapado, que tiró en una silla dorada con el sombrero—. Probablemente tenga razón —continuó—, el gobierno normalmente no tiene ningún asunto aquí, pero sospecho que necesito que me lo diga un directivo del club. ¿Hay algún secretario? ¿Algún presidente? ¿Un comité? —se encogió de hombros—. Lo siento, pero el gobierno es como los carabineros franceses. Si no los envías al infierno a la primera, vuelven el doble de fuertes la siguiente vez.

El criado se sentía presionado entre su deber para con el club y su camaradería con otro soldado, pero pudo más su lealtad hacia los serafines. Dejó la puerta y flexionó las manos como si estuviese preparándose para una pelea.

—Lo siento, señor —insistió—, pero lo único que le dirán es que concierte una cita.

—Entonces esperaré aquí hasta que la concedan —replicó Sandman. Se fue hasta el fuego y puso las manos frente a él—. Me llamo Sandman, por cierto, y estoy aquí en nombre de lord Sidmouth.

—Señor, no está permitido esperarse —insistió el criado—, pero si lo desea puede dejar una tarjeta, señor, en la bandeja o en la mesa.

—No tengo tarjeta —contestó Sandman alegremente.

—Es hora de irse —le dijo el criado, y esta vez no le llamó «señor», sino que se acercó al visitante con fría confianza.

—Está bien, sargento Berrigan —interrumpió una suave voz desde detrás de Sandman—; el señor Sandman será atendido.

—Capitán Sandman —añadió Sandman, girándose.

Un pisaverde, un petimetre, un galán se presentó ante él. Era un joven alto y extraordinariamente bien parecido que llevaba una chaqueta negra con botones dorados, unos pantalones blancos tan ajustados que se le ceñían a los muslos y unas botas altas negras y brillantes. Un fular blanco almidonado salía de su lisa camisa blanca, la cual quedaba enmarcada por el cuello de la chaqueta, que era tan alto que casi le tapaba las orejas. Su cabello era negro y muy corto, y enmarcaba una cara pálida tan afeitada que la piel parecía brillar. Era una cara divertida e inteligente, y llevaba monóculo, una fina varilla dorada que aguantaba una sola lente a través de la cual inspeccionó a Sandman brevemente antes de ofrecerle una ligera y cortés

reverencia.

—Capitán Sandman —rectificó, acentuando gentilmente la primera palabra—, lo siento. Y debería haberle reconocido. Le vi conseguir cincuenta carreras en Martingale y Bennett el año pasado. Una pena que su destreza no nos haya entretenido en ningún campo de Londres esta temporada. Mi nombre, por cierto, es Skavadale, lord Skavadale. Acompáñeme a la biblioteca, por favor —señaló una sala detrás de él—. Sargento, ¿sería tan amable de colgar el abrigo del capitán? En la chimenea del portero, ¿le parece? ¿Y que deseará beber para entrar en calor, capitán? ¿Café? ¿Té? ¿Ponche? ¿Brandy de contrabando?

—Café —respondió Sandman. Olió a agua de lavanda al pasar junto a lord Skavadale.

—Hace un día absolutamente horrible, ¿verdad? —preguntó Skavadale mientras seguía a Sandman a la biblioteca—. Y ayer hacía buen tiempo. He ordenado que enciendan las chimeneas, como puede ver, no tanto para que den calor como para contrarrestar la humedad. —La biblioteca era una sala enorme y armoniosa en la que un generoso fuego ardía en una amplia chimenea entre los altos estantes. Había una docena de sillones repartidos a lo largo de la habitación, pero Skavadale y Sandman eran los únicos ocupantes—. La mayoría de los miembros están en el campo en esta época del año —Skavadale explicó el vacío de la sala—, pero yo tengo que venir a la ciudad por negocios. Bastante aburridos, me temo —sonrió—. ¿Y qué le trae por aquí, capitán?

—Un extraño nombre —Sandman pasó por alto la pregunta—, el Club de los Serafines.

Sandman paseó la mirada por toda la biblioteca, pero no había nada indigno en ella. El único cuadro era un retrato a tamaño real y de cuerpo entero que estaba colgado sobre la repisa de la chimenea. Mostraba a un hombre delgado con cara desenfadada y atractiva y cabello magníficamente rizado que le caía por encima de los hombros. Llevaba una chaqueta entallada de seda con encajes en puños y cuello, y una banda ancha en el pecho, de la que colgaba una espada con guarda.

—John Wilmot, segundo conde de Rochester —lord Skavadale identificó al hombre—. ¿Conoce su obra?

—Sé que fue un poeta —respondió Sandman—, y un libertino.

—Tuvo la suerte de ser las dos cosas —observó Skavadale con una sonrisa—. Ciertamente fue un poeta, un poeta del más alto ingenio y de excepcional talento, y nosotros lo consideramos, capitán, como nuestro modelo. Los serafines son seres elevados, los más elevados, de hecho, de todos los ángeles. Un pequeño engreimiento por nuestra parte.

—¿Más elevado que los simples mortales como el resto de nosotros? —preguntó Sandman, con amargura. Lord Skavadale era tan cortés, tan perfecto y tan pagado de

sí mismo que irritaba a Sandman.

—Simplemente intentamos destacar —respondió Skavadale en tono agradable—, como seguramente haga usted, capitán, en el críquet y en cualquier otra cosa a la que se dedique, y estoy siendo negligente al no darle la oportunidad de que me lo explique.

Esa oportunidad tuvo que esperar un momento, porque apareció un criado con una bandeja de plata en la que llevaba unas tazas de porcelana y una cafetera de plata. Ni lord Skavadale ni Sandman hablaron mientras se servía el café, y, durante el silencio, Sandman oyó un extraño chirrido intermitente que provenía de una habitación cercana. Entonces detectó un sonido metálico y se dio cuenta de que estaban practicando esgrima y que los chirridos eran el sonido de los zapatos sobre un suelo encerado.

—Siéntese, por favor —le pidió Skavadale, cuando el criado hubo atizado el fuego y abandonado la sala—, y dígame qué le parece nuestro café.

—Charles Corday —soltó Sandman, tomando asiento en una butaca.

Lord Skavadale parecía desconcertado, y sonrió.

—Me ha desconcertado por un momento, capitán. Charles Corday, por supuesto, el joven condenado por el asesinato de la condesa de Avebury. Ciertamente es usted un hombre misterioso. Por favor, explíqueme por qué menciona su nombre.

Sandman sorbió el café. El platillo estaba decorado con la insignia de un ángel dorado volando en un escudo rojo. Era como el blasón que había visto pintado en la puerta del carruaje, aunque ese ángel iba bastante desnudo.

—El secretario de Estado —contestó Sandman— me ha encargado que investigue los motivos de la condena de Corday.

Skavadale arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque hay dudas sobre su culpabilidad —respondió Sandman, procurando no decir que el secretario de Estado no compartía esas dudas.

—Tranquiliza saber que nuestro gobierno llega tan lejos para proteger a su pueblo —comentó Skavadale, piadosamente—, pero ¿por qué iba a traerle eso hasta nuestra puerta, capitán?

—Porque sabemos que el retrato de la condesa de Avebury fue encargado por el Club de los Serafines —respondió Sandman.

—¿De verdad? —preguntó Skavadale, gentilmente—. Lo encuentro sorprendente. —Se inclinó para colocarse en el guardafuegos de piel, teniendo un exquisito cuidado de no arrugarse la chaqueta ni los pantalones—. El café proviene de Java —le informó— y creemos que es bastante bueno. ¿No le parece?

—Lo que hace al asunto más interesante —prosiguió Sandman— es que el encargo del retrato requería que la dama fuese pintada desnuda.

Skavadale sonrió a medias.

—Me parece muy amable por parte de la condesa, ¿no cree?

—Aunque ella no debía saberlo —continúo Sandman.

—Pues vaya —Skavadale pronunció la vulgaridad con cuidado, pero a pesar de la burla sus oscuros ojos estaban muy vivos y no parecía sorprendido en absoluto. Dejó el monóculo en una mesa y sorbió su café—. ¿Puedo preguntarle, capitán, cómo ha sabido de estos sorprendentes hechos?

—Puede que un hombre se enfrente a la horca dentro de poco —respondió Sandman, eludiendo la pregunta.

—¿Me está diciendo que Corday se lo dijo?

—Lo vi ayer.

—Esperemos que la inminencia de la muerte le haga decir la verdad —suspiró Skavadale. Sonrió—. Le confieso que no sé nada del asunto. Es posible que alguno de nuestros miembros encargase el retrato, pero ¡ay!, no me lo confiaron. Aunque estoy forzado a preguntarme, ¿importa eso? ¿Cómo afecta eso en la culpabilidad del joven?

—Vos habláis en nombre del Club de los Serafines, ¿verdad? ¿Sois el secretario? ¿O algún directivo?

—Nosotros no tenemos algo tan vulgar como directivos, capitán. Nosotros los miembros somos pocos en número y nos consideramos amigos. Tenemos un empleado que lleva la contabilidad, pero no toma decisiones. Son acordadas por todos nosotros, como amigos e iguales.

—Así que si el Club de los Serafines encargase un retrato —persistió Sandman—, entonces vos lo sabrías.

—Así es —respondió Skavadale, con energía—, y ese retrato no fue encargado por el club. Pero, como digo, es posible que uno de los miembros lo encargase a título privado.

—¿El conde de Avebury es miembro del club? —preguntó Sandman.

Skavadale vaciló.

—Realmente no puedo divulgar quiénes son nuestros miembros, capitán. Esto es un club privado. Pero creo que me parece más seguro decirle que no tenemos el honor de contar al conde entre nosotros.

—¿Conocíais vos a la condesa? —preguntó Sandman.

Skavadale sonrió.

—Por supuesto que sí, capitán. Muchos de nosotros la adorábamos, ya que era una dama de belleza divina y lamentamos su muerte extremadamente. Extremadamente. —Dejó su café a medio acabar sobre una mesa y se levantó—. Me temo que su visita ha sido en balde, capitán. Le aseguro que el Club de los Serafines no encargó ningún retrato, y me temo que el señor Corday le ha informado mal. ¿Le

acompañó a la salida?

Sandman se levantó. No había conseguido nada y le habían hecho sentir idiota, pero justo entonces se abrió una puerta detrás de él y se volvió para ver que una de las estanterías tenía un frontal de falsos lomos enganchado a una puerta, y apareció un joven en mangas de camisa con un florete en la mano y una expresión hostil.

—Pensaba que te habías deshecho de ese necio, Johnny —se dirigió a Skavadale—, pero ya veo que no.

Skavadale, suave como la miel, sonrió.

—Permíteme que te presente al capitán Sandman, el célebre jugador de críquet. Éste es lord Robin Holloway.

—¿Jugador de críquet? —lord Robin Holloway estaba momentáneamente confuso—. Creía que era el lacayo de Sidmouth.

—También lo soy —afirmó Sandman.

Lord Robin percibió la agresividad en la voz de Sandman y sacudió el florete. No tenía nada de la cortesía de Skavadale. Tendría unos veinte años, pensó Sandman, y era alto y apuesto como su amigo, pero donde Skavadale era moreno, Holloway era dorado. Su cabello era dorado, había oro en sus dedos y una cadena dorada en su cuello. Se mordió los labios y levantó la espada a media altura.

—¿Y qué es lo que quiere Sidmouth de nosotros? —preguntó.

—El capitán Sandman ya se marchaba —respondió Skavadale con firmeza.

—He venido a preguntar sobre la condesa de Avebury —contestó Sandman.

—Está en la tumba, necio, en la tumba —replicó Holloway. Un segundo hombre apareció detrás de él, también con un florete en la mano, aunque Sandman dedujo por la sencilla vestimenta que llevaba que sería un criado del club, quizá el maestro de armas. La habitación tras la falsa puerta era una sala de esgrima, ya que tenía estantes de floretes y sables y un suelo de madera dura—. ¿Y cómo has dicho que te llamas? —le preguntó a Sandman.

—No lo he dicho —respondió éste—, pero me llamo Sandman, Rider Sandman.

—¿El hijo de Ludovic Sandman?

Sandman asintió.

—Así es.

—El condenado me estafó —protestó lord Robin Holloway. Sus ojos, ligeramente saltones, desafiaban a Sandman—. ¡Me debe dinero!

—Un asunto para tus abogados, Robin —lord Skavadale fue conciliatorio.

—Seis mil malditas guineas —gruñó lord Holloway—, y como tu padre se metió un tiro, ¡no se nos paga! Así que, ¿qué vas a hacer, necio?

—El capitán Sandman ya se marcha —insistió con firmeza lord Skavadale, y cogió del codo a Sandman.

Sandman lo apartó.

—Me he comprometido a pagar algunas de las deudas de mi padre —se dirigió a lord Robin. El mal genio de Sandman estaba aflorando, pero no lo mostró en la cara y su voz era todavía respetuosa—. Estoy pagando las deudas a los comerciantes que se quedaron con dificultades económicas debido al suicidio de mi padre. Y por lo que respecta a vuestra deuda —hizo una pausa—, no pienso hacer absolutamente nada.

—Vete al infierno, imbécil —profirió lord Robin y desenfundó el florete como si fuese a rajarle la mejilla a Sandman.

Lord Skavadale se puso entre los dos.

—¡Ya es suficiente! El capitán se marcha.

—No deberías haberle dejado entrar —se quejó lord Robin—, ¡sólo es un asqueroso espía del maldito Sidmouth! La próxima vez, Sandman, utiliza la entrada de los comerciantes de la parte de atrás. La puerta principal es para los caballeros.

Sandman había estado controlando su mal genio y se marchaba hacia el vestíbulo principal, pero de repente, se volvió y pasó junto a Skavadale y Holloway.

—¿Adónde diablos vas? —le preguntó Holloway.

—A la puerta de atrás, por supuesto —respondió Sandman, y entonces se paró al lado del maestro de armas y levantó la mano. El hombre dudó, miró a Skavadale y frunció el ceño mientras Sandman le agarraba rápidamente el florete. Sandman se volvió hacia Holloway—. He cambiado de opinión —comentó—; creo que utilizaré la puerta principal, después de todo. ¿O su señoría tiene intención de detenerme?

—Robin... —lord Skavadale advirtió a su amigo.

—Vete al infierno —respondió Holloway, y alzó el florete, intentó apartar la espada de Sandman y entró a fondo.

Sandman esquivó a Holloway, le apartó la hoja hacia arriba, y le asestó un golpe en la cara. La punta del florete era redonda, por lo que no podía agujerear ni rasgar, pero aun así le dejó una marca rojiza en la mejilla derecha. La espada de Sandman volvió rápidamente para marcarle la mejilla izquierda, retrocedió tres pasos y la bajó.

—¿Qué es lo que soy? —preguntó—. ¿Un comerciante o un caballero?

—¡Vete al infierno!

Holloway estaba hecho una furia y no se dio cuenta de que su oponente también había perdido los estribos, pero el mal genio de Sandman era frío y cruel mientras que el de Holloway era todo ardor e imprudencia. Holloway sacudió el florete como si fuese un sable, esperando abrirle la cara a Sandman con la fuerza de un golpe de látigo, pero éste se echó hacia atrás, dejó pasar la espada unos centímetros por delante de la nariz y avanzó para clavarle el arma en el vientre. El botón evitó que el florete agujerease la ropa o la piel, y se dobló como un arco, lo que Sandman usó para retroceder, ya que lord Robin atacaba otra vez. Sandman dio otro paso atrás; Holloway pensó que el movimiento era de nerviosismo y le clavó la espada en el cuello.

—Petimetre —soltó Sandman, con desdén—. Pequeño y débil petimetre —gruñó.

Empezó a luchar, una vez se había desatado su ira, una ira incandescente y asesina, una furia con la que luchaba, que odiaba, que rezaba por que le abandonase, y ya no estaba para evasivas, sino que iba a matar. Se abalanzó hacia él; su arma era un terror sibilante y el botón atizó la cara de lord Holloway, casi sacándole un ojo, después le golpeó en la nariz, provocándole una hemorragia. El acero retrocedió, rápido como una serpiente, y lord Holloway se apartó dolorido; de repente, un par de brazos extremadamente fuertes se cerraron sobre Sandman a la altura del pecho. El sargento Berrigan le había inmovilizado; entonces el maestro de armas se puso delante de lord Holloway y lord Skavadale le arrancó a su amigo el florete de la mano.

—¡Ya es suficiente! —gritó Skavadale—. ¡Ya es suficiente! —Lanzó el florete de Holloway hacia el fondo de la sala, cogió la espada de Sandman y la tiró junto a la otra—. Se marcha ahora, capitán —insistió—, ¡se marcha ahora!

Sandman se sacudió de encima los brazos de Berrigan. Pudo ver el miedo en los ojos de lord Robin.

—Yo estaba luchando con hombres de verdad —le dijo a lord Robin— cuando tú todavía te meabas en los calzones.

—¡Váyase! —le interrumpió Skavadale.

—¿Señor? —Berrigan, tan alto como Sandman, sacudió la cabeza hacia el vestíbulo—. Creo que es mejor que se vaya, capitán.

—Si descubre a la persona que encargó el retrato —le pidió Sandman a Skavadale—, le agradecería que me informase al respecto. —En realidad no esperaba que lord Skavadale hiciese tal cosa, pero decir eso le permitió marcharse con algo de dignidad—. Puede dejar un mensaje para mí en La Gavilla, en Drury Lane.

—Buen día, capitán —se despidió Skavadale con frialdad.

Lord Robin miró a Sandman, pero no dijo nada. Había sido azotado y lo sabía. El maestro de armas le miró con respeto, pero él vio destreza en el manejo de la espada.

Recogió el sobretodo y el sombrero, medio secos y bien cepillados, en el pasillo del vestíbulo, donde el sargento Berrigan abrió la puerta principal. Saludó con la cabeza sombríamente a Sandman, que pasó por su lado hasta el primer escalón.

—Mejor que no vuelva, señor —le advirtió Berrigan, tranquilamente, y cerró la puerta de un golpe.

Empezaba a llover de nuevo.

Sandman caminaba lentamente hacia el norte.

Estaba verdaderamente nervioso, tan nervioso que se preguntaba si había ido al Club de los Serafines simplemente para retrasar su siguiente deber.

¿Era un deber? Se decía a sí mismo que sí, aunque sospechaba que era una

indulgencia y tenía la certeza de que era una tontería. Aunque Sally tenía razón. Tenía que encontrar a la joven Meg, encontrarla y descubrir la verdad, y la mejor manera de encontrar a una criada era preguntar a otros sirvientes, que era la razón por la que se dirigía a Davies Street, un lugar que había evitado con asiduidad durante los últimos seis meses.

Aunque cuando llamó a la puerta todo parecía tan familiar como siempre y Hammond, el mayordomo, ni siquiera pestañeó.

—Capitán Rider —exclamó—, es un placer, señor, ¿me permite que le coja el abrigo? Debería llevar un paraguas, señor.

—Sabes que al duque nunca le han gustado los paraguas, Hammond.

—El duque de Wellington puede ordenar la moda de los soldados, señor, pero su excelencia no tiene autoridad sobre los ciudadanos de Londres. ¿Puedo preguntarle cómo está su madre, señor?

—No ha cambiado, Hammond. El mundo no se adapta a ella.

—Siento oír eso, señor. —Hammond colgó el abrigo y el sombrero de Sandman en un perchero lleno de chaquetas—. ¿Tiene tarjeta de invitación? —preguntó.

—¿Lady Forrest está ofreciendo una velada de música? Me temo que no he sido invitado. Esperaba que sir Henry estuviese en casa, pero puedo dejar una nota.

—Está en casa, señor, y estoy seguro de que deseará recibirle. ¿Por qué no se espera en la sala pequeña?

La sala pequeña era el doble de grande que el salón de la casa que Sandman había alquilado para su madre y su hermana en Winchester, un hecho que su madre mencionaba con frecuencia pero que en ese momento no quería recordar, así que se puso a mirar un cuadro de ovejas en una pradera y a escuchar a un tenor cantando una extravagante pieza más allá de las puertas que conducían a las habitaciones más grandes de la parte trasera de la casa. El hombre acabó con una floritura, hubo un palmoteo de aplausos y entonces la puerta del vestíbulo se abrió y entró sir Henry Forrest.

—¡Mi querido Rider!

—Sir Henry.

—Un nuevo tenor francés —informó sir Henry, con pesar— que no debería haber pasado de Dover. —A sir Henry nunca le habían gustado demasiado los conciertos de su esposa y habitualmente procuraba evitarlos—. Olvidé que había un concierto esta tarde —explicó—, si no, me podría haber quedado en el banco —sonrió a Sandman con picardía—. ¿Qué tal estás, Rider?

—Estoy bien, gracias. ¿Y usted, señor?

—Estoy muy ocupado, Rider, muy ocupado. El Tribunal de Regidores requiere tiempo, Europa necesita dinero y nosotros se lo proporcionamos, o al menos conseguimos los negocios que Rothschild y Baring no quieren. ¿Has visto el precio

del maíz? Sesenta y tres chelines el cuarto en Norwich la semana pasada. ¿Te lo puedes creer? —Sir Henry le echó un rápido vistazo a la ropa de Sandman para saber si su fortuna había mejorado y pensó que no—. ¿Cómo está tu madre?

—Quejosa —respondió Sandman.

Sir Henry hizo una mueca.

—Quejosa, vaya. Pobre mujer —se estremeció al pensarlo—. Todavía tiene los perros, ¿verdad?

—Me temo que sí, señor. —La madre de Sandman se desvivía por dos perros falderos ruidosos, mal educados y apestosos.

Sir Henry abrió el cajón de un aparador y extrajo dos cigarros.

—Hoy no se puede fumar en el invernadero —comentó—, así que podrían ahorcarnos por fumigar la salita, ¿eh? —Hizo una pausa para encender la caja de la yesca y el cigarro. Su altura, su columna ligeramente encorvada, su cabello canoso y su triste semblante siempre le habían recordado a don Quijote, aunque su parecido era engañoso porque docenas de rivales en los negocios lo habían descubierto demasiado tarde. Sir Henry, hijo de un boticario, poseía una comprensión instintiva del dinero; cómo conseguirlo, cómo utilizarlo y cómo multiplicarlo. Semejantes habilidades habían ayudado a construir los barcos, a alimentar a las tropas y a vaciar las armas que derrotaron a Napoleón, y que otorgaron a Henry Forrest el título de sir, por el cual su esposa estaba más que agradecida. Era, en pocas palabras, un hombre de talento, aunque inseguro al tratar con la gente—. Me alegro de verte, Rider —afirmó, y realmente lo pensaba, porque Sandman era una (le las pocas personas con las que se sentía cómodo—. Ha pasado mucho tiempo.

—Así es, sir Henry.

—¿Y a qué te dedicas actualmente?

—A un trabajo bastante inusual, señor, que me ha convencido para que le pida un favor.

—Un favor, ¿eh? —sir Henry aún parecía agradable, pero había precaución en sus ojos.

—En realidad necesito preguntárselo a Hammond, señor.

—A Hammond, ¿eh? —sir Henry se quedó mirando a Sandman como si no estuviese seguro de lo que acababa de oír—. ¿Mi mayordomo?

—Me explicaré —señaló Sandman.

—Espero que lo hagas —contestó sir Henry, y entonces, frunciendo el ceño con perplejidad, volvió al aparador y llenó dos vasos de brandy—. Te tomarás un trago conmigo, ¿verdad? Todavía se me hace raro verte sin el uniforme. ¿Y qué es lo que quieres de Hammond?

Pero antes de que Sandman pudiese explicarse, la doble puerta del salón se abrió y apareció Eleanor. La luz del gran salón quedaba detrás de ella y parecía que su

cabello fuese un halo alrededor de la cara. Miró a Sandman y respiró hondo antes de sonreír a su padre.

—A mamá le preocupaba que te perdieSES el dueto, papá.

—El dueto, ¿eh?

—Las hermanas Pearman, papá, han estado practicando durante semanas — explicó Eleanor, y volvió a mirar a Sandman—. Rider —dijo suavemente.

—Señorita Eleanor —respondió él muy formalmente e hizo una reverencia.

Ella le miró. Tras ella, en el salón, un grupo de invitados estaban aposentados en sillas doradas que daban a las puertas abiertas del invernadero, en el que había dos jóvenes sentadas en el banco del piano. Eleanor les echó un vistazo y cerró las puertas con firmeza.

—Creo que las hermanas Pearman pueden actuar sin mí. ¿Qué tal estás, Rider?

—Estoy bien, gracias, estoy bien. —Por un momento pensó que no podría hablar, porque se le había hecho un nudo en la garganta y notaba lágrimas en los ojos. Eleanor llevaba un vestido de seda verde claro con encajes amarillos en el pecho y en los puños. Lucía un collar de oro y ámbar que Sandman no había visto antes, y entonces sintió una extraña envidia de la vida que ella habría llevado en los últimos seis meses. Recordó que estaba prometida y eso le hirió en lo más vivo, aunque procuró guardar las formas—. Estoy bien —repitió—, ¿y tú?

—Estoy consternada al saber que estás bien —respondió Eleanor, con severidad fingida—. ¿Pensar que estás bien sin mí? Es misterioso, Rider.

—Eleanor —su padre la reprendió.

—Le estoy tomando el pelo, papá, está permitido, y pocas cosas lo están. —Se volvió hacia Sandman—. ¿Has venido a la ciudad para pasar el día?

—Vivo aquí —contestó Sandman.

—No lo sabía.

Sus ojos grises parecían más grandes. Que su nariz fuese demasiado larga, su barbilla demasiado afilada, sus ojos demasiado separados, su cabello demasiado pelirrojo y su boca demasiado espléndida era cierto, pero con sólo mirarle Sandman se sintió casi alegre, como si se hubiese bebido una botella entera de brandy y no sólo dos sorbos. Se la quedó mirando; ella le devolvió la mirada y tampoco habló.

—¿Aquí en Londres? —sir Henry rompió el silencio.

—¿Perdón? —Sandman se obligó a mirar a sir Henry.

—¿Vives aquí, Rider, en Londres?

—En Drury Lane, señor.

Sir Henry frunció el ceño.

—Eso no tiene importancia —hizo una pausa—. ¿Es peligroso?

—Es una taberna —explicó Sandman— que me recomendó un oficial fusilero en Winchester y me establecí antes de descubrir que era, quizá, un lugar poco deseable.

Pero me va bien.

—¿Llevas por aquí mucho tiempo? —preguntó Eleanor.

—Tres semanas —admitió Sandman—, o algo más.

Sandman pensó que parecía como si le hubiese pegado en la cara.

—¿Y no has venido hasta ahora? —protestó ella.

Sandman notó que se estaba ruborizando.

—No estaba seguro —respondió— de tener una razón para venir. Pensé que preferías que no lo hiciese.

—Si es que lo pensaste —replicó Eleanor, de manera cortante. Sus ojos eran grises, casi del color del humo, con motas verdes.

Sir Henry señaló débilmente hacia las puertas.

—Te estás perdiendo el dueto, querida —le recordó—, y Rider ha venido para ver a Hammond. ¿No es así, Rider? En realidad no es una visita social.

—Hammond, así es —confirmó Sandman.

—¿Qué diablos quieres de Hammond? —preguntó Eleanor, con los ojos repentinamente brillantes de curiosidad.

—Estoy seguro de que eso deben discutirlo ellos dos —aseguró sir Henry, con frialdad—, y yo, por supuesto —añadió precipitadamente.

Eleanor hizo caso omiso de su padre.

—¿Qué? —le preguntó a Sandman.

—Me temo que es una historia bastante larga —respondió Sandman, excusándose.

—Mejor que escuchar a las hermanas Pearman cómo destrozan los arreglos que su profesor de música ha hecho de Mozart —contestó Eleanor, y cogió una silla con cara expectante.

—Querida —empezó su padre, e inmediatamente fue interrumpido.

—Papá —le contestó Eleanor con severidad—, estoy segura de que cualquier cosa que Rider quiera de Hammond no es inapropiada para los oídos de una joven, y eso es más de lo que puedo decir de las efusiones de las Pearman. ¿Rider?

Sandman se aguantó una sonrisa y explicó la historia, que dio lugar al asombro, porque ni Eleanor ni su padre habían relacionado a Charles Corday con sir George Phillips. Ya era bastante malo que la condesa de Avebury hubiese sido asesinada en la calle de al lado; ahora que parecía que el condenado había estado en compañía de Eleanor.

—Estoy segura de que es el mismo hombre —aseguró Eleanor—, aunque sólo sé que le llamaban Charlie. Pero parecía que pintaba la mayor parte de la obra.

—Probablemente era él —comentó Sandman.

—Mejor no se lo digas a tu madre —observó sir Henry con discreción.

—Pensará que estuve a punto de ser asesinada —comentó Eleanor.

—Dudo que él sea el asesino —añadió Sandman.

—Y, además, estabas acompañada, ¿verdad? —le preguntó su padre.

—Por supuesto que sí, papá. Ésta es —miró a Sandman y arqueó una ceja— una familia respetable.

—La condesa también estaba acompañada —señaló Sandman, y explicó lo de la muchacha desaparecida, Meg, y que necesitaba a las criadas para enterarse de lo que se decía sobre el destino de la servidumbre de la casa de Avebury—. El chismorre del servicio no es algo que me guste fomentar, señor —sostuvo, y fue interrumpido por Eleanor.

—No seas tan estirado, Rider —replicó—, no hace falta que se fomente o no, simplemente ocurre.

—Pero lo cierto es que —continuó Sandman— todos los sirvientes se hablan entre ellos y si Hammond pudiese preguntar a las criadas lo que han oído...

—Entonces no te enterarás de nada —interrumpió de nuevo Eleanor.

—Querida —protestó su padre.

—¡De nada! —reiteró Eleanor, con firmeza—. Hammond es un mayordomo muy bueno y un admirable cristiano, de hecho a menudo he pensado que sería un obispo extraordinario, pero todas las criadas le temen. No, la persona a preguntar es mi criada Lizzie.

—¡No puedes implicar a Lizzie! —objetó Sir Henry.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes —respondió su padre, incapaz de encontrar un motivo convincente—. Simplemente no está bien.

—¡Lo que no está bien es que ahorquen a Corday! No, si es inocente. ¡Y tú, papá, deberías saberlo! ¡Nunca te había visto tan horrorizado!

Sandman miró inquisitivamente a sir Henry, el cual se encogió de hombros.

—El deber me llevó a Newgate —admitió—. Descubrí que nosotros, la Comisión de Regidores, somos los patronos del verdugo, y el desgraciado nos ha solicitado un ayudante. A uno no le gusta desembolsar los fondos innecesariamente, así que dos de nosotros nos comprometimos a descubrir las demandas de su trabajo.

—¿Y ya has tomado una decisión? —preguntó Eleanor.

—Seguimos el consejo del sheriff —respondió sir Henry—. Yo me inclinaba a rechazar la petición, pero confieso que podría haber sido un mero perjuicio para el verdugo. Me impresionó que fuese un vil desgraciado, ¡un desgraciado!

—No es un empleo que atraiga a personas de calidad —señaló Eleanor, secamente.

—Botting, se llama, James Botting —sir Henry se estremeció—. La horca no es nada agradable, Rider, ¿has visto alguna vez alguna ejecución?

—He visto a hombres después de ser ahorcados —respondió Sandman, pensando

en Badajoz, con su acequia empapada de sangre y sus calles llenas de gritos. El ejército británico, que había irrumpido en la ciudad a pesar de la firme defensa francesa, había infligido una terrible venganza en los habitantes y Wellington había ordenado a los verdugos que calmasen la ira de los casacas rojas—. Solíamos ahorcar a los saqueadores —le explicó a sir Henry.

—Supongo que debíais hacerlo —comentó sir Henry—. Es una muerte terrible, terrible. Pero necesaria, por supuesto, nadie discute que...

—Sí que lo hacen —añadió su hija.

—Nadie en su sano juicio lo discute —su padre corrigió su afirmación con firmeza—, pero espero no tener que presenciar otra.

—Yo debería presenciar una —declaró Eleanor.

—No seas ridícula, te lo pido —le respondió bruscamente su padre.

—¡Debería! —insistió Eleanor—. Constantemente se nos dice que el propósito de la ejecución es doble: castigar a los culpables y disuadir a los demás para que no cometan crímenes, por eso se presenta como un espectáculo público, así mi alma inmortal estaría indudablemente más segura si fuera testigo de una ejecución y no estaría predispuesta a cualquier delito que pudiera estar tentada a cometer. —Miró a su desconcertado padre y a Sandman, y se volvió hacia su padre—. ¿Estás pensando que soy una delincuente improbable, papá? Muy amable de tu parte, pero estoy segura de que la muchacha que fue ahorcada el lunes pasado era una delincuente improbable.

Sandman miró a sir Henry, quien asintió confirmándolo, a su pesar.

—Ahorcaron a una muchacha —detalló, y se quedó mirando la alfombra—, y era una cría, Rider. Sólo era una cría.

—Quizá —persistía Eleanor—, si su padre la hubiese llevado a presenciar una ejecución, entonces no hubiese cometido el delito. Es más, papá, no cumples con tu deber cristiano y de padre si no me llevas a Newgate.

Sir Henry se la quedó mirando, sin estar seguro de si se lo decía de broma; entonces miró a Sandman y se encogió de hombros como si dijera que no debían tomarse en serio a su hija.

—¿Entonces crees, Rider, que mis criadas podrían haber oído algo del paradero de esa muchacha, Meg?

—Espero que sí, señor. O que pueden preguntar a las criadas que viven en Mount Street. La casa de Avebury está a un tiro de piedra y estoy seguro de que todas las criadas de la zona se conocen.

—Seguro que Lizzie conoce a todo el mundo —afirmó Eleanor, deliberadamente.

—Querida —contestó su padre, con severidad—, éstos son asuntos delicados, no un juego.

Eleanor miró a su padre exasperada.

—Son cotilleos de criadas, papá, y Hammond está por encima de eso. A Lizzie, en cambio, le encantan.

Sir Henry se movía intranquilo.

—No hay peligro, ¿verdad? —le preguntó a Sandman.

—No lo creo, señor. Como dice Eleanor, sólo queremos saber dónde se ha ido Meg, y eso es mero cotilleo.

—Lizzie puede justificar su interés diciendo que a uno de nuestros cocheros le gustaba mucho —comentó Eleanor, con entusiasmo.

A su padre le preocupaba pensar en implicar a Eleanor, pero fue casi incapaz de rechazar a su hija. Era su única hija y su cariño hacia ella era tal que incluso le habría permitido casarse con Sandman, a pesar de la pobreza de éste y de la desgracia de su familia, pero lady Forrest tenía otras ideas. La madre de Eleanor siempre había visto a Sandman como a alguien de segunda categoría. Era cierto que cuando el compromiso original se llevó a cabo Sandman tenía la perspectiva de una riqueza considerable, suficiente como para haber convencido a lady Forrest de que sería un yerno aceptable, pero no poseía la única cosa que lady Forrest deseaba por encima de todo para su hija. No tenía ningún título y lady Forrest soñaba con que Eleanor fuese algún día duquesa, marquesa, condesa, o como mínimo, una dama. El empobrecimiento de Sandman le había dado a lady Forrest la excusa para oponerse y su marido, por toda su indulgencia hacia Eleanor, no pudo prevalecer sobre la determinación de su mujer de que su hija fuese la señora con título de escaleras de mármol, extensas hectáreas y salones de baile lo suficientemente grandes como para comandar a brigadas enteras.

Por tanto, aunque Eleanor no pudiese casarse con quien quisiera, se le permitiría pedirle a su sirvienta que hurgase en los chismorreos de Mount Street.

—Te escribiré —le prometió a Sandman—, si me dices dónde.

—A La Gavilla —contestó Sandman—, en Drury Lane.

Eleanor se levantó y, poniéndose de puntillas, le dio un beso a su padre en la mejilla.

—Gracias, papá.

—¿Por qué?

—Por dejarme hacer algo útil, aunque sólo sea para animar la propensión de Lizzie por el cotilleo, y gracias, Rider —le cogió la mano—. Estoy orgullosa de ti.

—Pensaba que siempre lo habías estado.

—Por supuesto que sí, pero es que estás haciendo algo bueno.

Le tenía la mano cogida cuando la puerta se abrió.

Lady Forrest entró. Tenía el mismo cabello rojo, la misma belleza y la misma fuerza de carácter que su hija, aunque los ojos grises de Eleanor y su inteligencia provenían de su padre. Los ojos de lady Forrest se abrieron por completo cuando vio

que su hija tenía cogida la mano a Sandman, pero forzó una sonrisa.

—Capitán Sandman —le saludó con una voz que podría haber cortado el hielo—, qué sorpresa.

—Lady Forrest —Sandman consiguió hacer una reverencia, a pesar de tener una mano atrapada.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Eleanor? —la voz de lady Forrest estaba a pocos grados de la congelación.

—Le estoy leyendo la mano a Rider, mamá.

—¡Ah! —lady Forrest se quedó intrigada inmediatamente. Temía que su hija se comprometiese con un pobre, pero se sentía totalmente atraída por la idea de las fuerzas sobrenaturales—. Nunca me lee la mía, capitán —comentó—, siempre se niega. ¿Y qué es lo que ves?

Eleanor fingió examinar la mano de Sandman.

—Veo —anunció, en tono profético— un viaje.

—A algún lugar agradable, espero —observó lady Forrest.

—A Escocia —añadió Eleanor.

—Puede ser muy agradable en esta época del año —comentó lady Forrest.

Sir Henry, más astuto que su mujer, captó la alusión a los matrimonios de Gretna Green^[8].

—Ya es suficiente, Eleanor —le susurró.

—Sí, papá —Eleanor soltó la mano de Sandman y le hizo una reverencia a su padre.

—¿Y qué es lo que le trae por aquí, Rid...? —lady Forrest casi perdió el control, pero hizo una corrección a tiempo—, capitán.

—Rider, muy amablemente, me ha traído noticias de un rumor de que los portugueses podrían estar demorando el pago de sus créditos a corto plazo —sir Henry respondió por Sandman—, lo cual, debo decir, no me sorprende. Nosotros desaconsejamos la conversión, como recordarás, querida.

—Seguro que sí, querido, seguro —lady Forrest no estaba segura de nada, pero de todas maneras le satisfizo la explicación—. Ahora ven, Eleanor —le pidió—, se está sirviendo el té y estás desatendiendo a tus invitados. Ha venido lord Eagleton —le comentó a Sandman con orgullo.

Lord Eagleton era el hombre con el cual se suponía que Eleanor se iba a casar, y Sandman se estremeció.

—No conozco a su señoría —repuso con frialdad.

—No me sorprende —respondió lady Forrest—, ya que él sólo se mueve en los mejores círculos. Henry, ¿es necesario que fumes aquí dentro?

—Sí —contestó sir Henry—, lo es.

—Espero que disfrute en su visita a Escocia, capitán —concluyó lady Forrest, que

condujo a su hija hacia fuera y cerró la puerta bajo el humo de cigarro.

—Escocia —repitió sir Henry con pesimismo y negó con la cabeza—. Ellos no cuelgan a tanta gente como hacemos aquí en Inglaterra y Gales. Sin embargo, me parece que el índice de asesinatos no es más alto —se quedó mirando a Sandman—. Es extraño, ¿no te parece?

—Muy extraño, señor.

—No obstante, supongo que el Departamento de Estado sabe lo que hace. —Se giró y miró en dirección a la chimenea con aire taciturno—. No es una muerte rápida, Rider, en absoluto, y sin embargo el alcaide estaba desmesuradamente orgulloso de todo el proceso. Quería nuestra aprobación e insistió en mostrarnos el resto de la prisión —sir Henry se calló, frunciendo el ceño—. ¿Sabías —continuó, después de un rato— que hay un pasillo desde la prisión hasta la Cámara de Sesiones? Así no hace falta que los presos salgan a la calle cuando van ajuicio. El Paseo de las Jaulas, le llaman, y es donde entierran a los ahorcados. Ya las mujeres, supongo, aunque la muchacha que ahorcaron fue llevada a los cirujanos para su disección. —Había estado mirando al fondo de la chimenea vacía, pero se volvió hacia Sandman—. Las losas del Paseo de las Jaulas estaban sueltas, Rider, se movían. Eso es porque las tumbas estaban debajo. Tenían barriles de cal para acelerar la descomposición. Era horrible. Indescribiblemente horrible.

—Siento que tuviese que presenciarlo —se lamentó Sandman.

—Pensé que era mi deber —respondió sir Henry con un estremecimiento—. Estaba con un amigo y él disfrutaba indecentemente con todo. La horca es algo necesario, por supuesto, pero no debe disfrutarse, ¿verdad? ¿O es que soy demasiado escrupuloso?

—Me ha sido muy útil, sir Henry, y le estoy muy agradecido.

Sir Henry asintió.

—Deberás aguardar un día o dos antes de recibir respuesta, estoy seguro, pero esperemos que sirva de algo. ¿Ya te vas? Debes venir más por aquí, Rider, debes venir más. —Condujo a Sandman por el vestíbulo y le dio el abrigo.

Sandman se marchó, sin ni siquiera darse cuenta de si estaba lloviendo o no.

Pensaba en lord Eagleton. Eleanor no se había comportado como si estuviese enamorada de su señoría, de hecho había puesto cara de desagrado cuando oyó su nombre, y eso le daba esperanzas a Sandman. Pero entonces se preguntó qué tenía que ver el amor con el matrimonio. El matrimonio estaba relacionado con el dinero, las tierras y la respetabilidad. Significaba permanecer a salvo de la ruina financiera. Salvaguardar la reputación.

¿Y el amor? «Maldita sea», pensó Sandman, pero él estaba enamorado.

Ya no llovía, de hecho era una preciosa tarde con un excepcional cielo despejado

sobre Londres. Todo parecía nítido, recién lavado, prístino. Las nubes de lluvia se habían ido hacia el oeste y el Londres de moda se echó a las calles. Carruajes descapotables, tirados por caballerías con pelaje cepillado y crines encintadas, trotaban elegantemente hacia Hyde Park para el desfile diario. Las bandas de música rivalizaban entre sí, haciendo sonar las trompetas, golpeando los tambores y pasando agitando sus cepillos. Sandman estaba totalmente ajeno a lo que le rodeaba.

Estaba pensando en Eleanor, y cuando ya no pudo extraer ninguna pista de sus intenciones en cada mirada y matiz que recordaba, se preguntó qué es lo que había conseguido aquel día. Pensaba que se había enterado de que Corday le contó casi toda la verdad, se había confirmado a sí mismo que los aburridos aristócratas jóvenes estaban entre los hombres menos educados, y había puesto en movimiento a la criada de Eleanor en busca de los rumores que circulaban, pero, en realidad, no le había servido de mucho. No podía informar de nada al vizconde de Sidmouth. Entonces, ¿qué debía hacer?

Pensaba en eso al volver a La Gavilla y bajó su ropa sucia a una mujer que cobraba un penique por camisa, y tuvo que aguantar veinte minutos hablando, o si no la señora se ofendía. Luego se cosió las botas, utilizando una aguja de marinero y piel que cogió prestada del dueño de la posada, y cuando sus botas estuvieron arregladas mínimamente se cepilló la chaqueta, intentando quitar una mancha del faldón. Reflejaba todos los inconvenientes de la pobreza, pero la falta de un criado que le mantuviese limpia la ropa era lo que más tiempo le llevaba. Tiempo. Era lo que más necesitaba, e intentó decidir qué debía hacer a continuación. «Iré a Wiltshire», se dijo a sí mismo. No quería ir porque estaba lejos, sería caro y no tenía ninguna seguridad de que encontrase a Meg, pero si esperaba a saber algo por Eleanor podría ser demasiado tarde. Existía la posibilidad, al menos, de que toda la servidumbre de la casa de Londres se hubiese trasladado a la casa de campo del conde. «Así que, vamos allá», se dijo. Si cogía el coche del correo por la mañana, llegaría a primera hora de la tarde y podría volver cogerlo al alba del día siguiente, pero se amilanó ante el gasto. Pensó en tomar una diligencia y supuso que el trayecto de ida no le costaría más de una libra; pero no le dejaría en Wiltshire antes del anochecer, encontrar la residencia de Avebury le llevaría probablemente dos o tres horas, y por tanto no era probable que llegase de día, lo que significaba que debería esperar hasta la mañana siguiente para acercarse a la casa, mientras que si usaba el coche del correo estaría en la propiedad del conde a media tarde, como mucho. Le costaría al menos el doble, pero a Corday sólo le quedaban cinco días. Contó sus monedas y deseó no haber sido tan generoso como para pagarle el almuerzo a Sally Hood; se reprendió a sí mismo por semejante pensamiento mezquino y se dirigió a la oficina de correos en Charing Cross, donde pagó dos libras y siete chelines para la última de las cuatro plazas del correo que la mañana siguiente iba hasta Marlborough.

Volvió a La Gavilla, y en la habitación trasera de la posada, entre barriles de cerveza y muebles rotos que esperaban ser reparados, lustró sus botas recién arregladas. Era un lugar oscuro y maloliente, frecuentado por las ratas y por Dodds, el recadero de la posada. Sandman, sentado en un barril de un oscuro rincón, oyó el silbido poco melodioso de Dodds y estaba a punto de saludarle cuando escuchó la voz de un extraño.

—Sandman no está arriba.

—Le he visto entrar —aseguró Dodds, con su actitud agresiva habitual.

Sandman, con mucho cuidado, se puso las botas. La voz del extraño había sido dura, y no invitaba a identificarse, sino a buscar un arma, y lo único a mano era una duela de barril. No era mucho, pero la cogió como una espada mientras se acercaba a la puerta.

—¿Has encontrado algo? —preguntó el extraño.

—Sí, este sable y también un bate de críquet —respondió otro hombre.

Sandman, todavía escondido, se inclinó hacia delante y vio a un joven con su bate y su espada del ejército. Los dos hombres habían subido y no le habían encontrado, por eso uno había bajado a buscarle mientras el otro se quedaba a registrar su habitación, y había encontrado las dos únicas cosas de valor. Sandman no podía permitir perder ninguna de las dos; debía recuperar el bate y la espada y descubrir quiénes eran aquellos dos hombres.

—Miraré en el bar —afirmó el primero.

—Tráemelo aquí —ordenó el segundo, exponiéndose a la merced de Sandman.

Porque lo único que Sandman necesitaba hacer era esperar. El primer hombre siguió a Dodds hasta la puerta del servicio y dejó al segundo en el pasillo, que había desenvainado la mitad de la espada de Sandman y miraba la inscripción en la hoja. Todavía la estaba mirando cuando Sandman salió rápidamente de la habitación trasera y le clavó la duela en los riñones como si fuese una porra. La madera se astilló con el golpe y el hombre se tambaleó hacia delante, jadeando; Sandman soltó la duela, cogió al hombre de la melena y tiró de él hacia atrás. El hombre se movió para recobrar el equilibrio, pero Sandman lo zarandeó tanto que se estampó de espaldas contra el suelo; acto seguido, le pegó una patada en la entrepierna. El hombre gritó de dolor y se retorció de agonía.

Sandman recuperó el bate y la espada, que habían caído en el pasillo. La lucha no había durado más que unos segundos y el hombre estaba quejándose y retorciéndose, incapacitado por el dolor, pero eso no significaba que no se recuperase rápidamente. Sandman temió que llevase una pistola, así que usó la funda de la espada para apartar el abrigo del hombre a un lado.

Y vio una librea negra y amarilla.

—¿Eres del Club de los Serafines? —preguntó Sandman, y el hombre dio un grito

ahogado de dolor, pero la respuesta no servía de nada y Sandman no se sintió obligado a obedecer la orden. Se inclinó sobre el hombre, registró los bolsillos de su abrigo y encontró una pistola de la cual tiró, aunque con las prisas rasgó el forro del bolsillo con el percutor de la pistola—. ¿Está cargada? —le preguntó.

El hombre repitió la orden, por lo que Sandman le apuntó en la cabeza y amartilló el arma.

—Volveré a preguntar —insistió—, ¿está cargada?

—¡Sí!

—¿Y por qué estáis aquí?

—Querían que le llevásemos al club.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! ¡Sólo nos enviaron!

Parecía lógico que el hombre no supiese más que eso, así que Sandman dio un paso atrás.

—Pues fuera —le ordenó—. Reúnete con tu amigo en el bar y dile que si quiere problemas con un soldado, deberá traer un ejército.

El hombre se giró en el suelo y miró hacia arriba con incredulidad.

—¿Puedo irme?

—Fuera —gruñó Sandman.

Vio cómo el hombre se ponía de pie y se iba cojeando por el pasillo. Entonces, ¿por qué le quería el Club de los Serafines? ¿Y por qué enviar a dos matones para ir a buscarlo? ¿Por qué no enviar una invitación?

Siguió al hombre renqueante hasta el bar, donde un grupo de clientes estaban sentados en las mesas. Un violinista ciego afinaba su instrumento en el rincón de la chimenea y levantó la mirada repentinamente, con los ojos en blanco, mientras Sally Hood daba un grito de alarma. Estaba mirando la pistola que llevaba Sandman. La levantó, apuntando con la ennegrecida boca hacia el techo, y los dos hombres captaron la indirecta y huyeron. Sandman bajó con cuidado el trabuco y se lo puso bajo el cinturón, mientras Sally corría a través de la habitación.

—¿Qué está pasando? —le preguntó, agarrándole el brazo con ansiedad.

—No pasa nada, Sally —respondió Sandman.

—Oh, maldita sea, sí que pasa —gimió ella, mirando detrás de él, con los ojos como platos, y Sandman oyó cómo amartillaban una pistola.

Se quitó de encima la mano de Sally y se giró para ver una pistola de cañón largo apuntándole entre ceja y ceja. El Club de los Serafines no había enviado a dos hombres para buscarle, sino a tres, y el tercero, sospechó Sandman, era el más peligroso de ellos, porque era el sargento Berrigan, el que fuera soldado del primero de infantería de Su Majestad. Allí estaba, sentado en un reservado, sonriendo de oreja a oreja, y Sally volvió a cogerle el brazo a Sandman y profirió un leve gemido.

—Es como los carabineros franceses, capitán —comentó el sargento Berrigan—. Si no te deshaces de esos cabrones a la primera, seguro que volverán a atraparte. Y Sandman estaba atrapado.

Capítulo 4

El sargento Berrigan siguió apuntando a Sandman durante unos instantes; después bajó el arma, la dejó sobre la mesa y le indicó con la cabeza que se sentase.

—Me ha hecho ganar una libra, capitán.

—¡Bastardo! —le gritó Sally a Berrigan.

—¡Sally! ¡Sally! —Sandman la calmó.

—No tiene el maldito derecho de apuntarle con una pipa —protestó, y se volvió hacia Berrigan—. ¿Quién diablos se cree que es?

Sandman la hizo sentar en el banco y después él se puso a su lado.

—Permítame que le presente al sargento Berrigan —le anunció—, un antiguo soldado del primero de infantería de Su Majestad. Ésta es la señorita Sally Hood.

—Sam Berrigan —se presentó el sargento, claramente divertido por la furia de Sally—. Es un honor, señorita.

—Para mí no lo es, maldita sea. —La joven le fulminó con la mirada.

—¿Una libra? —preguntó Sandman a Berrigan.

—Les dije a esos estúpidos bastardos que no le cogerían, señor. No al capitán Sandman, del 52 regimiento.

Sandman sonrió a medias.

—Lord Skavadale parecía conocerme como jugador de críquet, no como soldado.

—Yo era el que sabía en qué regimiento sirvió —señaló Berrigan, que dio un chasquido con los dedos y una de las camareras acudió corriendo. A Sandman no le impresionaba demasiado que Berrigan supiese cuál fue su antiguo regimiento, pero sí que un extraño pudiese tener un servicio tan rápido en La Gavilla. Había algo de competente en Sam Berrigan—. Yo tomaré una cerveza, señorita —le pidió el sargento a la muchacha, y después miró a Sally—. ¿Y usted, señorita Hood?

Sally dudó durante un instante sobre si aceptar la oferta de Sam Berrigan, pero decidió que la vida era demasiado corta para rechazar un trago.

—Tomaré ponche de ginebra, Molly —decidió, enfurruñada.

—Cerveza —dijo Sandman.

Berrigan le dio una moneda a Molly, le cerró la mano y se la cogió.

—Una jarra de cerveza, Molly —le pidió—, y asegúrate de que el ponche sea tan bueno como el que sirven en Limmer's.

Molly, embelesada por el sargento, le hizo una reverencia.

—Al señor Jenkins —le susurró— no le gusta que haya pipas en las mesas.

Berrigan sonrió, le soltó la mano y se metió la pistola en un profundo bolsillo de la chaqueta. Miró a Sandman.

—Lord Robin Holloway ha enviado a esos dos —comentó sin darle importancia—. Y el marqués me ha enviado a mí.

—¿El marqués?

—Skavadale, capitán. Quería asegurarse de que no le pasara nada.

—De repente su señoría es muy generosa.

—No, señor —contestó Berrigan—. El marqués no quiere provocar problemas, pero ¿y lord Robin? A él no le importa. Es un imbécil, eso es lo que es. Ha enviado a esos dos para convencerle de que volviese al club. Planeaba desafiarle.

—¿A un duelo? —preguntó Sandman, divertido.

—De pistolas, imagino —a Berrigan también le hacía gracia—. No me lo imagino retándole de nuevo con una espada. Pero le dije al marqués que esos dos no podrían con usted. Era un soldado demasiado bueno.

Sandman sonrió.

—¿Cómo sabe qué clase de soldado era, sargento?

—Sé exactamente qué tipo de militar era —respondió Berrigan. Tenía una cara agradable, pensó Sandman, amplia, dura y con ojos dignos de confianza.

Sandman se encogió de hombros.

—No creo que tuviese ninguna reputación en concreto.

Berrigan miró a Sally.

—Era el final del día en Waterloo, señorita, y nos habían derrotado. Lo sabía. He estado en suficientes batallas como para saber cuándo te han derrotado, y nosotros sólo estábamos allí muriendo. No nos habíamos rendido, no me malinterprete, señorita, pero los malditos ranas nos habían derrotado. Simplemente había demasiados bastardos. Les habíamos estado matando todo el día y seguían llegando. Al acabar el día, el último de ellos subía la colina y eran cuatro veces más que nosotros. Entonces le vi —señaló con la cabeza a Sandman—; iba arriba y abajo al frente de la línea de fuego, como si no le importase nada. ¿Había perdido su sombrero, verdad, señor?

Sandman se rió al recordarlo.

—Así es, tiene usted razón —le habían volado el bicornio con un disparo de mosquete y había desaparecido. Inmediatamente se había puesto a buscarlo por el suelo ennegrecido por el fuego en el que se encontraba, pero no estaba. Nunca lo encontró.

—Era un buen sombrero —le explicó Berrigan a Sally—. Destacaba en un día oscuro. Caminaba arriba y abajo y los ranas tenían un enjambre de soldados a menos de cincuenta pasos, todos disparándole y él sin pestañear.

Sandman se sintió avergonzado.

—Sólo cumplía con mi deber, sargento, como usted, y estaba aterrorizado, se lo aseguro.

—Pero es el único que vimos que cumplía con su deber —contestó Berrigan, y entonces miró a Sally, que estaba escuchando boquiabierta—. «Está caminando arriba

y abajo y la guardia personal del emperador sube la colina a por nosotros», pensé, «¡eso es! Eso es, Sam». Una vida breve y una tumba poco profunda, porque éramos poquísimos los que quedábamos, pero el capitán seguía allí, paseando como si fuese un domingo en Hyde Park, y entonces se paró, miró a los franceses con toda la calma del mundo y se echó a reír.

—Yo no recuerdo eso —comentó Sandman.

—Pues lo hizo —insistió Berrigan—. ¡Los casacas azules iban subiendo por la colina y usted se estaba riendo!

—Tenía un abanderado que explicaba chistes malos en momentos inoportunos —recordó Sandman—, así que me imagino que diría algo bastante indecente.

—Después le vi ordenar a sus hombres que rodeasen a los bastardos por el flanco —continuó Berrigan contándole la historia a Sally— y los envió al infierno.

—No fui yo —rectificó Sandman, en tono reprobatorio—. Fue Johnny Colborne quien nos hizo mover hacia el flanco. Fue su regimiento.

—Pero usted los guió —insistió Berrigan—. Los guió.

—No, no, no —replicó Sandman—. Estábamos muy cerca de usted, sargento, y no es cierto que derrotásemos a los guardias franceses solos. Que yo recuerde, su regimiento estuvo en medio del meollo.

—Estuvimos bien aquel día —reconoció Berrigan—, estuvimos muy bien, y suerte que lo estuvimos, porque los ranas eran fieros como cabrones. —Llenó dos jarras de cerveza y levantó la suya—. A su salud, capitán.

—Brindo por que así sea —asintió Sandman—, aunque dudo que sus empleados compartan el sentimiento.

—No le gusta a lord Robin —observó Berrigan—, porque le ha hecho parecer un maldito idiota, pero no es muy difícil, porque eso es lo que es.

—Quizá no les guste —señaló Sandman— porque no quieren que se investigue el asesinato de la condesa.

—No crea que les importa —aseguró Berrigan.

—He oído que ellos encargaron el retrato, y el marqués admitió conocer a la muerta —Sandman iba encajando las piezas contra los empleados de Berrigan—. Y se niegan a responder cualquier pregunta. Sospecho de ellos.

Berrigan se bebió la jarra y la volvió a llenar. Se quedó mirando a Sandman durante unos segundos y se encogió de hombros.

—Son el Club de los Serafines, capitán, y sí, han asesinado, robado, sobornado e incluso han intentado dedicarse al bandolerismo. Las llaman travesuras. ¿Pero matar a la condesa? No he oído nada al respecto.

—¿Podría haber oído algo? —le preguntó Sandman.

—Quizá no —reconoció Berrigan—. Pero nosotros los criados sabemos casi todo lo que hacen, porque limpiamos lo que ellos ensucian.

—¿Por qué hacen esas fechorías? —Sally parecía indignada. Era diferente para sus amigos en La Gavilla ser delincuentes, porque habían nacido pobres—. ¿Por qué diablos quieren ser maleantes? —preguntó—. Ellos ya son ricos, ¿o no?

Berrigan miró a Sally, y evidentemente le gustó lo que vio.

—Lo hacen exactamente por eso, señorita, porque son ricos —respondió—. Ricos, con títulos y privilegiados, y por esa razón creen que son mejores que todos nosotros. Y se aburren. Lo que quieren, lo cogen, y lo que se interpone en su camino, lo destruyen.

—¿O le envían a usted para destruirlo, Berrigan? —supuso Sandman.

El sargento miró a Sandman con mucha calma.

—Hay treinta y seis serafines —le informó— y veinte criados, sin contar a los cocineros ni las muchachas. Y los veinte debemos solucionar sus líos. Son suficientemente ricos, por tanto no necesitan preocuparse —su tono indicaba que estaba advirtiendo a Sandman—, y son unos cabrones, capitán, unos verdaderos cabrones.

—Pero usted trabaja para ellos —añadió Sandman, con discreción.

—No soy un santo, capitán —admitió Berrigan—, y me pagan bien.

—¿Porque necesitan su silencio? —supuso Sandman, y, como obtuvo respuesta, fue un poco más lejos—. ¿Por qué necesitan su silencio?

Berrigan miró a Sally y después a Sandman.

—No quiera saberlo —gruñó.

Sandman entendió las implicaciones de ese vistazo a Sally.

—¿Violación? —preguntó.

Berrigan asintió, pero no dijo nada.

—¿Es ése el propósito del club? —preguntó Sandman.

—El propósito —respondió Berrigan— es hacer cualquier cosa que les plazca. Todos son lores, barones o condenadamente ricos y el resto del mundo somos ordinarios, y creen que tienen el derecho de hacer lo que se les antoje. Allí no hay ni un hombre que se salve de la horca.

—¿Incluyéndolo a usted? —preguntó Sandman, y como el sargento no respondía, le preguntó otra cosa—. ¿Por qué me está contando esto?

—Lord Robin Holloway —respondió Berrigan— le quiere muerto porque lo humilló, pero no lo consentiré, capitán, no después de Waterloo. Aquello fue un... —Hizo una pausa y frunció el ceño sin poder encontrar la palabra exacta—. Creí que no sobreviviría —confesó—, y nada ha sido igual desde entonces. Estuvimos a las puertas del infierno —miró a Sally—, y nos chamuscaron, pero conseguimos sobrevivir —la voz del sargento se enronqueció de emoción, y Sandman lo entendía. Había conocido a muchos soldados que podían empezar a llorar con sólo pensar en sus años de servicio, en las batallas que habían soportado y en los amigos que habían

perdido. Sam Berrigan parecía tan duro como un adoquín, y sin duda lo era, pero también era un hombre muy sentimental—. Casi no ha habido un día en el que no haya pensado en usted —continuó—, sobre aquella colina y rodeado de aquel maldito humo. Es lo que recuerdo de la batalla, sólo eso, y no sé por qué. Por eso no quiero que le haga daño un imbécil tarado como lord Robin Holloway.

Sandman sonrió.

—Yo creo que usted está aquí, sargento, porque quiere dejar el Club de los Serafines.

Berrigan se inclinó hacia atrás y contempló a Sandman y después, con admiración, a Sally. Ésta se ruborizó bajo su mirada, y el sargento sacó un cigarro de su bolsillo interior y lo encendió con una caja de yesca.

—No pretendo ser el criado de otro por mucho tiempo —aseguró, mientras el cigarro tiraba—, pero cuando lo deje, capitán, montaré mi propio negocio.

—¿Haciendo qué? —preguntó Sandman.

—De éstos —respondió Berrigan, dando unos toques al cigarro—. Muchos caballeros les tomaron el gusto durante la guerra española, pero son muy difíciles de conseguir. Yo los busco para los miembros del club y consigo tanta plata como con el sueldo. ¿Me entiende, capitán?

—No estoy seguro.

—No necesito sus consejos. No necesito sus sermones ni su ayuda. Sam Berrigan puede cuidarse a sí mismo. Sólo he venido a advertirle, nada más. Márchese de la ciudad, capitán.

—Habrá júbilo en el cielo —entonó Sandman— sobre el pecador que se arrepienta.

—Oh, no. No, no, no —Berrigan negó con la cabeza—. Sólo le he hecho un favor, capitán, ¡eso es todo! —se levantó—. Y eso es lo único que he venido a hacer.

Sandman sonrió.

—Me haría falta un poco de ayuda, sargento, así que cuando decida dejar el club, venga a buscarme. Me voy de Londres mañana, pero volveré el martes al mediodía.

—Será mejor que así sea —añadió Sally.

Sandman, divertido, arqueó una ceja.

—Para la representación privada —explicó Sally—. Irá a Covent Garden a aplaudirme, ¿verdad? Es *Aladino*.

—*Aladino*, ¿eh?

—Un *Aladino* ensayado a medias. Tengo que estar allí mañana por la mañana para aprenderme los pasos. Irá, ¿verdad, capitán?

—Por supuesto que sí —respondió Sandman, y volvió a mirar a Berrigan—. Así que estaré de vuelta el martes, y gracias por la cerveza. Cuando se decida a ayudarme, ya sabe dónde encontrarme.

Berrigan se le quedó mirando un instante sin decir nada, saludó a Sally con la cabeza y se marchó después de dejar un puñado de monedas sobre la mesa. Sandman vio cómo se iba.

—Un joven muy preocupado, Sally —le confesó.

—No me ha parecido preocupado. Aunque es guapo, ¿verdad?

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto que sí! —contestó Sally con energía.

—Pero aun así, está preocupado —insistió Sandman—. Quiere ser bueno y le es más fácil ser malo.

—Bienvenido a la realidad —replicó Sally.

—Por tanto vamos a tener que ayudarle a ser bueno, ¿vale?

—¿Vamos? —Sally parecía alarmada.

—He decidido que no puedo arreglar el mundo yo solo —respondió Sandman—. Necesito aliados, querida, y ha sido elegida. La tenemos a usted, a alguien a quien he visto esta tarde, quizás al sargento Berrigan y... —Sandman se giró, ya que un recién llegado al bar había tirado una silla; después se deshizo en disculpas, caminó torpemente con su bastón y se golpeó la cabeza con una viga. El reverendo lord Alexander Pleydell había llegado... y con su admirador ya son cuatro —acabó Sandman.

Y quizá cinco, porque lord Alexander estaba acompañado de un joven, un joven con cara de ingenuo y de preocupación.

—¿Es usted el capitán Sandman? —el joven no esperó a que les presentasen, sino que atravesó apresuradamente la sala y le estrechó la mano.

—Sí, señor, para servirlo —respondió Sandman con cautela.

—¡Gracias a Dios que le he encontrado! —exclamó el joven—. Me llamo Carne, Christopher Carne.

—Encantado de conocerle —respondió Sandman educadamente, aunque no le decía nada el nombre y la cara del joven le era desconocida.

—La condesa de Avebury era mi madrastra —explicó Carne—. Soy el único hijo de mi padre, hijo único, de hecho, y por tanto heredero del condado.

—Ah —exclamó Sandman.

—Debemos hablar —propuso Carne—. Por favor, debemos hablar.

Lord Alexander le hizo una reverencia a Sally y, al mismo tiempo, se puso colorado. Sandman sabía que su amigo estaría contento durante un rato, por lo que llevó a Carne hasta el fondo del bar, donde un reservado ofrecía un poco de intimidad.

—Debemos hablar —repitió Carne—. Dios mío, Sandman, usted puede evitar una gran injusticia y Dios sabe que debe hacerlo.

Así que hablaron.

Era, por supuesto, lord Christopher Carne.

—Lámeme Kit —le pidió—, por favor.

Sandman no era un radical. Nunca había compartido la pasión de lord Alexander de derrocar una sociedad basada en la riqueza y el privilegio, pero no le gustaba llamar a alguien «milord», a menos que le pareciese digno de respeto. Sabía que el marqués de Skavadale había notado su renuencia, igual que Sandman había notado que el marqués era lo suficientemente caballero como para no comentarlo. Pero aunque Sandman no estaba dispuesto a llamar a lord Christopher Carne milord, tampoco estaba dispuesto a llamarle Kit, así que era mejor no llamarle nada.

Sandman sólo escuchaba. Lord Christopher Carne era un joven nervioso e inseguro con anteojos de lentes gruesas. Era muy menudo, de cabello ralo y con un ligero tartamudeo. En general no era un hombre atractivo, aunque poseía una intensidad en sus modales que compensaba su aparente debilidad.

—Mi padre —le explicó a Sandman— es un hombre terrible, simplemente terrible.

—¿Terrible?

—Es como si los diez mandamientos, Sandman, se hubiesen escrito expresamente para desafiarle. ¡Especialmente el séptimo!

—¿El adulterio?

—Por supuesto. ¡Lo mancilla, Sandman, lo mancilla! —Tras las gruesas lentes los ojos de lord Christopher se abrieron como si la misma idea de adulterio fuese horrible, y su señoría se ruborizó como si mencionarlo fuese vergonzoso. Sandman observó que iba bastante decentemente vestido, con una chaqueta entallada y una buena camisa, pero los puños estaban manchados de tinta, lo que revelaba una predisposición libresca—. Lo que quiero decir —lord Christopher parecía incómodo bajo el examen de Sandman— es que, como muchos pecadores habituales, mi padre se siente agraviado cuando se peca en su contra.

—No entiendo.

Lord Christopher parpadeó varias veces.

—Él ha pecado con las mujeres de muchos hombres, capitán Sandman —aseguró, con incomodidad—, pero se enfureció cuando su propia esposa le fue infiel.

—¿La madrastra de usted?

—Eso mismo. La amenazó con matarla. Le oí.

—Amenazar con matar a alguien —comentó Sandman— no es lo mismo que hacerlo.

—Conozco la diferencia —contestó lord Christopher, con una sorprendente acritud—, pero he hablado con Alexander y me ha dicho que usted se está encargando del caso del pintor, ¿Cordell?

—Corday.

—Eso mismo, y no puedo creer, ¡no puedo creer que lo hiciese! ¿Qué motivo tenía? Pero mi padre, Sandman, mi padre tenía un motivo —lord Christopher habló con feroz vehemencia, incluso se inclinó hacia delante y le agarró con fuerza la muñeca a Sandman mientras hacía la acusación. Después, dándose cuenta de lo que había hecho, se sonrojó y le soltó—. Quizá lo entienda —continuó, más calmado—, si le cuento un poco de la historia de mi padre.

La historia fue breve. La primera esposa del conde, la madre de lord Christopher, era la hija de una familia noble y, como aseguraba lord Christopher, una santa en vida.

—La trataba muy mal, Sandman —le confesó—, la avergonzaba, abusaba de ella y la insultaba, pero ella lo soportó con paciencia cristiana hasta que murió. Fue en 1809. Que en gloria esté.

—Amén —añadió Sandman, piadosamente.

—Él apenas lloró su muerte —refunfuñó lord Christopher indignado—, sino que continuó metiendo mujeres en su lecho, y entre ellas estaba Celia Collett. Era poco más que una cría, Sandman; ¡tenía un tercio de su edad! Pero estaba loco por ella.

—¿Celia Collett?

—Mi madrastra, y era una espabilada, Sandman, una espabilada —la violencia volvió a su voz—. Era bailarina de ópera en el Sans Pareil. ¿Lo conoce?

—He oído hablar de él —respondió Sandman.

El Sans Pareil en Strand era uno de los nuevos teatros ilegales que ofrecían entretenimientos con abundante baile y canciones, y si Celia, la condesa de Avebury, aparecía en el escenario, debía de ser hermosa.

—Ella rechazaba sus insinuaciones —lord Christopher retomó su historia—. ¡Le rechazaba sin más! ¡Le mantuvo fuera de su lecho hasta que se casó con ella, y después le dio quebraderos de cabeza, Sandman! No diré que no se lo merecía, porque sí, pero ella cogió todo el dinero que pudo y lo usó para ponerle los cuernos.

—Obviamente, a usted no le gustaba —observó Sandman.

Lord Christopher se ruborizó de nuevo.

—Casi no la conocí —reconoció con incomodidad—, pero, ¿qué me podía gustar de ella? Una mujer de nulas creencias, pocos modales y apenas educación.

—¿Su padre se preocupaba... se preocupa —rectificó Sandman— por cosas como la religión, los modales o la educación?

Lord Christopher frunció el ceño como si no entendiese la pregunta, y después asintió.

—Lo ha descrito con exactitud —respondió—. A mi padre no le importa para nada ni Dios, ni las letras, ni la cortesía. Me odia, Sandman, y ¿sabe por qué? Porque la propiedad está vinculada a mí. Su propio padre hizo eso, ¡su propio padre! —lord

Christopher repicó en la mesa para recalcar sus palabras.

Sandman no dijo nada, pero entendió que una propiedad vinculada significaba un gran insulto para el actual conde de Avebury, ya que revelaba que su padre, el abuelo de lord Christopher, había desconfiado tanto de su propio hijo que se aseguró de que no pudiera heredar la fortuna de la familia, que estaba en manos de fiduciarios, y, aunque el actual conde podía vivir de las rentas de la propiedad, el capital, la tierra y las inversiones serían mantenidas en fideicomiso hasta su muerte, momento en el cual pasarían a lord Christopher.

—Me odia —continuó lord Christopher—, y no sólo por eso, sino porque le he expresado el deseo de ordenarme sacerdote.

—¿El deseo? —preguntó Sandman.

—No es un paso que deba tomarse a la ligera —respondió lord Christopher, severamente.

—Por supuesto que no —confirmó Sandman.

—Y mi padre sabe que cuando muera y la fortuna de la familia pase a mis manos, será utilizada al servicio de Dios. Eso le fastidia.

Sandman pensó que la conversación se había alejado bastante de la afirmación de lord Christopher de que su padre había cometido el asesinato.

—Debo entender —comentó con cuidado— que es una fortuna considerable.

—Muy considerable —respondió lord Christopher, sin alterarse.

Sandman se echó hacia atrás. Las carcajadas se extendían por el bar, que en esos momentos estaba abarrotado, aunque la gente instintivamente evitaba el reservado en el cual Sandman y lord Christopher hablaban con tanta seriedad. Lord Alexander miraba a Sally con devoción perruna, totalmente ajeno a los otros hombres que intentaban atraer la atención de la muchacha. Sandman volvió la vista al diminuto lord Christopher.

—Su madrastra —recordó— tenía una buena casa en Mount Street. ¿Qué pasó con las criadas?

Lord Christopher parpadeó rápidamente como si la pregunta le sorprendiese.

—No tengo idea de ello.

—¿Se habrían marchado a la propiedad de su padre?

—Podría ser —lord Christopher parecía tener dudas—. ¿Por qué lo pregunta?

Sandman se encogió de hombros como si las preguntas que le estaba haciendo no fuesen de gran importancia, aunque la verdad era que no le gustaba lord Christopher, y también sabía que esa aversión era tan irracional e injusta como su desagrado por Charles Corday. Lord Christopher, como Corday, carecía de lo que Sandman, a falta de una palabra mejor, calificaba de masculinidad. Dudaba sobre si lord Christopher era un mariquita, como diría Sally, aunque las miradas que le lanzaba a ésta indicaban lo contrario, pero había una irascible debilidad en él. Sandman podía imaginar a ese

pequeño y distinguido individuo como un clérigo obsesionado con los pecados más mezquinos de sus feligreses, y su aversión por lord Christopher indicaba que no deseaba prolongar la conversación. Por tanto, en lugar de admitir la existencia de Meg, solamente dijo que le gustaría descubrir en palabras de las criadas lo que ocurrió el día del asesinato de la condesa.

—Si son leales a mi padre —le advirtió lord Christopher—, no le dirán nada a usted.

—¿Por qué debería hacerlas mudas esa lealtad?

—¡Porque él la mató! —gritó lord Christopher demasiado fuerte, e inmediatamente se sonrojó al ver que había atraído la atención de la gente de otras mesas—. O, al menos, hizo q-que la matasen. Tiene la gota, y no puede caminar mucho, pero tiene hombres que le son leales, hombres que hacen lo que se le antoje, hombres malvados —se estremeció—. Debe decirle al secretario de Estado que Corday es inocente.

—Dudo que sirva de algo si lo hago —contestó Sandman.

—¿No? ¿Por qué? En nombre de Dios, ¿por qué?

—Lord Sidmouth opina que Corday ya ha sido declarado culpable —explicó Sandman—, por lo tanto, para cambiar ese veredicto necesito o presentar al verdadero asesino, con una confesión, o aducir pruebas de que la inocencia de Corday es incontrovertible.

Lord Christopher se quedó mirando a Sandman en silencio durante unos instantes.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto.

—¡Dios mío! —lord Christopher parecía sorprendido y se echó hacia atrás, como si estuviera mareado—. Entonces sólo tiene cinco días para encontrar al verdadero asesino, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces el muchacho está sentenciado, ¿no?

Sandman temía que así fuese, pero no quería admitirlo. Aún quedaban cinco días para averiguar la verdad y poder robarle un alma al patíbulo de Newgate.

A las cuatro y media de la mañana un par de lámparas brillaban con luz trémula desde las ventanas del patio de La Posada de George. La aurora teñía los tejados con un tenue brillo. Un cochero con capa que bostezaba ampliamente golpeó con su látigo frente a un terrier gruñón que se apartó de las enormes puertas de la cochera, las cuales se abrieron pesadamente dejando al descubierto un reluciente coche de correo azul oscuro. El vehículo, brillante por el nuevo barniz y con las puertas, las ventanas, la lanza del tiro y los varales resaltados en rojo escarlata, fue movido a pulso hasta los adoquines del patio, donde un muchacho encendió sus dos lámparas de aceite y

media docena de hombres cargaron con esfuerzo las sacas de correo en el maletero. Los ocho caballos, inquietos y retozones, resoplando vaho en el aire de noche, fueron conducidos desde los establos. Los dos cocheros, ambos con el uniforme azul y rojo de Royal Mail y armados con trabucos y pistolas, cerraron con llave el maletero y esperaron a que les pusiesen los arreos al tiro. «¡Un minuto!», gritó una voz, y Sandman se bebió el café hirviendo que la taberna había proporcionado a los pasajeros del correo. El conductor volvió a bostezar y trepó hasta la cabina. «¡Todos a bordo!»

Había cuatro pasajeros. Sandman y un clérigo de mediana edad tomaron el asiento delantero con los caballos a sus espaldas, mientras que una pareja de ancianos se sentó frente a ellos tan cerca que sus rodillas no podían evitar tocar las de Sandman. Los coches de correo eran ligeros y nada cómodos, pero el doble de rápidos que las grandes diligencias. Se oyó un chirriar de bisagras cuando abrieron las verjas del patio de la taberna, y el carruaje se balanceó cuando los cocheros fustigaron al tiro hasta salir a Tothill Street. El sonido de los treinta y dos cascos resonaba fuertemente en las casas y las ruedas crujían y chirriaban cuando el coche cogió velocidad, pero Sandman ya estaba profundamente dormido cuando llegaron a Knightsbridge.

Se despertó a eso de las seis y notó que el coche traqueteaba a buen paso, balanceándose y dando sacudidas a través de un paisaje de pequeños campos y espesuras dispersas. El clérigo tenía un cuaderno en su regazo, gafas de media luna en la nariz y un reloj en la mano. Estaba mirando a través de las ventanas de ambos lados, buscando mojones, y vio que Sandman se había despertado.

—¡Una fracción de segundo sobre nueve millas por hora! —exclamó.

—¿Ah, sí?

—¡Así es! —Pasó otro mojón y el clérigo empezó a hacer sumas en el cuaderno—. Diez y me llevo tres, esto es la mitad, menos dieciséis, me llevo dos. ¡Increíble! ¡No hay duda, nueve y cuarto! Una vez viajé a una velocidad media de doce millas por hora, pero eso fue en 1804 y fue un verano muy seco. Muy seco, y las carreteras estaban lisas... —el coche dio con una rodada y se tambaleó violentamente, lanzando al clérigo contra el hombro de Sandman—, muy lisas, de hecho —insistió, y volvió a mirar por la ventana.

El anciano se apretó la maleta de mano que llevaba contra el pecho y parecía aterrorizado, como si Sandman o el clérigo pudiesen ser ladrones, aunque en realidad los bandoleros como el hermano de Sally eran un peligro mucho más grande. Aunque no aquella mañana, porque Sandman vio que dos petirrojos escoltaban el carruaje. Los petirrojos eran la patrulla a caballo, todos ellos soldados de caballería retirados que, uniformados con abrigos azules sobre chalecos rojos y armados con pistolas y sables, protegían las carreteras cercanas a Londres. Los dos policías siguieron al

coche hasta que pasó por un pueblo, donde la pareja se separó para dirigirse hacia una taberna en la que, a pesar de ser tan temprano, ya había un par de hombres con largos blusones sentados en el porche y bebiendo cerveza.

Sandman se quedó mirando fijamente por la ventana, alegrándose de estar fuera de Londres. El aire parecía extraordinariamente limpio. No había ni rastro del omnipresente hedor de humo de carbón y boñiga de caballo, sólo la luz de la mañana sobre las hojas de los árboles, y el destello de un arroyo serpenteando bajo sauces y alisos cerca de un campo de ganado de pastoreo que subió la vista cuando el cochero hizo sonar el cuerno. Todavía estaban cerca de Londres y el paisaje era llano, pero bien despejado. Sandman pensó que era un buen campo de caza y se imaginó persiguiendo a un zorro al lado de la carretera. Sintió cómo su caballo imaginario se preparaba y saltaba un seto, escuchó el cuerno del cazador y a los sabuesos con la lengua fuera.

—¿Va muy lejos? —el clérigo interrumpió su ensoñación.

—A Marlborough.

—Bonita ciudad, bonita ciudad.

El clérigo, un archidiácono, había dejado sus cálculos sobre la velocidad del coche y en esos momentos divagaba sobre la visita a su hermana en Hungerford. Sandman respondía educadamente, pero seguía mirando por la ventana. Los campos estaban a punto para la cosecha y las espigas de centeno, cebada y trigo eran enormes. El terreno se estaba haciendo más accidentado, pero el carruaje, con sus traqueteos, tambaleos y sacudidas, mantenía su buen paso y dejaba una estela de polvo que blanqueaba los setos. El cuerno advertía a la gente de su paso y los niños saludaban con la mano mientras los ocho caballos pasaban a gran velocidad. Un herrero, con el delantal de cuero ennegrecido por el fuego, estaba de pie en la entrada de su casa. Una mujer levantó su puño cuando su bandada de ocas se dispersó debido al ruido del coche, un niño agitaba una carraca en un vano intento de alejar a los arrendajos de las hileras de plantas de guisante; entonces el sonido de las cadenas y los cascotes y las ruedas traqueteando empezó a resonar en el interminable muro de una gran finca.

El conde de Avebury, pensó Sandman, probablemente vivía en una propiedad amurallada, una gran franja de campo aristocrático aislada con ladrillos, guardabosques y vigilantes. ¿Y si el conde se negaba a recibirle? Decían que su señoría vivía recluido, y cuanto más al oeste se dirigía Sandman, más temía ser sumariamente expulsado de la propiedad, pero eso era un riesgo que debía tomar. Olvidó sus temores cuando el coche se metió por una calle de modernas casas de ladrillo, el cuerno sonó con urgencia y se dio cuenta de que habían llegado al pueblo de Reading, donde el carruaje entró en el patio de una taberna para cambiar los caballos.

—¡Menos de dos minutos, caballeros! —Los dos cocheros saltaron del pescante y, como ya empezaba a hacer más calor, se quitaron los abrigos—. Menos de tres minutos y no esperamos a rezagados, milores.

Sandman y el archidiácono orinaron juntos en el rincón del patio de la taberna y se bebieron de un trago una taza de té tibio mientras les ponían los arreos a los nuevos caballos y se llevaban a los otros, blancos de sudor, al abrevadero. Los dos cocheros sacaron apresuradamente una saca de correo del maletero y colocaron otra en su lugar, antes de que trepasen hasta su pescante de asientos de piel.

—¡Es la hora, caballeros! ¡Es la hora!

—¡Un minuto y cuarenta y cinco segundos! —exclamó un hombre desde la puerta de la taberna—. ¡Bien hecho, Josh! ¡Bien hecho, Tim!

Sonó el cuerno, los nuevos caballos levantaron las orejas y Sandman cerró de golpe la puerta del coche y fue tirado hacia el asiento trasero cuando el vehículo dio una sacudida hacia delante. La pareja de ancianos había dejado el coche y su puesto lo había tomado una mujer de mediana edad, la cual, al cabo de una milla, estaba vomitando por la ventana.

—Deben perdonarme —murmuró, jadeando.

—Es un movimiento violento como un barco, señora —comentó el archidiácono, y sacó una petaca plateada del bolsillo—. Un poco de brandy la ayudará.

—¡Oh, Dios bendito! —gritó la mujer, horrorizada ante el ofrecimiento; se asomó a la ventana y le dieron arcadas de nuevo.

—Los saltos son suaves —señaló el archidiácono.

—Y el camino está lleno de baches —añadió Sandman.

—Sobre todo a ocho millas y media por hora. —El archidiácono estaba ocupado con el reloj y el lápiz de nuevo, esforzándose para escribir números legibles a pesar del traqueteo—. Siempre lleva tiempo acostumbrar a un tiro nuevo y la velocidad, de la que ahora carecemos, alisa el camino.

Sandman se animaba conforme iba pasando cada milla. Se dio cuenta de que se sentía feliz, pero no estaba seguro de por qué. Pensó que quizá se debía a que su vida volvía a tener un propósito, un serio propósito, o quizá era porque había visto a Eleanor y pensaba que nada en su comportamiento delataba una boda inminente con lord Eagleton.

Lord Alexander Pleydell se había insinuado bastante la noche anterior, la mayor parte de la cual había pasado adorando a Sally Hood, aunque Sally había parecido distraída, recordando al sargento Berrigan. Pero lord Alexander no se había dado cuenta. Al igual que lord Christopher Carne, se había quedado mudo ante Sally, tan mudos que casi toda la noche los dos aristócratas se habían quedado boquiabiertos, a veces tartamudeando banalidades hasta que al final Sandman se había llevado a lord Alexander a la sala de atrás.

—Quiero hablar contigo —le había dicho.

—Quiero continuar mi conversación con la señorita Hood —lord Alexander se había quejado de mala manera, preocupado de que a su amigo Kit se le permitiese el libre acceso a Sally.

—Y eso es lo que harás —le había asegurado Sandman—, pero primero habla conmigo. ¿Qué sabes del marqués de Skavadale?

—Es el heredero del ducado de Ripon —había contestado lord Alexander inmediatamente—, de una de las antiguas familias católicas de Inglaterra. No es un hombre inteligente y se rumorea que la familia tiene problemas económicos. Fueron muy ricos, extremadamente ricos, con propiedades en Cumberland, Yorkshire, Cheshire, Hertfordshire, Kent y Sussex, pero padre e hijo son jugadores, por tanto los rumores pueden ser bien ciertos. Fue un bateador aceptable en Eaton, pero no sabe lanzar. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y lord Robin Holloway?

—El hijo menor del marqués de Bleasby y un muchacho absolutamente cruel que es clavado a su padre. Tiene mucho dinero, nada de cerebro y mató a un hombre en un duelo el año pasado. No es jugador de críquet, me temo.

—¿El duelo fue con espadas o con pistolas?

—Con espadas, me parece. Tuvo lugar en Francia. ¿Me vas a hacer preguntas sobre toda la aristocracia?

—¿Y lord Eagleton?

—Un petimetre, pero un útil bateador zurdo que a veces juega para el equipo del vizconde de Barchester, aunque en todo lo demás es completamente mediocre. De hecho es un pelmazo, a pesar de ser un jugador de críquet pasable.

—¿El tipo de hombre que le podría gustar a Eleanor?

Alexander se le había quedado mirando con expresión de asombro.

—No seas absurdo, Rider —le había respondido, encendiendo otra pipa—. ¡No lo aguantaría ni dos minutos! —Frunció el ceño como si tratase de recordar algo, pero cualquier cosa que fuese no le vino a la cabeza.

—Tu amigo lord Christopher —le comentó Sandman— está convencido de que su padre ha cometido el asesinato.

—O ha hecho que alguien lo cometa —añadió Alexander—. Parece probable. Kit me buscó cuando supo que estabas investigando el caso y le aplaudo por eso. Él, como yo, tiene muchas ganas de que no se cometa una injusticia el próximo lunes. ¿Crees ahora que podría volver a mi conversación con la señorita Hood?

—Antes dime lo que sepas del Club de los Serafines.

—Nunca he oído hablar de él, pero parece una asociación de clérigos altruistas.

—No lo es, créeme. ¿Hay alguna significación en la palabra serafines?

Lord Alexander había suspirado.

—Los serafines, Rider, son la orden de ángeles más elevada. Los creyentes afirman que existen nueve jerarquías: serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y, por debajo de todos, los simples ángeles. Éste no es, me apresuro a asegurarte, el credo de la iglesia de Inglaterra. Se cree que la palabra «serafines» proviene de la palabra hebrea «seraphim», que significa «serpiente»; una asociación oscura pero que llama a la reflexión. En singular es «serafín», «seraph», una maravillosa criatura con una mordedura ardiente como el fuego. También se cree que los serafines son los patronos del amor. No tengo ni idea de la razón por la que debieran serlo, pero eso dicen, al igual que se afirma que los querubines son los patronos del conocimiento. Me he olvidado por un momento de lo que hacen las demás órdenes. ¿He satisfecho tu curiosidad o deseas que continúe esta conferencia?

—Entonces, ¿los serafines son ángeles de amor y veneno?

—Sería un resumen simple, pero válido —respondió lord Alexander, con grandilocuencia, y luego insistió en volver al bar donde volvió a quedarse boquiabierto ante la presencia de Sally. Se había quedado hasta pasada la medianoche, se había emborrachado y se había vuelto verboso. Más tarde se marchó con lord Christopher, que había bebido poco y tuvo que aguantar a su amigo, el cual salió tambaleándose de La Gavilla declarando su amor eterno a Sally con una voz alterada por el brandy.

Sally frunció el ceño cuando el coche de lord Alexander se fue.

—¿Por qué me ha llamado estúpida?

—No lo ha hecho —le aclaró Sandman—, tan sólo ha dicho que usted era el *stupor mundi*, el asombro del mundo.

—¡Caray! ¿Qué es lo que le pasa?

—Tiene miedo de su belleza —le respondió, y a ella le había gustado eso.

Sandman se había ido a dormir preguntándose cómo se despertaría a tiempo para coger el coche del correo, aunque ahí estaba, traqueteando a través de un maravilloso día de verano como nadie pudiese soñar.

La carretera se extendía junto a un canal y Sandman admiraba las barcazas que eran tiradas por grandes caballos de crines encintadas y arcos de latón. Un niño lanzaba un aro por un camino de sirga, los patos chapoteaban, Dios estaba en el cielo, aunque hizo falta fijarse con atención para ver que no todo estaba tan bien como parecía. Los juncos de muchos techos estaban gastados y en cada pueblo había dos o tres casas que se habían venido abajo y que estaban recubiertas de enredaderas. Había demasiadas trampas en los caminos, demasiados mendigos frente a las iglesias, y Sandman sabía que un gran número de ellos habían sido casacas rojas, fusileros o marineros. Había mucha penuria, penuria entre la abundancia, la penuria de los precios en aumento y de muy poco trabajo; escondidos entre las casas, las antiguas

iglesias y los gruesos olmos había asilos de pobres repletos de refugiados de las revueltas del pan que habían estallado en las grandes ciudades de Inglaterra, y sin embargo todo era desgarradoramente bello. Las dedaleras formaban matorrales rojizos bajo las rosas de los setos. Sandman no podía apartar la vista. Todavía no hacía un mes que estaba en Londres, pero ya le parecía demasiado.

A mediodía, el coche se balanceó al cruzar un puente de piedra y traqueteó al subir una pequeña cuesta que llevaba a la amplia calle principal de Marlborough, con sus iglesias gemelas y sus amplias posadas. Una pequeña muchedumbre estaba esperando el correo y Sandman se abrió paso entre la gente hasta la entrada de una taberna. El carro de un portador se dirigía lenta y pesadamente hacia el este y Sandman le preguntó al hombre dónde podía encontrar la finca del conde de Avebury. El carretero dijo que la Mansión Carne no estaba lejos, tan sólo había que cruzar el río y subir la colina, hasta Savernake. «Una caminata de media hora», pensó, y muerto de hambre se dirigió al sur, hacia los frondosos árboles del bosque de Savernake.

Tenía calor. Había estado cargando con la chaqueta, una prenda que no necesitaba en aquel caluroso día, aunque la había agradecido al salir de La Gavilla al amanecer. Pidió más indicaciones en un caserío y le hicieron bajar por un largo camino que serpenteaba entre hayas, hasta que llegó al gran muro de ladrillo de la Mansión Carne, el cual siguió hasta encontrar una caseta y un par de verjas de hierro colado con dos columnas de piedra coronadas por dos grifos esculpidos. Un camino de grava, lleno de hierbajos, empezaba tras las verjas cerradas. Había una campanilla en la caseta, pero, aunque Sandman llamó una docena de veces, nadie respondió. Ni tampoco podía ver a nadie dentro de la finca. Ambos lados del camino de entrada eran jardines, un césped salpicado de magníficos olmos, hayas y robles, pero no había ganado ni venado que pastase en un césped que crecía largo y grueso con acianos y amapolas. Sandman le dio a la campanilla un último y desesperado tirón y, cuando su sonido se perdió en la cálida tarde, dio un paso atrás y miró los pinchos encima de las verjas. Parecían enormes, así que volvió a subir por el camino hasta que llegó a un lugar en el que un olmo que crecía muy cercano al muro había combado los ladrillos. La proximidad del árbol al muro hacía que fuese fácil trepar. Se paró un momento en la albardilla de argamasa y se dejó caer en el jardín. La hierba era lo suficientemente alta como para esconder una trampa de muelle colocada contra los ladrones, por lo que caminó con precaución hasta alcanzar el camino de grava, y después se dirigió hacia la casa, que estaba escondida detrás de un bosque que crecía en la cima de una pequeña colina.

Caminaba despacio, en cierto modo esperando a un guardabosques o algún otro criado que le saliese al paso, pero no vio a nadie mientras seguía el camino a través de un espléndido hayal, en el centro del cual había un claro lleno de maleza que

rodeaba una estatua cubierta de musgo de una mujer desnuda con una bíblica jarra de agua al hombro. Siguió caminando y desde el final del hayedo pudo ver, al fin, la Mansión Carne a media milla de distancia. Era un magnífico edificio de piedra con una fachada de tres altos hastiales en los que las enredaderas crecían sobre los parteluces. Había establos, cocheras y un huerto amurallado en la parte oeste, y tras la casa había bancales de césped que caían hasta un tranquilo arroyo. Siguió caminando. De repente le pareció una expedición inútil, inútil y cara, porque la reputación del conde como ermitaño indicaba que se le recibiría muy probablemente con un látigo.

El ruido de sus pasos parecía extremadamente fuerte mientras cruzaba la rotonda de grava en la que los carruajes podían girar frente a la casa, aunque los hierbajos, el césped y el musgo que creían tan altos entre las piedras indicaba que pocos coches lo hacían. Subió los escalones de la entrada. Había dos faroles de vidrio a ambos lados del porche, aunque a uno le faltaba un cristal y un nido de pájaros cubría la palmatoria. Tiró de la cadena del timbre y, como no oyó nada, tiró de ella otra vez y esperó. La puerta de madera se había vuelto gris con el tiempo y estaba manchada de herrumbre que había caído de los tachones metálicos decorativos. Las abejas se amontonaban en el techo del porche. Un cuco joven, que se asemejaba asombrosamente a un halcón, volaba a través del camino. La tarde era cálida y Sandman deseaba abandonar la búsqueda del conde recluido, bajar por el arroyo y dormir a la sombra de un gran árbol.

Entonces un estrépito a su derecha hizo que diera un paso atrás para ver que un hombre estaba intentando abrir una ventana emplomada en la habitación más cercana al porche. La ventana estaba evidentemente atascada, porque el hombre la golpeó tan fuerte que Sandman tuvo la certeza de que las luces de plomo se rompían, pero entonces se abrió con un chirrido y el hombre se asomó. Era de edad madura, tenía una cara pálida y el cabello despeinado, lo cual indicaba que acaba de despertarse de un profundo sueño.

—La casa no está abierta a las visitas —recalcó con irritación.

—No suponía que lo estuviese —contestó Sandman, aunque se le había ocurrido pedir al encargado de la casa, si es que lo era la persona que le había respondido, una visita a las habitaciones públicas. La mayoría de las grandes casas permitían tales visitas, pero estaba claro que el conde de Avebury no compartía la cortesía—. ¿Es usted su señoría? —le preguntó.

—¿Es que tengo aspecto de serlo? —respondió el hombre, de nuevo con un tono irritado.

—Debo tratar un asunto con su señoría —explicó entonces Sandman.

—¿Un asunto? ¿Un asunto? —el hombre hablaba como si nunca hubiese oído tal cosa, y entonces una mirada de preocupación cruzó sus pálidas facciones—. ¿Es usted abogado?

—Es un asunto delicado —insinuó Sandman, enérgicamente, para indicar que no era uno de los criados—, y yo soy el capitán Sandman —fue una mera cortesía decirle su nombre, y una reprobación, porque no se lo había pedido.

El hombre se le quedó mirando un momento y se retiró hacia dentro. Sandman esperó. Las abejas zumbaban alrededor de la enredadera y los vencejos volaban haciendo virajes sobre los hierbajos esparcidos por la grava, pero el criado no volvía y Sandman, resentido, volvió a tirar de la campanilla.

Se abrió una ventana en el otro lado del porche y apareció allí el mismo criado.

—¿Capitán de qué? —preguntó en tono perentorio.

—Del 52 regimiento de infantería —respondió Sandman, y el criado desapareció por segunda vez.

—Su señoría desea saber —el criado reapareció por la primera ventana— si estuvo con el 52 regimiento en Waterloo.

—Sí, estuve allí —contestó Sandman.

El criado volvió adentro, hubo otra pausa y entonces Sandman oyó cómo corrían los cerrojos tras la puerta, que finalmente chirrió al abrirse; el criado le ofreció una mínima reverencia.

—No recibimos visitas —le confesó—. Su chaqueta y su sombrero, señor. Sandman, ¿verdad?

—Capitán Sandman.

—Del 52 regimiento de infantería, claro, señor, por aquí, señor.

La puerta principal daba a un vestíbulo con paneles de madera oscura en el que unas elegantes escaleras pintadas de blanco subían en espiral bajo unos retratos de hombres de anchos carrillos con gorgueras. El criado hizo pasar a Sandman por un pasillo hasta una larga galería cubierta de cortinas de terciopelo negro a un lado y grandes cuadros en el otro. Sandman esperaba que la casa estuviese sucia, ya que los terrenos estaban descuidados, pero todo estaba impecable y las habitaciones olían a cera abrillantadora. Por lo que pudo ver en la penumbra de las cortinas, los cuadros eran extraordinariamente bellos. Pensó que eran italianos, ya que mostraban a divinidades retozando en viñedos y laderas mareantes. Había sátiros persiguiendo a ninfas desnudas, y le llevó un momento darse cuenta de que todos los cuadros mostraban desnudos: una galería de abundante y generosa carne femenina. Le vinieron a la memoria algunos de sus soldados, boquiabiertos ante un cuadro que habían arrebatado a los franceses en la batalla de Vitoria. El lienzo, arrancado del marco, había sido hurtado por un arriero español para usarlo como lona impermeable, y los casacas rojas se lo habían comprado por dos peniques, esperando usarlo como suelo impermeable. Sandman se lo había comprado a sus nuevos dueños por una libra y lo había enviado al cuartel general, donde fue identificado como una de las muchas obras maestras saqueadas en El Escorial, el palacio del rey de España.

—Por aquí, haga el favor, señor —el criado interrumpió su ensoñación.

El hombre abrió una puerta y anunció a Sandman, el cual se deslumbró de repente, porque la habitación a la que le habían hecho pasar era inmensa y las ventanas, que daban al sur y al oeste, estaban con las cortinas corridas y el sol entraba a raudales iluminando una enorme mesa. Durante unos segundos Sandman no pudo distinguir la mesa, porque era verde y desigual y estaba recubierta a trozos por lo que a primera vista creyó que eran flores o pétalos. Después sus ojos se ajustaron a la luz del sol y vio que las zonas de colores eran figuras de soldados. Había miles de soldados de juguete en una mesa cubierta con una tela verde colocada a través de una especie de bloques que se asemejaban al valle en el que la batalla de Waterloo tuvo lugar. Se quedó boquiabierto, sorprendido por el tamaño de la maqueta, que tendría al menos nueve metros de largo por seis de ancho. Había dos muchachas sentadas en una mesa auxiliar con pinceles y pintura, que aplicaban a los soldados de plomo. De repente un chirriante sonido le hizo mirar al resplandor de una ventana que daba al sur, en la que vio al conde.

Su señoría iba en una silla de ruedas como la que le hubiese gustado usar a la madre de Sandman en Bath cuando se sentía especialmente mal, y el chirrido provenía de los ejes sin engrasar que el criado puso en movimiento al empujar al conde hasta su visitante.

El conde iba vestido a la antigua usanza, que había prevalecido antes de que los hombres adoptasen la sobriedad del negro y el azul oscuro. Su chaqueta era de seda floreada, roja y azul, con puños extremadamente amplios y un generoso cuello sobre el que caía una cascada de encaje. Llevaba una honda peluca que enmarcaba una anciana y arrugada cara inapropiadamente empolvada y coloreada, decorada con un lunar de terciopelo en una de las hundidas mejillas. No había sido afeitado adecuadamente y se le notaban algunas zonas de pelo blanco en los pliegues de la piel.

—Se estará preguntando —se dirigió a Sandman con una voz aguda— cómo introducimos las figuras en el centro de la mesa, ¿verdad?

La pregunta no se le habría ocurrido a Sandman, pero en esos momentos lo encontraba desconcertante, ya que la mesa era demasiado amplia como para llegar al centro desde los lados, y si alguien caminaba sobre la maqueta aplastaría inevitablemente los pequeños árboles hechos de esponja o desordenaría las apretadas filas de soldados pintados.

—¿Cómo lo hacen, milord? —preguntó Sandman. No le importó llamar al conde «milord» porque era un hombre mayor y era una mera cortesía que la juventud mostraba hacia los ancianos.

—Betty, querida, muéstraselo —ordenó el conde, y una de las dos muchachas dejó el pincel y desapareció bajo la mesa. Se oyó un sonido de fricción y toda la

sección del valle se levantó como si fuese un ancho sombrero para la sonriente Betty —. Es una maqueta de Waterloo —explicó el conde con orgullo.

—Eso veo, milord.

—Maddox me ha dicho que estuvo en el 52. Muéstreme dónde estaban situados.

Sandman caminó hasta el borde de la mesa y señaló a uno de los batallones de casacas rojas en la cresta sobre el castillo de Hougoumont.

—Estábamos aquí, milord —le señaló.

La maqueta era realmente extraordinaria. Mostraba a los dos ejércitos al inicio del combate, antes de que las filas se vieran mermadas y antes de que Hougoumont hubiese sido reducido a un armazón negro. Sandman pudo incluso distinguir su propia compañía en el flanco del 52 regimiento, y supuso que la pequeña figura montada a caballo justo al frente de las filas pintadas era él mismo. Era una extraña idea.

—¿Por qué sonrío? —le preguntó el conde.

—Por nada, milord —Sandman volvió a mirar la maqueta—, sólo que yo no iba a caballo aquel día.

—¿En qué compañía?

—En la de granaderos.

El conde asintió.

—Le sustituiré por un soldado de a pie —declaró. Su silla chirriaba al seguir a Sandman hasta la mesa. Su señoría llevaba unas medias con ligas de seda azul, aunque uno de sus pies estaba aparatadamente vendado—. Entonces, dígame —preguntó el conde—, ¿Bonaparte perdió la batalla por retrasar el inicio?

—No —respondió Sandman de manera cortante.

El conde indicó al criado que dejase de empujar la silla. Ya estaba cerca de Sandman y podía mirarle con sus ojos de bordes enrojecidos, oscuros y fríos. El conde era mucho más viejo de lo que Sandman se esperaba. Sabía que la condesa todavía era joven cuando murió, y había sido lo suficientemente bella como para ser pintada desnuda, aunque su marido parecía anciano a pesar de la peluca, la cosmética y los volantes del encaje. Además, apestaba; desprendía un hedor de maquillaje rancio, ropa sin lavar y sudor.

—¿Quién diablos es usted? —gruñó.

—Vengo de parte del vizconde de Sidmouth, milord, y, con su permiso...

—¿Sidmouth? —le interrumpió el conde—. No conozco a ningún vizconde de Sidmouth. ¿Quién diablos es el vizconde de Sidmouth?

—El secretario de Estado, milord —la información no provocó ninguna reacción, por lo que Sandman se explicó—. Se trata de Henry Addington, milord, el que fuese primer ministro. Ahora es el secretario de Estado.

—Entonces no es un verdadero lord, ¿eh? —declaró el conde—. ¡No es un

aristócrata! ¿Se ha dado cuenta de cómo los condenados políticos se conceden títulos? Es como transformar un lavabo en una fuente, ¡ja! Vizconde de Sidmouth. No es un caballero. ¡Es un maldito político, eso es lo que es! ¡Un falso mentiroso! ¡Un engaño! Supongo que será el primer vizconde.

—Estoy seguro, milord —respondió Sandman.

—¡Ja! Un aristócrata de segunda, ¿eh? ¡Un pedazo de canalla! ¡Un ladrón bien vestido! Yo soy el decimosexto conde.

—Vuestra familia nos asombra a todos, milord —observó Sandman, con una ironía dirigida totalmente al conde—, pero dejando aparte su reciente ennoblecimiento, vengo con la autoridad del vizconde —le mostró la carta del secretario de Estado, que fue apartada—. He oído, milord —continuó—, que las criadas de su casa de la ciudad en Mount Row están aquí —no había oído nada parecido, pero quizá la misma afirmación provocaría que el conde compartiese una opinión con él—. Si es así, milord, entonces me gustaría hablar con una de ellas.

El conde se movió en la silla.

—¿Sugiere, entonces —preguntó con voz peligrosa— que Blutchet podría haber vuelto más pronto si Bonaparte hubiese atacado antes?

—No, milord.

—¡Entonces si hubiese atacado antes, habría ganado! —insistió el conde.

Sandman miró la maqueta. Era impresionante, muy completa y totalmente incorrecta. Estaba demasiado limpio para ser el inicio. Incluso por la mañana, antes de que atacasen los franceses, todo el mundo estaba mugriento, porque el día anterior la mayoría del ejército había vuelto con gran esfuerzo de Quatre Bras entre barrizales y había pasado la noche al raso, bajo sucesivos aguaceros. Sandman recordaba los rayos y truenos azotando la lejana cordillera y el terror cuando se soltaron algunos caballos durante la noche y galoparon entre las empapadas tropas.

—Entonces, ¿por qué perdió Bonaparte? —preguntó el conde, quejumbrosamente.

—Porque permitió que su caballería luchara sin el apoyo de la artillería —respondió Sandman brevemente—. ¿Y podría preguntar a su señoría qué les pasó a las criadas de la casa de Mount Street?

—Entonces, ¿por qué comprometió a su caballería, eh? ¿Dígame por qué?

—Fue un error, milord, incluso los mejores generales los cometen. ¿Las criadas volvieron aquí?

El conde golpeó enfurruñado los brazos de mimbre de su silla.

—¡Bonaparte no cometió errores inútiles! El hombre puede ser escoria, pero es escoria inteligente. Entonces, ¿por qué?

Sandman suspiró.

—Nuestro frente había sido mermado, estábamos en la ladera opuesta de la colina

y les parecería, desde su lado del valle, que estábamos derrotados.

—¿Derrotados? —el conde saltó sobre esa palabra.

—Dudo que incluso fuéramos visibles —añadió Sandman—. El duque había ordenado a los hombres que se echaran al suelo, para que desde el punto de vista de los franceses pareciese como si hubiéramos desaparecido. Los franceses vieron una cresta vacía, sin duda vieron a nuestros heridos retirándose en el bosque de atrás, y debieron pensar que nos retirábamos todos, así que atacaron. Milord, decidme que les pasó a las criadas de vuestra esposa.

—¿Esposa? Yo no tengo esposa. ¡Maddox!

—¿Milord? —el criado que había dejado entrar a Sandman en la casa dio un paso adelante.

—El pollo frío, creo, y un poco de champán —ordenó el conde y miró a Sandman con el ceño fruncido—. ¿Le hirieron?

—No, milord.

—Entonces, ¿estuvo usted cuando atacó la guardia imperial?

—Estuve allí, milord, desde las pistolas que indicaron el primer asalto francés hasta el último tiro del día.

El conde parecía estremecerse.

—Odio a los franceses —declaró de repente—. Los detesto. Una raza de maestros de baile, pero nosotros nos llevamos la gloria en Waterloo, capitán, ¡la gloria!

Sandman se preguntaba qué gloria había en derrotar a maestros de baile, pero no dijo nada. Había tratado con otros hombres como el conde, hombres que estaban obsesionados por Waterloo y que querían conocer todos los detalles de los recuerdos de la batalla, hombres que nunca escuchaban suficientes historias sobre aquel horrible día. Sandman sabía que tenían una cosa en común: ninguno había estado allí. Y, sin embargo, veneraban aquel día, recordándolo como el momento supremo de sus vidas y de la historia de Gran Bretaña. De hecho, para algunos parecía que la historia se había acabado el 15 de junio de 1815, y que el mundo nunca sería testigo de una rivalidad comparable a la de Gran Bretaña y Francia. Una rivalidad que había dado sentido a una generación entera, que había hecho arder el globo terráqueo, igualando flotas y ejércitos en Asia, América y Europa; en el presente no quedaba nada de eso y sólo había aburrimiento, y para el conde de Avebury, como para otros muchos, ese aburrimiento sólo podía superarse reviviendo la rivalidad.

—Entonces, dígame —insistió el conde—, cuántas veces atacó la caballería francesa.

—¿Trajisteis a vuestras criadas de Mount Street a esta casa?

—¿Criadas? ¿Mount Street? Está diciendo tonterías. ¿Estuvo en la batalla?

—Todo el día, milord. Y lo único que deseo saber de vos, milord, es si una muchacha de servicio llamada Meg llegó aquí desde Londres.

—¿Cómo diablos iba a saber lo que les pasó a esas criadas de las narices, eh? ¿Y por qué lo pregunta?

—Hay un hombre en prisión, milord, esperando ser ejecutado por el asesinato de vuestra esposa, y hay buenas razones para creer que es inocente. Por eso estoy aquí.

El conde se quedó mirando a Sandman y empezó a reír. La risa provenía del fondo de su estrecho pecho y le hizo convulsionarse, provocándole una flema que casi le ahogó, le llenó los ojos de lágrimas y le dejó respirando entrecortadamente. Sacó un pañuelo de su manga de encaje, se secó los ojos y escupió en él.

—Injurió a un hombre hasta en su mismísimo final, ¿verdad? —preguntó con voz ronca—. Oh, era buena, mi Celia, era muy buena siendo mala —escupió un poco más de baba en el pañuelo y miró a Sandman con mala cara—. Entonces, ¿cuántos batallones de la guardia de Napoleón subieron la colina?

—No los suficientes, milord. ¿Qué pasó con las criadas de vuestra esposa?

El conde no se molestó en contestar a Sandman porque habían colocado el pollo frío y el champán en el borde de la mesa de la maqueta. Mandó a Betty que cortase el pollo, y mientras lo hacía, le puso un brazo alrededor de la cintura. Ella pareció estremecerse ligeramente cuando la tocó al principio, pero después soportó sus caricias.

El conde, con un hilo de baba colgando de la barbilla, volvió sus rojizos y reumáticos ojos hacia Sandman.

—Siempre me han gustado las mujeres jóvenes —comentó—, jóvenes y tiernas. ¡Tú! —se dirigía a la otra muchacha—. Sirve el champán, niña. —La muchacha se colocó al otro lado del conde y éste le metió una mano por debajo de la falda mientras ella servía el champán. Seguía mirando con actitud desafiante a Sandman—. Carne joven —gruñó—, joven y suave.

Sus criadas miraron a las paredes revestidas con paneles y Sandman se giró para mirar por la ventana a dos hombres que cortaban el césped mientras un tercero rastrillaba la hierba cortada. Dos garzas sobrevolaban el lejano arroyo.

El conde les quitó las manos de encima a las dos muchachas, engulló el pollo y sorbió el champán.

—Me dijeron —envió a las dos muchachas a que prosiguiesen con su pintura, golpeándoles los traseros— que la caballería francesa atacó al menos veinte veces. ¿Fue así?

—No las conté —respondió Sandman, todavía mirando por la ventana.

—Quizá no estuviese allí, después de todo —apuntó el conde.

Sandman no picó el anzuelo. Todavía estaba mirando por la ventana, pero en vez de ver largas guadañas silbando sobre la hierba, estaba mirando fijamente una humeante ladera en Bélgica. Estaba presenciando su sueño recurrente, viendo a la caballería francesa apoderarse de la pendiente, con sus caballos subiendo a

trompicones por la tierra húmeda. El aire en la cresta tomada por los británicos parecía caldeado, como si las puertas del gran horno del infierno se hubiesen entreabierto, y con ese calor y ese humo la caballería francesa no había dejado de llegar. Sandman no había contado sus ataques porque fueron demasiados, una sucesión de soldados de caballería cargando contra las filas británicas, con sus caballos sangrando y renqueando, con el humo de los mosquetes y los cañones dispersándose sobre los estandartes británicos, con el suelo bajo los pies como una maraña de tallos de cebada pisoteados, gruesa como una estera, pero húmeda y podrida por la lluvia. Los franceses se habían estado quejando, con los ojos enrojecidos por el humo y las bocas abiertas llamando a gritos a su condenado emperador.

—Lo único que recuerdo claramente, milord —respondió Sandman, volviéndose hacia el conde—, es estar agradecido a los franceses.

—¿Agradecido, por qué?

—Porque mientras su caballería se arremolinaba sobre nuestros hombres, su artillería no podía dispararnos.

—Pero ¿cuántas veces atacaron? ¿Alguien debe de saberlo! —el conde se había puesto irascible.

—¿Diez? —calculó Sandman—. ¿Veinte? Simplemente seguían llegando. Y era difícil contarlos debido al humo. Lo único que recuerdo es que tenía mucha sed. Y no nos estuvimos allí sólo mirando cómo llegaban, también mirábamos hacia atrás.

—¿Hacia atrás, por qué?

—Porque cuando un ataque había atravesado nuestras formaciones, milord, tenían que volver a la carga.

—Entonces, ¿atacaban desde ambos lados?

—Por todas partes —respondió Sandman, recordando el remolino de soldados de caballería, el barro y la paja salpicados por los cascos y los alaridos de los caballos moribundos.

—¿Cuántos soldados de caballería había? —quiso saber el conde.

—No los conté, milord. ¿Cuántas criadas tenía vuestra esposa en Mount Street?

El conde sonrió burlonamente y le dio la espalda.

—Tráeme un caballo, Betty —ordenó, y la muchacha, diligentemente, le llevó una figura de carabinero francés con casaca verde—. Muy bien, querida —dijo, y entonces colocó el carabinero en la mesa y se puso a Betty en el regazo—. Soy un viejo, capitán —le confesó—, y si quiere algo de mí, entonces deberá obligarme. Betty ya lo sabe, ¿verdad, niña?

La muchacha asintió. Se estremeció cuando el conde le introdujo su esquelética mano en el vestido para toquetearle uno de los pechos. Quizá tendría quince o dieciséis años, una campesina, de pelo rizado, pecosa y con una redonda y saludable

cara.

—¿Y de qué manera debo obligarle, milord? —preguntó Sandman.

—¡No como lo hace Betty! ¡No, no! —el conde le lanzó una mirada lasciva—. Usted me contará todo lo que yo quiera saber, capitán, y quizá, cuando haya acabado, le cuente algo de lo que quiere saber. ¡La categoría tiene sus privilegios!

Fuera, en el vestíbulo, un reloj dio las seis, y el sonido parecía triste en la gran casa vacía. Sandman sintió la desesperación del tiempo perdido. Necesitaba descubrir si Meg estaba allí y necesitaba volver a Londres, y parecía que el conde estaría jugando con él toda la tarde y después lo echaría sin responderle las preguntas. El conde, notando y disfrutando de la desaprobación de Sandman, le sacó a la muchacha los pechos fuera del vestido.

—Empecemos por el principio, capitán —le dijo, bajando la cabeza para acariciar la carne fresca—, empecemos al amanecer, ¿eh? Había estado lloviendo, ¿cierto?

Sandman caminó alrededor de la mesa hasta que estuvo detrás del conde, y entonces se inclinó para que su cara quedase cerca de los tiosos cabellos de la peluca.

—¿Por qué no hablamos del final de la batalla, milord? —preguntó Sandman en voz baja—. ¿Por qué no hablamos del ataque de la guardia imperial? Porque yo estuve allí cuando deshicimos la línea de ataque y atacamos a los cabrones por el flanco. —Se agachó un poco más. Podía sentir el hedor de su señoría y vio un piojo andando por la peluca. Bajó la voz hasta un ronco susurro—. Habrían ganado la batalla, milord, estaba todo hecho menos la persecución, pero nosotros cambiamos la historia en un abrir y cerrar de ojos. Nos salimos de la línea de fuego y descargamos sobre ellos, milord; después fijamos las bayonetas y puedo explicaros exactamente cómo ocurrió. Puedo explicaros cómo ganamos, milord. —El mal genio de Sandman empezaba a surgir y había resentimiento en su voz—. ¡Ganamos! ¡Pero vos nunca escucharéis esa historia, milord, nunca, porque estoy condenadamente seguro de que ningún oficial del 52 hablará con vos! ¿Entendéis eso? Ningún oficial hablará con vos. Que tengáis un buen día, milord. ¿Sería su señoría lo suficientemente amable como para mostrarme la salida? —Caminó hacia la puerta. Le preguntaría al criado si Meg estaba en la casa, y si no, como sospechaba que así era, entonces todo ese viaje habría sido una pérdida de tiempo y dinero.

—¡Capitán! —el conde se quitó a la muchacha de encima—. ¡Espere! —Su coloreada cara cambió. Había malevolencia en ella; una antigua, amarga y despiadada malevolencia, pero aun así deseaba profundamente saber con exactitud cómo fue derrotada la cacareada guardia de Bonaparte, por lo que gruñó a las dos muchachas y a los criados que se marchasen de la sala—. Estaré solo con el capitán —anunció.

Todavía le llevó tiempo sonsacarle la historia. Tiempo y una botella de brandy francés de contrabando, pero finalmente el conde vomitó la amarga historia de su matrimonio, confirmando lo que lord Christopher le había dicho a Sandman. Celia, la

segunda esposa del decimosexto conde de Avebury, había estado en los escenarios cuando la vio por primera vez.

—Piernas —comentó el conde, en tono soñador—, vaya piernas, capitán, vaya piernas. Eso fue lo primero que vi de ella.

—¿En el Sans Pareil? —preguntó Sandman.

El conde le lanzó una mirada perspicaz.

—¿Con quién ha estado hablando? —le preguntó—. ¿Con quién?

—La gente habla en la ciudad —respondió Sandman.

—¿Mi hijo? —adivinó el conde, y se echó a reír—. ¿Ese pequeño imbécil? ¿Ese pálido alfeñique? Dios mío, capitán, debería haberlo sacrificado cuando todavía era un niño. Su madre era una maldita santa imbécil y fornicar con ella era como tirarse a un ratón devoto; el maldito imbécil cree que ha salido a ella, pero no es así. Se parece a mí. Ya puede estarse siempre de rodillas, capitán, pero continuamente está pensando en tetas y culos, piernas y tetas otra vez. Puede engañarse a sí mismo, pero a mí no me engaña. ¡Y dice que quiere ser sacerdote! Pero no lo será. Lo que quiere, capitán, es que yo muera para que la finca sea suya, ¡toda entera! Está vinculada a él, ¿se lo dijo? Y se lo gastará todo en tetas, piernas y culos, justo como yo hubiese hecho, sólo que la diferencia entre ese pequeño imbécil tartamudo y yo es que yo nunca me he avergonzado. Yo he disfrutado, capitán, y lo sigo haciendo, y él se siente culpable. ¡Culpable! —el conde pronunció la palabra escupiendo saliva por el suelo—. Entonces, ¿qué le contó ese pequeño y pálido imbécil? ¿Que yo maté a Celia? Quizá lo hiciese, capitán, o quizá Maddox fue a la ciudad y lo hizo por mí, pero ¿cómo lo probará, eh? —el conde esperaba una respuesta, pero Sandman no habló—. ¿Sabía, capitán —le preguntó—, que a un aristócrata se le ahorca con una soga de seda?

—No lo sabía, milord.

—Eso dicen —declaró el conde—, eso dicen. A la gente corriente se la liquida con un metro o dos de cáñamo, pero a nosotros los lores se nos coloca una soga de seda, y yo con mucho gusto me pondría una a cambio de la muerte de aquella bruja. Señor, pero es que me cegó completamente. ¡Nunca había conocido a una mujer con la que gastarse el dinero como aquélla! Después, cuando me di cuenta, intenté retirarle la asignación. Rechacé asumir sus deudas y les dije a los fiduciarios de la finca que la echasen de la casa, pero los cabrones la dejaron allí. Quizá se tiraba a alguno de ellos. Así es como ganaba dinero, capitán, fornicando con dedicación.

—¿Estáis diciendo que era una fulana, milord?

—No una fulana corriente —contestó el conde—. Diré en su favor que no era un simple trasero. Se llamaba a sí misma cantatriz, una actriz y bailarina, pero en realidad era una zorra lista, y yo fui un imbécil al canjear un matrimonio por una temporada de fornicaciones, por muy buena que fuese —se rió entre dientes y le miró

con sus reumáticos ojos—. Celia utilizaba el chantaje, capitán. Aceptaba a algún joven de la ciudad como amante, le hacía escribir al pobre iluso una carta o dos rogándole sus servicios y después, cuando él se comprometía con alguna heredera, le amenazaba con hacer públicas las cartas. Hizo un dineral, ¡ya lo creo! ¡Y me lo dijo! Me lo dijo a la cara. Me dijo que no necesitaba mi dinero, que ya tenía el suyo.

—¿Sabéis a qué hombres trató así, milord?

El conde negó con la cabeza. Se quedó mirando la maqueta de la batalla, y no quería mirarle a la cara.

—No quise saber sus nombres —le respondió suavemente y, por primera vez, Sandman sintió algo de pena por el viejo.

—¿Y las criadas, milord? Las criadas de vuestra casa de Londres. ¿Qué pasó con ellas?

—¿Cómo diablos iba a saberlo? Aquí no están —le miró con el ceño fruncido—. ¿Y por qué tendría que querer a las criadas de aquella zorra aquí? Le dije a Faulkner que se deshiciese de ellas, sólo que se deshiciese de ellas.

—¿Faulkner?

—Un abogado, uno de los fiduciarios, y como todos los abogados es un trozo de mierda con la barriga caída —el conde miró a Sandman—. No sé lo que pasó con las malditas criadas de Celia —repitió—, y no me importa. Ahora, vaya hasta la puerta, busque a Maddox y dígame que cenaré ternera, y después, maldita sea, explíqueme qué ocurrió cuando la guardia del emperador atacó.

Eso es lo que Sandman hizo.

Había ido a Wiltshire, no había encontrado a Meg, pero se había enterado de algo. Aunque no sabía si sería suficiente.

Y a la mañana siguiente volvió a Londres.

Capítulo 5

Sandman volvió a Londres a última hora de la tarde del jueves. Había cogido el coche del correo desde Marlborough, justificando el gasto para ganar tiempo, pero justo al salir de Thatcham uno de los caballos perdió una herradura y después, cerca del pueblo de Hammersmith, un carro de heno con un eje roto había bloqueado un puente y pensó que hubiese sido bastante más rápido caminar las últimas millas que quedaban que esperar a que despejasen el camino, pero estaba cansado después de dormir de cualquier manera en un montón de paja en el patio de La Cabeza del Rey en Marlborough y se quedó en el coche. También estaba irritado, porque sabía que su viaje a Wiltshire había sido completamente inútil. Dudaba sobre si el conde de Avebury había matado a su esposa o preparado su muerte, pero en ningún momento pensó que el hombre fuese culpable. La única información que había conseguido era que la condesa muerta se había mantenido chantajeando a sus amantes, pero eso no le ayudaba a descubrir quiénes habían sido éstos.

Abrió la puerta lateral de La Gavilla que daba al patio de la cuadra de la taberna, donde bombeó un poco agua en la taza de latón encadenada al mango. Se la bebió, volvió a bombear y se giró mientras el sonido de unos cascos resonaba en la puerta de la caballeriza, en la que vio a Jack Hood ensillando a un alto y precioso caballo negro. El bandolero saludó escuetamente con la cabeza al darse cuenta de la presencia de Sandman y se inclinó para abrochar la cincha. Como el caballo, Jack era alto y oscuro. Llevaba botas negras, pantalones negros y una chaqueta negra entallada, y su largo cabello negro recogido con una cinta de seda negra a la altura de la nuca.

—Parece cansado, capitán.

—Cansado, pobre, hambriento y sediento —añadió Sandman, y se sirvió una tercera taza de agua.

—Eso es lo que la vida honrada hace por usted —contestó Hood, alegremente. Deslizó las pistolas de cañón largo en las fundas de la silla—. Debería estar en la brecha como yo.

Sandman se bebió el agua y dejó caer la taza.

—¿Y qué hará usted, señor Hood, cuando le atrapen? —le preguntó.

Hood condujo al caballo hacia el menguante sol del atardecer. El animal estaba bien criado y era inquieto y asustadizo; un caballo, sospechó Sandman, que podía volar como el viento de la noche cuando fuese necesario huir.

—¿Cuándo me atrapen? —dijo Hood—. Le pediré ayuda, capitán. Sally dice que es usted un robaescoria.

—Un ladrón de la horca —Sandman había aprendido suficiente germanía como para ser capaz de traducir la expresión—. Pero todavía no he robado a nadie del

patíbulo.

—Y dudo que lo haga —añadió Hood en tono grave—, porque así no funciona el mundo. A ellos no les importa cuántos ahorquen, capitán, mientras los demás tomemos nota de que ahorcan a la gente.

—Sí les importa —insistió Sandman—, si no, ¿por qué me han asignado el caso?

Hood le lanzó una mirada escéptica y entonces colocó el pie derecho en el estribo y se montó en la silla.

—¿Me está diciendo, capitán —le preguntó, mientras jugueteaba con el estribo—, que le asignaron el caso por la bondad de sus corazones? ¿Es que el secretario de Estado tuvo una repentina duda sobre la calidad de la justicia del tribunal de la Cachiporra?

—No —reconoció Sandman.

—Le asignaron, capitán, porque alguien con influencia quería que el caso de Corday se examinara. Alguien con influencia, ¿tengo razón?

Sandman asintió.

—Absolutamente.

—Cualquier individuo puede ser tan inocente como un recién nacido —aseguró Hood agriamente—, pero si no tiene un amigo influyente entonces colgará de lo más alto. ¿No es así? —Jack Hood apartó los faldones de la chaqueta para que quedasen sobre la grupa de su caballo y juntó las riendas—. Y como no es probable que acabe mis días sobre la pista de baile de Jem Botting, no perderé el sueño o lloraré por eso. La horca está siempre presente, capitán, y con ella vivimos hasta que en ella morimos. Es su mundo, no el nuestro, y ellos luchan por mantenerlo de la manera que quieren. Nos matan, nos envían a Australia o si no, nos agotan con la rutina, y ¿sabe por qué? Porque nos temen. Temen que nos convirtamos en algo parecido a la turbamulta francesa. Temen una guillotina en Whitehall y para evitar que ocurra, construyen un patíbulo en Newgate. Pueden dejarle salvar a un hombre, capitán, pero no crea que cambiará algo —se puso unos finos guantes de piel negra—. Hay unos tipos que quieren verle en la pocilga trasera —le avisó, queriendo decir que había unos hombres esperándole en el salón de atrás—. Pero antes de que hable con ellos —continuó Hood—, debería saber que cené en El Perro y el Gato.

—¿En Saint George's Fields? —preguntó Sandman, confundido por un comentario aparentemente irrelevante.

—Muchos de los salteadores viven y cenan allí —comentó Hood—, ya que es conveniente para los caminos de la parte oeste —quería decir que un grupo de bandoleros eran clientes de la taberna—. Y he oído un rumor allí, capitán. Su vida, por cincuenta libras. Debe de haber ofendido a alguien, capitán. He dado la voz en La Gavilla de que nadie le ponga las manos encima porque ha sido amable con mi Sal, y yo cuido de aquéllos que cuidan de ella, pero no puedo controlar todos los tugurios de

Londres.

Sandman sintió palpitaciones. ¿Cincuenta guineas por su vida? ¿Era eso un cumplido o un insulto?

—Supongo que no sabrá quién ha ofrecido la recompensa —inquirió.

—Pregunté, pero nadie lo sabía. Pero es una buena cantidad, capitán, así que vigile. Se lo agradezco —las últimas palabras se debían a que Sandman había abierto la puerta del patio.

Alzó la vista hasta el jinete.

—¿No va a ver a Sally actuar esta noche?

Hood negó con la cabeza.

—Ya la he visto bastante —respondió de manera cortante—, y yo tengo mis propios asuntos, que ella no verá. —Clavó las espuelas en las ijadas del caballo y, sin despedirse, se marchó hacia el norte detrás de un carro cargado de ladrillos recién cocidos.

Sandman cerró la verja. El vizconde de Sidmouth, cuando le ofreció el trabajo le había insinuado que sería sencillo, la paga de un mes por un día de trabajo, pero de repente era una vida por la paga de un mes. Se volvió y echó un vistazo a las sucias ventanas del salón trasero, pero no pudo ver más allá del brillo de la luz del crepúsculo sobre los pequeños cristales. Quienesquiera que esperaran podían verle, pero no él a ellos, así que no fue directamente al salón, sino que cortó camino por la sala de los barriles hasta el pasillo en el que había una ventanilla de servicio. Empujó ligeramente la ventanilla, procurando no hacer ruido, y se inclinó para observar desde la rendija.

Oyó pasos detrás de él, pero antes de poder girarse notó el frío de una pistola apoyada en la oreja.

—Un buen soldado siempre hace un reconocimiento, ¿eh, capitán? —observó el sargento Berrigan—. Pensé que vendría aquí primero.

Sandman se estiró y se giró para ver que Berrigan sonreía de oreja a oreja, satisfecho de haberse mostrado más hábil.

—¿Y ahora qué va a hacer? —preguntó Sandman—. ¿Dispararme?

—Tan sólo asegurarme de que no lleva ninguna pipa encima, capitán —respondió Berrigan, y usó el cañón de la pistola para abrirle la chaqueta. Satisfecho de que el capitán no fuera armado, sacudió la cabeza hacia la puerta del salón—. Después de usted, capitán.

—Sargento —empezó Sandman, intentando apelar a lo mejor del carácter de Berrigan, pero las buenas maneras no aparecían, ya que el sargento amartilló la pistola y le apuntó en el pecho. Pensó en empujar el cañón hacia un lado y golpearle con la rodilla en la entepierna, pero el sargento sonrió a medias y sacudió casi imperceptiblemente la cabeza, como si invitase a Sandman a probarlo—. Por la

puerta, ¿eh? —preguntó, y cuando Berrigan asintió, giró el pomo y entró en el salón trasero.

El marqués de Skavadale y lord Robin Holloway estaban en un banco al final de la mesa grande. Ambos iban exquisitamente vestidos, con magníficos trajes negros, fulares abultados y pantalones ceñidos. Holloway frunció el ceño al ver a Sandman, pero Skavadale se levantó cortésmente y le ofreció una sonrisa.

—Mi querido capitán Sandman, qué amable de su parte unirse a nosotros.

—¿Han estado esperando mucho? —preguntó Sandman con agresividad.

—Una media hora —contestó Skavadale, en tono agradable—. Esperábamos encontrarle aquí, pero la espera no ha sido excesivamente tediosa. Por favor, siéntese.

Sandman se sentó de mala gana, mirando primero a Berrigan, que entró en el salón, cerró la puerta y descargó la pistola, aunque no la guardó. Se quedó junto a la puerta y miró a Sandman. El marqués de Skavadale le sacó el corcho a una botella de vino y sirvió un vaso.

—Un burdeos bastante fuerte, capitán, pero probablemente bienvenido después de su viaje. Pero ¿cómo podríamos esperar el mejor vino aquí, eh? Esto es La Gavilla, germano, pero no hermano, ¿eh? Está bastante bien, ¿no crees, Robin? Germano, pero no hermano.

Lord Robin Holloway ni sonrió ni habló, sólo miraba a Sandman. Todavía tenía dos cicatrices abiertas en las mejillas y en la nariz, donde Sandman le había golpeado con el florete de esgrima. Skavadale empujó el vaso a través de la mesa y pareció apenado cuando Sandman negó con la cabeza.

—Oh, venga, capitán —propuso Skavadale, con el ceño fruncido—, estamos aquí para ser amables.

—Y yo estoy aquí porque me han amenazado con una pistola.

—Guárdela, sargento —ordenó Skavadale y después brindó por Sandman—. Me he enterado de algunas cosas sobre usted durante estos últimos dos días, capitán. Ya sabía que era un jugador de críquet formidable, por supuesto, pero además tiene otra reputación.

—¿Cuál? —preguntó Sandman, sombríamente.

—Fue usted un buen soldado —respondió Skavadale.

—¿Y qué?

—Pero desafortunado de padre —añadió Skavadale con delicadeza—. Ahora, según tengo entendido, capitán, mantiene a su madre y a su hermana. ¿Es eso cierto? —esperó una respuesta, pero Sandman ni habló ni se movió—. Es triste —continuó— cuando la gente refinada es condenada a la pobreza. Si no fuese por usted, capitán, su madre se debería haber rebajado a aceptar caridad, y su hermana, ¿qué sería? ¿Una institutriz? ¿Una dama de compañía a sueldo? Aunque con una pequeña dote todavía podría casarse bien, ¿verdad?

Sandman aún seguía callado, aunque lord Skavadale no había dicho más que la verdad. Belle, su hermana, tenía diecinueve años y una sola esperanza de escapar a la pobreza, que era casarse bien, aunque sin una dote no podía esperar encontrar a un marido respetable. Tendría suerte si encontraba a algún comerciante dispuesto a casarse con ella, pero incluso si así fuera, Sandman sabía que su hermana no lo aceptaría, porque, como su madre, tenía una exagerada noción de su alta categoría en la sociedad. Un año antes, antes de la muerte de su padre, Belle podría haber esperado una dote de varios miles de libras, suficientes como para atraer a algún aristócrata y proporcionarle unos ingresos sustanciales; todavía anhelaba tales perspectivas y, de alguna extraña manera, culpaba a Sandman de su pérdida. Por eso él estaba en Londres, porque ya no podía soportar los reproches de su madre y de su hermana, las cuales esperaban que él sustituyese a su padre como proveedor de interminables lujos.

—Ahora —continuó Skavadale—, las deudas del juego de su padre ha llevado a la familia a la penuria. ¿No es cierto, capitán? Aunque está tratando de devolver algunas desus deudas. Ha escogido un camino difícil y es muy honorable por su parte, muy honorable. ¿Verdad que es honorable, Robin?

Lord Robin Holloway no dijo nada. Sólo se encogió de hombros, con su fría mirada fija en Sandman.

—Entonces, ¿qué es lo que va a hacer, capitán? —preguntó Skavadale.

—¿Hacer?

—¿Una madre y una hermana que mantener, deudas que pagar y ningún empleo aparte de algún ocasional partido de críquet? —preguntó Skavadale, arqueando las cejas con falsa sorpresa—. Y, según tengo entendido, las demandas del secretario de Estado para con usted son bastante provisionales y es muy poco probable de que le lleven hasta una fortuna permanente. Así que, ¿qué es lo que va a hacer?

—¿Qué es lo que va a hacer usted? —preguntó a su vez Sandman.

—¿Perdón?

—Según tengo entendido —comentó Sandman, recordando la descripción del marqués de Skavadale que le hizo lord Alexander—, usted no es muy diferente a mí. Su familia poseía una gran fortuna, pero también poseía jugadores.

El marqués se mostró irritado por un instante, pero dejó pasar el insulto.

—Me casaré bien —afirmó a la ligera—, lo que quiere decir que me casaré con la riqueza. ¿Y usted?

—Quizá yo también me case bien —replicó Sandman.

—¿De verdad? —Skavadale arqueó una escéptica ceja—. Yo heredaré un ducado, Sandman, y eso es un gran atractivo para una mujer. ¿Cuál es su atractivo? ¿La habilidad en el críquet? ¿Los fascinantes recuerdos de Waterloo? —la voz de su señoría aún era educada, pero la burla era obvia—. Las mujeres que poseen dinero —

continuó—, o se casan con más dinero o buscan categoría, porque el dinero y la categoría, capitán, son las únicas cosas que importan en este mundo.

—¿Y la verdad? —apuntó Sandman—. ¿Y el honor?

—Dinero —repitió Skavadale, cansinamente— y categoría. Mi familia puede estar al borde de la bancarrota, pero tenemos categoría. Por Dios, tenemos categoría, y eso restablecerá nuestra fortuna.

—Dinero y categoría —repitió Sandman, pensativamente—. Entonces, ¿cómo consolar a un hombre como el sargento Berrigan, cuya categoría es humilde y cuya fortuna, supongo, es mísera?

Skavadale miró al sargento perezosamente.

—Le aconsejé, capitán, que se uniera a un hombre de categoría y fortuna. Así es la vida. Él me sirve, yo le pago y juntos prosperamos.

—¿Y dónde encajo yo en ese esquema divinamente ordenado? —preguntó Sandman.

Skavadale esbozó una sonrisa.

—Usted es un caballero, capitán, por tanto posee categoría, pero se le ha negado su parte de riqueza. Si me lo permite, a nosotros —hizo un gesto para incluir al cetrino lord Robin Holloway—, y cuando digo nosotros me refiero a todos los miembros del Club de los Serafines, nos gustaría remediar esa carencia. —Sacó un trozo de papel de su bolsillo, lo puso encima de la mesa y lo deslizó hacia Sandman.

—¿Remediar? —preguntó Sandman sombríamente.

Pero Skavadale no dijo nada, sólo señaló al papel que Sandman cogió y abrió; vio, primero, la firma extravagantemente garabateada de lord Robin Holloway y, después, una cifra. Se la quedó mirando y levantó la vista hasta lord Skavadale, el cual sonrió. Volvió a mirar el papel. Era un cheque, a favor de Rider Sandman, procedente de la cuenta de lord Robin Holloway en el Courts Bank, por el valor de veinte mil guineas.

Veinte mil guineas. Le temblaron las manos ligeramente y se forzó a respirar profundamente.

Eso lo solucionaba todo. Todo.

Veinte mil guineas podían pagar las pequeñas deudas de su padre, podían pagarles a su madre y a su hermana una buena casa y todavía le quedaría bastante para tener una renta de seiscientas o setecientas libras al año, lo cual era poco, comparado con el dinero al que su madre estaba acostumbrada, pero seiscientas libras anuales podían mantener a una mujer y a su hija en el refinamiento del campo. Era respetable. Quizá no podrían permitirse un carruaje y caballos, pero podrían mantener a una sirvienta y a una cocinera, podrían dejar una moneda de oro en el platillo de los domingos y podrían recibir a sus vecinos con suficiente estilo. Podrían dejar de culpar a Rider Sandman de su pobreza.

Hubo un gran chacoloteo de cascos y cadenas mientras llegaba un carro al patio, pero Sandman estaba totalmente ajeno al ruido. Estaba siendo tentado por la idea de que él no era responsable de las deudas de su padre, y si se olvidaba de los comerciantes que habían estado al borde de la ruina debido al suicidio de Ludovic Sandman, entonces podría entregar a su madre una renta de ochocientas libras al año. Aunque lo mejor de todo, y lo más tentador, era saber que veinte mil guineas era una fortuna suficiente como para superar las objeciones de lady Forrest a que se casase con Eleanor. Se quedó mirando el cheque. Hacía posibles todas las cosas. «Eleanor», pensó, «Eleanor»; pensó también en el dinero que Eleanor le daría, y sabía que volvería a ser rico, tendría caballos en sus establos y podría jugar a críquet todo el verano y cazar todo el invierno. Sería un verdadero caballero de nuevo. Ya no tendría que escarbar para encontrar peniques o perder el tiempo preocupándose de la colada.

Levantó la vista hasta lord Robin Holloway. El joven era un tonto que había querido desafiar a Sandman a un duelo, ¿y de buenas a primeras le estaba dando una fortuna? Lord Robin hizo caso omiso de la mirada de Sandman y se quedó contemplando una telaraña en el techo del salón. Lord Skavadale sonrió a Sandman. Era la sonrisa de un hombre disfrutando de la buena fortuna de otro, aunque avergonzó a Sandman. Porque había sido tentado, tentado de verdad.

—¿Cree que estamos intentando sobornarle? —lord Skavadale había visto el cambio de expresión en Sandman y le hizo la pregunta con preocupación.

—No esperaba tal amabilidad por parte de lord Robin —respondió Sandman con sequedad.

—Todos los miembros del club han colaborado —aseguró el marqués—, y mi amigo Robin ha reunido los fondos. Es, por supuesto, un regalo, no un soborno.

—¿Un regalo? —Sandman repitió las palabras con amargura—. ¿No se trata de un soborno?

—Por supuesto que no es un soborno —insistió Skavadale severamente—, claro que no. —Se levantó y se dirigió a la ventana, por la que miró cómo descargaban los barriles de cerveza desde la base del carro; se giró y sonrió—. Me siento ofendido, capitán Sandman, cuando veo a un caballero reducido a la penuria. Tal cosa va en contra del orden natural, ¿no cree? Y cuando un caballero es un oficial que ha luchado valerosamente por su país, entonces la ofensa es mucho mayor. Le dije que el Club de los Serafines está compuesto por hombres que intentan distinguirse, que celebran los más altos logros. ¿Qué son los ángeles sino seres que hacen el bien? Por eso nos gustaría verle a usted y a su familia restablecidos en el lugar adecuado de la sociedad. Eso es todo —se encogió de hombros como si el gesto fuese verdaderamente insignificante.

Sandman quiso creerle. Lord Skavadale parecía razonable y tranquilo, como si esa transacción fuese algo muy normal. Pero Sandman sabía que había algo más.

—Me están ofreciendo caridad —declaró.

Lord Skavadale negó con la cabeza.

—Simplemente la corrección de un mal destino injusto, capitán.

—¿Y si yo permito que se me corrija el destino —preguntó Sandman—, qué querrán ustedes a cambio?

Lord Skavadale parecía ofendido, como si no se le hubiese ocurrido que Sandman podría prestarles algún pequeño servicio a cambio de entregarle una pequeña fortuna.

—Sólo esperaré, capitán —contestó con frialdad—, que se comporte como un caballero.

Sandman miró a lord Robin Holloway, que no había hablado.

—Yo considero que siempre me comporto como tal —respondió.

—Entonces sabrá —añadió Skavadale, lanzándole una indirecta— que los caballeros no realizan trabajos a sueldo.

Sandman no dijo nada. Lord Skavadale se molestó un poco por el silencio de Sandman.

—Por tanto, naturalmente, capitán, a cambio de aceptar ese cheque, renunciará a cualquier cometido asalariado del cual esté disfrutando.

Sandman bajó la mirada a la pequeña fortuna.

—Entonces, ¿escribo al secretario de Estado y renuncio a ser su investigador?

—Sin duda sería lo más caballeroso —observó Skavadale.

—¿Cuán caballeroso es —preguntó Sandman— dejar que ahorquen a un hombre inocente?

—¿Es inocente? —preguntó lord Skavadale—. Le dijo usted al sargento que traería pruebas del campo, ¿y bien? —esperó, pero estaba claro por la cara de Sandman de que no había tales pruebas. Lord Skavadale se encogió de hombros, como sugiriéndole que abandonase un caso perdido y aceptase el dinero.

Sandman estuvo tentado, estuvo muy tentado, pero también se avergonzaba de semejante tentación, así que se armó de valor y dejó el cheque hecho trizas. Vio a lord Skavadale pestañear sorprendido cuando hizo el primer rasgón; luego su señoría pareció furioso y Sandman sintió miedo. Pero no era miedo por la ira de lord Skavadale, sino por su propio futuro y por la enormidad de la fortuna que estaba rechazando.

Esparció los trozos de papel sobre la mesa. El marqués de Skavadale y lord Robin se levantaron. Nadie habló. Miraron al sargento Berrigan y parecía que le habían comunicado algún mensaje sin palabras, sin ni siquiera mirar a Sandman, y se fueron. Sus pasos se alejaban hacia el fondo del pasillo cuando un frío metal le tocó la nuca y supo que era la pistola. Sandman se puso tenso, planeando tirarse hacia atrás para intentar desequilibrar a Berrigan, pero el sargento le apretó el frío cañón en el cuello.

—Ha tenido su oportunidad, capitán.

—Usted todavía tiene una —replicó Sandman.

—Pero no soy un imbécil —prosiguió Berrigan— y no voy a matarle aquí. Ni aquí ni ahora. Demasiada gente en la posada. Si le mato aquí, capitán, bailaré en Newgate. —La presión de la pistola desapareció y el sargento le habló al oído—. Vaya con cuidado, capitán, vaya con cuidado. —Era el mismo consejo que le había dado Jack Hood.

Oyó que la puerta se abría y se cerraba de golpe, y los pasos del sargento se desvanecieron.

«Veinte mil guineas —pensó—. Perdidas.»

El reverendo lord Alexander Pleydell había conseguido uno de los palcos del teatro de Covent Garden para la actuación.

—No puedo decir que espere una gran maestría —comentó mientras seguía a Sandman a través de la multitud—, excepto en la señorita Hood. Estoy seguro de que estará más que deslumbrante. —Su señoría, como Sandman, se agarraba los bolsillos, ya que las muchedumbres del teatro eran famosas zonas de actuación para descuideros, manilargos, cortabolsas, buscones y rateros, todos ellos, para el deleite de lord Alexander, sinónimos de carteristas—. ¿Te das cuenta —le gritó con su aguda voz— de que existe toda una jerarquía de descuideros?

—Estaba escuchando la conversación, Alexander —respondió Sandman.

Lord Alexander, antes de que se marcharan de La Gavilla, había insistido en otra lección de germanía, esta vez por parte del dueño, Jenks, a quien le gustaba tener un lord reverendo como cliente. El lord reverendo había tomado notas, encantado de descubrir que el rango más bajo de descuidero era el remendón, un niño que birlaba pañuelos, mientras que los señores del carterismo eran los dedales, que robaban relojes. No solamente los practicantes del oficio tenían nombres, sino que todos los bolsillos también estaban bien diferenciados.

—Buhardilla —salmodió lord Alexander—, buhonero, perneras, hoyo, manos ásperas, salero y resbalón. ¿Me he dejado alguno?

—No estaba prestando atención —Sandman se colocó más cerca del toldo intensamente iluminado del teatro.

—Buhardilla, buhonero, perneras, hoyo, manos ásperas, salero y resbalón —repitió lord Alexander para desconcierto de la multitud. La buhardilla era el bolsillito del chaleco, mientras que los bolsillos inferiores eran las manos ásperas, las perneras eran los bolsillos de los pantalones, el buhonero era el bolsillo interior de la chaqueta, un bolsillo sin solapa en la pechera era un hoyo, un bolsillo exterior solapado en la chaqueta era un salero y el bolsillo de un faldón, el más fácil de robar, era un resbalón—. ¿Crees que Sally Hood —gritaba lord Alexander entre el ruido de la multitud— vendrá con nosotros a cenar después de la actuación?

—Estoy seguro de que será más que feliz regodeándose ante la admiración de uno de sus admiradores.

—¿Uno de sus admiradores? —preguntó lord Alexander con preocupación—. ¿No estarás pensando en Kit Carne, verdad?

Sandman no estaba pensando en lord Christopher Carne, pero se encogió de hombros como si el heredero del conde de Avebury fuese realmente un rival para la mano de Sally. Lord Alexander parecía desaprobarlo.

—Kit no es un hombre serio, Rider.

—Pensaba que sí que era serio.

—He decidido que es débil —declaró lord Alexander con altivez.

—¿Débil?

—La otra noche —comentó lord Alexander— tan sólo miraba a la señorita Hood ¡con una mirada de bobo! Ridículo comportamiento. ¡Yo hablaba con ella mientras él tan sólo miraba boquiabierto! El Señor sabe lo que pensó ella de él.

—No me lo puedo imaginar —respondió Sandman.

—¡Se quedó boquiabierto como un pez! —exclamó lord Alexander, y se volvió alarmado mientras un niño gritaba. El dolor del muchacho fue recibido con una sonora carcajada—. ¿Qué ha pasado? —preguntó lord Alexander con preocupación.

—Alguien se habrá llenado los bolsillos de anzuelos —conjeturó Sandman— y a algún remendón se le habrán quedado los dedos rasgados —era una precaución corriente frente a los carteristas.

—Una lección que el niño no olvidará —aseguró lord Alexander con hipocresía—. Pero no debo ser tan duro con Kit. Tiene poca experiencia con las mujeres y me temo que no tiene defensas frente a sus encantos.

—Eso —observó Sandman—, viniendo de un hombre ansioso por ver bailar a Sally Hood, tiene gracia.

Lord Alexander sonrió de oreja a oreja.

—Ni siquiera yo soy perfecto. Kit quería venir hoy, pero le dije que se comprase su propia entrada. Dios bendito, ¡incluso hubiese querido venir a cenar con la señorita Hood! ¿Crees que a ella le gustaría visitar Newgate con nosotros?

—¿Visitar Newgate?

—¡Para una ejecución! Te dije que estaba solicitando un asiento privilegiado a las autoridades de la prisión, así que les escribí. De momento no me han respondido, pero estoy seguro de que accederán.

—Y yo estoy seguro de no querer ir —gritó Sandman entre el ruido de la multitud.

Justo entonces la muchedumbre dio un bandazo inexplicable y Sandman se lanzó hacia la puerta. Si era una multitud pagada la que causaba la aglomeración, pensó, entonces al señor Spofforth le costaba una fortuna poco común. El señor Spofforth

era el hombre que había alquilado el teatro durante la tarde a favor de su protegida, la señorita Sacharissa Lasorda, que era anunciada como la nueva Vestris. La verdadera Vestris sólo tenía veinte años y era una deslumbrante actriz italiana famosa por aumentar en trescientas libras la recaudación de una noche sólo por descubrirse las piernas, y el señor Spofforth estaba intentando lanzar a la señorita Lasorda a una carrera de similar rentabilidad.

—¿Conoces a Spofforth? —le preguntó Sandman a su amigo.

Ya estaban dentro del teatro y una anciana les guiaba por unas escaleras con olor a humedad hasta su palco.

—Por supuesto que conozco a William Spofforth —el pie deforme de lord Alexander golpeaba las contrahuellas mientras subía con dificultad por las oscuras escaleras—, estuvo en Marlborough. Es un joven bastante tonto, cuyo padre hizo una fortuna con el azúcar. El joven Spofforth, nuestro anfitrión esta noche, jugaba de portero, pero no tenía ni idea de colocar a los jugadores de campo.

—Siempre he pensado que eso debe hacerlo el capitán o el lanzador —observó Sandman con ligereza.

—Una afirmación absurda —replicó lord Alexander bruscamente—. El críquet dejará de ser críquet cuando el portero abandone sus funciones de situar al equipo. Él ve igual que el bateador, por tanto, ¿quién mejor colocado para colocar a los jugadores? Realmente, Rider, soy insuperable a la hora de admirar tu bateo, pero cuando se trata de una comprensión teórica del juego realmente eres un niño.

Era una antigua discusión, que les hacía conversar alegremente mientras tomaban asiento sobre el proscenio del teatro. Lord Alexander llevaba su bolsa de pipas y encendió la primera de la tarde, con el humo arremolinándose frente a un enorme cartel que prohibía fumar. El teatro estaba abarrotado, con más de tres mil espectadores, y bullicioso, porque una buena parte de la audiencia ya iba bebida, lo cual indicaba que los criados del señor Spofforth habían buscado en las tabernas para encontrar a los seguidores. A un grupo de periodistas no dejaban de servirles champán, brandy y ostras en el palco de enfrente. El señor Spofforth, un altanero galán con un alzacuello que le subía por detrás de las orejas, estaba en el palco vecino, desde donde no dejaba de mirar con preocupación a los periodistas, los cuales le estaban costando bastante caro y cuyo veredicto podía ser el éxito o la ruina de su amante, pero un crítico ya se había dormido, otro acariciaba a una mujer, mientras que los dos que quedaban estaban pidiendo a gritos al encargado del palco más champán. Una docena de músicos entró en fila india en el foso orquestal y empezaron a afinar sus instrumentos.

—Estoy reuniendo a once caballeros para jugar contra Hampshire a final de mes —le informó lord Alexander—, y pensaba si querías jugar.

—Sí, me gustaría. ¿El partido sería en Hampshire? —preguntó Sandman con

preocupación, porque no quería jugar precisamente cerca de Wiltshire y de las quejumbrosas exigencias de su madre.

—Aquí, en Londres —respondió lord Alexander—, en el campo de Thomas Lord. Sandman hizo una mueca.

—¿En aquella condenada ladera?

—Es un terreno muy bueno —respondió lord Alexander de mal humor—, quizá con una pequeña pendiente. Y ya he apostado cincuenta guineas en el partido, por eso quiero que juegues. Apostaré más si juegas en mi equipo.

Sandman se quejó.

—El dinero está arruinando el juego, Alexander.

—Por eso mismo los que estamos en contra de la corrupción debemos ser enérgicos con el patrocinio del juego —insistió lord Alexander—. Entonces, ¿jugarás?

—Me falta práctica —le advirtió Sandman a su amigo.

—Entonces, practica —contestó lord Alexander, con irritación, mientras encendía otra pipa. Le miró con mala cara—. Pareces apesadumbrado. ¿No te gusta el teatro?

—Mucho.

—¡Pues haz que lo parezca! —lord Alexander limpiaba las lentes de sus anteojos con los faldones de su chaqueta—. ¿Crees que a la señorita Hood le gustaría el críquet?

—No me la imagino jugando, no sé por qué.

—No seas tan grotescamente absurdo, Rider. Me refiero como espectadora.

—Pregúntaselo a ella, Alexander —contestó Sandman. Se inclinó sobre el borde del palco para mirar a la platea, donde una claqué de La Gavilla se estaban preparando para ovacionar a Sally. Un par de prostitutas estaba trabajando al borde del foso de la orquesta y una de ellas, al verle mirar hacia abajo, le hizo gestos de subir al palco. Sandman rápidamente negó con la cabeza y se echó hacia atrás—. Supón que está muerta —preguntó de repente.

—¿La señorita Hood? ¿Muerta? ¿Por qué debería estarlo? —lord Alexander parecía muy preocupado—. ¿Estaba enferma? ¡Deberías habérmelo dicho!

—Estoy hablando de la sirvienta, Meg.

—Ah, ella —recordó lord Alexander, distraídamente, y miró con mala cara la pipa—. ¿Recuerdas aquellos cigarros españoles que hicieron furor cuando estabas luchando contra las fuerzas del librepensamiento en España?

—Por supuesto que sí.

—No se encuentran en ningún sitio, y me gustaban.

—Intenta en Pettigrews, en Old Bond Street —le indicó Sandman, molesto porque su amigo había pasado por alto su preocupación por Meg.

—Lo he intentado. No les queda ni uno. Y me gustaban.

—Sé de alguien que está pensando en importarlos —le informó Sandman, acordándose del sargento Berrigan.

—Házmelo saber si los traen —lord Alexander sopló el humo hacia los dorados querubines del techo—. ¿Tus amigos del Club de los Serafines saben que estás buscando a Meg?

—No.

—Entonces no tienen motivos para buscarla y matarla. Y si hubieran deseado matarla cuando lo del asesinato de la condesa, suponiendo que ellos cometieran, realmente, semejante hecho, entonces habrían dejado su cuerpo junto al cadáver de la condesa, para que Corday fuera condenado por las dos muertes. Lo cual indica que la muchacha está viva, ¿no? Se me ocurre, Rider, que tus deberes como investigador requieren bastante deducción lógica, razón por la cual eres un pobre candidato para el puesto. Sin embargo, siempre puedes consultarme.

—Eres muy amable, Alexander.

—Intento serlo, muchacho —lord Alexander, satisfecho consigo mismo, sonrió encantado—. Intento serlo.

Se oyó una ovación mientras los mozos iban por el teatro apagando las lámparas. Los músicos dieron un último chirrido y esperaron a que bajara la batuta del director. Algunos espectadores del foso empezaron a chiflar, pidiendo que se abriesen las cortinas. La mayoría de las tramoyas estaban hechas por marineros, hombres acostumbrados a las cuerdas y las alturas, y, al igual que en alta mar, algunas de las señales eran silbidos, y los chiflidos de los espectadores revelaban su impaciencia, pero el telón seguía obstinadamente bajado. Se apagaron más lámparas; después se descubrieron las enormes linternas reflectoras de los bordes del escenario, se oyó un portentoso redoble de tambores y un actor con una capa salió por entre las cortinas para recitar el prólogo en el amplio proscenio del escenario:

En África, más allá del mar,
un pequeño muchacho solía vagar.
Aladino nuestro héroe se llamaba...

No prosiguió mucho más antes de que el público lo ahogase en una algarabía de gritos, silbidos y abucheos.

—¡Muéstranos las patas de la chica! —gritó un hombre del palco próximo a Sandman—. ¡Muéstranos sus muslos!

—¡Creo que los seguidores de la Vestris están aquí! —le gritó lord Alexander en el oído.

El señor Spofforth parecía aún más preocupado. Los periodistas empezaban a prestar atención una vez que la multitud se quejaba a gritos, pero los músicos, que ya

lo habían oído todo antes, empezaron a tocar y eso calmó ligeramente al público, que aplaudió porque el prólogo fue anulado y las pesadas cortinas escarlatas se abrieron para dejar ver un claro de África. Robles y rosas amarillas enmarcaban a un ídolo que custodiaba la entrada a una cueva en la que una docena de nativas de piel blanca estaban durmiendo. Sally era una de las nativas, las cuales iban inexplicablemente vestidas con medias blancas, chaquetas de terciopelo negro y unas cortísimas faldas de tartán. Lord Alexander gritó una ovación cuando las doce chicas se levantaron y empezaron a bailar. Los clientes de La Gavilla en el foso también vitorearon ruidosamente y los seguidores de la Vestris, suponiendo que las ovaciones provenían de la claqué pagada por Spofforth, empezaron a abuchear.

—¡Traed a la chica! —pedía el hombre del palco de al lado.

Una ciruela voló hasta el escenario y se aplastó contra el ídolo, que se parecía sospechosamente a un tótem piel roja. El señor Spofforth hacía inútiles gestos para calmar a un público que estaba decidido a crear el caos, o al menos lo estaban los que habían sido contratados por los seguidores de la Vestris, mientras que los demás, pagados por el señor Spofforth, estaban demasiado intimidados para contraatacar. Algunas personas entre la multitud llevaban cascabeles que inundaron la alta y dorada sala con un barullo ensordecedor.

—¡Va a ser un completo desastre! —exclamó lord Alexander, con entusiasmo—. ¡Magnífico!

La dirección del teatro debió de pensar que la aparición de la señorita Sacharissa Lasorda calmaría el tumulto, porque empujaron prematuramente a la muchacha al escenario. El señor Spofforth se levantó y empezó a aplaudir cuando ella salió tambaleándose de los bastidores; su claqué vio su oportunidad y la ovacionó con tantas ganas, que por un momento ahogaron los abucheos. La señorita Lasorda, que representaba el papel de la hija del sultán de África, era morena y sin duda bella, pero era todavía un misterio si sus piernas merecían ser tan famosas como las de la Vestris, ya que llevaba una larga falda bordada con medias lunas, camellos y cimitarras. Parecía momentáneamente asustada de encontrarse en el escenario, pero entonces les hizo una reverencia a sus seguidores antes de empezar a bailar.

—¡Muéstranos los muslos! —gritaba el hombre del palco de al lado.

—¡La falda fuera! ¡La falda fuera! ¡La falda fuera! —la multitud de la platea empezó a gritar y una lluvia de ciruelas y manzanas cayó sobre el escenario—. ¡La falda fuera! ¡La falda fuera! ¡La falda fuera!

El señor Spofforth todavía intentaba calmar a la gente con las manos, pero eso sólo lo convirtió en un blanco, y se agachó rápidamente cuando una lluvia de frutas salpicó su palco.

Lord Alexander lloraba de alegría.

—Así me gusta el teatro —afirmó—, Dios bendito, me encanta. ¡Esto debe de

haberle costado a ese joven imbécil dos mil libras como mínimo!

Sandman no oyó lo que le había dicho su amigo y por eso se inclinó hacia él.

Escuchó que algo golpeaba contra la pared en la parte trasera del palco y vio, entre las sombras, una bocanada de polvo. Entonces se dio cuenta de que habían disparado en el teatro, y, estupefacto, miró hacia arriba boquiabierto y vio una nube de humo en las oscuras alturas de una galería de palcos superior. «Un fusil», pensó. Se acordó de los chaquetas verdes en Waterloo, recordó el inconfundible sonido de sus armas, y entonces comprendió que alguien acababa de dispararle; estaba tan horrorizado que, durante unos segundos, no se movió. Alzó la vista hacia el humo que se dispersaba y se dio cuenta de que el público se estaba callando. Algunos habían oído el disparo entre el escandaloso barullo de cascabeles, silbidos y gritos, mientras que otros pudieron oler el maloliente humo de pólvora; entonces alguien gritó en la galería superior. La señorita Lasorda miró hacia arriba, boquiabierta.

Sandman abrió rápidamente la puerta del palco y vio a dos hombres armados con pistolas subiendo por las escaleras a toda prisa. Cerró de un portazo.

—Nos vemos en La Gavilla —le indicó a lord Alexander.

Acto seguido, Sandman se subió a la balaustrada del palco, se paró un momento y saltó. Cayó mal, se torció un tobillo y estuvo a punto de caerse. El público gritó con entusiasmo, pensando que el salto de Sandman formaba parte del entretenimiento, pero entonces algunas personas de la platea empezaron a gritar al ver a los dos hombres armados en el palco de lord Alexander.

—¡Capitán! —gritó Sally y señaló hacia los bastidores.

Sandman dio un traspié. Le dolía el tobillo y era un terrible dolor que le hizo tambalearse hasta el ídolo que custodiaba la entrada de la cueva. Se giró para ver a los dos hombres en el palco, ambos apuntándole, pero no se atrevieron a disparar al escenario lleno de bailarinas. Entonces, uno de los hombres puso un pie sobre la dorada barandilla del palco y Sandman se metió cojeando entre bastidores, donde esperaban un hombre disfrazado de arlequín y otro con la cara tiznada, una alta corona y una lámpara mágica. Sandman se abrió paso a empujones, se alejó dando tumbos a través de un enredo de cuerdas, bajó unas escaleras y, al fondo, giró hacia un pasillo. No creía haberse roto el tobillo, pero seguramente se lo había torcido, y cada paso era una agonía. Se paró en el pasillo, con el pulso acelerado, y se pegó a la pared. Oyó los gritos de las bailarinas en el escenario y unos pasos bajando por las escaleras de madera; un instante después un hombre dobló la esquina y Sandman le puso la zancadilla y le pisó con fuerza el cuello. El hombre gruñía y Sandman le quitó la pistola de su mano inesperadamente débil. Le dio la vuelta.

—¿Quién eres? —le preguntó, pero el hombre simplemente le escupió.

Sandman le golpeó con el cañón, rebuscó en sus bolsillos y encontró un puñado de cartuchos. Se levantó, doliéndose de su pierna izquierda, y se marchó cojeando del

pasillo hasta la puerta del escenario. Oyó más pasos detrás de él y se giró, con la pistola a punto, pero era Sally corriendo hacia él con su ropa de calle liada en una capa.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Me he torcido el tobillo.

—Maldito jaleo el de ahí atrás —se quejó Sally—, hay más fruta en la maldita cubierta que en el mercado.

—¿Cubierta? —preguntó Sandman.

—El escenario —le explicó brevemente, y empujó la puerta.

—Debería usted volver —observó Sandman.

—Debería hacer muchas malditas cosas, pero no las hago —contestó Sally— así que vamos —le empujó hacia la calle. Un hombre silbó al verle sus largas piernas con medias blancas y ella le gruñó que se esfumase, y después se puso la capa sobre los hombros—. Apóyese en mí —le indicó a Sandman, que cojeaba y resoplaba de dolor—. Está muy mal, ¿verdad?

—Un esguince en el tobillo —respondió Sandman—. No creo que esté roto.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no cruje a cada paso.

—Maldita sea —gruñó Sally—. ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien me ha disparado. Con un fusil.

—¿Quién?

—No lo sé —respondió Sandman. ¿El Club de los Serafines? Parecía lo más probable, especialmente después de rechazar su enorme soborno, pero eso no explicaba lo que Jack Hood le había dicho de que habían puesto precio a su cabeza. ¿Por qué iba a pagar el Club de los Serafines a unos criminales cuando ellos o sus criados estaban más capacitados?—. Realmente, no lo sé —repitió, confundido y asustado.

Habían salido por la parte trasera del teatro y en esos momentos caminaban, o, en el caso de Sandman, cojeaba, por la plaza del mercado de Covent Carden. La tarde de verano hacía que todavía hubiese luz, aunque las sombras eran alargadas sobre los adoquines repletos de restos de verduras y fruta aplastada. Un rata se deslizó frente a Sandman, el cual miraba hacia atrás constantemente, pero no veía enemigos. No había rastro del sargento Berrigan ni del marqués de Skavadale.

—Deben de estar esperando a que vuelva a La Gavilla —dijo.

—Pero no sabrán en qué maldita puerta se mete, ¿verdad? —añadió Sally—, y una vez entre, estará a salvo, capitán, porque no hay ni un hombre allí que no le proteja —se giró de repente, asustada al oír unos pasos rápidos detrás, pero sólo era un niño huyendo de un hombre furioso que le acusaba de ser un carterista. Las vendedoras de flores estaban arreglando sus cestas en el suelo, preparadas para las

multitudes que saldrían de los dos teatros cercanos. Se oían silbidos y cascabeles—. Los malditos serenos van de camino a la farsa —comentó Sally, queriendo decir que los agentes de policía se estaban reuniendo en el teatro de Covent Garden. Miró con mala cara la pistola que llevaba Sandman—. Esconda esa pipa. No quiero que le casque un sereno.

Sandman se metió el arma en el bolsillo.

—¿Está segura de que no debería estar en el teatro?

—No van a poder continuar con ese maldito circo, no si no han podido empezarlo, ¿no le parece? Estaba muerto antes de nacer. No, el salto a la fama de la señorita Sacharissa Lasorda se ha ido al traste, ¿verdad? Por cierto, su verdadero nombre no es Sacharissa Lasorda.

—Nunca he pensado que lo fuese.

—Flossie, se llama, y solía ser la compinche de un tragafuegos en Astley's. Debe de tener unos treinta como poco, y lo último que he oído es que se ganaba la pasta en una academia.

—¿Era maestra? —preguntó Sandman, sorprendido, ya que pocas mujeres escogían semejante profesión y la señorita Lasorda, o como quiera que se llamase, no tenía el aspecto de una profesora.

Sally se rió tanto que tuvo que aguantarse apoyándose en Sandman.

—Dios, me encanta, capitán —confesó, todavía riendo—. Una academia no es para aprender. Al menos no las letras. ¡Es un burdel!

—Oh —exclamó Sandman.

—Ya no queda mucho —señaló Sally, mientras se acercaban al Drury Lane Theatre, del que se oía una salva de aplausos—. ¿Cómo está su tobillo?

—Creo que puedo caminar —respondió Sandman.

—Inténtelo —le animó, y vio cómo Sandman cojeaba unos pasos—. No quiera quitarse la bota esta noche —le aconsejó—. Se le hinchará horriblemente el tobillo si lo hace. —Siguió caminando y abrió la puerta principal de La Gavilla.

Sandman casi temía ver a un hombre esperándole allí con una pistola, pero la entrada estaba vacía.

—No podemos estar mirando hacia atrás toda la noche —concluyó Sandman—, así que voy a ver si el salón de atrás está libre —guió a Sally a través del abarrotado bar, en el que el dueño estaba en una mesa, rodeado de gente—. ¿El salón de atrás está libre? —le preguntó Sandman.

Jenks asintió.

—El caballero dijo que usted volvería, capitán, y lo reservó para usted. Y también hay una carta para usted, que ha traído un esclavo.

—Un lacayo —le tradujo Sally a Sandman—, ¿y qué caballero reservó el salón trasero?

—Debe de haber sido lord Alexander —explicó Sandman—, porque quería que usted y yo cenásemos con él —le cogió la carta al señor Jenks y sonrió a Sally—. ¿No le importa la compañía de Alexander?

—¿Si me importa lord Alexander? Tan sólo se me quedará mirando boquiabierto como un bacalao de Billingsgate, ¿o no?

—Qué voluble es vuestro afecto, señorita Hood —opinó Sandman, y recibió un golpe en el hombro como recompensa.

—¡Hace así! —Sally se puso a imitar la devoción desorbitada de lord Alexander—. Pobre lisiado —suspiró con compasión y después bajó la vista a su corta falda de tartán bajo la capa—. Será mejor que me ponga algo decente o si no, se le saltarán los ojos.

Sandman fingió estar desconsolado.

—Prefiero esa falda escocesa.

—Y yo creía que usted era un caballero, capitán —comentó Sally riéndose, y subió corriendo las escaleras mientras él daba un empujón a la puerta del salón de atrás y, con gran alivio, se arrellanó en una silla.

La habitación estaba oscura porque los postigos estaban cerrados y las velas apagadas, por lo que se inclinó hacia delante y empujó el postigo más próximo; así vio que no era lord Alexander quien había reservado el salón, sino otro caballero totalmente diferente, aunque, quizá, el sargento Berrigan no era verdaderamente un caballero.

El sargento estaba repantigado en el banco de madera, pero levantó su pistola y le apuntó a la frente.

—Le quieren muerto, capitán —le avisó—, le quieren muerto. Por eso me han enviado, porque cuando se quiere hacer bien un trabajo sucio, se envía a un soldado. ¿No es cierto? Se envía a un soldado.

Por eso habían enviado a Sam Berrigan.

Sandman sabía que debía hacer algo rápidamente. ¿Lanzarse hacia delante? Pero tenía un dolor punzante en el tobillo y sabía que no podría moverse más rápido que Berrigan, que estaba en forma, era fuerte y tenía experiencia. Pensó sacarse la pistola que le había quitado a su atacante en el teatro, pero cuando la hubiese sacado, Berrigan ya le habría disparado, así que decidió que mantendría al sargento hablando hasta que llegara Sally y diese la alarma. Levantó su pie izquierdo y lo apoyó en una silla.

—Me he hecho un esguince —le hizo saber a Berrigan— saltando hasta el escenario.

—¿Escenario?

—En la actuación de la señorita Hood. Alguien ha intentado matarme.

—No nosotros, capitán —aseguró Berrigan.

—Alguien con un fusil.

—Uno de tantos abandonados en las guerras —añadió Berrigan—. Ahora se puede conseguir un Baker usado por siete u ocho chelines. Así que alguien más, aparte del Club de los Serafines, le quiere muerto, ¿eh?

Sandman se le quedó mirando.

—¿Está seguro de que no es el Club de los Serafines?

—Me han enviado a mí, capitán, sólo a mí —aseguró Berrigan—, y yo no estaba en el teatro.

Sandman se le quedó mirando, preguntándose quién diablos había puesto precio a su cabeza.

—Debe de ser un gran alivio no ser honrado —comentó.

Berrigan sonrió.

—¿Un alivio?

—Nadie intentando matarle, sin escrúpulos a la hora de aceptar miles de guineas... Diría que es un alivio. Mi problema, sargento, es que temía tanto ser como mi padre que me propuse comportarme de manera completamente distinta. Me propuse ser virtuoso de manera deliberada. Era sumamente aburrido por mi parte y a él le molestaba mucho. Supongo que lo hice por eso.

Si Berrigan estaba sorprendido o desconcertado por semejante confesión no lo aparentaba; más bien parecía interesado.

—¿Su padre fue deshonesto?

Sandman asintió.

—Si se hubiera hecho justicia, sargento, le habrían ahorcado en Newgate. No era un delincuente como los que viven aquí. No robaba diligencias ni era carterista ni entraba en casas a robar, sino que utilizaba el dinero de la gente con fines deshonorosos y todavía lo estaría haciendo si no se hubiera encontrado con alguien más listo que él que le hizo lo mismo. Y allí estaba yo, afirmando ser virtuoso, pero, aun así, he utilizado su dinero durante toda mi vida, ¿sabe?

El sargento Berrigan bajó el cañón de la pistola y puso el arma sobre la mesa.

—Mi padre fue honrado.

—¿Fue? ¿Ya no lo es?

Berrigan usó la caja de yesca para encender dos velas y levantó una jarra de cerveza que había tenido escondida en el suelo.

—Mi padre murió hace dos años. Trabajaba de herrero en Putney, y quería que yo aprendiese el oficio, pero, por supuesto, yo no opinaba lo mismo. Yo tenía otras ideas —parecía compungido—. Quería que la vida fuese algo más que estar siempre herrando caballos y arreglando cadenas.

—¿Por eso se alistó al ejército, para escapar del tenacero?

Berrigan rió.

—Me alisté para escapar de la horca —vertió la cerveza y le acercó una jarra—. Era un sacomano. ¿Sabe lo que es?

—Vivo aquí, ¿recuerda? —respondió Sandman.

Un sacomano era el que cortaba las cuerdas del equipaje de la parte trasera de las diligencias y, si lo hacía bien, ni los cocheros ni los pasajeros se daban cuenta de que sus maletas habían sido desvalijadas del portaequipajes. Para prevenir que ocurriera, muchos coches usaban cadenas para asegurar el equipaje, pero un buen sacomano siempre llevaba consigo una palanqueta para arrancar las abrazaderas del chasis del carruaje.

—Me atraparon —continuó Berrigan—, y el juez dijo que podía ser procesado o alistarme en el ejército. Y nueve años después me convertí en sargento.

—Y uno bueno, ¿eh?

—Podía mantener el orden —afirmó Berrigan, sombríamente.

—Como yo, curiosamente —contestó Sandman, y no era una afirmación tan rara como parecía. Muchos oficiales confiaban en sus sargentos para mantener el orden, pero Sandman poseía una autoridad natural. Había sido un buen oficial y él lo sabía, y si tenía que ser sincero consigo mismo, lo echaba de menos. Echaba de menos la guerra, la seguridad del ejército, el nerviosismo de las campañas y la camaradería de su compañía—. España fue lo mejor —recordó—. Nos lo pasamos bien en España. Hubo momentos terribles, por supuesto, pero no los recuerdo. ¿Estuvo usted en España?

—De 1812 a 1814 —respondió Berrigan.

—Aquéllos fueron, en general, buenos tiempos —observó Sandman—, pero odié Waterloo.

El sargento asintió.

—Fue horrible.

—Nunca he estado tan condenadamente asustado en mi vida —confesó Sandman. Se había puesto a temblar cuando la guardia imperial subía por la colina. Se acordaba de que sentía un tembleque en el brazo y que se había avergonzado de mostrar tanto miedo; no se le había ocurrido pensar hasta mucho después que la mayoría de hombres que estaban en la cima, así como los que acudían a atacarles, estaban igual de asustados y de avergonzados de sus temores—. El aire era caliente —comentó— como una puerta de horno abierta. ¿Lo recuerda?

—Sí, caliente —asintió Berrigan, y frunció el ceño—. Mucha gente le quiere muerto, capitán.

—Me confunde —admitió Sandman—. Cuando Skavadale me ofreció aquel dinero estaba convencido de que él o lord Robin habían asesinado a la condesa, pero ¿y ahora? Ahora hay alguien más por ahí fuera. Quizá sea el verdadero asesino, y lo

extraño es que no tengo ni idea de quién puede ser. A menos que esto contenga la respuesta —levantó la carta que le había entregado el dueño—. ¿Puede acercarme una vela?

La carta estaba escrita en papel verde claro y tenía una letra que él conocía demasiado bien. Era de Eleanor, y recordaba cómo le latía el corazón cada vez que sus cartas le llegaban a España o Francia. Abrió su sello de cera verde y desdobló el fino papel. Esperaba que la carta le revelara el paradero de Meg, pero Eleanor le pedía que se reuniera con ella a la mañana siguiente en la pastelería Gunter's de Berkeley Square. Había una posdata. «Creo que podría tener noticias», había escrito, pero nada más.

—No —continuó—, todavía no tengo la verdad, pero creo que la tendré pronto —bajó la carta—. ¿No se supone que va a dispararme?

—¿En una taberna? —Berrigan negó con la cabeza—. Cortarle el cuello, más bien. Es más silencioso. Pero estoy intentando decidir si la señorita Hood volverá a dirigirme la palabra si lo hago.

—Dudo que lo haga —aseguró Sandman, con una sonrisa.

—Y la última vez que estuve de su parte, la cosa pintaba mal, pero ganamos.

—Contra la guardia del emperador también —asintió Sandman.

—Por tanto, me parece que vuelvo a estar de su parte, capitán —decidió el sargento.

Sandman sonrió y levantó su jarra simulando que hacía un brindis.

—Pero si no me mata, sargento, ¿podrá volver al Club de los Serafines? ¿O verán su desobediencia como la causa de su despido?

—No puedo volver —le informó Berrigan, y señaló con la cabeza una pesada bolsa, un morral y su vieja mochila del ejército, que estaban en el suelo.

Sandman no mostró ni alegría ni sorpresa. Estaba contento, pero no sorprendido, porque desde un principio supo que Berrigan estaba intentando escapar del club.

—¿Espera recibir una paga? —le preguntó.

—Nos repartiremos la recompensa, capitán.

—¿Hay una recompensa?

—Cuarenta libras —respondió Berrigan—; eso es lo que pagan los magistrados a cualquiera que atrape a un verdadero delincuente. Cuarenta —vio que el dinero de la recompensa era algo nuevo para Sandman y negó con la cabeza, sin dar crédito a lo que veía—. ¿Cómo diablos cree que los vigilantes se ganan la vida?

Sandman se sintió idiota.

—No lo sabía.

Berrigan llenó las dos jarras de cerveza.

—Veinte para usted, capitán, y veinte para mí —sonrió—. Así que, ¿qué vamos a hacer mañana?

—Mañana —anunció Sandman— empezaremos yendo a Newgate. Después me encontraré con una dama y usted, bueno, no sé lo que hará, pero ya lo veremos, ¿no? —se volvió cuando se abrió la puerta detrás de él.

—Maldita sea —Sally puso mala cara cuando vio la pistola en la mesa y miró a Berrigan—. ¿Qué diablos está usted haciendo aquí?

—He venido a cenar con usted, por supuesto —respondió Berrigan.

Sally se ruborizó y Sandman miró hacia la ventana para no incomodarla, pensando que sus aliados eran un reverendo aristócrata con el pie deforme y de ideas radicales, una actriz con la lengua afilada, un sargento criminal y, se atrevió a pensar, Eleanor.

Y juntos sólo tenían tres días para cazar a un asesino.

Capítulo 6

Llovía a la mañana siguiente, y Sandman y Berrigan se dirigían hacia la prisión de Newgate. Sandman todavía caminaba con dificultad y hacía gestos de dolor cada vez que se apoyaba sobre el pie izquierdo. Se había puesto un fuerte vendaje por encima de la bota, pero el tobillo aún le dolía.

—No debería estar caminando —le aconsejó Berrigan.

—No debería haber caminado cuando me torcí el otro tobillo en Burgos —replicó Sandman—, pero era eso o ser capturado por los ranas. Así que caminé de vuelta a Portugal.

—¿Usted, un oficial? —a Berrigan le hizo gracia—. ¿No fue a caballito?

—Presté mi caballito a alguien que realmente estaba herido —respondió Sandman.

Berrigan caminó en silencio durante unos pasos.

—Teníamos muchos oficiales buenos, realmente —comentó, al cabo del rato.

—Y ahí estaba yo —añadió Sandman—, pensando que era único.

—Porque los malos oficiales no duraban demasiado —continuó Berrigan—, especialmente cuando había un combate. Es increíble lo que puede hacer una bala en la espalda.

El sargento había dormido en el salón trasero de La Gavilla, después de que quedase claro que no le iban a invitar a compartir la cama de Sally, aunque Sandman, que los había estado observando durante la noche, pensó que la cosa había estado muy reñida. Lord Alexander, totalmente ajeno al hecho de que estaba perdiendo a Sally frente a un rival de humilde cuna, se había quedado mirándola embobado hasta que se armó de valor para contarle un chiste, pero como la gracia estaba en entender el gerundio en latín, fracasó miserablemente. Cuando lord Alexander finalmente se durmió, el sargento lo acompañó hasta su carruaje, que lo llevó a casa.

—Sabe beber, aquel tipo —había afirmado Berrigan, lleno de admiración.

—No sabe beber —contestó Sandman—, y ése es su problema.

Pensaba que lord Alexander se aburría y que el aburrimiento le llevaba a beber, mientras que Sandman no estuvo precisamente aburrido. Se había quedado despierto media noche intentando pensar en quién quería matarlo, aparte del Club de los Serafines; cuando la campana de Saint Paul tocó las dos de la madrugada le vino la respuesta a la cabeza, con una claridad y una fuerza que le avergonzaba no haber pensado antes en una solución tan obvia. La compartió con Berrigan mientras caminaban por Holborn, bajo unas nubes tan cercanas que parecía que iban a tocar las chimeneas escupidoras.

—Ya sé quién ha puesto la recompensa para que me maten.

—No es el Club de los Serafines —insistió Berrigan—. Ellos me dijeron que me

asegurase de no pisarle el terreno a otro tipo.

—No es el club —aseguró Sandman—, porque ellos decidieron sobornarme, pero el único miembro con suficientes fondos inmediatamente disponibles era lord Robin Holloway, y él me detesta.

—Así es —asintió Berrigan—, pero todos contribuyeron.

—No es cierto —contestó Sandman—. La mayoría de los miembros están en el campo y no hubieran tenido tiempo de pedirles el dinero. Skavadale no tiene tanto. Quizá lo donaron uno o dos miembros en Londres, pero apuesto a que la mayor parte de las veinte mil procedía de lord Robin Holloway, y sólo lo hizo porque Skavadale se lo rogó, se lo ordenó o lo convenció, y creo que probablemente estuvo de acuerdo en pagarme, pero por su cuenta lo preparó todo para matarme antes de que pudiese aceptar o, Dios me libre, cobrar su cheque.

Berrigan pensó en eso y asintió a regañadientes.

—Es capaz de eso. Es una basura, eso es lo que es.

—Pero quizá retire a sus sabuesos —supuso Sandman—, ahora que sabe que no voy a cobrar su dinero.

—Aunque si mató a la condesa —apuntó Berrigan—, puede que todavía quiera liquidarle. ¿Qué diablos pasa aquí? —su pregunta se debía a que lo único que se movía en Newgate Hill era un hilillo de agua sucia hacia la alcantarilla. Los carros y los coches en la calzada estaban parados debido a un carromato que había perdido la carga de perales en la esquina entre Old Bailey y Newgate Street. Los hombres gritaban, las fustas restallaban, los caballos metían el hocico en el morral y nada se movía. Berrigan sacudió la cabeza—. ¿Quién querrá media tonelada de malditos perales?

—¿Alguien a quien le gusten las peras?

—Alguien que necesita que le agujereen su maldito cerebro —refunfuñó el sargento, y se detuvo a mirar la fachada de granito de la prisión de Newgate. Tenía un aspecto lúgubre y desolador, con escasas ventanas, sólida e imponente. Llovía con más intensidad, pero el sargento seguía contemplándola con manifiesta fascinación—. ¿Es aquí donde los ahorcan?

—Justo delante de Debtor's Door, dondequiera que esté.

—Nunca he presenciado una ejecución aquí —admitió Berrigan.

—Ni yo tampoco.

—He estado en la prisión de Horsemonger Lane, pero allí los cuelgan del techo de la entrada y no se ve mucho desde la calle. Son unas sacudidas, eso es todo. A mi madre solía gustarle ir a Tyburn.

—¿Ah, sí?

—Era un día de salida para ella —Berrigan había captado la sorpresa en la voz de Sandman y parecía estar a la defensiva—. A mi madre le gusta pasar un día fuera,

pero dice que Old Bailey está demasiado lejos. Algún día alquilaré un coche y la traeré aquí —sonrió mientras subía por los escalones de la prisión—. Siempre he sabido que acabaría viniendo aquí.

Un carcelero les acompañó a través del túnel hasta Press Yard y señaló una gran celda en la que pasaban su última noche aquéllos que iban a ser ejecutados.

—Si quieren ver una ejecución —le confió a Sandman—, vengan el lunes, porque libramos a Inglaterra de dos indeseables, pero no habrá una multitud. No habrá mucha gente, a pesar de todo, porque ninguno de ellos es precisamente famoso. ¿Quieren una enorme multitud? Ahorquen a alguien famoso, señor, alguien famoso, o si no, cuelguen a una mujer. La Urraca y el Tocón acabó con el suministro de cerveza de una quincena durante el lunes pasado, y sólo porque estrangulamos a una mujer. A la gente le gusta ver a una mujer ahogándose. ¿Le dijeron cómo acabó aquélla?

—¿Cómo acabó? —preguntó Sandman, confundido por la pregunta—. Supongo que murió.

—Murió y fue a parar a los anatomistas, señor, que querían a una joven para hacerla pedazos, pero fue ahorcada por el robo de un collar de perlas y yo me enteré de que la propietaria encontró el collar la semana pasada —el hombre se rió entre dientes—. ¡Estaba detrás de un sofá! Pueden ser rumores, por supuesto, pueden ser sólo rumores —negó con la cabeza asombrado de las arbitrariedades del destino—. Pero es un asunto extraño, la vida, ¿verdad?

—La muerte lo es —respondió Sandman con amargura.

El carcelero intentó torpemente abrir el candado de la verja de Press Yard, sin darse cuenta de que su crueldad había provocado la ira de Sandman. Berrigan sí se dio cuenta e intentó distraer a Sandman.

—Bueno, ¿por qué venimos a ver a ese Corday? —le preguntó.

Sandman vaciló. Todavía no le había dicho al sargento nada sobre la criada Meg, y le pasó por la cabeza que quizá no se hubiese cambiado de bando, después de todo. ¿Lo había enviado el Club de los Serafines como espía? Parecía improbable, y el cambio de actitud del sargento parecía sincero, aunque le empujase más el deseo por su atracción hacia Sally que por cualquier arrepentimiento.

—Hubo una testigo —le informó a Berrigan—, y necesito saber más sobre ella. Y si la encuentro... —dejó la frase sin acabar.

—¿Y si la encuentra?

—Entonces ahorcarán a alguien —continuó Sandman—, pero no a Corday.

Saludó brevemente con la cabeza al carcelero que había abierto la verja, y guió a Berrigan a través del hediondo patio hasta la Sala de Reuniones. Estaba abarrotada porque la lluvia había obligado a los presos y a sus visitas a entrar, y se les quedaron mirando con resentimiento mientras se abrían paso entre las mesas hasta el sombrío fondo de la habitación, donde Sandman esperaba encontrar a Corday. El artista era

evidentemente un hombre nuevo, ya que, en vez de acobardarse ante sus perseguidores, estaba rodeado de admiradores en una mesa cercana al fuego, en la que, con un grueso montón de papel y un carboncillo, estaba dibujando un retrato de la esposa de un preso. Una pequeña muchedumbre le rodeaba, admirando su habilidad, y se apartaron de mala gana para dejar pasar a Sandman. Corday dio muestras de haber reconocido a sus visitantes, y apartó la vista rápidamente.

—Necesito hablar contigo —Sandman se dirigió a él.

—Hablaré con vosotros cuando haya acabado —un hombre enorme, de pelo negro, con barba y un pecho inmenso, le gruñó desde el banco al lado de Corday—, y para eso aún falta un rato, así que a esperar, cretinos, a esperar.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Berrigan.

—Soy el tipo que te dice que esperes —respondió el hombre. Tenía acento de West Country^[9], llevaba ropa grasienta y lucía una espesa y enmarañada barba. Se introdujo un dedo en su amplia nariz mientras miraba agresivamente a Berrigan, lo sacó y miró detenidamente lo extraído. Se limpió la uña pasándosela por la barba y miró con actitud desafiante a Sandman—. El tiempo de Charlie es valioso —explicó—, y no le queda mucho.

—Es tu vida, Charlie —señaló Sandman.

—¡No le escuches, Charlie! —exclamó el gigante—. No tienes amigos en este malvado mundo aparte de mí, y yo sé lo que es... —Calló repentinamente y profirió un grito ahogado mientras sus ojos se abrían, sorprendidos. El sargento Berrigan se había colocado detrás de él y le había propinado una sacudida con el puño que le hizo gruñir de dolor.

—¡Sargento! —protestó Sandman, con falsa preocupación.

—Sólo le estoy enseñando modales al cretino —contestó Berrigan, y golpeó al hombre en los riñones otra vez—. ¡Cuando el capitán quiere hablar, pedazo de basura hurgadora, presta atención inmediatamente, mirada al frente, boca cerrada, talones juntos y espalda recta! No se le dice que tiene que esperar, es de mala educación.

Corday miró con preocupación al hombre barbudo.

—¿Se encuentra bien?

—Estará bien —Berrigan respondió por su víctima—. Tú habla con el capitán, muchacho, porque está intentando salvar tu miserable y maldita vida. ¿Quieres jugar un rato, cretino? —El barbudo se había levantado e intentó hincarle el codo en la barriga, pero el sargento le golpeó en el oído, le puso la zancadilla y, cuando aún estaba desequilibrado, lo empujó con violencia y rapidez hasta estamparlo contra una mesa. Le golpeó la cara contra la madera—. Tú te quedarás aquí, cretino, hasta que hayamos acabado —le dio unos toques en la cabeza para recalcarlo y se volvió hasta la mesa de Corday—. Todo el mundo en formación, capitán —informó—, preparados y dispuestos.

Sandman apartó a una mujer para poder sentarse frente a Corday.

—Necesito hablar contigo sobre la sirvienta —le murmuró—, sobre Meg. Supongo que no sabrás su apellido, ¿no? ¿Qué aspecto tenía Meg?

—¡Su amigo no debería haberle pegado! —Corday, todavía distraído por el dolor de su amigo, se quejó a Sandman.

—¿Qué jodido aspecto tenía, hijo? —gritó Berrigan, en su más puro estilo de sargento.

Corday se puso a temblar con repentino terror, dejó el retrato medio acabado y, sin decir nada, empezó a hacer un bosquejo en otra hoja de papel. Trabajaba rápido, y el sonido chirriante del carboncillo llenó el silencio de la gran sala.

—Es joven —afirmó Corday—, quizá de unos veinticuatro o veinticinco años. Tiene la cara picada de viruela y el cabello oscuro de rata. Sus ojos tienen tintes verdosos y aquí tiene un lunar —e hizo una señal en la frente de la muchacha—. Tiene los dientes en mal estado. Sólo le he dibujado la cara, pero debería usted saber que tenía caderas anchas y pecho estrecho.

—¿Tetas pequeñas, quieres decir? —gruñó Berrigan.

Corday se ruborizó.

—Era pequeña de cintura para arriba —aclaró—, pero grande de cintura para abajo —acabó el dibujo, frunció el ceño por un instante, asintió satisfecho y le entregó la hoja a Sandman.

Éste se quedó mirando el dibujo. La muchacha era fea, y luego pensó que era más que fea. No era sólo la cara marcada de viruela, la estrecha mandíbula, el cabello ralo y los pequeños ojos, sino el indicio de conocer la dureza que transmitía extrañamente una cara tan joven. Si el retrato era preciso, Meg no sólo era repulsiva, sino malvada.

—¿Por qué contrataría la condesa a semejante criatura? —preguntó.

—Trabajaron juntas en el teatro —respondió Corday.

—¿Trabajaron juntas? ¿Meg era actriz? —Sandman parecía estupefacto.

—No, era ayudante de camerino —Corday bajó la mirada al retrato y parecía incómodo—. Era algo más que una ayudante, creo.

—¿Algo más?

—Una alcahueta —contestó Corday, mirando fijamente a Sandman.

—¿Cómo lo sabes?

El pintor se encogió de hombros.

—Es increíble lo que la gente puede llegar a hablar cuando les estás haciendo un retrato. Se olvidan incluso de que estás allí. Te conviertes en parte del mobiliario. Así que la condesa y Meg hablaban, y yo escuchaba.

—¿Sabías que el conde no encargó el retrato? —preguntó Sandman.

—¿Ah, no? —aquello era obviamente nuevo para Corday—. Sir George me dijo que sí.

Sandman negó con la cabeza.

—Fue encargado por el Club de los Serafines. ¿Has oído hablar de él?

—He oído hablar de él —asintió Corday—, pero nunca he estado allí.

—Entonces, ¿no sabías por qué razón encargaron el retrato?

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó Corday.

Berrigan se había quedado de pie, al lado de Sandman. Hizo una mueca al ver el retrato de Meg y Sandman giró el dibujo para que lo pudiese ver mejor.

—¿La ha visto alguna vez? —le preguntó, pensando en si habrían llevado a la muchacha alguna vez al Club de los Serafines, pero Berrigan negó con la cabeza.

Sandman volvió a mirar a Corday.

—Existe la posibilidad —le anunció— de que la encontremos.

—¿Cómo es de grande esa posibilidad? —los ojos de Corday refulgían.

—No lo sé —respondió Sandman. Vio esperanza en los ojos de Corday—. ¿Tienes tinta aquí? —le preguntó—. ¿Y una pluma?

Corday las tenía y Sandman partió en dos una de las grandes hojas de papel de dibujo, mojó la plumilla de acero en la tinta, la dejó gotear y empezó a escribir. «Estimado Witherspoon —empezó—, el portador de esta carta, el sargento Samuel Berrigan, es mi compañero. Sirvió en el primero de infantería y confío en él plenamente.» Sandman no estaba seguro de que esas últimas cuatro palabras fuesen ciertas, pero no le quedaba más elección que asumir que Berrigan era de confianza. Volvió a mojar la plumilla en la tinta, consciente de que Corday estaba leyendo las palabras desde el otro lado de la mesa. «Existe la lamentable posibilidad de que pudiese necesitar entrevistarme con su señoría el próximo domingo, y, en el supuesto de que no esté aquel día en el Departamento de Estado, le ruego que me comunique dónde puedo encontrarlo. Quisiera disculparme por robarle un poco de su valioso tiempo, y le aseguro que sólo lo he hecho porque podría tener asuntos de la mayor urgencia de los que informar.» Sandman leyó la carta por encima, la firmó y sopló la tinta para secarla.

—No le gustará —dijo al aire, dobló la carta y se levantó.

—¡Capitán! —Corday, con los ojos llenos de lágrimas, llamó a Sandman.

Éste sabía lo que quería oír el muchacho, pero no podía ofrecerle ningún tipo de seguridad.

—Estoy haciendo todo lo posible —afirmó sin convicción—, pero no te puedo prometer nada.

—Todo irá bien, Charlie —el barbudo de West Country consoló a Charlie y Sandman, que no pudo añadir nada más, se metió el retrato en la chaqueta y guió a Berrigan hasta la puerta de entrada de la prisión.

El sargento negó con la cabeza asombrado, cuando llegaron al vestíbulo.

—¡No me había dicho que era un maldito mariquita!

—¿Es que importa?

—Sería mejor pensar que nos estamos esforzando por un hombre de verdad —gruñó Berrigan.

—Es un buen pintor.

—Y mi hermano también.

—¿Ah, sí?

—Pinta casas, capitán. Canalones, puertas y ventanas. Y no es un mariquita como ese pequeño cabrón.

Sandman abrió la puerta exterior de la prisión y se estremeció al ver la persistente lluvia.

—A mí tampoco me gusta mucho Corday —confesó—, pero es un hombre inocente, sargento, y no se merece la soga.

—La mayoría de los que ahorcan no la merecen.

—Puede. Pero Corday es nuestro, mariquita o no —le dio la carta doblada—. Vaya al Departamento de Estado. Pregunte por un hombre llamado Sebastian Witherspoon, entréguele esto y reúnase conmigo en Gunter's, en Berkeley Square.

—Y todo esto por un mariquita, ¿eh? —protestó Berrigan; acto seguido se metió la carta en un bolsillo y, haciendo una mueca a la lluvia, salió disparado entre el tráfico. Sandman, cojeando con dolor, continuó más despacio.

Temía que la lluvia hubiese desanimado a Eleanor y a su madre de salir de casa, pero se dirigió a Berkeley Square de todas formas, y estaba empapado cuando llegó a la puerta de Gunter's. Un lacayo que se guarecía bajo el toldo del establecimiento miró con recelo la raída chaqueta de Sandman y abrió la puerta de mala gana como dándole tiempo a pensar en si realmente quería entrar o no.

La fachada del establecimiento constaba de dos amplias ventanas tras las cuales había mostradores dorados, esbeltas sillas, altos espejos y enormes arañas de luces que permanecían encendidas debido al sombrío día. Una docena de mujeres estaba comprando los famosos productos de Gunter's: bombones, figuras de merengue y exquisiteces de caramelo hilado, mazapán y fruta confitada. La conversación se detuvo cuando Sandman entró y las mujeres se quedaron mirando cómo goteaba en el suelo; después siguieron hablando cuando se dirigió a la gran sala de la parte de atrás, en la que había una veintena de mesas bajo las claraboyas de vidrio. Eleanor no estaba en ninguna de las seis mesas ocupadas, por lo que colgó la chaqueta y el sombrero en un perchero de madera curvada y se sentó en una silla al fondo de la sala, medio tapado por una columna. Pidió un café y un ejemplar del *Morning Chronicle*.

Leyó el periódico por encima. Había habido más quemas de almiar en Sussex, una revuelta del pan en Newcastle y tres molinos quemados y destrozados en Derbyshire. Habían enviado a la milicia para mantener la paz en Manchester, donde

la harina se había estado vendiendo a cuatro chelines y nueve peniques la piedra^[10]. Los magistrados en Lancashire apelaron al secretario de Estado para suspender un hábeas corpus como medio para restablecer el orden. Miró el reloj y vio que Eleanor ya se retrasaba diez minutos. Sorbió el café y se sintió incómodo porque la silla y la mesa eran demasiado pequeñas, lo que le hacía sentir como si estuviese sentado en un aula de escuela. Volvió a mirar el periódico. Un río se había desbordado en Prusia y se temía que hubiese al menos un centenar de ahogados. El ballenero *Lydia*, que partió de Whitehaven, fue declarado perdido cuando faenaba en Grand Banks. El *Calliope*, que hacía la ruta de la India, había llegado al puerto de Londres con un cargamento de porcelana, jengibre, índigo y nuez moscada. Una revuelta en el teatro de Covent Garden había dejado un rastro de huesos rotos, pero ningún herido grave. Los rumores de que habían disparado dentro del teatro habían sido desmentidos por la dirección. Oyó unos tacones aproximarse, olió una ráfaga de aire perfumado y notó una sombra inclinarse sobre su periódico.

—Pareces pesimista, Rider —oyó la voz de Eleanor.

—No hay ni una buena noticia —respondió él, levantándose. La miró y le dio un vuelco el corazón, por lo que apenas pudo hablar—. Realmente no hay ni una buena noticia en ninguna parte del mundo —consiguió decir.

—Entonces tendremos que generar algunas —contestó Eleanor—, tú y yo. —Le entregó el paraguas y la chaqueta húmeda a una de las camareras, se acercó a Sandman y le dio un beso en la mejilla—. Creo que todavía estoy enfadada contigo —le susurró, todavía a su lado.

—¿Conmigo?

—Por venir a Londres y no decírmelo.

—Nuestro compromiso está roto, ¿recuerdas?

—Oh, casi lo había olvidado —respondió mordazmente y miró a las otras mesas—. Estoy causando un escándalo, Rider, al ser vista sola con un hombre empapado —le volvió a besar y sacó una silla para ella—. Bueno, que se escandalicen lo que quieran, yo tomaré uno de los helados de vainilla de Gunter's con chocolate espolvoreado y trocitos de almendras. Y tú también.

—Me doy por satisfecho con el café.

—Tonterías, te tomarás lo que te pongan delante. Estás demasiado delgado —se sentó y se sacó los guantes. Su cabello rojo iba recogido bajo un pequeño sombrero negro decorado con diminutas cuentas de azabache y una sencilla pluma. Llevaba un vestido marrón oscuro apagado con un estampado floreado apenas perceptible bordado en negro y con cuello alto, pudoroso, casi sencillo, decorado con sólo un prendedor azabache, aunque en cierto sentido parecía más seductora que las bailarinas ligeras de ropa que se habían dispersado cuando Sandman había saltado al escenario la noche anterior—. A mamá le están tomando medidas para un nuevo

corsé —aseguró Eleanor, fingiendo no darse cuenta de ser examinada—, así que tardará al menos dos horas. Cree que estoy en Massingberds, probándome sombreros. Mi criada Lizzie me acompañaba, pero la he sobornado con dos chelines y se ha ido a ver a la mujer puerca al Lyceum.

—¿Terca, has dicho? ¿Obstinada?

—No seas tonto, Rider, me parece que todas las mujeres somos obstinadas. Ésta es puerca, fea. Dicen que sorbe la comida de una bacía y que tiene unos bigotes rosados. Parece una bestia bastante improbable, pero Lizzie estaba encantada con la idea y yo he estado bastante tentada de ir, pero aquí estoy. Me ha parecido que cojeabas.

—Ayer me torcí el tobillo —le explicó, y luego le tuvo que contar toda la historia, la cual, por supuesto, encantó a Eleanor.

—Estoy celosa —comentó ella, cuando hubo acabado—. ¡Mi vida es tan aburrida! ¡Yo no salto a los escenarios perseguida por bandidos! Estoy sumamente celosa.

—Pero ¿tienes noticias? —preguntó Sandman.

—Creo que sí. Sí, sin duda —Eleanor se giró hacia una camarera y le pidió té, el dulce de vainilla con chocolate y almendras y, en el último momento, barquillos—. Tienen una fábrica de hielo en la parte de atrás —le reveló, cuando se fue la muchacha—, y hace unas semanas les pedí si podía verla. Es como una bodega con una cúpula, y cada verano traen el hielo desde Escocia empaquetado en serrín y permanece sólido todo el verano. Había una rata congelada entre dos de los bloques y se sintieron muy avergonzados.

—Seguro que deberían de estarlo.

De repente fue plenamente consciente de su mal aspecto, de los puños raídos de su chaqueta y de los rotos respuntes de la parte superior de sus botas. Habían sido unas buenas botas, de Kennets, en Silver Street, pero incluso las mejores botas necesitaban cuidarse. Sólo para ir vestido de manera respetable necesitaba al menos una hora al día, y Sandman no tenía tanto tiempo.

—Intenté convencer a papá para construirnos una fábrica de hielo —continuó Eleanor—, pero se puso gruñón y se quejó del gasto. Ahora está en uno de sus periodos de ahorro, así que le dije que le ahorraría el gasto de una boda de sociedad.

Sandman la miró a sus ojos grises y verdosos, preguntándose qué mensaje le estaba enviando con su evidente labia.

—¿Le gustó la idea?

—Sólo me dijo entre dientes que la prudencia era una de las virtudes. Creo que se avergonzó del ofrecimiento.

—¿Y cómo le ahorrarás el gasto? ¿Quedándote soltera?

—Fugándome —respondió Eleanor, con la mirada fija.

—¿Con lord Eagleton?

La risa de Eleanor llenó el gran espacio del salón trasero de Gunter's, lo que provocó un silencio momentáneo en las otras mesas.

—¡Lord Eagleton es un hombre tan pesado! —exclamó Eleanor, demasiado alto—. Mamá tenía mucho interés en que me casase con él, porque entonces, a su debido tiempo, me convertiría en «su señoría» y mamá estaría insoportable. ¿No me digas que pensabas que estaba comprometida con él?

—Oí que lo estabas. Me dijeron que tu retrato era un regalo para él.

—Mamá dijo que deberíamos regalárselo, pero papá lo quiere para él. Mamá sólo quiere que me case con un noble, no le importa qué o quién sea, y lord Eagleton quiere casarse conmigo, lo cual es tedioso porque yo no lo soporto. Se sorbe la nariz cada vez que habla —aspiró ligeramente—. Querida Eleanor, sniff, qué encantadora está, sniff. Puedo ver la luna reflejada en sus ojos, sniff.

Sandman mantuvo la expresión seria.

—Yo nunca te dije que veía la luna reflejada en tus ojos. Me temo que fue una negligencia por mi parte.

Se miraron el uno al otro y se echaron a reír. Siempre habían sido capaces de reír desde que el primer día en que se conocieron, cuando Sandman era un recién llegado después de ser herido en Salamanca y Eleanor sólo tenía veinte años y estaba decidida a no dejarse impresionar por un soldado, pero éste la había hecho reír y aún sabía hacerlo, al igual que ella sabía divertirlo.

—Creo —supuso Eleanor— que Eagleton se pasó una semana ensayando la frase sobre la luna, pero la estropeó al sorberse la nariz. Realmente, Rider, hablar con Eagleton es como conversar con un perrito faldero asmático. Mamá y él parecen creer que si lo desean lo suficiente, me rendiré ante sus aspiraciones, y me enteré de que corría el rumor de que nuestro compromiso había sido anunciado, así que le dije a Alexander que te informase de que no me iba a casar con el noble aspirante. Por lo que veo, Alexander no te lo dijo.

—Me temo que no.

—¡Pero se lo dije claramente! —exclamó Eleanor, indignada—. Me lo encontré en el Egyptian Hall.

—Me contó hasta ahí —señaló Sandman—, pero se olvidó por completo del mensaje que le habías dado. Incluso olvidó por qué había ido al Egyptian Hall.

—Para una conferencia de un hombre llamado profesor Popkin sobre el descubrimiento de una nueva localización del jardín del Edén. Quiere que creamos que el paraíso se encuentra en la confluencia de los ríos Ohio y Misisipí. Nos explicó que una vez se comió allí una manzana muy buena.

—Eso parece una prueba definitiva —observó Sandman, con seriedad—, y, ¿se volvió sabio después de comerse la fruta?

—Se volvió erudito, docto, sagaz e inteligente —respondió Eleanor, y Sandman vio que tenía lágrimas en los ojos—. Y —continuó— nos animó a dejarlo todo y a seguirlo a ese nuevo mundo de leche, miel y manzanas. ¿Te gustaría ir allí, Rider?

—¿Contigo?

—Podríamos vivir desnudos cerca de los ríos —propuso Eleanor, mientras le corría una lágrima por la mejilla—, inocentes como niños, evitando las serpientes. — No pudo continuar y bajó la cara para que él no pudiese verle las lágrimas—. Lo siento mucho, Rider —le dijo en voz baja.

—¿El qué?

—Nunca debería haber dejado que mamá me convenciese para romper el compromiso. Ella decía que la deshonra de tu familia era demasiado grande, pero son tonterías.

—La deshonra es horrenda —admitió Sandman.

—Eso lo hizo tu padre. ¡No tú!

—A veces creo que me parezco mucho a mi padre —sentenció Sandman.

—Entonces era mejor hombre de lo que me imaginaba —contestó Eleanor, duramente, y se secó los ojos con un pañuelo. La camarera les trajo los helados y los barquillos, y, creyendo que Eleanor se había disgustado por algo que le había dicho Sandman, le miró con reproche. Eleanor esperó a que la chica se fuese—. Odio llorar —se lamentó.

—Casi nunca lo haces —comentó Sandman.

—He estado llorando como una magdalena durante estos seis meses —confesó Eleanor, y alzó la vista hacia él—. Anoche le dije a mamá que me considero comprometida contigo.

—Es un honor para mí.

—Se supone que debías decir que es mutuo.

Sandman sonrió a medias.

—Me gustaría que así fuese, de verdad.

—A papá no le importará —afirmó Eleanor—, al menos no creo que le importe.

—¿Pero a tu madre sí?

—¡Por supuesto! Cuando le confesé mis sentimientos anoche, ella insistió en que debía visitar al doctor Harriman. ¿Has oído hablar de él? Por supuesto que no. Mamá me ha dicho que es un experto en histeria femenina, y se considera un honor que te pueda examinar. ¡Pero yo no lo necesito! No estoy histérica, simplemente estoy inoportunamente enamorada de ti, y si tu maldito padre no se hubiera suicidado, tú y yo estaríamos casados ahora. Envidio a los hombres.

—¿Por qué?

—Porque pueden decir palabrotas y nadie se inmuta.

—Pues di palabrotas, querida —la animó Sandman.

Eleanor las dijo y se echó a reír.

—Me siento mejor. Ay, un día estaremos casados y soltaré tantos tacos que te aburrirás de mí —se sorbió la nariz y suspiró mientras probaba el helado—. Éste es el verdadero paraíso —suspiró, pinchando el helado con la larga cuchara de plata—, y estoy segura de que nada en la confluencia del Ohio y el Misisipí puede igualarlo. Pobre Rider. Ni siquiera deberías pensar en casarte conmigo. Deberías saludar con el sombrero a Caroline Standish.

—¿Caroline Standish? No la conozco —probó el helado y, como había dicho Eleanor, era el puro paraíso.

—Caroline Standish es quizá la heredera más rica de Inglaterra, Rider, y también una chica muy guapa, pero debo advertirte de que es metodista. Cabello dorado, maldita sea, una cara verdaderamente preciosa y probablemente con cuarenta mil libras al año. Pero el inconveniente es que no puedes beber licores en su presencia, ni fumar, ni blasfemar, ni tomar rapé, ni realmente divertirte de ninguna manera. Su padre hizo dinero con la alfarería, pero ahora viven en Londres y celebran sus oficios religiosos en aquella vulgar capilla de Spring Gardens. Estoy segura de que podrías atraer su atención.

—Seguro que sí —asintió Sandman, con una sonrisa.

—Y tengo la plena confianza de que le parecerá bien el críquet —añadió Eleanor —, mientras no juegues en sábado. ¿Todavía juegas a críquet, Rider?

—No tan a menudo como Alexander querría.

—Dicen que lord Frederick Beauclerk gana seiscientas libras al año apostando al críquet. ¿Podrías hacer eso?

—Soy mejor bateador que él —aseguró Sandman, con bastante sinceridad. Lord Frederick, un amigo de lord Alexander, y, como él, un aristócrata sacerdote, era el secretario del club de críquet Marylebone, que jugaba en el terreno de Thomas Lord—. No obstante, soy peor apostante —continuó Sandman—. Además, Beauclerk apuesta dinero que puede permitirse perder sin problemas, y yo no tengo tales fondos.

—Entonces cástate con la beata señorita Standish —le propuso Eleanor—. Pero claro, existe el pequeño inconveniente de que ya está comprometida, pero hay rumores de que no está totalmente convencida de que el futuro duque de Ripon sea tan devoto como aparenta. Él también va a la capilla de Spring Gardens, pero se sospecha que sólo lo hace para poder desplumarla una vez se haya casado con ella.

—¿El futuro duque de Ripon? —preguntó Sandman.

—Tiene su propio título, por supuesto, pero no lo recuerdo. Mamá lo sabría. Sandman se concentró.

—¿Ripon?

—Una ciudad catedralicia en Yorkshire, Rider.

—El marqués de Skavadale —recordó Sandman— es el título del heredero del

ducado de Ripon.

—¡Eso es! ¡Muy bien! —Eleanor frunció el ceño—. ¿He dicho algo malo?

—Skavadale no es en absoluto devoto —respondió Sandman, y recordó al conde de Avebury describiendo cómo su esposa había chantajeado a algunos jóvenes de la ciudad.

¿Había sido Skavadale chantajeado por la condesa? Skavadale era conocido por su falta de dinero y con las propiedades de su padre estaba hipotecado hasta el cuello, pero había conseguido comprometerse con la heredera más adinerada de Inglaterra; si había caído en la trampa de la condesa de Avebury, seguramente ella había encontrado una presa perfecta para hacerle chantaje. Su familia podría haber perdido la mayor parte de su fortuna, pero quedarían algunos fondos y porcelana, plata y cuadros que podían venderse; más que suficiente para mantener satisfecha a la condesa.

—Me estás desconcertando —protestó Eleanor.

—Creo que el marqués de Skavadale es mi asesino —declaró Sandman—, o él o uno de sus amigos.

Si Sandman hubiese tenido que apostar sobre la identidad del asesino, habría escogido a lord Robin Holloway más que al marqués, pero estaba bastante seguro de que era uno de ellos.

—Entonces, ¿no necesitas saber lo que descubrió Lizzie? —preguntó Eleanor, decepcionada.

—¿Tu criada? Por supuesto que quiero saberlo. Necesito saberlo.

—Meg no era muy popular entre las otras sirvientas. Creían que era una bruja.

—Es que lo parece —afirmó Sandman.

—¿Ya la has encontrado? —preguntó Eleanor, entusiasmada.

—No, he visto un retrato.

—Hoy en día todo el mundo parece posar —comentó Eleanor.

—Este retrato —se sacó el dibujo de la chaqueta y se lo enseñó.

—Rider, ¿no pensarás que es la mujer con cara de cerdo, verdad? —preguntó Eleanor—. No, no puede serlo, no tiene bigotes —suspiró—. Pobre chica, es tan fea... —Se quedó mirando al dibujo durante un buen rato, lo enrolló y se lo devolvió—. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, Lizzie descubrió que a Meg se la llevaron de la casa de la condesa con un carruaje, muy pequeño, que era negro o azul oscuro y con un extraño escudo de armas pintado en la puerta. No era un verdadero escudo de armas, sólo un escudo que mostraba un fondo rojo decorado con un ángel dorado —desmenuzó un barquillo—. Le pregunté a Hammond si conocía el escudo y se puso muy refinado. «Es un campo *gules*^[11], señorita Forrest», me insistía, «con un ángel», pero, sorprendentemente, no sabía a quién pertenecía, y como consecuencia, se disgustó mucho.

Sandman sonrió al imaginarse al mayordomo de sir Henry Forrest siendo incapaz de identificar un escudo de armas.

—No debería sentirse disgustado —comentó Sandman—, porque dudo que la Academia de Heráldica haya emitido tal emblema. Es la insignia del Club de los Serafines.

Eleanor hizo una mueca, recordando lo que Sandman le había contado a ella y a su padre unos días antes, aunque en realidad Sandman no había revelado todo lo que sabía sobre los serafines.

—¿Y el marqués de Skavadale —le preguntó en voz baja— es un miembro del Club de los Serafines?

—Así es —confirmó Sandman.

Ella frunció el ceño.

—Entonces, ¿es tu asesino? ¿Así de sencillo?

—Los miembros del Club de los Serafines —explicó Sandman— se consideran a sí mismos por encima de la ley. Creen que su categoría, su dinero y sus privilegios les mantendrán a salvo. Y posiblemente tengan razón, a menos que pueda encontrar a Meg.

—Si es que está viva —murmuró Eleanor.

—Si es que está viva —asintió Sandman.

Eleanor se le quedó mirando, y sus ojos parecían brillantes y grandes.

—Me siento bastante egoísta ahora —le confesó.

—¿Por qué?

—Preocupándote con mis pequeños problemas cuando debes encontrar a un asesino.

—¿Tus pequeños problemas? —preguntó Sandman, con una sonrisa.

Eleanor no le devolvió la sonrisa.

—No puedo dejarte, Rider. Lo he intentado —le comentó.

Él sabía el esfuerzo que le había supuesto decirle aquellas palabras, por eso le cogió la mano y le besó los dedos.

—Yo nunca te he dejado —declaró—, y la próxima semana volveré a hablar con tu padre.

—¿Y si dice que no? —le cogió la mano.

—Entonces nos iremos a Escocia —decidió Sandman—. Nos iremos a Escocia.

Eleanor le agarró fuertemente la mano. Sonrió.

—¡Rider! ¡Mi prudente, educado y honorable Rider! ¿Te fugarías?

Le devolvió la sonrisa.

—Últimamente, querida —le explicó—, he estado pensando en aquella noche que pasé en la colina de Waterloo, y recuerdo que allí tomé una decisión, y es una decisión que constantemente temo olvidar. Me prometí a mí mismo que si sobrevivía

a aquel día, no moriría con arrepentimientos. No moriría sin anhelos, sueños ni deseos insatisfechos. Por tanto, sí, si tu padre se niega a que nos casemos, te llevaré a Escocia y sálvese quien pueda.

—¿Porque soy tu anhelo, tu sueño y tu deseo? —preguntó Eleanor, con lágrimas en los ojos y una sonrisa en la cara.

—Porque eres todas esas cosas —respondió Sandman—, y porque además te quiero.

El sargento Berrigan, chorreando de agua y sonriendo de alegría al descubrir a Sandman en un momento tan delicado, de repente apareció de pie frente a ellos.

El sargento empezó a silbar «Spanish Ladies» mientras subían por Hay Hill en dirección a Old Bond Street. Era un silbido alegre, que revelaba que no le interesaba para nada lo que acababa de ver, a la vez que un silbido bien calculado que, en el ejército, habría sido considerado completamente insubordinado, pero no punible. Sandman, que aún cojeaba, sonrió.

—Una vez estuve comprometido con la señorita Forrest, sargento.

—Allí hay un coche alemán, capitán, ¿lo ve? Maldita cosa pesada. —Berrigan todavía fingía no estar interesado, señalando un carruaje que se deslizaba peligrosamente sobre los resbaladizos adoquines de la cuesta. El cochero tiraba del freno, los caballos resbalaban nerviosamente, pero luego las ruedas golpearon el bordillo de la acera y estabilizaron el vehículo—. No deberían estar permitidos —se quejó Berrigan— esos malditos coches extranjeros traqueteando por nuestras calles. Deberían coserlos a impuestos a esos cabrones, o enviarlos al otro lado del canal, de donde vienen.

—Y la señorita Forrest rompió el compromiso porque sus padres no querían que se casara con un pobre —continuó Sandman—, así que ahora, sargento, ya lo sabe todo.

—No me ha parecido un maldito compromiso roto, señor. Mirándole a los ojos como si el sol, la luna y las estrellas estuviesen allí atrapadas.

—Sí, bueno. La vida es complicada.

—No me había dado cuenta —contestó Berrigan, sarcásticamente. Hizo una mueca al tiempo, aunque la lluvia parecía chisporrotear más que caer en cascada—. Y ya que estamos hablando de complicaciones —continuó—, el señor Sebastian Witherspoon no se ha alegrado. No se ha alegrado para nada. De hecho, si tengo que ser preciso, estaba terriblemente molesto.

—¡Ah! ¿Ha deducido que no me estoy comportando como él esperaba?

—Quería saber hasta dónde había llegado usted, capitán, así que le dije que no lo sabía.

—Seguro que se ha negado a aceptar eso.

—Ha hecho lo que le ha dado la gana, capitán, pero yo le he dicho «sí señor, no señor, no tengo ni idea, señor, lo que usted diga, señor», y «váyase al infierno, señor», pero todo de manera profundamente respetuosa.

—Es decir, que se ha portado como un sargento —concluyó Sandman, y se echó a reír. Recordaba la servil insolencia de sus propios sargentos; una aparente cooperación que enmascaraba una profunda intransigencia—. Pero ¿le ha dicho dónde estará el secretario de Estado el domingo?

—Su señoría no estará en su casa, capitán, ya que los albañiles le están poniendo una nueva escalera que prometieron acabar en mayo y que ni siquiera han pintado aún, así que su señoría ha alquilado una residencia en Great George Street. El señor Witherspoon espera no tener que verle a usted próximamente y, de todas formas, su señoría no le agradecerá que le moleste en domingo, porque es un devoto creyente, y, en resumidas cuentas, el señor Witherspoon, como su santa señoría, confía en que ahorquen al maldito mariquita de su maldito cuello hasta que esté condenadamente muerto, que es como merece estar.

—Seguro que no ha dicho esto último.

—No exactamente —admitió Berrigan, alegremente—, pero yo sí, y el señor Witherspoon ha empezado a pensar bien de mí. Cinco minutos más y me hubiese dado a mí el cargo de investigador.

—Entonces, que Dios ayude a Corday, ¿eh?

—El pequeño cabrón ira a la horca tan puñeteramente rápido, que los pies no le tocarán el suelo —afirmó Berrigan, alegremente—. Por tanto, ¿ahora dónde vamos?

—Vamos a ver a sir George Phillips, porque quiero saber si puede decirme exactamente quién encargó el retrato de la condesa. Ya sé su nombre, sargento, y tenemos a nuestro asesino.

—Eso cree —comentó Berrigan con recelo.

—La señorita Hood también está en el estudio de sir George. Le hace de modelo.

—¡Ah! —Berrigan se animó.

—E incluso si sir George no nos lo dice, me he enterado de que a mi único testigo se la llevaron en el carruaje del Club de los Serafines.

—Uno de sus carruajes —le corrigió Berrigan—. Tienen dos.

—Entonces, supongo que los cocheros del club pueden decirnos dónde la llevaron.

—Me imagino que sí —supuso Berrigan—, aunque podrían necesitar algo de persuasión.

—Un panorama alentador —declaró Sandman, al llegar a la puerta de al lado de la joyería. Llamó, y, como en la primera ocasión, abrió la puerta Sammy, el paje negro, quien inmediatamente intentó cerrarla. Sandman empujó para entrar—. Dile a sir George —le ordenó imperiosamente— que el capitán Rider Sandman y el sargento

Samuel Berrigan han venido a hablar con él.

—Él no quiere hablar con usted —respondió Sammy.

—¡Ve y díselo, muchacho! —insistió Sandman.

Sin embargo, Sammy hizo un vano intento de esquivar a Sandman y dirigirse a la calle, pero lo atrapó el sargento Berrigan, el cual lo levantó y lo estampó contra el marco de la puerta.

—¿Adónde ibas, chico? —preguntó Berrigan.

—¿Por qué no te pierdes? —gruñó Sammy, con actitud desafiante, y luego gritó—. ¡No iba a ninguna parte! —Berrigan preparó el puño otra vez—. Me dijo que si volvía usted —confesó Sammy, a toda prisa— fuese a pedir ayuda.

—¿Al Club de los Serafines? —supuso Sandman, y el chico asintió—. Que no se le escape, sargento —ordenó Sandman, y empezó a subir las escaleras—. ¡Pim, pam, pom, pum! —se puso a cantar en voz alta—, ¡he oído la sangre de un inglés! —estaba haciendo ruido para advertir a Sally y que el sargento Berrigan no la viese desnuda. Sandman no dudaba de que Berrigan lo consiguiese muy pronto, pero tampoco dudaba de que Sally querría decidir cuándo debía ser—. ¡Sir George! —bramó—. ¿Está usted ahí?

—¿Quién diablos es? —vociferó sir George—. ¿Sammy?

—Sammy es un prisionero —gritó Sandman.

—¡Maldita sea! ¿Es usted? —sir George, para ser un hombre gordo, se dirigió con sorprendente velocidad hasta un armario, del que sacó una pistola de cañón largo. Corrió hasta el comienzo de las escaleras y apuntó hacia abajo, a Sandman—. ¡No se mueva, capitán, so pena de muerte! —gruñó.

Sandman miró la pistola y siguió subiendo.

—No sea un maldito idiota —contestó, cansadamente—. Dispáreme, sir George, y tendrá que disparar al sargento Berrigan, tendrá que hacer callar a Sally, lo cual significa que tendrá que matarla, y entonces tendrá tres cadáveres en sus manos. —Subió los últimos escalones y, sin ninguna resistencia, le quitó la pistola—. Siempre es mejor amartillar las armas si de verdad quiere parecer realmente amenazador —añadió, se giró y le hizo un gesto con la cabeza a Berrigan—. Permítame que le presente al sargento Berrigan, antiguo soldado del primero de infantería, antiguo criado del Club de los Serafines y actualmente voluntario en mi ejército del buen camino —Sandman vio, con alivio, que Sally había recibido suficiente advertencia como para ponerse un abrigo. Se quitó el sombrero y le hizo una reverencia—. Señorita Hood, mis respetos.

—¿Todavía cojea, no? —preguntó Sally, y se ruborizó cuando llegó el sargento Berrigan.

—¡Me está haciendo daño, diantre! —protestó Sammy.

—¡Y te mataré si no te callas, diantre! —gruñó Berrigan y saludó con la cabeza a

Sally—. Señorita Hood —le dijo; luego vio el lienzo, sus ojos se abrieron con admiración y Sally se ruborizó aún más.

—Puede soltar a Sammy —le anunció Sandman a Berrigan—, porque no irá a buscar ayuda.

—¡El hará lo que yo le diga! —aseguró sir George, con agresividad.

Sandman se puso frente al cuadro y se quedó mirando la figura central de Nelson, y pensó que, desde la muerte del almirante, los pintores y grabadores habían estado representando al héroe cada vez más débil, y a esas alturas casi parecía una figura espectral.

—Si le dice a Sammy que vaya a buscar ayuda, sir George —le amenazó—, haré correr la voz de que su estudio engaña a las mujeres, que las pinta vestidas y que, cuando ya se han ido, las convierte en desnudos —se giró y sonrió al pintor—. ¿Qué cree usted que le ocurrirán a sus precios?

—¡Se doblarán! —contestó sir George, desafiante, pero vio que la amenaza de Sandman era real y pareció desinflarse como una vejiga pinchada. Agitó una mano manchada de pintura hacia Sammy—. No irás a ninguna parte, Sammy.

Berrigan soltó al muchacho.

—Aunque puedes preparar un poco de té —propuso Sandman.

—Te ayudaré, Sammy —se ofreció Sally, y siguió al muchacho escaleras abajo.

Sandman sospechó que se iba a vestir.

Se volvió hacia sir George.

—Es usted un viejo, sir George, está gordo y es un borracho. Le tiembla el pulso. Todavía puede pintar, pero ¿hasta cuándo? Actualmente vive bastante de su reputación, pero yo puedo arruinarla. Puedo asegurarme de que hombres como sir Henry Forrest no le contraten nunca más para pintar a sus mujeres o hijas por temor a que les haga lo mismo que le habría hecho a la condesa de Avebury.

—Nunca le haría eso a... —empezó sir George.

—Cállese —le ordenó Sandman—. También puedo incluir en mi informe para el secretario de Estado que ha ocultado la verdad deliberadamente —eso, en realidad, era una amenaza mucho menor, pero sir George no lo sabía. Sólo temía el juicio, el banquillo y la cárcel. O quizá se vio transportado a Australia, porque empezó a temblar con verdadero terror—. Sé que me ha mentado —le aseguró—, así que ahora me va a decir la verdad.

—¿Y si lo hago?

—Entonces ni el sargento Berrigan ni yo se lo diremos a nadie. ¿Por qué debería importarnos lo que le ocurra a usted? Sé que usted no mató a la condesa, y ésa es la única persona que me interesa. Así que díganos la verdad, sir George, y le dejaremos en paz.

Sir George se arrellanó en un taburete. Los aprendices y los dos hombres que

posaban representando a Nelson y Neptuno se le quedaron mirando hasta que les gruñó que se fueran escaleras abajo.

—El Club de los Serafines encargó el cuadro.

—Eso ya lo sé. —Sandman caminó hacia el fondo del estudio, más allá de la mesa llena de trapos, pinceles y botes. Estaba buscando el retrato de Eleanor, pero no lo vio. Se volvió—. Lo que quiero saber, sir George, es qué miembro del club lo encargó.

—No lo sé. ¡De verdad! ¡No lo sé! —estaba suplicando y su temor casi era tangible—. Eran diez u once, no lo recuerdo.

—¿Diez u once?

—Sentados a una mesa —explicó sir George—, como en la Última Cena, sólo que sin Cristo. Dijeron que querían el cuadro para su galería y me prometieron que encargarían más.

—¿Más cuadros?

—De mujeres de la nobleza, capitán, desnudas —sir George gruñó la última palabra—. Ella era su trofeo. Me lo explicaron. Si más de tres miembros del club se habían tirado a la misma mujer, entonces podía formar parte de su galería.

Sandman miró a Berrigan, el cual se encogió de hombros.

—Parece probable —observó el sargento.

—¿Tienen una galería?

—En el pasillo del piso de arriba —explicó Berrigan—, pero hace poco tiempo que han empezado a colgar cuadros allí arriba.

—¿El marqués de Skavadale era uno de los once? —le preguntó Sandman a sir George.

—Diez u once —sir George parecía irritado por tener que corregirle—, y sí, Skavadale era uno de ellos. Lord Pellmore era otro. Recuerdo a sir John Lassiter, pero no conozco a la mayoría.

—¿No se presentaron?

—No —sir George negó con insolencia, porque confirmaba que había sido tratado por el Club de los Serafines como comerciante, no como caballero.

—Creo que es probable —admitió Sandman, con tranquilidad— que uno de esos diez u once hombres sea el asesino de la condesa —miró a sir George socarronamente, como esperando que confirmase la afirmación.

—No lo sabía —contestó sir George.

—Pero debió sospechar que Charles Corday no cometiese el asesinato.

—¿El pequeño Charlie? —por un momento sir George parecía divertirse, pero vio la ira en la cara de Sandman y se encogió de hombros—. Parecía improbable —admitió.

—Sin embargo usted no testificó en su favor. No firmó la petición de su madre.

No hizo nada para ayudarlo.

—Fue procesado, ¿no? —se defendió sir George—. Se hizo justicia.

—Lo dudo —replicó Sandman amargamente—, lo dudo mucho.

Sandman levantó la pistola que le había cogido a sir George y vio que no estaba cargada.

—¿Tiene pólvora y balas? —le preguntó, y entonces, al verle el miedo en la cara, le miró con el ceño fruncido—. ¡No voy a dispararle, imbécil! La pólvora y las balas son para otra persona, no para usted.

—En aquel armario —sir George señaló con la cabeza hacia el otro lado de la sala.

Sandman abrió la puerta y descubrió un pequeño arsenal, la mayoría, suponía, para usarlo en los cuadros. Había espadas de la marina y de la armada, mosquetes y una caja de cartuchos. Le lanzó una pistola de caballería a Berrigan, cogió un puñado de cartuchos y se los metió todos en un bolsillo antes de pararse a recoger un cuchillo.

—Me ha hecho perder el tiempo —acusó a sir George—. Me ha mentado, me ha causado molestias —se acercó con el cuchillo y vio el terror en la cara de sir George—. ¡Sally! —gritó.

—¡Estoy aquí! —voceó ella desde abajo.

—¿Cuánto le debe sir George?

—¡Dos libras y cinco chelines!

—Páguele —ordenó Sandman.

—No puede esperar que lleve dinero en...

—¡Páguele! —gritó Sandman, y sir George casi se cayó del taburete.

—Sólo llevo tres guineas encima —lloriqueó.

—Creo que la señorita Hood lo vale —contestó Sandman—. Dele las tres guineas al sargento.

Sir George entregó el dinero mientras Sandman se giró hacia el cuadro. Britannia estaba prácticamente acabada, sentada a pecho descubierto y con la mirada altiva en su roca en medio de un soleado mar. La diosa era inequívocamente Sally, aunque sir George le había cambiado su habitual expresión alegre por una calmada superioridad.

—Realmente me ha causado molestias —insistió a sir George—, y lo que es peor, estaba dispuesto a dejar morir a un muchacho inocente.

—¡Le he dicho todo lo que sé!

—Ahora sí, sí, pero me mintió y creo que se merece que le causen alguna molestia. Necesita aprender, sir George, que para cada pecado hay un castigo. En resumen, debe ser castigado.

—Insolente... —comenzó sir George, se puso en pie de repente y gritó—. ¡No!

Berrigan sujetó a sir George mientras Sandman acercaba el cuchillo hasta la

Apoteosis de lord Nelson. Sammy acababa de subir su bandeja de té hasta el final de las escaleras y vio horrorizado cómo Sandman cortaba el lienzo por abajo y por los lados.

—Un amigo mío —explicaba Sandman, mientras rasgaba la pintura— probablemente se va a casar pronto. Él no lo sabe, ni tampoco su futura novia, pero se gustan mutuamente y querría hacerles un regalo cuando eso ocurra —siguió rasgando el cuadro por arriba. El lienzo se separó con un agudo sonido crepitante, dejando pequeñas hebras. Volvió a pasar el cuchillo hacia abajo y extrajo del enorme cuadro un retrato de medio cuerpo de Sally, de tamaño natural. Lanzó el cuchillo al suelo, enrolló la pintura de Britannia y sonrió a sir George—. Éste será un espléndido regalo, así que haré que lo barnicen y lo enmarquen. Muchas gracias por su ayuda. ¿Sargento? Creo que aquí ya hemos acabado.

—¡Me voy con ustedes! —gritó Sally desde las escaleras—. Pero alguien tiene que abrocharme el vestido.

—El deber le llama —le insinuó Sandman a Berrigan—. A su servicio, sir George.

Éste se le quedó mirando, pero parecía incapaz de hablar. Sandman empezó a sonreír mientras bajaba las escaleras y ya reía cuando llegó a la calle, donde esperó a Berrigan y Sally.

Se reunieron con él cuando el vestido de Sally estuvo abrochado.

—¿A quiénes conoce que vayan a casarse pronto? —preguntó Berrigan.

—Sólo dos amigos —respondió Sandman, sin darle importancia—, y si no, bueno, podría quedarme con el cuadro.

—¡Capitán! —le reprendió Sally.

—¿Casarse? —Berrigan parecía horrorizado.

—Estoy chapado a la antigua —respondió Sandman— y soy un devoto creyente de la moralidad cristiana.

—Hablando de eso —señaló el sargento—, ¿por qué llevamos pistolas?

—Porque nuestra próxima visita, sargento, debe ser al Club de los Serafines, y no quiero ir allí desarmado. También preferiría que no supiesen que estamos allí, así que, ¿cuándo es la mejor hora para hacer nuestra visita?

—¿Por qué vamos allí? —quiso saber Berrigan.

—Para hablar con los cocheros, por supuesto.

El sargento se puso a pensar durante un instante y asintió.

—Entonces debemos ir después de que anochezca —aseguró—, porque nos será más fácil entrar, y como mínimo habrá uno.

—Esperemos que sea el cochero que buscamos —comentó Sandman y abrió el reloj—. ¿Hasta que anochezca, no? Lo cual significa que tengo toda la tarde para entretenerme —pensó durante un instante—. Iré a hablar con un amigo. ¿Quedamos a

las nueve, por ejemplo? ¿Detrás del club?

—Espéreme en la entrada de los carruajes —propuso el sargento—, que está en un callejón cerca de Charles II Street.

—A menos que prefiera venir conmigo —apuntó Sandman—. Sólo voy a pasar el rato con un amigo.

—No —Berrigan se ruborizó—. Creo que necesito un descanso.

—Entonces sea tan amable de dejar esto en mi habitación —le pidió Sandman, dándole al sargento el retrato enrollado de Sally—. ¿Y usted, señorita Hood? No tengo ni idea de cómo quiere pasar la tarde. ¿Querría acompañarme a ver a un amigo?

Sally entrelazó su brazo con el del sargento, le sonrió a Sandman dulcemente, muy dulcemente, y le dijo con delicadeza:

—Esfúmese, capitán.

Sandman se echó a reír e hizo lo que le dijeron. Se esfumó.

Capítulo 7

Barnwell, alias *Conejo*, estaba considerado el mejor lanzador del club de críquet de Marylebone, a pesar de tener una carrera de pasos largos que acababa con un doble salto, antes de lanzar la bola a la altura del hombro. El doble salto le había proporcionado su mote y en esos momentos estaba lanzando a Rider Sandman en una de las porterías con red de práctica en la bajada del nuevo campo de críquet de Thomas Lord, en Saint John's Wood, un bonito barrio al norte de Londres.

Lord Alexander Pleydell estaba cerca de la red, mirando ansiosamente cada bola.

—¿Está lanzando a ras de suelo? —preguntó.

—En absoluto.

—Se supone que la lanza con efecto para que te vaya a las piernas. A toda velocidad. Crossley dice que el movimiento es extremadamente confuso.

—Crossley se confunde enseguida —comentó Sandman, y golpeó fuertemente la bola contra la red, obligando a lord Alexander a apartarse, asustado.

Barnwell se iba turnando con Hughes, el criado de lord Alexander, para lanzarle a Sandman. Hughes se consideraba a sí mismo un buen lanzador por debajo del hombro, pero se estaba frustrando al ser incapaz de enviar una bola más allá del bate de Sandman, por lo que se esforzó demasiado y le lanzó una bola que ni siquiera botó y que Sandman mandó a toda velocidad fuera de la red, por encima del húmedo césped, por lo que golpeó un fino aspersorio plateado mientras subía por la colina, en la que tres hombres estaban segando la hierba. Hacer un campo de críquet en semejante pendiente no tenía sentido para Sandman, pero Alexander le tenía un extraño apego al nuevo terreno de Thomas Lord, aunque, desde una punta a otra, hubiese un desnivel de al menos dos metros.

Barnwell intentó lanzar por debajo del hombro y se vio obligado a contemplar cómo su bola seguía el mismo recorrido que el último lanzamiento de Hughes. Uno de los muchachos recogepelotas intentó lanzarle una bola rápida a las piernas y fue premiado con un golpe que casi le arranca la cabeza.

—Estás un poco furioso —observó lord Alexander.

—No, qué va. Es un día húmedo y la bola va lenta —mintió Sandman.

En realidad estaba furioso, y se preguntaba cómo iba a mantener su promesa a Eleanor y por qué había sido incluso capaz de prometerle fugarse si su padre no les daba su bendición. Pero sabía la respuesta a la segunda pregunta. Había hecho la promesa porque, como siempre, había sido abrumado por Eleanor, por su belleza, por su proximidad y por su deseo hacia ella, pero ¿podría mantener la promesa? Envió una bola hasta el fondo de la red con tal fuerza que estampó la malla alquitranada contra la valla de atrás, haciendo traquetear las empalizadas y asustando a un grupo de gorriones. Se preguntaba cómo podría fugarse, cómo podría casarse con una mujer

sin tener medios para mantenerla y dónde estaba el honor en una boda escocesa de poca monta que no necesitaba ni permiso ni amonestaciones. La ira se apoderó de él y golpeó una bola que se fue hacia las cuerdas donde los miembros del club dejaban sus caballos durante los partidos.

—Extremadamente furioso —insistió lord Alexander, pensativamente, y se sacó un lápiz del enredado cabello tras su oreja y un papel muy doblado de un bolsillo—. Creo que Hammond podría hacer de portero, ¿estás de acuerdo?

—¿Éste es tu equipo para jugar contra Hampshire?

—No, Rider, es mi propuesta para un nuevo deán y unos nuevos cánones para la catedral de Saint Paul. ¿Tú qué crees que es?

—Hammond sería una elección excelente —opinó Sandman, moviéndose hasta su pierna trasera para bloquear una rápida bola alta—. Muy buena —le gritó a Hughes.

—Edward Budd me dijo que jugaría con nosotros —continuó lord Alexander.

—¡Estupendo! —exclamó Sandman con verdadero fervor, ya que Edward Budd era el único bateador que consideraba mejor que él y además era una buena compañía.

—Y Simmons está disponible.

—Entonces no iré —contestó Sandman. Recogió la última bola con la punta de su bate y se la devolvió a Hughes con un golpe.

—Simmons es un excelente bateador —insistió lord Alexander.

—Es cierto —admitió Sandman—, pero aceptó un soborno para perder un partido en Sussex hace dos años.

—No volverá a ocurrir.

—No mientras yo esté en el mismo equipo. Escoge, Alexander, él o yo.

Lord Alexander suspiró.

—¡Es que es muy bueno!

—Pues elígelo a él —replicó Sandman, adoptando una postura firme.

—Pensaré en ello —comentó lord Alexander, con su actitud más altanera.

El siguiente lanzamiento llegó volando hacia los tobillos de Sandman, y le propinó un golpe que envió la bola directamente a la taberna, por encima de la valla inferior, en la que un grupo de hombres miraba las redes desde el patio del bar. ¿No eran algunos de ellos los asaltantes de lord Robin Holloway? Sandman miró hacia su chaqueta doblada en el húmedo césped y se tranquilizó al ver la empuñadura de la pistola sobresalir de un bolsillo.

—Quizá puedas hablar con Simmons —propuso lord Alexander—. Incluyéndole a él tendríamos una inmensa fuerza de bateo, Rider, una fuerza definitiva. Tú, Budd y él. ¡Batiremos todos los récords!

—Hablaré con él —aceptó Sandman—, pero no jugaré con él.

—¡Por el amor de Dios, hombre!

Sandman se apartó de la portería.

—Alexander, me encanta el críquet, pero si tiene que verse perjudicado con el soborno, no quedará nada del deporte. La única manera de tratar el soborno es castigarlo implacablemente —afirmó enfadado—. ¿Te sorprende que el juego se esté muriendo? Este club solía tener un campo decente, y ahora juega en una ladera. El juego está en decadencia, Alexander, porque se está corrompiendo con el dinero.

—Me parece muy bien que digas eso —reconoció lord Alexander, de mal humor—, pero Simmons tiene esposa y dos hijos. ¿No comprendes la tentación?

—Creo que sí —respondió Sandman—. Ayer me ofrecieron veinte mil guineas —retrocedió hasta la línea y le hizo una señal con la cabeza al siguiente lanzador.

—¿Veinte mil? —lord Alexander parecía marearse—. ¿Por dejar perder un partido?

—Por dejar que ahorquen a un hombre inocente —contestó Sandman, realizando un suave golpe defensivo—. Es demasiado fácil —protestó.

—¿El qué?

—Este lanzamiento intelectual —tirar la bola con el brazo a la altura del hombro se conocía curiosamente como el estilo intelectual—. No tiene precisión —se quejó Sandman.

—Pero tiene fuerza —declaró lord Alexander enérgicamente—, bastante más que lanzar por debajo del hombro.

—Deberíamos lanzar por encima del hombro.

—¡Nunca! ¡Nunca! ¡Arruinaría el juego! ¡Una propuesta completamente ridícula, extremadamente ofensiva! —lord Alexander hizo una pausa para chupar la pipa—. En el club aún no está claro que se permita siquiera el lanzamiento a la altura del hombro; no digamos por encima. No, si queremos corregir el equilibrio entre bateador y lanzador, la respuesta es obvia: cuatro estacas. ¿Hablas en serio?

—Sólo creo que lanzar por encima del hombro combinaría fuerza y precisión —apuntó Sandman—, e incluso podría ser un reto para el bateador.

—Me refería a que te ofreciesen veinte mil libras.

—Guineas, Alexander, guineas. Los hombres que me hicieron la oferta se consideran a sí mismos caballeros —dio un paso atrás y golpeó fuertemente la bola hacia la red, cerca de donde estaba lord Alexander.

—¿Por qué te ofrecieron tanto?

—Es más barato que morir en la horca, ¿no? El único problema es que no estoy seguro de qué miembro del Club de los Serafines es el asesino, pero espero descubrirlo esta noche. ¿No me prestarías tu coche, verdad?

Lord Alexander parecía confundido.

—¿Mi coche?

—Esa cosa de cuatro ruedas, Alexander, con caballos delante —envió otra bola echando chispas hacia la colina—. Es para una buena causa. Salvar a los inocentes.

—Claro, por supuesto —asintió lord Alexander, con admirable entusiasmo—. Será un honor ayudarte. ¿Tendré que esperarte en tu alojamiento?

—¿Para hacerle compañía a la señorita Hood? —preguntó Sandman—. ¿Por qué no? —se echó a reír del rubor de Alexander y se apartó de las estacas al ver que se aproximaba un joven desde la taberna hacia las porterías de práctica. Había algo de determinación en el talante del hombre y Sandman estaba a punto de coger su pistola cuando reconoció a lord Christopher Carne, heredero del conde de Avebury—. Viene tu amigo —le indicó a lord Alexander.

—¿Mi amigo? ¡Ah, Kit!

Lord Christopher agitó la mano respondiendo al entusiasta saludo de lord Alexander, y después vio a Sandman. Palideció, se paró y le miró enfadado. Por un instante Sandman pensó que lord Christopher estaba a punto de darse la vuelta y marcharse, pero contempló cómo el joven se dirigía con determinación dando zancadas hacia él.

—En ningún momento me dijo —se dirigió a él en tono acusador— que iba a visitar a mi padre.

—¿Es que era necesario decírselo? —llegaba una bola y Sandman se balanceó para dejar que se estrellase en la red.

—Habría sido c-cortés —protestó lord Christopher.

—Si necesito lecciones de cortesía —replicó Sandman con severidad—, me dirigiré a aquéllos que me tratan educadamente.

Lord Christopher se molestó, pero carecía del coraje para pedirle que se disculpase por su mal humor.

—Yo le hablé en c-confianza —se quejó—, y no tenía ni idea de que se lo iba a c-contar a mi padre.

—Yo no le conté nada a su padre —contestó Sandman, suavemente—. No le dije ni una palabra. De hecho, ni siquiera le dije que había hablado con usted.

—Él me escribió —explicó lord Christopher— diciéndome que le había visitado y prohibiéndome que hablase con usted otra vez. ¡Por tanto está usted mintiendo completamente! Sí q-que le dijo que habló conmigo.

Sandman pensó que la carta debió de viajar justo en el mismo coche de correo que le había traído de vuelta a Londres.

—Su padre lo dedujo —explicó Sandman—, y debería tener cuidado cuando acusa a alguien de decir mentiras, a menos que esté usted seguro de que es mejor tirador y mejor espadachín que aquél a quien acusa.

No miró para ver el efecto de sus palabras, sino que se colocó en la línea y devolvió un lanzamiento con toda su fuerza. Sabía que el golpe sería bueno incluso

antes de darle a la bola, que se alejó velozmente; los tres hombres que segaban el césped de la portería se quedaron mirando sobrecogidos cómo pasaba como un rayo entre ellos para rebotar justo antes del final de la subida, y todavía parecía ir a la misma velocidad con la que había salido disparada cuando desapareció entre los matorrales de la cima de la colina. Parecía un tiro de revólver, pensó Sandman, y entonces la oyó chocar contra una valla y escuchó a una vaca mugir en señal de protesta desde la pradera vecina.

—Dios santo —exclamó lord Alexander débilmente, mirando hacia la colina—, Dios santo bendito.

—Me he precipitado —admitió lord Christopher, con una escasa disculpa—, pero sigo sin entender por qué necesitaba ir a la Mansión Carne.

—¿Has visto qué fuerte le ha dado? —le preguntó lord Alexander.

—¿Por qué? —insistía lord Christopher, enfadado.

—Ya se lo dije —respondió Sandman—. Para descubrir si alguna de las criadas de su madrastra se había ido hasta allí.

—Pero no fueron, por supuesto —aseguró lord Christopher.

—La última vez usted pensaba que era posible.

—Porque no había pensado en ello lo suficiente. Aquellas criadas debían de conocer con toda certeza las viles fechorías que mi madrastra estaba realizando en Londres y seguro que mi padre no quiso hacer correr tales historias por Wiltshire.

—Es cierto —admitió Sandman—. Por tanto, desperdicié un viaje.

—Pero la buena noticia, Rider —intervino lord Alexander—, es que ¡el señor William Brown ha aceptado que tú y yo asistamos el lunes! —sonrió encantado a Sandman—. ¿No es estupendo?

—¿El señor Brown? —preguntó Sandman.

—El alcaide de Newgate. Me esperaba que un hombre en tu posición supiese eso —lord Alexander se giró hacia un divertido lord Christopher—. Se me ocurrió, Kit, que como Rider era el investigador oficial del secretario de Estado, debía sin duda investigar cómo funciona la horca. Así conocería exactamente la horrible brutalidad que les espera a la gente como Corday. Por eso escribí al alcaide y éste muy amablemente nos ha invitado a Rider y a mí a desayunar. ¡Me ha prometido riñones picantes! ¡Siempre he tenido el deseo de probar un buen riñón picante!

Sandman se apartó de las estacas.

—Yo no quiero presenciar una ejecución —declaró.

—No importa lo que quieras —contestó lord Alexander, con ligereza—, es un asunto del deber.

—No tengo el deber de presenciar una ejecución —insistió Sandman.

—Por supuesto que sí —replicó lord Alexander—. Confieso que soy un aprensivo y que no estoy de acuerdo con la horca, pero al mismo tiempo siento curiosidad

dentro de mí. Al menos, Rider, será una experiencia educativa.

—¡Basura educativa! —Sandman se retrasó hasta la portería y le propinó un rotundo batazo a una bola bien lanzada—. No voy a ir, Alexander, eso es todo. ¡No! ¡La respuesta es no!

—A mí me gustaría ir —interrumpió lord Christopher, en voz baja.

—¡Rider! —protestó lord Alexander.

—¡No! —continuó Sandman—. ¡Enviaré con gusto al verdadero asesino a la horca, pero no presenciaré el circo de Newgate! —le indicó a Hughes que parase—. Ya he bateado bastante —añadió y pasó la mano por encima del bate—. ¿Tienes aceite de linaza, Alexander?

—¿El verdadero asesino? —preguntó lord Christopher—. ¿Sabe quién es?

—Espero saberlo esta noche —respondió Sandman—. Si mando llamar a tu coche, Alexander, sabrás que he encontrado a mi testigo. Y si no, mala suerte.

—¿Un testigo? —preguntó lord Christopher.

—Si Rider se obstina tanto —le propuso lord Alexander a lord Christopher—, entonces quizá podrías acompañarme a desayunar riñones picantes el lunes —toqueteó la caja de la yesca intentando encender una nueva pipa—. Estaba pensando que deberías unirme a este club, Rider. Necesitamos miembros.

—Me lo imagino. ¿Quién se haría socio de un club que juega en una imitación de una pradera alpina?

—Es un campo en perfectas condiciones —insistió lord Alexander, quejumbrosamente.

—¿Un testigo? —interrumpió lord Christopher, para preguntar de nuevo.

—¡Espero que mandes llamar al coche! —exclamó lord Alexander con voz resonante—. Quiero ver al maldito Sidmouth. Haz que indulte a Corday, Rider. Esperaré tu llamamiento en La Gavilla.

—Esperaré contigo —anunció lord Christopher, que fue premiado con un parpadeo de fastidio por parte de lord Alexander.

Sandman, que vio el parpadeo, sabía que lord Alexander no quería un rival que distrajese la atención de Sally, pero lord Christopher debió de tomárselo como un insulto, porque bajó la cabeza. Lord Alexander se quedó mirando a los tres jardineros, que todavía estaban apoyados en sus guadañas, hablando de la bola de Sandman que les había pasado frente a ellos como una bala.

—Siempre he pensado —comentó lord Alexander— que hará una fortuna el hombre que invente un aparato para cortar el césped.

—Se llama oveja —observó Sandman—, vulgarmente conocida como pájaro de lana.

—Un aparato que no deje boñigas —contestó lord Alexander, agriamente, y sonrió a lord Christopher—. Por supuesto que puedes pasar la noche conmigo,

querido amigo. Quizá puedas explicarme a ese hombre llamado Kant. Alguien me envió su último libro, ¿lo has visto? Pensaba que sí. Parece muy sensato, pero fue prusiano, ¿verdad? Supongo que no fue culpa suya. Ven y tomémos un té, antes. ¿Rider? ¿Vienes a tomar el té? Por supuesto que sí. Y quiero que conozcas a lord Frederick. ¿Ya sabes que ahora es el secretario del club? Realmente deberías unirte a nosotros. ¿Querías aceite de linaza para el bate? Aquí preparan un té muy aceptable.

Así que Sandman fue a tomarse un té señorial.

Era una noche nublada y el cielo sobre Londres era aún más oscuro porque no había viento y el humo del carbón permanecía denso e inmóvil sobre los tejados y los chapiteles. Las calles cercanas a Saint James Square estaban desiertas, porque no se hacían negocios en aquellas tranquilas casas y muchos de los dueños estaban en el campo. Sandman vio a un sereno observándole y se le aproximó, le dio las buenas noches y le preguntó en qué regimiento había servido, y los dos pasaron el rato intercambiando recuerdos de Salamanca, la cual Sandman consideraba quizá como la ciudad más bella que había visto jamás. Un farolero se acercó con su escalera y las nuevas lámparas de gas se encendieron una después de otra, con un fuego azul titilante.

—En algunas de estas casas están poniendo gas dentro —le explicó el sereno.

—¿Adentro?

—Nada bueno saldrá de ello, señor. No es natural, ¿verdad? —el sereno alzó la vista a la lámpara sibilante más cercana—. Habrá fuego y columnas de humo, señor, como dicen las Escrituras, señor, fuego y columnas de humo. Quemarán como un horno abrasador, señor.

Sandman se salvó de más profecías apocalípticas cuando un coche de alquiler entró en la calle, con el sonido de los cascos resonando bruscamente en las ensombrecidas fachadas blancas. Se paró cerca de Sandman, se abrió la puerta y bajó el sargento Berrigan. Le lanzó una moneda al conductor y mantuvo la puerta abierta para Sally.

—No puede... —balbuceó Sandman.

—Te he dicho que lo diría —comentó Berrigan, vanagloriándose ante Sally—, ¿no te he dicho que lo diría cuando viese que has venido?

—¡Sargento! —insistió Sandman—. No podemos...

—¿Vais a por Meg, verdad? —intervino Sally—. Y no le va a sentar bien que dos antiguos guripas la rescaten, ¿verdad? Necesita un toque femenino.

—Estoy seguro de que dos antiguos soldados pueden hacerle adquirir confianza —contestó Sandman.

—Sal no aceptará un no como respuesta —le advirtió el sargento.

—Además —continuó Sandman—, Meg no está en el Club de los Serafines. Sólo

vamos allí para encontrar al cochero y que nos diga adónde la llevó.

—Quizá él me diga a mí lo que no os diga a vosotros —le respondió Sally a Sandman con una sonrisa deslumbrante, y se giró hacia el sereno—. ¿No tiene nada mejor que hacer que escuchar cómo hablan los demás?

El hombre parecía sobresaltado, pero siguió al farolero calle abajo mientras el sargento Berrigan se hurgó en el bolsillo y sacó una llave que mostró a Sandman.

—Por la puerta de atrás, capitán —le indicó, y miró a Sally—. Escucha, amor mío, ya sé que...

—¡Olvídalo, Sam! ¡Voy con vosotros!

Berrigan iba delante, negando con la cabeza.

—No sé lo que será —refunfuñaba—, las damas te dicen que la vida no es justa porque los hombres tienen todos los privilegios, pero no se preocupan en cambiar la costumbre. ¿Se ha dado cuenta, capitán? Critican esto, critican aquello, pero ¿quién se queda con la seda, el oro y las joyas, eh?

—¿Estás hablando de mí, Sam Berrigan? —preguntó Sally.

—Es el verdadero amor —murmuró Sandman.

Berrigan se llevó un dedo a los labios mientras se acercaban a una enorme verja de salida de coches en una pared blanca en el fondo de un callejón.

—De lo que se trata —murmuró Berrigan— es que es una hora tranquila en el club. Deberíamos poder entrar.

Se acercó a una pequeña puerta que había a un lado de las verjas, la intentó abrir y, como estaba cerrada, utilizó su llave. Abrió la puerta, miró dentro del patio y, al parecer, no vio nada que le alarmase, porque traspasó la entrada y les hizo señas para que le siguiesen.

El patio estaba casi vacío, porque había un coche, con su pintura azul con ribetes dorados, que aparentemente acababa de ser lavado, ya que brillaba en la penumbra con agua goteando por los lados y cubos cerca de las ruedas. El emblema del ángel dorado estaba pintado en la puerta.

—Por aquí, rápido —señaló Berrigan, y le siguieron hacia la oscuridad de las cuadras—. Uno de los mozos lo estará lavando —supuso—, pero los cocheros estarán allí en la cocina trasera —señaló con la cabeza una ventana iluminada en la cochera y se giró asustado cuando de repente se abrió una puerta en la casa principal—. ¡Por aquí! —susurró.

Los tres se metieron en fila india por un sendero que pasaba junto a las cuadras. Se oyeron pasos en el patio.

—¿Aquí? —preguntó una voz.

Sandman no la reconoció.

—Un agujero de tres metros y medio de profundidad —respondió otra voz—, revestido de piedra y con una cúpula de mampostería por encima.

—No es que haya mucho espacio. ¿Qué anchura tiene el agujero?

—¿Unos tres metros?

—¡Pero, hombre, si es donde giramos los coches!

—Hacedlo en la calle.

Berrigan se acercó a Sandman.

—Están hablando sobre una fábrica de hielo —le murmuró en el oído—. Hace un año que llevan hablando del tema.

—¿Qué te parece detrás de las cuadras? —preguntó el primer hombre.

—No hay sitio —respondió el otro.

—Me refiero entre las cuadras y la pared de atrás —aclaró el primero.

Sandman oyó que sus pasos se acercaban y sabía que sólo era cuestión de segundos que les descubriesen. Pero entonces Berrigan miró hacia el final del sendero, no vio a nadie y salió disparado hacia un patio más pequeño que había en la parte trasera de la casa.

—¡Por aquí! —dijo entre dientes.

Sandman y Sally corrieron tras él y se encontraron con una escalera de servicio que evidentemente iba desde las cocinas del sótano hasta los pisos superiores.

—Nos esconderemos arriba —susurró Berrigan—, hasta que no haya moros en la costa.

—¿Por qué no aquí? —preguntó Sandman.

—Porque esos cabrones podrían volver por esta maldita puerta —explicó Berrigan, y los guió por la escalera sin luz. A medio camino abrió una puerta que daba a un pasillo enmoquetado y con las paredes cubiertas con un papel escarlata intenso, aunque estaba demasiado oscuro como para ver el dibujo del papel o los detalles de los cuadros colgados entre las brillantes puertas. Berrigan escogió una puerta al azar, la abrió y encontró una habitación vacía—. Aquí estaremos bien —aseguró.

Era un dormitorio; grande, fastuoso y confortable. La misma cama era alta y enorme, con un buen colchón, y estaba cubierta con una gruesa colcha escarlata, sobre la cual un serafín desnudo remontaba el vuelo. Había una chimenea para calentar la estancia en invierno. Berrigan se dirigió a la ventana y corrió la cortina para poder mirar hacia el patio. Los ojos de Sandman se ajustaban lentamente a la penumbra, y entonces oyó a Sally reír y se giró para ver que estaba mirando un cuadro sobre la cabecera de la cama.

—Dios santo —exclamó Sandman.

—Hay muchos de éstos —comentó Berrigan secamente.

El cuadro mostraba a un alegre grupo de hombres y mujeres en una arcada circular de columnas de mármol blanco. En primer plano un niño tocaba una flauta y otro punteaba un arpa, ambos sin prestar atención a los mayores desnudos que se

apareaban bajo la luna que iluminaba el lugar con un resplandor sobrenatural.

—Puñetas —exclamó Sally—, cualquiera diría que una mujer pueda hacer eso con las piernas.

Sandman decidió que sería mejor no responder. Se fue hasta la ventana y miró hacia abajo, pero el patio parecía vacío de nuevo.

—Creo que han vuelto adentro —anunció Berrigan.

—Otro —continuó Sally, poniéndose de puntillas para examinar el cuadro sobre la chimenea.

—¿Cree que vendrán aquí? —preguntó Sandman.

Berrigan negó con la cabeza.

—Sólo utilizan este tugurio en invierno.

Sally se rió tontamente y se giró hacia Berrigan.

—Trabajabas en una academia, Sam Berrigan.

—¡Esto es un club!

—Una maldita academia, eso es lo que es —insistió Sally, con desdén.

—La dejé, ¿no? —protestó Berrigan—. Además, no era una academia para nosotros, los criados. Sólo para los miembros.

—¿Qué miembros? —preguntó Sally, y se rió de su propia broma.

Berrigan la hizo callar, no porque estuviese siendo ordinaria, sino porque se oyeron pasos en el pasillo. Se acercaron a la puerta, continuaron y se desvanecieron.

—No nos sirve de mucho quedarnos aquí —comentó Sandman.

—Esperaremos hasta que se calme la situación —decidió Berrigan—, y entonces volveremos de inmediato al patio.

El pomo de la puerta se movió. Rápidamente, Berrigan se colocó detrás de un biombo que escondía un orinal y Sandman se quedó inmóvil. Había parecido que los pasos se habían alejado por el pasillo, pero la persona que estaba intentando abrir debía de haber oído las voces y había vuelto sigilosamente; de repente la puerta se abrió y entró una muchacha. Era alta, esbelta y llevaba el cabello negro recogido con gracia con largos alfileres de cabeza de madreperla. Sus zapatos tenían los tacones de madreperla, lucía unos pendientes de perlas y un collar con dos vueltas alrededor de su elegante cuello de cisne, pero aparte de eso no llevaba nada más encima. No se dio cuenta de la presencia de Sandman, que casi había desenfundado su pistola, pero sonrió a Sally.

—¡No sabía que trabajabas aquí, Sal!

—En realidad no estoy trabajando, Flossie —respondió Sally.

Entonces Sandman reconoció a la muchacha. Era la bailarina de ópera que se hacía llamar Sacharissa Lasorda; se giró y se le quedó mirando de tal manera, que aunque ella iba desnuda y él vestido, le hizo sentir fuera de lugar. Le miró de arriba abajo y sonrió a Sally.

—Has pillado a un buen mozo, ¿eh? Pero se está tomando su tiempo, ¿verdad? —Entonces sus ojos se abrieron aún más cuando Berrigan salió de detrás del biombo—. ¿Vais a hacer un trío? —preguntó y reconoció al sargento.

—No has estado aquí, Flossie —gruñó Berrigan—, así que cierra la puerta antes de irte y no me has visto. Pensaba que te habías largado a hacer cosas más importantes.

—No ha funcionado, Sam —le contestó, cerrando la puerta, pero quedándose en la habitación.

—¿Qué ha pasado con Spofforth? —preguntó Sally.

—Se ha esfumado esta mañana, ¿sabes? —respondió, con desdén—. ¡El muy cabrón! Y yo necesito la maldita pasta, ¿no? Y este sitio bien vale unas libras —se sentó en la cama—. Entonces, ¿qué diablos estáis haciendo aquí? —le preguntó a Berrigan.

—¿Qué diablos estás haciendo tú? —le preguntó él.

—Solemos meternos de extranjis —explicó Flossie—, porque aquí no mira nadie en verano.

—Bueno, pues recuerda que no estamos aquí —insistió Berrigan, con ferocidad—. No estamos aquí, no nos has visto y no nos hagas preguntas.

—¡Maldita sea! —Flossie le lanzó una fría mirada—. Perdón por respirar.

—¿Y con quién se supone que estás? —preguntó Berrigan.

—Con Tollemere, sólo que está borracho y roncando —respondió con desdén y miró a Sally—. ¿Trabajas aquí?

—No.

—Pagan bien —comentó Flossie. Se sacó un zapato y se masajeó el pie—. Entonces, ¿qué pasa si bajo y les digo que estáis aquí? —le preguntó a Berrigan.

—Que la próxima vez que te vea —contestó Berrigan— te pegaré un buen puntapié.

—¡Sargento! —le reprochó Sandman, aunque se dio cuenta de que Flossie parecía sorprendentemente indiferente ante la amenaza.

—¡Por supuesto que le meteré un buen puntapié! —exclamó Berrigan.

—A ti sólo te riñen, no te pegan —observó Flossie, sonriendo.

—No vamos a hacer daño a nadie —aseguró Sally, con seriedad—, y sólo estamos intentando ayudar a alguien.

—No le diré a nadie que estáis aquí —prometió Flossie—. ¿Por qué debería hacerlo?

—Entonces, respóndeme: ¿quién hay esta noche? —preguntó Berrigan.

Dijo de un tirón una lista de nombres, ninguno de los cuales interesaba a Sandman, porque no estaban ni el marqués de Skavadale ni lord Robin Holloway.

Flossie estaba segura de que no había nadie en el club.

—No me molesta el marqués —añadió—, porque es todo un caballero, pero el maldito lord Robin es un cabrón —se puso el zapato, bostezó y se levantó—. Será mejor que me vaya y me asegure de que su señoría no me echa de menos. Pronto querrá su cena —frunció el ceño—. No me importa trabajar aquí —continuó—, pagan bien, es confortable, pero odio tener que sentarme a cenar desnuda, maldita sea. Una se siente rara, con todos los hombres vestidos elegantemente y nosotras en cueros vivos. —Abrió la puerta y negó con la cabeza—. Y siempre derramo la maldita sopa.

—No dirás ni pío, ¿verdad? —preguntó Berrigan con preocupación.

Le tiró un beso.

—Por ti, Sam, lo que sea —le respondió, y se fue.

—¿Por ti, Sam, lo que sea? —preguntó Sally.

—No ha querido decir nada —respondió Berrigan, apresuradamente.

—El señor Spofforth tenía razón —les interrumpió Sandman.

—¿En qué tenía razón? —quiso saber Sally.

—En que tiene unas buenas piernas.

—¡Capitán! —Sally estaba escandalizada.

—Las he visto mejores —comentó el sargento Berrigan, galantemente, y Sandman se alegró de ver a Sally ruborizarse.

—Por curiosidad —preguntó Sandman mientras se dirigía a la puerta—, ¿cuánto cuesta hacerse socio aquí? —abrió la puerta un poco y miró hacia fuera, pero el pasillo estaba vacío.

—Dos mil para inscribirse, eso si es un invitado, y cien al año —respondió Berrigan.

«Los privilegios de la riqueza», pensó Sandman. Si la condesa de Avebury había estado chantajeando a uno de los miembros, o incluso a dos o tres, ¿no la matarían para preservar su sitio en esa hedonística mansión? Volvió la vista hacia la ventana. Ya se había hecho de noche, pero era la luminosa oscuridad de una noche de verano en una ciudad iluminada con gas.

—¿Encontraremos a nuestro cochero? —le preguntó a Berrigan.

Bajaron por la escalera de servicio y cruzaron el patio. El coche aún relucía mojado sobre los adoquines, aunque los cubos ya no estaban. Los caballos piafaban en las cuadras mientras Berrigan se dirigía a la puerta auxiliar de la cochera. Escuchó con atención durante unos segundos y levantó dos dedos para indicar que creía que había dos hombres dentro. Sandman se sacó la pistola del bolsillo de la chaqueta. Decidió no amartillarla porque no quería que se disparase accidentalmente, pero comprobó que estuviese cargada; se acercó con cuidado a Berrigan, abrió la puerta y entró.

La habitación hacía las funciones de cocina, cuarto de arreos y almacén. Una olla

con agua bullía sobre un fuego y un par de velas ardían sobre la repisa de la chimenea, y había más en la mesa, en la que dos hombres, uno joven y otro de mediana edad, estaban sentados con jarras de cerveza y platos de pan, queso y carne fría. Se giraron y se quedaron mirando cómo Sandman entraba; el hombre mayor se quedó boquiabierto, dejó caer su pipa de cerámica y se le partió la boquilla con el borde de la mesa. Sally siguió a Sandman y después entró Berrigan y cerró la puerta.

—Preséntemelos —ordenó Sandman. No apuntaba con la pistola a nadie, pero obviamente ninguno de los dos podía quitarle los ojos de encima.

—El joven es un caballero —explicó Berrigan— y se llama Billy, y el que tiene la boca en el suelo es el señor Michael Mackeson. Es uno de los dos cocheros del club. ¿Dónde está Percy, Mack?

—¿Sam? —preguntó Mackeson, débilmente.

Era un hombre corpulento, de cara colorada, con un fino bigote encerado y una mata de pelo negro que empezaba a ser cano en las sienes. Iba bien vestido y seguramente se lo podía permitir, ya que a los buenos conductores se les pagaba desmesuradamente. Sandman se había enterado de que un conductor ganaba más de doscientas libras al año, y se les consideraba poseedores de una habilidad envidiable, tan envidiable que todo joven caballero quería ser como ellos. Los señoritos llevaban el mismo abrigo con capa que los profesionales y aprendían a llevar la fusta en una mano y el manajo de riendas en la otra; había tantos aristócratas que aspiraban a ser cocheros, que nadie sabía con certeza si algún carruaje en particular lo conducía un duque o un empleado a sueldo. En esos momentos, a pesar de su elevado estatus, Mackeson sólo miraba boquiabierto a Berrigan, el cual, como Sandman, llevaba una pistola.

—¿Dónde está Percy? —volvió a preguntar Berrigan.

—Ha llevado a lord Lucy a Weybridge —respondió Mackeson.

—Esperemos que seas el que buscamos —comentó Berrigan—. Y tú no te vas a ninguna parte, Billy —le espetó al caballero, que iba vestido con una raída librea negra y amarilla del Club de los Serafines—, no si no quieres que te rompa la cabeza.

El mozo, que se había levantado del banco, se volvió a sentar.

Sandman no se había dado cuenta, pero de repente estaba enfadado. Era posible que el cochero bigotudo tuviese la respuesta que había estado buscando, y pensar que estaba a punto de saberlo y aún no poder descubrir la verdad había encendido su furia. Era una cólera controlada, pero estaba en su voz, dura y cortante, y Mackeson dio un salto, asustado, cuando Sandman le habló.

—Hace unas semanas —le hizo saber— un cochero de este club recogió a una criada de la casa de la condesa de Avebury en Mount Street. ¿Fue usted?

Mackeson tragó saliva, pero parecía incapaz de hablar.

—¿Fue usted? —le volvió a preguntar, más alto.

Mackeson asintió muy lentamente y miró a Berrigan como si no creyese lo que le estaba pasando.

—¿Adónde se la llevó? —le preguntó. Mackeson volvió a tragar saliva y dio un salto cuando Sandman golpeó con la pistola en la mesa—. ¿Adónde se la llevó? —le preguntó otra vez.

Mackeson se volvió y miró a Berrigan con mala cara.

—Te matarán, Sam Berrigan —le amenazó—, ya lo creo que te matarán si te encuentran aquí.

—Entonces será mejor que no me encuentren —contestó Berrigan.

El cochero volvió a sobresaltarse al oír el sonido de la pistola de Sandman amartillándose. Con los ojos muy abiertos miró la punta del arma y masculló un patético gemido.

—Sólo se lo voy a preguntar educadamente otra vez —insistió Sandman—, después, señor Mackeson, le voy a...

—A Nether Cross —respondió apresuradamente Mackeson.

—¿Dónde está Nether Cross?

—Son caminos bastante antiguos —respondió el cochero, cautelosamente—. A unas siete u ocho horas.

—¿Dónde? —repitió Sandman, severamente.

—Abajo, cerca de la costa, señor, en dirección a Kent.

—¿Y quién vive allí —preguntó Sandman—, en Nether Cross?

—Lord John de Sully Pearce-Tarrant —Berrigan respondió por el cochero—, vizconde de Hurstwood, conde de Keymer, barón de Highbrook, lord de tal y cual y de Dios sabe qué más, heredero del ducado de Ripon y también conocido, capitán, como marqués de Skavadale.

Sandman sintió que le invadía un sentimiento de alivio, porque al final había conseguido la respuesta.

El carruaje traqueteaba por las calles al sur del Támesis. Sus dos lámparas estaban encendidas, pero proyectaban un débil brillo que no servía para alumbrar el camino, por lo que, una vez alcanzaron la cima de Shooters Hill, donde había algunas luces y la carretera que atravesaba Blackheath se extendía impenetrablemente por delante de ellos, se detuvieron. Les quitaron los arreos a los caballos y los ataron en el parque, y los dos prisioneros fueron encerrados dentro del carruaje con el simple recurso de bloquear las puertas del coche atándolas con las riendas, que rodeaban todo el vehículo. Las ventanas fueron atrancadas con astillas de madera y Sandman o Berrigan se turnarían para hacer guardia durante toda la noche.

Los prisioneros eran el conductor, Mackeson, y Billy, el caballerizo. Había sido idea de Berrigan coger el carruaje recién lavado del Club de los Serafines. Sandman

se había negado en un principio, diciendo que ya había quedado en tomar prestado el coche y los caballos de lord Alexander, y dudaba si tenía el derecho legal de requisar uno de los carruajes del club, pero Berrigan se había burlado ante la idea de tales escrúpulos.

—¿Cree que el cochero de lord Alexander sabrá el camino a Nether Cross? —le preguntó—. Lo cual significa que debemos llevarnos a Mackeson de todas maneras, de modo que mejor llevar un vehículo que sepa manejar. Y considerando las maldades que han cometido esos canallas, no creo que a nadie le importe que les cojamos el coche prestado.

Y si se llevaban al coche y al conductor, entonces debían impedir que Billy, el caballerizo, delatase que Sandman había estado preguntando por Meg, así que también debían hacerle prisionero. No ofreció resistencia, sino que ayudó a Mackeson a poner los arreos al tiro, y después, atado de pies y manos, fue metido en el carruaje mientras Mackeson, acompañado de Berrigan, se sentó en la parte delantera. Los pocos miembros del club que estaban en la casa, cómodamente instalados en el comedor, no tenían ni idea de que su coche había sido requisado.

En esos momentos, detenidos en Blackheath, Sandman y sus compañeros debían esperar que pasaran las horas de oscuridad. Berrigan llevó a Sally a una taberna, pagó por una habitación y se quedó con ella mientras Sandman vigilaba el coche. Cuando los relojes dieron las dos Berrigan surgió de la oscuridad.

—¿Una noche tranquila, capitán?

—Bastante tranquila —respondió Sandman, y sonrió—. Hacía mucho que no organizaba una escaramuza.

—¿Ésos se están comportando? —preguntó Berrigan, mirando el carruaje.

—Están mansos como corderos —contestó Sandman.

—Puede irse a dormir —propuso Berrigan—, yo montaré guardia.

—Hasta luego —dijo Sandman. Estaba sentado en el césped, con la espalda apoyada en una rueda, e inclinó la cabeza para mirar a las estrellas que se amontonaban tras los jirones de nubes—. ¿Recuerda las marchas nocturnas en España? —preguntó—. Las estrellas eran tan brillantes que parecía que podías alcanzarlas y apagarlas.

—Recuerdo las hogueras —respondió Berrigan—, colinas y valles de fuego —se giró y miró hacia el oeste—. Un poco como eso de allí.

Sandman volvió la cabeza para ver que Londres se extendía bajo ellos como un manto de fuego difuminado por el humo de tintes rojos. El aire arriba en el parque era limpio y fresco, aunque se podía oler el humo de carbón de la gran ciudad que esparcía sus borrosas luces hacia el horizonte oeste.

—Echo de menos España —admitió.

—Al principio era un lugar extraño —recordó Berrigan—, pero me gustó. ¿Habla

usted la lengua?

—Sí.

Berrigan se echó a reír.

—Y apostaría a que era bueno.

—Hablaba con bastante fluidez, sí.

El sargento le pasó una botella.

—Brandy —le informó—. Estaba pensando que si voy a ir a comprar aquellos cigarros, necesitaré a alguien que hable la lengua. ¿Usted y yo? Podríamos ir juntos, trabajar juntos.

—Me gustaría —contestó Sandman.

—Tiene que ser un buen dinero —comentó Berrigan—. Nosotros los compramos por unos peniques en España y aquí cuestan una fortuna, si es que puedes conseguirlos.

—Creo que tiene razón —asintió Sandman, y sonrió ante la idea de que quizá tendría trabajo, después de todo. ¿Berrigan y Sandman, proveedores de cigarros puros? Al padre de Eleanor le gustaba un buen cigarro y pagaba bien por ellos, tan bien que incluso el negocio sería lo bastante atractivo para persuadir a sir Henry de que su hija no se iba a casar con un pobre. Lady Forrest quizá nunca estuviese convencida de que Sandman fuese un buen marido para Eleanor, pero él tenía la sospecha de que Eleanor y su padre se impondrían. Necesitarían dinero, y ¿quién mejor que sir Henry para prestárselo? Tendrían que viajar por España, alquilar el transporte y arrendar un local en una zona de moda en Londres, pero podría funcionar. Estaba seguro de ello—. Es una idea brillante, sargento —declaró.

—Entonces, ¿empezamos cuando acabe todo esto?

—¿Por qué no? Claro —le extendió la mano y Berrigan se la estrechó.

—Nosotros los antiguos soldados deberíamos seguir juntos —afirmó Berrigan—, porque éramos buenos. Éramos condenadamente buenos, capitán. Perseguimos a los malditos ranas por toda la maldita Europa, y después volvimos a casa y a ninguno de los miserables de aquí pareció importarle, ¿o no? —Hizo una pausa, para pensar—. Tenían una norma en el Club de los Serafines. Nunca nadie podía hablar de las guerras. Nadie.

—¿Ni ninguno de los miembros a los que servían? —preguntó Sandman.

—Ni uno. Incluso podían no dejarte entrar si habías sido guripa o marinero.

—¿Estaban celosos?

—Probablemente.

Sandman bebió de la botella.

—Y sin embargo le dieron trabajo.

—Les gustaba tener a un soldado en el vestíbulo. Les hacía sentirse seguros, a esos miserables. Y podían mangonearme, lo cual también les gustaba. «Berrigan, haz

esto, haz aquello» —el sargento gruñó las gracias cuando Sandman le pasó la botella—. La mayoría de veces no era nada malo; correr a hacer recados para los canallas, pero de vez en cuando querían algo más. —Se quedó callado y Sandman también. La noche era extraordinariamente tranquila. Al cabo del rato, como Sandman esperaba, Berrigan empezó a hablar de nuevo—. Una vez, había un tipo que iba a llevar a uno de los serafines a los tribunales, así que le dimos una lección. Le enviaron una carretada de flores a su tumba, eso hicieron. Y las chicas, por supuesto; les untábamos la mano. No las que son como Flossie; ellas pueden cuidar de sí mismas, sino las otras. Les dábamos diez libras, quizá doce.

—¿Qué tipo de chicas?

—Chicas corrientes, capitán, chicas que les llamaban la atención en la calle.

—¿Eran secuestradas?

—Eran secuestradas —asintió Berrigan—. Secuestradas, violadas y sobornadas.

—¿Y todos los miembros hacían eso?

—Algunos eran peores que otros. Hay un puñado que siempre están a punto para cualquier diablura, igual que en una compañía de soldados. Y después están los seguidores. Uno o dos de ellos son más sensatos. Por eso me sorprendió que Skavadale degollara a la condesa. Él no es malo. Es más tieso que un palo de escoba y cree que huele a violetas, pero no es un hombre cruel.

—Yo más bien esperaba que fuera lord Robin —admitió Sandman.

—Ése es sólo un loco bastardo —gruñó Berrigan—. Es puñeteramente rico, el loco bastardo —añadió.

—Pero Skavadale tiene más que perder —explicó Sandman.

—Ya lo ha perdido casi todo —contestó Berrigan—. Probablemente sea el más pobre allí. Su padre perdió una fortuna.

—Pero el hijo —explicó Sandman— está comprometido con una muchacha muy rica. Quizá la novia más rica de Gran Bretaña. Sospecho que se estaba trabajando a la condesa de Avebury y ella tenía el feo hábito de chantajear. —Sandman pensó por un momento—. Skavadale podía ser relativamente pobre, pero me apostaría a que podía reunir mil libras si tuviese que hacerlo. Ésa es probablemente la cantidad que la condesa pedía, si no quería que escribiese una carta a la rica y religiosa futura novia.

—Por tanto, ¿la mató él? —preguntó Berrigan.

—Por tanto, la mató él —respondió Sandman.

Berrigan se quedó pensativo.

—Entonces, ¿por qué encargaron el retrato?

—De alguna manera —explicó Sandman—, eso no tenía nada que ver con el asesino. Simplemente varios serafines habían mantenido relaciones con la condesa y querían su cuadro como trofeo. Así que el pobre Corday estaba pintando cuando Skavadale llegó de visita. Sabemos que subió por las escaleras traseras, el camino

privado, y a Corday le hicieron marchar rápidamente cuando la condesa se dio cuenta de que había llegado uno de sus amantes.

Sandman estaba seguro de que así fue como había ocurrido. Se imaginaba la silenciosa y violenta situación en el dormitorio mientras Corday pintaba y la condesa estaba repantigada en la cama y hablaba ociosamente con la criada. El carboncillo habría crujido sobre el papel; entonces se habría oído el sonido de pasos en la escalera de servicio trasera y la ordalía de Corday habría comenzado.

Berrigan volvió a beber y le pasó la botella.

—Entonces la muchacha, Meg, lleva el mariquita abajo —supuso el sargento— y le echa de la casa; acto seguido, vuelve arriba y ¿qué se encuentra? ¿A la condesa muerta?

—Probablemente. O muriéndose, y encuentra al marqués de Skavadale allí.

Sandman se preguntaba si la condesa se había alegrado de ver al marqués. ¿O su lío adúltero llegaba a su fin? Quizá Skavadale había ido a suplicarle que retirase sus demandas y la condesa, desesperada por el dinero, probablemente se habría reído de él. Quizá le había insinuado que tendría que pagar aún más, pero de algún modo le provocó un ataque de furia y sacó un puñal. ¿Qué puñal? Un hombre como Skavadale no llevaba puñal, pero quizás habría un puñal en la habitación. Meg lo sabría. Quizá la condesa había estado comiendo fruta y tenía un cuchillo de cocina que Skavadale cogió y se lo clavó; después, cuando yacía pálida y moribunda en el lecho ensangrentado, tuvo la ocurrencia de poner la espátula de Corday en una de sus heridas. Y luego, o justo entonces, Meg habría vuelto. O quizá Meg había oído el forcejeo y estuvo esperando fuera de la habitación hasta que Skavadale apareció.

—Entonces, ¿por qué no mató también a Meg? —preguntó el sargento.

—Porque Meg no es una amenaza para él —supuso Sandman—. La condesa había amenazado el compromiso con una muchacha que probablemente podía pagar las hipotecas de todas las propiedades de su familia, ¡todas! La condesa habría acabado con ese compromiso, y no hay peor tragedia para un aristócrata que perder su dinero, porque con su dinero va su estatus. Creen que nacen mejores que el resto, pero no es así, sólo son mucho más ricos, y deben seguir siendo ricos si quieren mantener sus ilusiones de superioridad. La condesa podría haber arrojado a Skavadale a los bajos fondos, por eso la odiaba y la mató, pero no mató a la criada porque no le suponía una amenaza.

Berrigan pensó en eso durante un instante.

—Entonces, ¿se llevó a la criada a una de las propiedades?

—Así parece que ocurrió —asintió Sandman.

—Entonces, ¿por qué lord Robin Holloway está intentando matarle?

—Porque soy un peligro para su amigo, por supuesto —contestó Sandman con energía—. Lo último que quieren es que se sepa la verdad, por eso intentaron

sobornarme y ahora intentan matarme.

—Era un buen soborno —comentó Berrigan.

—Nada comparado con la riqueza que la novia de Skavadale le proporcionará —aseguró Sandman—, y que la condesa puso en peligro. Por eso tenía que morir, y ahora Corday debe morir porque así todo el mundo se olvidará del crimen.

—Sí —reconoció Berrigan—, pero sigo sin entender por qué no se cargaron a esa Meg. Si pensaban que era un peligro, no la habrían dejado vivir.

—Quizá la hayan matado —planteó Sandman.

—Entonces esto es una pérdida de tiempo —contestó Berrigan con pesimismo.

—No creo que se hayan llevado a Meg hasta Nether Cross sólo para matarla —comentó Sandman.

—Entonces, ¿qué han hecho con ella?

—Quizá le hayan proporcionado algún sitio donde vivir —apuntó Sandman—, algún lugar confortable para que ella no revele dónde está.

—Entonces, ¿ahora la chantajista es ella?

—No lo sé —respondió Sandman, pero pensó en ello. La idea del sargento de que Meg estuviese chantajeando a Skavadale tenía sentido—. Quizá sí —admitió—, y si es sensata no preguntará mucho, y por eso la dejan vivir.

—Pero si le está haciendo chantaje —señaló Berrigan—, no creo que nos diga la verdad, ¿no? Tiene cogido a Skavadale por las pelotas, ¿o no? Le tiene dominado. ¿Por qué debería renunciar a todo eso para salvar la vida de un maldito mariquita?

—Porque apelaremos a lo mejor de sí misma —respondió Sandman.

Berrigan rió amargamente.

—Ah, bueno, ¡entonces todo está solucionado!

—Funcionó con usted, sargento —señaló Sandman con delicadeza.

—Fue Sally, eso es lo que fue —hizo una pausa y pareció incómodo—. Al principio, en La Gavilla, aquella noche, pensaba que estaban juntos.

—Huy, no —contestó Sandman—, soy una persona educada y Sally es toda suya, sargento, y creo que es un hombre afortunado. Como yo. Pero también soy un hombre cansado. —Se arrastró bajo el carruaje, golpeándose la cabeza con el eje delantero—. Después de Waterloo —confesó—, creía que nunca iba a volver a dormir al raso.

La hierba estaba seca bajo el coche. Los resortes crujieron porque uno de los prisioneros se movió en el interior; los caballos piafaban y el viento susurraba entre unos árboles cercanos. Sandman pensó en los cientos de noches en las que había dormido bajo las estrellas; entonces, justo cuando creyó que no cogería el sueño, lo cogió. Y se durmió.

Capítulo 8

Por la mañana temprano, Sally les llevó una cesta con beicon, huevos duros, pan y una jarra de té frío; un desayuno que compartieron con los dos prisioneros. Mackeson, el cochero, estaba flemático por su suerte.

—¿No tuviste elección, verdad? —le preguntó a Berrigan—. Tuviste que mantenernos callados, pero no ganarás nada con eso, Sam.

—¿Por qué no?

—¿Has visto alguna vez a un lord colgado?

—El conde Ferrers fue ahorcado —intervino Sandman— por asesinar a su criado.

—¡No! —exclamó Sally, incrédula—. ¿Ahorcaron a un conde? ¿En serio?

—Fue hasta el patíbulo en su propio carruaje —le explicó Sandman—, vestido con su traje de bodas.

—¡Caramba! —Evidentemente, estaba encantada por las noticias—. Un lord, ¿eh?

—Pero eso fue hace tiempo —comentó Mackeson, quitándole importancia—, hace mucho tiempo. —Su bigote, que había estado encerado con estilo cuando Sandman lo vio por primera vez, en esos momentos caía desordenadamente—. Entonces, ¿qué nos pasará a nosotros? —preguntó con pesimismo.

—Iremos a Nether Cross —respondió Sandman—, recogeremos a la muchacha y usted nos traerá de vuelta a Londres; yo escribiré una carta a sus patrones argumentando que les forzaron a faltar a sus responsabilidades.

—¡Para lo que me va a servir! —gruñó Mackeson.

—Tú eres mayoral, Mack —insinuó Berrigan—; encontrarás trabajo. El resto del mundo puede morirse de hambre, pero siempre hay trabajo para un mayoral.

—Es hora de prepararse —anunció Sandman, mirando hacia el cielo iluminado.

Una neblina se dispersaba sobre el parque, mientras daban de beber a los caballos en un abrevadero de piedra y los conducían hasta el carruaje. Tardaron un buen rato en colocarles los cuatro equipos de bridas, muserolas, frontaleras, colleras, cinchas, sufras, barrigueras, retrancas y tirantes. Cuando Mackeson y Billy hubieron acabado de ponerles los arreos al tiro, Sandman ordenó al joven que se quitase los zapatos y el cinturón. El caballerizo había suplicado que le quitasen las ataduras de pies y manos y Sandman había aceptado, pero sin zapatos y con los pantalones cayéndole hasta las rodillas, el muchacho lo tendría difícil para escaparse. Sandman y Sally se sentaron dentro con el avergonzado Billy, y Mackeson y Berrigan subieron a la parte delantera; luego, después de un sonido metálico y de una sacudida, salieron dando tumbos sobre el césped y se metieron en la carretera. Estaban otra vez de viaje.

Se dirigieron al sudeste, dejando atrás campos de lúpulo, huertos y grandes fincas. Hacia el mediodía, Sandman se quedó dormido sin darse cuenta y se despertó de

golpe cuando el coche se metió en un surco. Parpadeó y vio que Sally le había cogido la pistola y estaba mirando a un Billy completamente intimidado.

—Puede seguir durmiendo, capitán —propuso.

—Lo siento, Sally.

—No se ha atrevido a intentar nada —comentó la joven burlonamente—; no desde que le he dicho quién es mi hermano.

Sandman miró a través de la ventana y vio que estaban subiendo por un bosque de hayas.

—Pensé que nos lo encontraríamos ayer por la noche.

—No le gusta cruzar el río —contestó Sally—, así que trabaja en las carreteras del norte y del oeste. —Vio que ya estaba despierto del todo y le devolvió el arma—. ¿Cree usted que un hombre puede estar en la brecha y luego volverse recto? —le consultó.

Sandman sospechaba que la pregunta no era sobre su hermano, sino sobre Berrigan. No es que el sargento llevase una vida de bandido; no, al menos, como se entendía en La Gavilla, pero como criado del Club de los Serafines, seguro que le había tocado su parte de delito.

—Por supuesto que puede —le respondió con confianza.

—Muchos no lo hacen —aseguró Sally, pero no para discutir; más bien quería que la convenciesen.

—Todos tenemos que ganarnos la vida, Sally —explicó Sandman—, y si tenemos que ser sinceros, nadie quiere trabajar demasiado. Ése es el atractivo de la vida del bandido, ¿no? Su hermano puede trabajar cada tres noches y ganarse la vida.

—Aunque así es Jack, ¿verdad? —parecía sombría, y, más que mirarle a los ojos, se quedó contemplando un huerto a través de la ventana.

—Y quizá siente la cabeza cuando encuentre la mujer apropiada —apuntó Sandman—. Muchos hombres lo hacen. Empiezan siendo unos pillos, pero encuentran un trabajo honrado, y la mitad de las veces ocurre después de haber conocido a una mujer. No se imagina cuántos de mis soldados eran unos auténticos incordios, unos completos idiotas, más útiles para el enemigo que para nosotros; entonces conocían a alguna muchacha española y se convertían en soldados ejemplares. —Sally se giró para mirarle y él le sonrió—. No creo que tenga por qué preocuparse, Sally.

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Tiene usted buen ojo para la gente, capitán?

—Sí, Sally, lo tengo.

Ella se echó a reír y miró a Billy.

—¡Cierra tu maldito pico antes de que te entren moscas, y deja de escuchar conversaciones privadas! —le gritó.

Él se sonrojó y se quedó mirando el seto que crecía frente a la ventana. Como no podían cambiar los caballos, Mackeson marcaba el ritmo al tiro, lo que significaba que viajasen lentamente; el viaje se hacía aún más lento porque el camino estaba en malas condiciones y tenían que hacerse a un lado cada vez que un cuerno anunciaba que tenían detrás una diligencia o un coche de correo. Estos últimos eran más espectaculares, porque anunciaban que se estaban aproximando con un apremiante toque de cuerno; entonces esos vehículos ligeros y veloces pasaban volando con una ráfaga de cascos, sonando como un fusil de la caballería ligera. Sandman envidiaba su velocidad y estaba preocupado por el tiempo, pero se dijo a sí mismo que sólo era sábado, y que, siempre y cuando Meg se escondiese realmente en Nether Cross, deberían estar de vuelta en Londres el domingo al atardecer, y eso les dejaba bastante tiempo para encontrar a lord Sidmouth y conseguir el indulto de Corday. El secretario de Estado había dicho que no deseaba ser molestado con asuntos oficiales durante el día del Señor, pero a Sandman le importaban un comino las plegarias de su señoría. Privaría al gobierno entero de sus rezos, si eso significaba hacer justicia.

A media mañana, Sandman intercambió el puesto con Berrigan. Le tocaba vigilar a Mackeson y levantó su chaqueta para que el conductor viese la pistola, pero éste estaba atemorizado y dócil. Conducía el carruaje por caminos cada vez más estrechos, bajo frondosos árboles, por lo que, constantemente, ambos debían esquivar las ramas. Se detuvieron en un vado para que los caballos pudiesen beber y Sandman se puso a mirar las libélulas verdiazules revoloteando entre los juncos. Al cabo de un rato, Mackeson chasqueó la lengua y los caballos siguieron tirando; el coche atravesó el río salpicando y subió hacia cálidos campos, en los que hombres y mujeres recogían la cosecha a golpe de hoz. Hacia mediodía, se detuvieron cerca de una taberna y Sandman compró cerveza, pan y queso, que comieron mientras el carruaje recorría las últimas millas. Pasaron por delante de una iglesia que tenía una entrada al camposanto adornada con flores nupciales, y luego atravesaron un pueblo en el que unos hombres jugaban al críquet en una plaza. Sandman miró el partido mientras el coche traqueteaba junto al borde de la plaza. Aquello era críquet rural y le faltaba bastante para la complejidad del juego de Londres. Aquellos jugadores todavía utilizaban sólo dos estacas y un ancho trozo de madera como portería, y lanzaban estrictamente por debajo del hombro, aunque el bateador tenía una buena posición y una buena vista. Sandman escuchó los gritos de aprobación cuando el hombre golpeó una bola mal lanzada y la coló en el estanque de patos. Un niño se metió para recuperar la bola y entonces Mackeson, con una pericia imprudente, condujo a los caballos entre dos paredes de ladrillos y chasqueó la lengua al pasar por delante de dos secaderos, haciéndolos bajar por un estrecho callejón que bajaba en picado entre frondosos robledos.

—Ya no queda mucho —anunció Mackeson.

—Ha hecho bien en recordar el camino —opinó Sandman.

Su cumplido era sincero, porque la ruta había sido tortuosa y se había estado preguntando si Mackeson les estaba engañando, intentando perderles en un enredo de estrechos caminos, pero en el último giro, al lado de los secaderos, había visto un poste que señalaba hacia Nether Cross.

—He hecho este trayecto una media docena de veces con su señoría —explicó Mackeson, y luego dudó antes de mirarle—. ¿Y qué pasará si no encuentra a la mujer?

—La encontraremos —respondió Sandman—. Usted la trajo aquí, ¿verdad? —añadió.

—De eso ya hace bastante, señor —comentó Mackeson—, ya hace bastante.

—¿Cuánto?

—Casi siete semanas —contestó el cochero, y Sandman comprendió que se llevaron a Meg al campo justo después del asesinato y un mes entero antes del juicio de Corday—. Por lo menos, siete semanas —continuó—, y en siete semanas puede pasar cualquier cosa, ¿no? —le miró con malicia—. Y quizá su señoría esté aquí. Eso le retrasará un poco, ¿verdad?

A Sandman le inquietaba que Skavadale pudiera estar en su finca de Nether Cross, pero no servía de mucho pensar en ello demasiado. Podría estar allí o no, y tendría que controlarlo o no, pero a Sandman le preocupaba más que Meg pudiera haber desaparecido. ¿Quizá estaba muerta? O quizá, si estaba chantajeando a Skavadale, vivía rodeada de lujo y no querría abandonar su nueva vida.

—¿Qué tipo de casa es? —le preguntó al cochero.

—No es como las casas grandes del norte —respondió Mackeson—. Ésta la consiguieron mediante una boda, antiguamente; eso es lo que he oído.

—¿Es confortable?

—Mejor que cualquier sitio en los que usted o yo vivamos jamás —contestó Mackeson, y chasqueó la lengua; las orejas de los caballos se movieron mientras tiraba de las riendas de la cabeza y giraban a paso rápido hacia un par de verjas colocadas entre dos altos pilares.

Sandman abrió las verjas, que no estaban cerradas, sólo con el pasador, y las cerró después de que entrara el carruaje. Volvió a subir y Mackeson condujo a los caballos al paso por el largo camino que serpenteaba a través de un parque de ciervos y entre magníficas hayas rojas, hasta que cruzaron un puente, y allí, entre los abandonados setos de un jardín descuidado, se encontraba una pequeña y exquisitamente bella casa isabelina de madera negra, revoques de yeso blanco y chimeneas de ladrillo rojo.

—Cross Hall, se llama —anunció Mackeson.

—Una buena dote —comentó Sandman con envidia, ya que la casa parecía perfecta bajo el sol de la tarde.

—Ahora está hipotecada —señaló Mackeson—, o eso es lo que dicen. Este sitio necesita una fortuna, y yo necesito cuidar de estos caballos. Quieren agua, buen alimento, un cepillado y un buen descanso.

—Todo a su debido tiempo —replicó Sandman.

Estaba mirando a las ventanas, pero no veía movimiento en ninguna de ellas. Ninguna estaba abierta, y eso era mala señal, porque era un cálido día de verano, pero entonces vio que salía una bocanada de humo de una de las altas chimeneas de la parte trasera de la casa y eso le devolvió el optimismo. El carruaje se detuvo y bajó con un gesto de dolor, al haberse apoyado en su tobillo lesionado. Berrigan abrió la puerta del coche y sacó la escala de una patada, pero Sandman le ordenó que esperase y se asegurase de que Mackeson no fustigaba a los caballos y daba media vuelta para largarse.

Sandman cojeó hasta la puerta principal y golpeó en sus viejos paneles negros. Pensó que no tenía derecho a estar allí. Estaba entrando sin autorización en propiedad ajena, y buscó en el bolsillo del faldón la carta de autorización del Departamento de Estado. Todavía no la había utilizado ni una sola vez, pero quizá en esa ocasión le sería útil. Volvió a llamar a la puerta y dio unos pasos hacia atrás para ver si alguien estaba mirando desde alguna ventana. La hiedra crecía alrededor del porche y bajo las hojas, por encima de la puerta, había un escudo tallado en el yeso. Había cinco conchas de vieira colocadas en el escudo. Nadie se asomó por ninguna de las ventanas, así que volvió al porche y levantó el puño para volver a llamar, pero, justo entonces, se abrió la puerta; un adusto anciano se le quedó mirando y después echó un vistazo al carruaje con el emblema del Club de los Serafines.

—Hoy no esperábamos ninguna visita —comentó el hombre, con evidente desconcierto.

—Hemos venido a recoger a Meg —respondió Sandman, llevado por un impulso.

El hombre, un criado a juzgar por su vestimenta, había reconocido totalmente el carruaje, pero no pensó que su presencia fuera extraña. Inoportuna, quizá, pero no extraña, y Sandman esperaba que el criado supusiera que había sido enviado por el marqués.

—Nadie ha dicho que fuera a ir a ninguna parte —el hombre sospechaba.

—A Londres —añadió Sandman.

—¿Y quién es usted? —El hombre era alto y tenía la cara surcada de arrugas, enmarcada por un cabello blanco despeinado.

—Ya se lo he dicho. Hemos venido a recoger a Meg. El sargento Berrigan y yo.

—¿Sargento? —El criado no reconoció el nombre y parecía asustado—. ¿Ha traído a un abogado?

—Es del club —respondió Sandman, notando que la conversación degeneraba en una incompreensión mutua.

—Su señoría no dijo nada de que ella se marchaba —insistió el hombre, cautelosamente.

—Quiere que vaya a Londres —recalcó Sandman.

—Entonces iré a buscarla —respondió el hombre.

Entonces, antes de que Sandman pudiese reaccionar, cerró la puerta de golpe y echó los cerrojos, y lo hizo tan rápidamente que Sandman se quedó boquiabierto. Todavía estaba mirando la puerta, cuando oyó una campanilla dentro de la casa, y sabía que semejante sonido tenía que ser una señal para Meg. Estaba convencido.

—Eso es un buen comienzo, puñeta —gruñó Berrigan sarcásticamente.

—Pero la mujer está aquí —respondió Sandman, mientras volvía al carruaje—, y me ha dicho que la iba a buscar.

—¿Ah, sí?

Sandman negó con la cabeza.

—La iba a esconder, más bien. Lo cual significa que debemos buscarla, pero ¿qué hacemos con estos dos? —señaló a Mackeson.

—Dispararles y enterrarles —gruñó Berrigan, y Mackeson premió su comentario con un gesto con los dedos.

Finalmente, condujeron el coche hasta las cuadras, donde encontraron los compartimientos y los estantes de forraje vacíos, pero con un grupo de gallinas cluecas, y también descubrieron un cobertizo de ladrillo con una sólida puerta y sin ventanas. Mackeson y el caballerizo fueron encerrados allí, y los caballos se quedaron en el patio con los arreos puestos.

—Nos ocuparemos de ellos más tarde —declaró Sandman.

—Y también recogeremos algunos huevos —añadió Berrigan con una sonrisa.

La cuadra había sido tomada por las gallinas, aparentemente cientos, algunas de las cuales miraban hacia abajo desde el caballete del tejado, otras descansaban en los alféizares de las ventanas y la mayoría buscaba pienso, que había sido esparcido por los adoquines llenos de hierbajos aquí y allá y manchados de excrementos. Un gallo se les quedó mirando de reojo desde un montadero, sacudió la cresta y se puso a cacarear ansiosamente, mientras Sandman llevaba a Berrigan y Sally hasta la puerta trasera de Cross Hall. Estaba cerrada con llave. Todas las puertas lo estaban, pero la casa no era una fortaleza. Sandman encontró una ventana sin el pasador echado y la sacudió hasta abrirla. Pudo entonces colarse en una pequeña sala revestida con paneles, con una chimenea de piedra y muebles cubiertos por sábanas. Berrigan le siguió.

—Quédate fuera —le ordenó Sandman a Sally, y ella asintió, pero, sólo un instante más tarde, se metió por la ventana—. Podría haber pelea —la advirtió.

—Yo entro —insistió—. Odio a las malditas gallinas.

—La muchacha puede haber dejado ya la casa, a estas alturas —comentó

Berrigan.

—Puede que sí —asintió Sandman, pero su primera impresión había sido que la muchacha se escondería en alguna parte de la casa, y aún pensaba igual—, pero la buscaremos, de todas formas —decidió, y abrió la puerta.

La casa estaba en silencio. No había cuadros en las paredes, ni alfombras en el suelo de madera, que crujía bajo los pies. Sandman iba abriendo puertas y se encontraba con sábanas que cubrían los pocos muebles que quedaban. Una espléndida escalera, con un poste elaboradamente tallado, se elevaba en el vestíbulo, y Sandman miró hacia la penumbra del piso de arriba mientras pasaba, y luego continuó hasta la parte trasera de la casa.

—Aquí no vive nadie —declaró Sally, mientras descubrían más habitaciones vacías—, ¡excepto las gallinas!

Sandman abrió una puerta y vio una larga mesa de comedor cubierta con sábanas.

—Lord Alexander me dijo que, una vez, su padre se olvidó completamente de una casa que tenía —le explicó a Sally—. También era una casa grande. Simplemente se llenó de moho hasta que recordaron que la tenían.

—Un tipo tonto —observó Sally, con desdén.

—¿Estás hablando de tu admirador? —le preguntó Berrigan, divertido.

—Ya lo viste, Sam Berrigan —respondió Sally—. Sólo tengo que mover un dedo y seré lady Comosellame, y tú me harás reverencias y tendrás que olvidarme.

—Seré yo quien te haga olvidar, mujer —aseguró Berrigan—; será un placer.

—Niños, niños —les reprendió Sandman y se giró de golpe, mientras una puerta se abría, de repente, al final del pasillo.

El hombre alto y adusto de pelo blanco revuelto se detuvo en la entrada, con un garrote en la mano.

—Aquí no está la muchacha que andan buscando —les aseguró.

Levantó el garrote sin demasiada convicción cuando Sandman se le acercó, pero lo dejó caer y lo apartó. Sandman le empujó para poder entrar en una cocina con un gran fogón, un aparador y una larga mesa. Una mujer, quizá la esposa del anciano, estaba sentada a la cabecera de la mesa, mezclando una masa en un enorme cuenco de porcelana.

—¿Quién es usted? —le preguntó Sandman al hombre.

—El mayordomo de la casa —respondió el hombre, y señaló a la mujer con la cabeza—, y mi esposa es el ama de llaves.

—¿Cuándo se fue la muchacha? —preguntó Sandman.

—¡No es asunto suyo! —exclamó la mujer—. Y ustedes tampoco deberían estar aquí. ¡Esto es propiedad privada! Así que, esfúmense antes de que les detengan.

Sandman vio una escopeta de caza encima de la repisa de la chimenea.

—¿Quién va a detenerme? —inquirió.

—Hemos pedido ayuda —contestó la mujer, con actitud desafiante.

Tenía el cabello blanco, recogido en un moño, y un severo rostro con una nariz aguileña que se curvaba hacia una barbilla afilada. «Una cara de bruja —pensó Sandman—, desprovista de cualquier signo de amabilidad.»

—Habrán pedido ayuda —recalcó Sandman—, pero yo vengo de parte del secretario de Estado. De parte del gobierno. Tengo autoridad —aseguró con energía—, y si quieren evitarse problemas, les aconsejo que me digan dónde está la muchacha.

El hombre miró con preocupación a su esposa, pero ésta se quedó indiferente ante las palabras de Sandman.

—Usted no tiene derecho a entrar aquí, señor —reiteró—, ¡así que le aconsejo que se marchen antes de que les encierre aquí durante toda la noche!

Sandman no le hizo caso. Abrió la puerta de la habitación anexa y miró en una despensa, pero Meg no estaba allí escondida. Y, sin embargo, estaba seguro de que se encontraba en la casa.

—Acabe de inspeccionar por aquí abajo, sargento —le ordenó a Berrigan—, yo miraré arriba.

—¿Realmente cree que está aquí? —Berrigan parecía dudar.

Sandman asintió.

—Está aquí —aseguró con una confianza que no podía justificar, pero percibía que el mayordomo y su esposa les estaban mintiendo.

El mayordomo, al menos, estaba asustado. Su mujer, no, pero el hombre estaba demasiado nervioso. Debería haber compartido la insolencia de su esposa, insistiendo en que Sandman estaba en propiedad ajena, pero se comportaba como alguien que escondía algo, y Sandman subió apresuradamente las escaleras para encontrarlo.

Las habitaciones del piso de arriba parecían tan desiertas y vacías como las de abajo, pero entonces, justo al final del pasillo, al lado de una estrecha escalera que conducía al desván, se encontró un grandioso dormitorio que estaba claramente habitado. Había alfombras orientales desteñidas sobre el oscuro suelo de madera, mientras que la cama, un lecho de cuatro columnas con colgaduras gastadas, tenía una sábana y mantas arrugadas. Diferentes prendas de mujer cubrían una silla, y otras estaban descuidadamente amontonadas sobre dos asientos situados bajo unas ventanas abiertas que daban a un césped con un muro de ladrillo, más allá del cual, sorprendentemente cerca, había una iglesia. Un gato pelirrojo dormía encima de uno de los asientos de las ventanas, sobre una pila de enaguas. «La habitación de Meg», pensó Sandman, e intuyó que acababa de irse. Volvió hacia la puerta y miró en el corredor, pero no vio más que motas de polvo moviéndose en los rayos del sol de la tarde, que entraban por donde había dejado las puertas de par en par.

Luego, donde el sol iluminaba el desnivelado suelo, vio sus propias pisadas en el

polvo y volvió despacio por el pasillo, mirando de nuevo en cada habitación; en el dormitorio más grande, el que quedaba frente a la espléndida escalera y tenía una amplia chimenea de piedra tallada con un blasón que mostraba seis martas, vio más huellas en el suelo. Alguien había estado en la habitación hacía poco y sus pisadas llevaban hasta la chimenea de piedra y después hasta la ventana más cercana al hogar, pero no volvían a la puerta, y la habitación estaba vacía y las dos ventanas cerradas. Sandman frunció el ceño al mirar las huellas, preguntándose si no veía más que engañosos efectos de luces y sombras, pero podría jurar que realmente eran pisadas que acababan en la ventana, aunque cuando se acercó, no pudo abrirla porque el marco de hierro se había oxidado y estaba bloqueada. Por tanto, Meg no se había escapado por la ventana, aunque sus pisadas, borradas ya por las de Sandman, acabasen allí. «¡Maldita sea! —pensó—, ¡pero sí que ha estado aquí!» Levantó una sábana de la cama y abrió un armario, pero no había nadie escondido en la habitación.

Se sentó en un extremo de la cama, otro lecho de cuatro columnas, y se quedó mirando a la chimenea, donde había un par de pinzas ennegrecidas sobre el hogar de piedra. De repente, se dirigió hacia allí, se inclinó y miró hacia arriba, pero el tiznado cañón se estrechaba enseguida y no escondía a nadie. Pero Meg había estado allí, estaba seguro de ello.

Los sonidos de pasos en las escaleras le hicieron levantarse y poner una mano en la empuñadura de la pistola, pero eran Berrigan y Sally los que aparecieron por la puerta.

—No está aquí —afirmó Berrigan, indignado.

—Debe de haber un centenar de sitios en esta casa donde esconderse —sostuvo Sandman.

—Se habrá escapado —apuntó Sally.

Sandman se volvió a sentar en la cama y se quedó mirando la chimenea. Seis martas en un escudo, tres en la primera hilera, dos en la segunda y una en la tercera. ¿Por qué mostraría la casa un blasón en el interior y cinco conchas de vieira en un escudo en la entrada? Cinco conchas. Se quedó mirando las martas y entonces recordó una melodía, una melodía y algunas palabras que había oído cantar en una hoguera, en España.

—Te daré una O —pronunció.

—¿Cómo? —preguntó Berrigan, mientras Sally miraba a Sandman como si se hubiera vuelto loco.

—Siete, por las siete estrellas del cielo —canturreó Sandman—, seis, por los seis orgullosos caminantes.

—Cinco por los símbolos de tu puerta —Berrigan continuó con el siguiente verso.

—Y aquí hay cinco conchas de vieira esculpidas sobre la puerta de entrada —murmuró Sandman, al darse cuenta, de repente, de que podían oírle.

La letra de la canción era casi toda un misterio. Cuatro, por los cuatro evangelistas era bastante obvio, pero qué significaban las siete estrellas o quiénes eran los orgullosos caminantes era algo que Sandman ignoraba, aunque sí sabía qué querían decir los cinco símbolos de la puerta. Había aprendido años antes, cuando lord Alexander y él iban a la escuela juntos, que su amigo había descubierto con emoción que cuando se colocaban cinco conchas sobre una puerta o en el gablete de una casa, era una señal de que allí vivían católicos. Las conchas se habían colocado durante las persecuciones en el reinado de Isabel, cuando ser un sacerdote católico en Inglaterra significaba encarcelamiento, tortura y muerte. Sin embargo, algunas personas no podían vivir sin los consuelos de su fe y habían señalado sus casas para que sus correligionarios supieran que estaban ante un refugio. Pero los hombres de Isabel conocían el significado de las cinco conchas, así como muchos católicos, por lo que si había un sacerdote en la casa, tenía que ser un sitio donde poder esconderse, y por eso el dueño tenía un agujero para el cura, un escondite tan hábilmente tapado que podía engañar a los buscadores protestantes durante días.

—Parece como si estuviese pensando —comentó Berrigan.

—Necesito astillas —susurró Sandman—, astillas, leña y una caja de yesca, y mire si hay algún caldero grande en la cocina.

Berrigan dudaba si preguntarle qué estaba planeando, pero pensó que lo averiguaría bien pronto, así que Sally y él volvieron al piso de abajo. Sandman se paseó por la habitación y pasó los dedos por las juntas de los paneles que cubrían las paredes a cada lado de la chimenea, pero por lo que pudo ver, no había ninguna grieta en las tallas. Golpeó los paneles, pero ninguno sonaba hueco. Pero eso era precisamente lo bueno de los agujeros de cura; eran prácticamente imposibles de detectar. La pared de la ventana y la pared del pasillo parecían demasiado finas, así que tenía que ser la pared de la chimenea o la de enfrente, en la que había un hondo armario; pero no pudo descubrir nada. Aunque no esperaba encontrarlo fácilmente. Los buscadores de Isabel habían sido buenos, implacables y bien recompensados por encontrar sacerdotes, pero algunos escondites los habían eludido, a pesar de varios días de búsqueda.

—Pesa una maldita tonelada —refunfuñó Berrigan, mientras entraba tambaleándose en la habitación y dejaba caer un enorme caldero en el suelo.

Sally llegaba tras él con un haz de leña.

—¿Dónde está el mayordomo? —preguntó Sandman.

—Sentado en la cocina, procurando no tragar pólvora —respondió Berrigan.

—¿Y su mujer?

—Nos ha dejado.

—¿No quería saber qué íbamos a hacer con eso?

—Le dije que le haría un boquete en la cara si se atrevía a preguntar —explicó

Berrigan, alegremente.

—El tacto —añadió Sandman—. El tacto siempre funciona.

—Entonces, ¿qué va a hacer? —preguntó Sally.

—Vamos a quemar esta maldita casa —gritó Sandman. Colocó el caldero en el faldón del hogar—. Nadie la utiliza —siguió gritando lo suficiente como para que alguien le oyese a dos habitaciones de distancia—, y hay que arreglar el tejado. Es más barato quemarla toda que limpiarla, ¿no es verdad?

Sandman colocó las astillas bajo el caldero, provocó una chispa con la caja de yesca y sopló el lino quemado hasta que hizo una llama, que traspasó a las astillas. Vigiló la llama durante unos segundos; enseguida se puso a crepitar y a extenderse, y colocó varios trozos de leña encima.

Pasaron unos minutos hasta que los trozos más grandes ardieron, pero para entonces el caldero ya escupía un espeso humo blanquiazul, y, como estaba colocado más en el faldón del hogar que en la chimenea, casi todo el humo se quedaba en la habitación. Sandman planeaba forzar la salida de Meg, y en caso de que el agujero de cura se abriese en el pasillo, había colocado a Berrigan fuera del dormitorio, mientras que él y Sally se quedaron dentro, con la puerta cerrada. El humo les estaba asfixiando, por eso Sally se agachó junto a la cama, pero no quería marcharse, por si la artimaña funcionaba. A Sandman le lloraban los ojos y tenía la garganta reseca, pero echó otro trozo de madera a las llamas y vio que la panza del caldero empezaba a enrojecerse. Abrió un poco la puerta, para dejar salir algo de humo y para que entrara aire.

—¿Quieres salir? —le dijo entre dientes, y ella negó con la cabeza.

Sandman se agachó, ya que abajo el humo era menos espeso, y pensó en Meg metida en el agujero de cura, un lugar oscuro, estrecho y aterrador. Esperaba que el olor a quemado se uniera a sus temores, y que el humo se estuviera infiltrando por las trampillas, los pasadizos y las puertas secretas que ocultaban su antiguo escondite. Un tronco crepitó, se partió y soltó una bocanada de humo fuera del caldero, con una llamarada. Sally se había puesto la sábana en la boca y Sandman sabía que no podrían aguantar mucho más, pero justo entonces se produjo un crujido, un grito y un estrépito como el impacto de una bola de cañón, y vio que toda una sección del panel se abría como una puerta, sólo que no estaba cerca de la chimenea, sino a lo largo de la pared exterior, entre las ventanas, donde él había pensado que la pared era demasiado fina para un agujero de cura. Sandman se tapó las manos con las mangas y, protegido de esa manera, empujó el caldero bajo la chimenea, mientras Sally agarraba rápidamente la muñeca de la aterrada mujer que gritaba, que había creído estar encerrada en una casa en llamas y que intentaba salir del estrecho y escalonado hueco que se había quedado descubierto tras los paneles caídos.

—¡Ya está! ¡Ya está! —gritaba Sally, mientras llevaba a Meg hacia la puerta.

Sandman, con la chaqueta chamuscada y ennegrecida, siguió a las dos mujeres hasta el amplio rellano, donde respiró aire fresco y miró a los ojos enrojecidos de Meg. Pensó en lo buen artista que era Charles Corday, ya que la joven era verdaderamente horrible, de aspecto incluso malévolos; entonces se echó a reír porque la había encontrado, y con ella podía descubrir la verdad, pero ella creyó que su alegría era burla y le dio una bofetada.

Y justo entonces se oyó un disparo en el vestíbulo.

Sally gritó, mientras Sandman la empujó y la apartó a un lado. Meg, en un intento de fuga, corrió hacia las escaleras, pero Berrigan le hizo la zancadilla. Sandman la pisó, mientras cojeaba hacia la balaustrada, y entonces vio que había sido la avinagrada ama de llaves, mucho más valiente que su marido, quien había disparado la escopeta de caza hacia las escaleras. Pero, como muchos novatos, había cerrado los ojos al apretar el gatillo y había disparado demasiado arriba, por lo que el tiro fallido había pasado rozándole la cabeza a Sandman. Había media docena de hombres tras ella, uno con un mosquete, y Sandman le bajó el arma a Berrigan.

—¡Si no disparan, no habrá muertos! —gritó Sandman.

—¡No tienen derecho a estar aquí! —le contestó el ama de llaves.

Estaba pálida, puesto que no quería disparar el arma, pero después de arrebatarla a su marido y apuntar hacia las escaleras como una amenaza, había apretado el gatillo sin darse cuenta. Los hombres que había detrás de ella estaban encabezados por un gigante rubio armado con un mosquete. El resto llevaba garrotes y hoces. A Sandman le parecían unos campesinos que llegaban para tirar la enorme casa abajo, pero, en realidad, probablemente eran arrendatarios que habían acudido a proteger la propiedad del duque de Ripon.

—Sí que tenemos derecho de estar aquí —mintió Sandman. No perdió la calma, mientras extraía la carta del secretario de Estado, la cual, realmente, no le otorgaba absolutamente ningún derecho—. Hemos sido solicitados por el gobierno para investigar un asesinato —explicó con delicadeza, mientras bajaba lentamente las escaleras, sin quitarle el ojo de encima al hombre armado. Era enormemente alto, musculoso y quizá de unos treinta años, y llevaba una mugrienta camisa blanca y unos pantalones color crema atados con una tira de tela verde que hacía de cinturón. Le resultaba extrañamente familiar y se preguntó si habría sido soldado. Su mosquete era, sin duda, un mosquete del antiguo ejército, abandonado después de la última derrota de Napoleón, pero estaba limpio, amartillado, y el hombre lo sostenía con seguridad—. Aquí tengo la autorización del secretario de Estado —prosiguió Sandman, alzando la carta con su impresionante sello—, y no hemos venido a hacer daño a nadie, ni a robar ni a destrozar nada. Sólo estamos aquí para hacer unas preguntas.

—¡No tienen derecho a estar aquí! —repitió la ama de llaves.

—Cállese, mujer —le ordenó con su mejor voz de oficial. Lo que ella decía era cierto, absolutamente cierto, pero había perdido los estribos y Sandman sospechó que aquellos hombres harían más caso a una voz razonable que a un bramido histérico—. ¿Alguien quiere leer la carta de su señoría? —les preguntó, mostrando el papel y sabiendo que la sola mención de «su señoría» les haría pensar—. Y, por cierto —volvió la vista hacia las escaleras, donde el humo empezaba a disiparse en el rellano —, la casa no está en llamas y no hay ningún peligro. Bueno, ¿quién quiere leer la carta de su señoría?

Pero el hombre del mosquete no hizo caso al papel. Se le quedó mirando con mala cara y bajó el arma.

—¿Es usted el capitán Sandman?

Sandman asintió.

—Así es —respondió.

—¡Por Dios, pero si yo le vi conseguir sesenta y seis carreras ante nosotros en Tunbridge Wells! —exclamó el hombre—. ¡Y nosotros teníamos a Pearson y a Willes de lanzadores! Pearson y Willes, nada menos, y usted les volvió locos y dio la vuelta al marcador. —Había descargado el mosquete y le sonreía abiertamente—. Fue el año pasado y yo jugaba para Kent. Nos había derrotado del todo; ¡suerte que se puso a llover y nos salvamos!

Y, por inspiración divina, el nombre del gigante le vino a la cabeza.

—¿Es usted el señor Wainbright, verdad?

—Ben Wainbright, así es. —Wainbright, el cual, a deducir por su ropa, debía de estar jugando a críquet cuando le hicieron ir a la casa, le saludó con una reverencia.

—Recuerdo que usted envió una bola por encima del almiar —observó Sandman—. ¡Casi nos gana usted solito!

—No hay nadie como usted, señor, nadie como usted.

—¡Benjamin Wainbright! —le endilgó la ama de llaves—. No has venido aquí para...

—Cállate, Doris —le contestó Wainbright, apartando el mosquete—. ¡No hay ningún problema con el capitán Sandman! —Los demás hombres gruñeron su conformidad. No importaba que Sandman estuviese en la casa ilegalmente, o que hubiese llenado de humo el piso de arriba; era un jugador de críquet y, además, famoso, y le sonrieron, esperando su aprobación—. He oído que ha dejado el juego, señor —Wainbright parecía preocupado—. ¿Es eso cierto?

—Oh, no —respondió Sandman—, es que sólo me gusta jugar en partidos limpios.

—Bien pocos hay —asintió Wainbright—. Pero debería invitarle a que se uniese a mi equipo hoy, señor. Nos están dando una paliza, el equipo de Hastings. Yo ya he lanzado —añadió, justificando su ausencia en el partido.

—Habrás más ocasiones —le consoló Sandman—, pero por ahora quiero llevarme a esta joven dama al jardín y tener una charla con ella. ¿O quizá hay alguna taberna en la que podamos hablar junto a una cerveza? —añadió, al darse cuenta de que sería prudente sacar a Meg de la finca del duque de Ripon, antes de que alguien con un mínimo conocimiento legal les acusara de allanamiento de morada y le explicara a Meg que no tenía por qué hablar con ellos.

Wainbright les aseguró que El Castillo y la Campana era una buena taberna, y el ama de llaves, disgustada por su traición, se marchó. Sandman suspiró, aliviado.

—¿Meg? —se volvió hacia la muchacha—. Si hay algo que quieras llevarte a Londres, cógelo ahora. ¿Sargento? —vio que la muchacha quería protestar, quizá incluso pegarle otra vez, pero no le dio tiempo a discutir—. ¿Sargento? Asegúrese de que les dan de beber a los caballos. Quizá deberíamos llevarnos el coche a la taberna. Sally, querida, asegúrate de que Meg tenga todo lo que necesita. Y señor Wainbright —se volvió y sonrió al bateador de Kent—, será un honor que me lleve a la taberna. Si no recuerdo mal, usted hacía bates. Me gustaría hablar del asunto con usted.

El enfrentamiento se había acabado. Meg, aunque estuviera resentida, ya no intentaba escaparse y Sandman se atrevió a pensar que todo iría bien. Una pequeña charla, una carrera hacia Londres y se haría justicia, la más rara de las virtudes.

Meg estaba resentida, hosca y enfadada. Le molestaba la incursión de Sandman en su vida; de hecho, parecía que le molestaba la propia vida, y durante un rato, sentada en el patio trasero de El Castillo y la Campana, incluso rechazó hablar con él. Miró a la lejanía, se bebió un vaso de ginebra y pidió otro con un gañido; luego, después de que Benjamín Wainbright se hubiera marchado a ver cómo le iba a su equipo, le insistió para que la llevara de vuelta a Cross Hall.

—Tengo que cuidar de mis titas —le espetó.

—¿Tus pollos? —eso sorprendió a Sandman.

—Siempre me han gustado las gallinas —le respondió, insolentemente.

Sandman, con la cara todavía dolorida por la bofetada, negó con la cabeza, sorprendido.

—No te voy a llevar a la casa —gruñó—, y tendrás suerte si no eres deportada de por vida. ¿Es eso lo que quieres? ¿Un viaje a Australia y una vida en una colonia penitenciaria?

—Váyase a la mierda —replicó.

Iba vestida con un sombrero blanco y un sencillo vestido marrón de sarga, pringado con plumas de gallina. Era una ropa fea, aunque le quedaba bien, ya que ella era verdaderamente poco agraciada, e incluso increíblemente rebelde. Sandman casi se sorprendió a sí mismo admirando su beligerancia, pero sabía que esa fuerza la iba a hacer difícil de tratar. Ella le miraba, dándole a entender que conocía sus

pensamientos, ya que soltó una risa burlona y se giró para mirar el carruaje del Club de los Serafines, lleno de polvo tras el viaje, que acababa de aparecer en la plaza del pueblo. Berrigan estaba dando de beber a los caballos en un estanque de patos, mientras Sally, con algunas monedas del sargento, compraba una jarra de cerveza y otra de ginebra. Las palomas estaban armando un escándalo en un campo de trigo recién sembrado, justo al otro lado de la valla de El Castillo y la Campana, mientras que un grupo de vengejos cubría el caballete de paja de la taberna.

—Te gustaba la condesa, ¿verdad? —le preguntó Sandman a Meg.

Ella le escupió justo cuando Sally salió muy indignada de la taberna.

—¡Cabrones! —exclamó Sally—, ¡malditos cabrones campestres! ¡No quieren servir a una mujer!

—Iré yo —Sandman se ofreció.

—Hay un echador sirviendo las jarras —explicó Sally—. No querían servirme, pero han cambiado de opinión después de decirles unas cuantas cosas. —Agitó una mano para apartar a una irritante avispa, y se dirigió hacia Meg, que lanzó un pequeño grito, y, como el insecto no la dejaba, empezó a llorar, asustada—. ¿Pero se puede saber por qué has cogido una perra? —le preguntó a Meg, y ésta, perpleja, se la quedó mirando—. ¿Por qué puñetas estás llorando? —tradujo—. No tienes ningún maldito motivo para llorar. Has estado pavoneando por aquí, mientras aquel pobre mariquita espera que lo acogoten.

El echador, totalmente aterrorizado por Sally, les llevó una bandeja de jarras y vasos. Sandman sirvió cerveza en una jarra de medio litro y se la entregó a Sally.

—¿Por qué no se la llevas al sargento? —le propuso—. Yo hablaré con Meg.

—Lo que quiere decir es que me esfume —respondió Sally.

—Dame sólo unos minutos —pidió Sandman. Sally cogió la cerveza y Sandman le ofreció a Meg un vaso de ginebra, que ella le arrebató—. Le tenías cariño a la condesa, ¿verdad? —le volvió a preguntar.

—No tengo nada que decirle —respondió Meg—; nada. —Se bebió la ginebra de un trago y estiró el brazo para alcanzar la jarra.

Sandman se la apartó.

—¿Cómo te llamas?

—Eso a usted no le importa, ¡y deme más de ese maldito licor! —Se lanzó hacia la jarra, pero Sandman la alejó de su alcance.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó de nuevo, y recibió como respuesta una patada en la espinilla. Tiró un poco de ginebra en el césped y Meg inmediatamente se quedó quieta y le miró con cautela—. Te voy a llevar a Londres —la amenazó—, y tienes dos maneras de ir. Puedes comportarte; en ese caso, todo será mucho más cómodo, o puedes seguir siendo mal educada, y te llevaré directamente a prisión.

—¡No puede hacer eso! —dijo con desdén.

—¡Puedo hacer lo que yo quiera! —le espetó Sandman, con lo cual la sorprendió con su repentina ira—. Tengo un encargo del secretario de Estado, jovencita, y ¡tú estás ocultando pruebas de un caso de asesinato! ¿A prisión? Tendrás suerte si sólo es la prisión, y no la horca, también.

La muchacha le fulminó con la mirada por un momento y después se encogió de hombros.

—Me llamo Hargood —dijo, con voz hosca—, Margaret Hargood.

Sandman le sirvió otro vaso de ginebra.

—¿De dónde es, señorita Hargood?

—De ningún sitio que usted sepa.

—Lo que sé —replicó Sandman—, es que el secretario de Estado me solicitó que investigara el asesinato de la condesa de Avebury. Lo hizo, señorita Hargood, porque teme que esté a punto de cometerse una gran injusticia. —Sandman pensó que el día en que el vizconde de Sidmouth se preocupara por una injusticia a un miembro de las clases más bajas, probablemente el sol saldría por poniente, pero no podía admitir eso ante la grosera muchacha, la cual acababa de tragarse el segundo vaso como si se estuviera muriendo de sed—. El secretario de Estado cree, como yo —continuó—, que Charles Corday no mató a tu señora. Y creemos que tú puedes confirmarlo.

Meg le acercó el vaso, pero no dijo nada.

—Estabas allí el día en que mataron a la condesa, ¿verdad? —le preguntó.

La joven agitó el vaso, pidiendo más ginebra, pero seguía sin hablar.

—Y sabes —continuó Sandman— que Charles Corday no cometió el asesinato.

Ella bajó la cabeza y miró una manzana estropeada, caída de un árbol, que había en la hierba. Una avispa se detuvo sobre su piel arrugada y ella gritó, dejó caer el vaso y se llevó las manos a la cara. Sandman pisó la avispa, aplastando la fruta.

—Meg —la animó.

—No tengo nada que decir. —Miró con temor al suelo, aterrorizada por si la avispa resucitaba.

Sandman recogió su vaso, lo llenó y se lo pasó.

—Si usted coopera, señorita Hargood —le expuso formalmente—, me aseguraré de que no le ocurra nada perjudicial.

—No sé nada del asunto —contestó—, nada sobre ningún asesinato —le miró insolentemente, con una mirada fría como el hielo.

Sandman suspiró.

—¿Quiere que muera un hombre inocente? —La chica no respondió, sino que se volvió y se puso a mirar a través de la valla; a Sandman le dio un ataque de indignación. Quería pegarle, y se avergonzó de la intensidad de aquel deseo, tan intenso que se levantó y empezó a caminar de un lado para otro—. ¿Por qué vives en casa del marqués de Skavadale? —preguntó, pero no recibió respuesta—. ¿Es que

crees que te protegerá? —continuó—. Él quiere que estés allí para que cuelguen al hombre que no es, y una vez que Corday esté muerto, ¿de qué le servirás? Te matará para que no testifiques en su contra. Incluso me sorprende que no te haya matado ya —aquellas palabras, al menos, produjeron una reacción en la muchacha, aunque sólo fuese para hacer que se volviera y le mirara—. ¡Piensa, chica! —vociferó Sandman—. ¿Por qué crees que te mantiene viva el marqués? ¿Por qué?

—Usted no sabe nada, ¿verdad? —respondió Meg con desdén.

—Te diré lo que sé —replicó Sandman, con su ira próxima a la violencia—. Sé que tú puedes salvar a un hombre inocente de la horca, y sé que no quieres. Eso te convierte en cómplice del asesinato, jovencita, y pueden colgarte por eso.

Sandman esperó, pero ella no dijo nada y supo que había fallado. Perder los estribos era una señal de tal fracaso, y se avergonzó de sí mismo, pero si la muchacha no hablaba, Corday no podría salvarse. Meg, tan sólo con el silencio, podía derrotarle, y, encima, más problemas, fastidiosos y estúpidos problemas, se le venían encima. Él quería llevar a Meg a Londres inmediatamente, pero Mackeson insistía en que los caballos estaban demasiado cansados para viajar otra milla y él sabía que el cochero tenía razón. Lo cual quería decir que debían pasar la noche en el pueblo y vigilar a sus tres prisioneros. Vigilarles, alimentarles y no perder de vista a los caballos. Metieron a Meg en el coche, ataron las puertas y bloquearon las ventanas con cuñas. Ella debió dormirse, aunque despertó dos veces a Sandman, gritando y golpeando contra las ventanas. Al final, rompió una y empezó a salir por el agujero, entonces Sandman oyó un gruñido, un llanto reprimido y cómo volvía a dejarse caer dentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada que deba preocuparle —respondió Berrigan.

Ellos tres durmieron sobre el césped, vigilando a Mackeson y Billy, aunque no hubo ningún problema con los dos, porque estaban confundidos, asustados y obedientes. A Sandman le hicieron recordar a un coronel francés que habían capturado sus hombres en las montañas de Galicia, un hombre grandilocuente que se había quejado constantemente de las condiciones de su cautiverio, hasta que, desesperado, el propio coronel de Sandman le había dejado en libertad. «Piérdase —le había ordenado en francés—, es usted libre.» Y el francés, aterrorizado por los campesinos españoles, les había rogado que le tomasen cautivo otra vez. Mackeson y Billy podrían haberse escapado de sus cansados captores, pero ambos tenían demasiado miedo del extraño pueblo y de la total oscuridad de la noche, y ante la desalentadora idea de no encontrar el camino de vuelta a Londres.

—Entonces, ¿ahora qué hacemos? —le preguntó Berrigan a Sandman, bajo la breve noche de verano.

—La llevaremos ante el secretario de Estado —anunció, sombríamente—, y

dejaremos que la interrogue él.

«No servirá de nada», pensó, pero ¿qué otra elección tenía? En alguna parte un perro ladraba en la oscuridad, y entonces, como Berrigan vigilaba, Sandman se quedó dormido.

Capítulo 9

Justo después del amanecer la puerta principal de la prisión de Newgate se abrió y las primeras piezas del patíbulo fueron colocadas en Old Bailey. Primero situaron la valla que rodearía el cadalso, y pusieron un tramo en mitad de la calle para desviar el poco tráfico que pasaba entre Ludgate Hill y Newgate Street a esas horas del domingo. William Brown, el alcaide de Newgate, se acercó hasta la entrada principal y bostezó, se rascó la calva, encendió una pipa y se apartó a un lado mientras sacaban las enormes vigas que conformaban la estructura del patíbulo.

—Será un buen día, señor Pickering —le comentó al capataz.

—Un día caluroso, señor.

—Habrá mucha cerveza en la calle.

—Gracias a Dios, señor —respondió Pickering; se giró y se quedó mirando la fachada de la prisión. Había una ventana justo encima de Debtor's Door y asintió al verla—. Estaba pensando, señor, que podríamos evitarnos muchos problemas si colocásemos una plataforma bajo esa ventana. Podríamos construirla allí para siempre, ¿sabe? Podríamos poner una trampilla con bisagras y una viga en la parte de arriba, y así no tendríamos que montar el patíbulo continuamente.

El alcaide se volvió y alzó la vista.

—Me está proponiendo que le deje sin trabajo, señor Pickering.

—Preferiría pasar los domingos en casa, señor, con mi esposa. Y si hubiese allí arriba una plataforma, señor, no obstruiría el tráfico y la muchedumbre lo vería mejor.

—Quizá lo verían demasiado bien —apuntó el alcaide—. No estoy seguro de que la gente deba ver los espasmos de los moribundos.

El patíbulo que se había estado utilizando hasta entonces, con los flancos tapados, comportaba que sólo la gente que alquilaba las habitaciones más altas frente a la prisión pudiese ver el foso en el que los ahorcados se asfixiaban hasta morir.

—En Horsemonger Lane los ven retorcerse —señaló Pickering—, y el pueblo aprecia verlos morir como Dios manda. ¡Por eso les gusta Tyburn!; allí tienen una buena vista.

En el siglo anterior, los condenados eran trasladados en carro desde Newgate hasta Tyburn, donde habían construido un patíbulo permanente de tres largas vigas con muros de contención a su alrededor. Era un trayecto de dos horas, interrumpido por paradas en donde las multitudes de las tabernas obstruían las calles, y las autoridades detestaban el ambiente de feria que siempre acompañaba a un ahorcamiento en Tyburn; por ese motivo, y creyendo que las ejecuciones en los exteriores de Newgate serían más dignas, habían derribado el antiguo cadalso triangular, y con él, se habían evitado el tumultuoso viaje.

—Presenció la última ejecución en Tyburn —añadió Pickering—, sólo tenía siete

años, siete, ¡y nunca la olvidaré!

—Se supone que deben ser memorables —contestó el alcaide—, o, si no, no disuaden a la gente, ¿verdad? Por tanto, ¿por qué ocultar las agonías? Creo que tiene usted razón, señor Pickering, trasladaré su idea a la Comisión de Regidores.

—Muy amable de su parte, señor, muy amable de su parte —Pickering le saludó militarmente—. Entonces, mañana será un día de trabajo, ¿verdad, señor?

—Sólo son dos —respondió el alcaide—, pero uno de ellos es el pintor, Corday. ¿Lo recuerda? Es el tipo que apuñaló a la condesa de Avebury —suspiró—. Seguro que atrae a bastante gente.

—Y el tiempo les animará a venir, señor.

—Espero que sí —asintió el alcaide—, espero que sí, mientras se mantenga así. —Se hizo a un lado, porque una de las criadas de la cocina de su esposa bajaba a toda prisa los escalones con una jarrita de porcelana para reunirse con una lechera que llevaba dos baldes tapados en unas aguaderas—. ¡Huélela, Betty! —le gritó—, ¡huélela! La semana pasada estaba agria.

La estructura de la plataforma fue encajada y asegurada en su lugar, mientras apilaban en el suelo el revestimiento de los lados y la tela negra que cubría todo el patíbulo. El alcaide le dio unos golpes a la pipa contra la negra aldaba de la puerta y se dirigió hacia dentro para cambiarse para el oficio de la mañana.

Old Bailey tenía poco tráfico, aunque algunos haraganes miraban con expresión distraída el montaje del cadalso; media docena de coristas que corrían hacia la iglesia del Santo Sepulcro, se detuvieron para mirar, boquiabiertos, cómo sacaban de la prisión la pesada viga principal, con sus oscuros ganchos de metal. Un camarero de La Urraca y el Tocón les llevó una bandeja de jarras de cerveza a los operarios, un regalo del dueño de la taberna, que mantendría a la docena de hombres bien servidos durante todo el día. Era tradicional ofrecer a los constructores del patíbulo cerveza gratis, y rentable, ya que la presencia de la horca significaba una superabundancia de clientes a la mañana siguiente.

En Wapping, hacia el este, un cordonero abría su puerta trasera a un solo cliente. Su tienda estaba cerrada, porque era domingo, pero aquel cliente era especial.

—Parece que mañana será un buen día, Jemmy —comentó el cordonero.

—Hará salir a la muchedumbre —asintió el señor Botting, entrando en una tienda repleta de montones de cabos colgantes y vigotas—, y a mí me encanta el gentío.

—Un especialista debe tener una audiencia agradecida —observó el cordonero, mientras guiaba a su invitado hacia una mesa en la que había dos sogas de cáñamo de unos cuatro metros de largo, preparadas para ser inspeccionadas—. Soga de dos centímetros y medio, Jemmy, aceitada y hervida —aseguró el cordonero.

—Buen trabajo, Leonard, buen trabajo —Botting bajó la cabeza y olió las cuerdas.

—¿Te gustaría saber de dónde son? —le preguntó el cordonero. Estaba orgulloso de las dos sogas que había hervido y frotado con aceite de linaza, para que fuesen flexibles. Después, les había hecho dos nudos y les había ayustado un ojo en un extremo.

—Parece cáñamo de Bridport —opinó Botting, aunque sabía que no lo era. Sólo lo dijo para satisfacer al cordonero.

Y éste se rió entre dientes, con deleite.

—No hay nadie que pueda decir que esto no es cáñamo de Bridport, Jemmy, pero no lo es. Sisal, eso es lo que es, una guindaleza de sisal.

—¡No! —Botting, con la cara haciendo muecas por el tic nervioso, se inclinó para ver la cuerda más de cerca. Tenía la orden de comprar sólo el mejor cáñamo de Bridport, y, de hecho, su factura a la Comisión de Regidores solicitaría el pago de tan caras sogas, pero siempre le había molestado tener que desperdiciar una buena cuerda con la escoria de la horca.

—La extraje del barril de la driza de un barco carbonero de Newcastle —explicó el cordonero—. Una chapuza del África occidental, seguramente, pero si la hierves, la aceitas y le das una capa de betún, nadie lo diría, ¿eh? Te las dejo por menos de doce, Jemmy.

—Un precio justo —asintió Jemmy. Le pagaría dos chelines por el encargo y nueve chelines con nueve peniques por las dos sogas, y después las cortaría, cuando hubiesen sido utilizadas, por cualquier precio que el mercado permitiese. Ninguno de los hombres que iban a ser ahorcados era conocido, pero la curiosidad por el asesino de la condesa de Avebury podría subir el precio del dogal hasta los seis peniques por tres centímetros. En cualquier caso, habría un gran beneficio. Comprobó que el nudo de la soga apretase y asintió, satisfecho—. Y también me llevaré algo de cuerda para inmovilizar —continuó—. Cuatro largos.

—Me queda el extremo de un acollador sueco; pero está reservado para ti, Jemmy —le informó el cordonero—. Así que todavía les atas las manos y los codos tú mismo, ¿verdad?

—No por mucho tiempo —respondió Botting—. ¡Gracias! —exclamó, ya que el cordonero había llenado de brandy dos tazas de hojalata—. Trajeron a un par de regidores al último balanceo —continuó Botting—, fingiendo que sólo habían acudido por el entretenimiento, pero yo lo comprendí. Y el señor Logan era uno de ellos; es un buen tipo. Sabe lo que es necesario. Pero, fíjate, el otro deseaba no haber venido. ¡Se puso a vomitar, el tipo! ¡No pudo soportar lo que veía! —se rió entre dientes—. Pero el señor Logan después me sopló que me pondrían un ayudante.

—Un hombre necesita a un ayudante.

—Así es, así es —Jemmy Botting se bebió el brandy, cogió sus sogas y siguió al cordonero hasta el barril en el que guardaba la cuerda—. Será un trabajo fácil,

mañana —aseguró—; sólo subirán dos. Quizá te vea allí.

—Cómo no, Jemmy.

—Después nos tomaremos un cerveza —anunció Botting—, y unas chuletas para comer.

Se marchó diez minutos después, con las sogas y las cuerdas en su saco. Sólo tenía que ir a buscar los dos sacos de algodón a una costurera, y ya lo tendría todo. Era el verdugo de Inglaterra y al amanecer del día siguiente haría su trabajo.

Sandman estaba de un humor de perros aquella mañana de domingo. Casi no había dormido, estaba crispado y tenso, y los quejidos de Meg sólo empeoraban su mal genio. Berrigan y Sally estaban poco más alegres, pero tuvieron la sensatez de quedarse callados, mientras Meg se quejaba de que la llevaban a Londres a la fuerza, y después empezaba a gritar en señal de protesta cuando Sandman se ensañaba con ella, acusándola de egoísta y estúpida.

A Billy, el caballerizo, lo dejaron en el pueblo. No podría volver a Londres antes que el coche, por tanto, no podría avisar al Club de los Serafines de lo que estaba pasando; por eso era más seguro dejarle allí.

—Pero ¿cómo llegaré a casa? —preguntó lastimeramente.

—Haz lo que hicimos nosotros desde Lisboa a Toulouse —le espetó Sandman—; camina.

Los caballos estaban desgredados y cansados. Habían pasado en la plaza del pueblo, rehuyendo a los entrometidos gansos, a los cuales les molestaba su presencia, pero los animales estaban acostumbrados a los copos de avena y al grano, no al fino césped, y estaban lentos con los arcos puestos, aunque respondieron con bastante brío a la fusta de Mackeson. Cuando el sol se había alzado sobre los árboles del este, ya se dirigían hacia el norte con buen trote. Las campanas de la iglesia sonaban en un cielo de verano, en el que las blancas y altas nubes se movían hacia el oeste.

—¿Es usted practicante, capitán? —le preguntó Berrigan, juzgando que su avance le habría mejorado el estado de ánimo.

—Por supuesto.

Sandman estaba sentado en el pescante con Berrigan y Mackeson, y había dejado el interior del carruaje para Sally y Meg. Había sido idea de Sally compartir el coche con Meg. «Ella no me tiene miedo —dijo Sally— y, además, quizá hable con otra chica.»

—Yo no soy ese tipo de hombre —declaró Berrigan—. No tengo tiempo para eso, pero me gusta escuchar las campanas.

Alrededor de ellos, ocultos tras los frondosos bosques de Kent, los campanarios y los chapiteles llamaban a la oración. Un carro les adelantó a toda velocidad, cargado de niños con su ropa de los domingos y sus devocionarios para el oficio matutino.

Les saludaron con la mano.

Las campanas dejaron de sonar, porque comenzaban los oficios. El carruaje llegó a un pueblo, cuya calle principal estaba desierta. Pasaron cerca de un iglesia y Sandman oyó a un violonchelista acompañando el viejo himno «Despierta mi alma, y, con el sol, realiza tu puesta en escena cotidiana». Recordaba que ellos lo habían cantado en la mañana de la batalla de Salamanca, con las fuertes y graves voces de los hombres bajo un sol que ascendía hacia el cielo, y que devino implacable con el calor de un día de muerte ardiente. Mackeson detuvo el tiro en un vado al otro lado del pueblo, y, mientras bebían los caballos, Sandman desplegó la escala para que Sally y Meg pudiesen estirar las piernas. Se quedó mirando socarronamente a Sally, la cual negó con la cabeza.

—Es una cabezota —le murmuró a Sandman.

Meg se acercó y le miró, y se inclinó para llevarse un poco de agua a la boca. Después se sentó en la orilla y se quedó observando las libélulas.

—Le mataré —le amenazó— si los zorros se han comido a mis titas.

—¿Te importan más tus gallinas que la vida de un hombre inocente?

—Que le ahorquen, maldita sea —respondió Meg. Había perdido el sombrero y su pelo estaba lacio y despeinado.

—Vas a tener que hablar con otros hombres en Londres —le advirtió Sandman—, y ellos no serán amables.

La muchacha no dijo nada.

Sandman suspiró.

—Sé lo que ocurrió —le aseguró—. Estabas en la habitación en la que Corday estaba pintando a la condesa, y alguien subió por la escalera de atrás. Entonces te llevaste a Corday por la escalera delantera, ¿verdad? Te dejaste su cuadro y sus pinceles en el dormitorio de la condesa y lo echaste rápidamente a la calle porque había llegado uno de los amantes de tu señora, y yo sé quién fue. Fue el marqués de Skavadale. —Meg frunció el ceño; parecía como si estuviese a punto de decir algo, pero justo entonces apartó la vista y se puso a mirar a lo lejos—. Y el marqués de Skavadale —continuó— está comprometido con una heredera muy rica, y necesita esa boda porque su familia está arruinada, arruinada del todo. Pero la muchacha no se casaría con él si supiese que tuvo una aventura con la condesa, y mientras ésta le estaba chantajeando. Hizo una fortuna así, ¿verdad?

—¿Ah, sí? —preguntó Meg, monótonamente.

—Tú eras su alcahueta, ¿no?

Meg volvió sus pequeños y fríos ojos hacia Sandman.

—Yo era su protectora, cretino, porque necesitaba uno. Era demasiado buena para su propio bien.

—Pero no la protegiste, ¿verdad? —la acusó Sandman, con severidad—. El

marqués la mató y tú lo descubriste. ¿Le encontraste allí? ¿O quizá oíste cómo la mataban? ¡Quizá lo vieses todo! Por eso te escondió y te prometió dinero. Sólo te está manteniendo viva hasta que ahorquen a Corday, porque después nadie creerá que había otro culpable.

Meg sonrió a medias.

—Entonces, ¿por qué no me mató allí, en aquel momento, eh? —se le quedó mirando, con actitud desafiante—. Si él mató a la condesa, ¿por qué no iba a matar a la criada? Explíquemelo, ¡venga!

Sandman no podía. Era, de hecho, lo único que no podía explicar, aunque todo lo demás tenía sentido y creía que incluso aquel misterio, con el tiempo, se desvelaría.

—¿Quizá le gustas? —apuntó.

Meg se le quedó mirando incrédulamente durante unos segundos, y soltó unas carcajadas escandalosas.

—¿Que yo le gusto? —preguntó—, ¿yo? No —se apartó un insecto de la falda—. Él me deja cuidar de las titas, eso es todo. Me gustan las titas. Siempre me han gustado las titas.

—¡Capitán! —Berrigan, sentado en la parte delantera del coche, estaba mirando al norte—. ¡Capitán! —volvió a gritar. Sandman se levantó y se dirigió hasta el carruaje. Se puso a mirar en dirección norte, a través de algunos prados y sobre una loma muy arbolada, y allí, en la cima donde el camino hacia Londres cruzaba el horizonte y se abría camino entre los árboles, divisó un grupo de jinetes—. Han estado mirando hacia aquí —le informó—; parecían dragones intentando saber cuántos casacas rojas veían.

Sandman no tenía catalejo y los jinetes estaban demasiado lejos para distinguirlos claramente. Tenía la impresión de que eran seis o siete, no más; estaban mirando hacia el coche, y al menos uno de ellos llevaba un catalejo.

—Podría ser cualquiera —comentó.

—Puede que sí —asintió Berrigan—, sólo que a lord Robin Holloway le gusta llevar una chaqueta de montar blanca y tiene un gran caballo negro.

El hombre situado en el centro del grupo llevaba una chaqueta blanca y montaba un enorme caballo negro.

—Maldita sea —exclamó Sandman, en voz baja.

¿Es que Flossie había hablado en el Club de los Serafines? ¿Había revelado que Sandman había entrado allí? En tal caso, seguramente lo habrían relacionado con el carruaje que faltaba y habrían empezado a preocuparse por Meg; luego habrían enviado un grupo de rescate para asegurarse de que Sandman no llevase a la muchacha a Londres. Incluso mientras pensaba en eso, pudo ver al grupo de jinetes que apretaba el paso y desaparecía entre los árboles.

—Azúcelos —le ordenó a Mackeson—. ¡Sargento! ¡Meta a Meg en el carruaje!

¡Rápido!

¿Cuánto tardaron los jinetes en llegar? ¿Diez minutos? Probablemente menos. Sandman pensó en dar la vuelta con el coche y volver al pueblo, en el que había un cruce de caminos, pero no había espacio para girar, y por eso, cuando Meg estuvo a buen recaudo, Mackeson fustigó a los caballos y Sandman le ordenó que girase por el primer desvío de la carretera. Cualquier camino o sendero serviría, pero seguían sin ver ninguno, y mientras el coche continuaba dando bandazos, Sandman esperaba ver a los jinetes en cualquier momento. Al menos, el campo era bastante frondoso, lo cual significaba que el coche permanecería oculto casi hasta que se encontrase con los jinetes; entonces, justo cuando Sandman empezaba a desesperarse por no encontrar una vía de escape, apareció un estrecho desvío a la derecha y le ordenó a Mackeson que lo tomase.

—Eso es un antiguo camino lleno de baches —le advirtió Mackeson.

—¡Es igual!

El vehículo se inclinó al girar hacia el sendero, casi rozando el retorcido tronco de un roble cuando intentaba tomar la cerrada curva.

—¡Espero que esto lleve hacia alguna parte! —Mackeson parecía divertido—, o si no, nos van a dar por detrás.

El carruaje traqueteaba y se tambaleaba peligrosamente, ya que el sendero no era más que profundos surcos de carro que se habían solidificado en el barro seco, pero se extendía entre gruesos setos y amplios huertos, y cada yarda les alejaba más del camino hacia Londres. Sandman ordenó a Mackeson parar el carruaje, después de doscientas yardas; se colocó en el techo del coche y miró hacia atrás, pero no vio a ningún jinete en el camino. ¿Había dejado que sus temores le hiciesen demasiado precavido? Entonces oyó a Meg gritar, gritó de nuevo, y bajando del techo, escuchó una bofetada. El grito cesó y él saltó al suelo. Berrigan abrió la ventana que no estaba rota.

—Era sólo una maldita avispa —le informó, lanzando el insecto hacia los setos—. ¡Cualquiera hubiera dicho que era un maldito cocodrilo, por el maldito jaleo que hace!

—Pensé que le estaba matando a usted —respondió Sandman, intentando subir de nuevo en el coche, pero se detuvo ante la mano alzada de Berrigan. Se detuvo, escuchó y oyó ruido de cascos.

El ruido se alejó. El grupo de jinetes estaba en la carretera principal y no se aproximaban por el estrecho sendero. Sandman palpó la empuñadura de su pistola colocada en el cinturón y recordó un día en los Pirineos, en el cual, con una pequeña avanzadilla, había sido perseguido por una quincena de dragones. Había perdido tres hombres aquel día, degollados por las rectas espadas francesas, y se había podido escapar gracias a que se encontraron, por casualidad, a un oficial de los chaquetas

verdes con una docena de hombres, que dispararon sus fusiles para alejar a los jinetes. ¿Estaban buscando los jinetes el camino? El ruido de cascos se había desvanecido casi del todo, pero Sandman se resistía a ordenar que el coche reanudase la marcha, porque el vehículo hacía ruido, pero pensó que el grito de Meg se había oído mucho más, y no había atraído a ningún perseguidor, por lo que trepó al coche y le hizo a Mackeson un gesto con la cabeza.

—Ahora, con cuidado —le ordenó—; continúe lentamente.

—No puedo hacer nada más —respondió Mackeson, señalando con la cabeza donde el camino giraba bruscamente a la izquierda—. Tendré que apurar hasta el arcén, capitán, porque es una curva muy estrecha.

—Usted vaya despacio —Sandman se levantó y miró hacia atrás, pero no había jinetes a la vista.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Mackeson.

—Habrà alguna granja allí abajo, en alguna parte —respondió Sandman—, y, en el peor de los casos, desengancharemos los caballos, le daremos la vuelta al carro y los colocaremos de nuevo.

—Esto no es un vehículo para caminos con baches —comentó Mackeson, en tono reprobatorio, pero chasqueó la lengua y dio una sacudida casi imperceptible a las riendas.

El sendero era angosto y la curva era terriblemente estrecha, pero los caballos la tomaron lentamente. El carruaje se tambaleó cuando las ruedas se subieron al arcén y los caballos, sintiendo la resistencia, redujeron el tirón; Mackeson hizo restallar la fusta sobre sus cabezas y sacudió las riendas otra vez. Justo entonces la rueda izquierda delantera se hundió en un surco oculto por hierba y hojas de acedera, y todo el carruaje se zarandeó. Mackeson sacudió los brazos para equilibrarse y Sandman agarró el pasamanos del techo. Los caballos relincharon en señal de protesta, Meg gritó, asustada, y los rayos de la rueda, al tener que soportar el peso de todo el carruaje en la zanja oculta, se partieron uno tras otro, e, inevitablemente, el aro de la rueda se hizo pedazos y el coche se cayó hacia un lado. Mackeson había conseguido, de algún modo, permanecer en su asiento.

—Le dije que no está construido para el campo —se quejó, resentido—; es un vehículo de ciudad.

—Ahora ya no es ninguna maldita clase de vehículo —replicó Berrigan. Había salido con dificultad del compartimiento ladeado y ayudó a las dos mujeres a bajar.

—¿Y ahora qué va a hacer? —le preguntó Mackeson a Sandman.

Éste se tambaleaba en la parte de arriba del coche. Estaba mirando hacia atrás y escuchaba. La rueda se había roto ruidosamente y el chasis se había precipitado estrepitosamente dentro de la zanja, y creía oír el ruido de cascos otra vez. Sacó la pistola.

—¡Silencio todo el mundo! —ordenó.

En esos momentos estaba seguro de que podía oír los cascos, y el sonido se estaba aproximando. Amartilló la pistola, saltó al suelo y esperó.

El reverendo Horace Cotton, ordinario de Newgate, parecía agachado en su púlpito, con los ojos cerrados, como si concentrase todas sus fuerzas, mentales y físicas, para un esfuerzo supremo. Tomó aire, apretó los puños, y profirió un angustiado grito que resonó en las altas vigas de la capilla de Newgate.

—¡Fuego! —gimió—, ¡fuego, dolor, llamas y agonía! Todos los tormentos bestiales del diablo os esperan. Fuego eterno, dolor inimaginable, llantos inconsolables y rechinar de dientes; y cuando el dolor os parezca insoportable, cuando parezca que ningún alma, ni siquiera una tan corrompida como la vuestra, pueda soportar semejantes imposiciones ni un momento más, ¡entonces sabréis que eso sólo es el principio! —Dejó que retumbase la última palabra por la capilla durante unos segundos, luego bajó la voz a un volumen más razonable; poco más que un susurro—. Sólo es el principio de vuestra agonía. No es más que el comienzo de vuestro castigo, que os atormentará hasta la eternidad. Aunque las estrellas mueran y nazcan nuevos firmamentos, vosotros seguiréis gritando en el fuego que os desgarrará la piel como el arañazo de un gancho y la punzada hiriente de un hierro de marcar — se inclinó hacia delante, con los ojos como platos, y miró hacia abajo, al Banco Negro, en el que los dos hombres condenados estaban sentados junto al ataúd pintado de negro—. Seréis los juguetes del demonio —les prometió—; seréis atormentados, quemados, golpeados y despedazados. Será un dolor sin fin. Una agonía sin cese. Un tormento sin piedad.

El silencio en la capilla fue interrumpido por el sonido de los mazos que estaban levantando el patíbulo al otro lado del enorme pórtico, para lamento de Charles Corday. El reverendo Cotton se puso derecho, encantado por haber abatido a uno de los desgraciados. Miró hacia los bancos donde estaban sentados los demás presos, algunos de los cuales aguardaban su turno en el Banco Negro, mientras otros esperaban el momento oportuno antes de ser trasladados a los barcos que los deportarían a Australia y al olvido. Alzó la vista hasta la tribuna pública, abarrotada como cualquier día anterior a una ejecución. Los fieles de la tribuna pagaban por el privilegio de presenciar cómo los delincuentes condenados asistían a sus oficios fúnebres. Era un día cálido y, al comienzo del servicio, algunas mujeres de la tribuna habían intentado refrescarse con abanicos, pero ya no se movía ningún cartón pintado. Todo el mundo estaba quieto, en absoluto silencio, sobrecogido por las terribles palabras que el ordinario esparcía como una telaraña de fatalidad sobre las cabezas de los dos condenados.

—No soy yo quien os promete semejante destino —les advirtió el reverendo

Cotton—, no soy yo quien vaticina el tormento de vuestras almas, ¡sino Dios! ¡Dios os ha prometido ese destino! Por toda la eternidad, cuando los santos se reúnan en el río de cristal para cantar las alabanzas al Señor, vosotros gritaréis de dolor.

Charles Corday sollozaba, cabizbajo, con sus estrechos hombros que se sacudían agitadamente. Sus grilletes, unidos a una anilla de hierro alrededor de la cintura, tintineaban cada vez que hacía el menor movimiento. El alcaide, en su propio banco familiar, detrás del Banco Negro, frunció el ceño. No estaba seguro de que aquellos famosos sermones fueran de mucha ayuda a la hora de mantener el orden en la prisión, porque reducían a hombres y mujeres a un terror estremecedor o provocaban una rebeldía impía. El alcaide hubiera preferido un oficio tranquilo y digno, en voz baja y reposado, pero Londres esperaba que el ordinario hiciera una exhibición, y Cotton sabía cómo estar a la altura de tales expectativas.

—Mañana —bramó— os sacarán a la calle y alzaréis la vista para mirar el luminoso cielo de Dios por última vez; entonces os colocarán la capucha sobre vuestras cabezas y la soga alrededor de vuestros cuellos, y escucharéis el gran batir de las alas del demonio, esperando vuestras almas impacientemente. «Sálvame, Señor», gritaréis, «¡sálvame!» —Sacudió las manos hacia las vigas del techo, como haciéndole señas a Dios—. Pero será demasiado tarde, ¡demasiado tarde! Vuestros pecados, vuestros intencionados pecados, vuestra propia maldad, os habrán llevado hasta ese aterrador patíbulo, en el que caeréis hasta el final de la cuerda; después os asfixiaréis, os agitaréis y os sacudiréis para poder respirar, pero el forcejeo no os servirá de nada, ¡y seréis presa del dolor! Luego vendrá la oscuridad y vuestras almas se elevarán sobre este dolor terrenal hasta el gran trono del juicio, en el que Dios os espera. ¡Dios! —Cotton alzó sus rechonchas manos de nuevo, esta vez suplicando, cada vez que repetía la palabra—. ¡Dios! ¡Dios os estará esperando en Su misericordia y majestuosidad, y Él os examinará! ¡Os juzgará! ¡Y os encontrará desprovistos! ¡Mañana! ¡Sí, mañana! —señaló a Corday, todavía cabizbajo—. Veréis a Dios. Los dos, tan claramente como yo os veo ahora, veréis al terrible Dios, el Padre de todos nosotros, y Él negará con la cabeza, decepcionado, y ordenará que os aparten de Su presencia, porque habéis pecado. Le habéis ofendido a Él, que nunca nos ha ofendido a nosotros. Habéis traicionado a vuestro creador, que envió a Su hijo para que fuera nuestra salvación, y seréis apartados de Su trono de misericordia, para ser arrojados a las extremas profundidades del infierno. A las llamas. Al fuego. ¡Al dolor eterno! —pronunció las palabras con un gemido tembloroso, y luego, al oír la exclamación de una mujer asustada de la tribuna, repitió la frase—. ¡Al dolor eterno! —gritó la última palabra, hizo una pausa, para que toda la capilla pudiese oír a la mujer sollozando en la tribuna, y se inclinó hacia el Banco Negro, dirigiéndose a los condenados con un ronco susurro—. Y vosotros sufriréis, oh, cómo sufriréis, y vuestro sufrimiento, vuestro tormento, empezará mañana —sus ojos se abrieron más,

mientras alzaba la voz—. ¡Pensad en ello! ¡Mañana! Cuando nosotros, que permanecemos en la tierra, estemos desayunando, vosotros estaréis agonizando. Cuando todos nosotros estemos cerrando los ojos y juntando nuestras manos en plegaria para dar gracias a un Dios benevolente por proporcionarnos nuestras gachas, con nuestros huevos con beicon, con tostadas y chuletas, con hígado en su salsa o incluso —el reverendo Cotton sonrió, porque le gustaba incluir detalles cotidianos en sus sermones—, quizá incluso un plato de riñones picantes, ¡en aquel preciso momento vosotros estaréis gritando con los primeros y aterradores dolores de la eternidad! ¡Y, durante toda la eternidad, esos tormentos se harán cada vez más aterradores, más insoportables, e incluso más terribles! No habrá final para vuestros dolores, y el comienzo será mañana —se estaba inclinando desde el baldaquín del púlpito, para que su voz cayera como una lanza en el Banco Negro—. Mañana os encontraréis con el diablo. Os lo encontraréis cara a cara y yo lloraré por vosotros. Temblaré por vosotros. Y, sobre todo, daré gracias a mi Señor y mi Salvador, Jesucristo, para que me evite vuestro dolor, y se me entregue una corona de rectitud por haber sido salvado. —Se enderezó y se llevó las manos al pecho—. ¡He sido salvado! ¡Redimido! He sido bañado en la sangre del Cordero y he sido bendecido por la gracia de Aquél, el único que puede llevarse nuestro dolor.

El reverendo Horace Cotton hizo una pausa. Llevaba ya cuarenta y cinco minutos de sermón y aún le quedaban otros cuarenta y cinco para acabar. Bebió un sorbo de agua mientras miraba a los presos. Uno estaba llorando, pero el otro se resistía; por tanto, lo intentaría con más ímpetu.

Tomó aire, pidió inspiración y siguió predicando.

No se aproximaba ningún jinete por el sendero. El ruido de cascos sonó fuerte en la carretera de Londres, pero se desvaneció en el día caluroso. En algún lugar, a mucha distancia, las campanas empezaron a tocar después del oficio de la mañana.

—¿Y ahora qué va a hacer? —volvió a preguntar Mackeson, esta vez con un manifiesto tono de triunfo. Sabía que el accidente del coche había arruinado las posibilidades de Sandman, y al regodearse de ello, le permitió vengarse de algún modo de las humillaciones que había tenido que soportar en los últimos dos días.

—Lo que voy a hacer —replicó Sandman— no es de su maldita incumbencia, pero lo que va a hacer usted es quedarse aquí con el carruaje. ¿Sargento? Desenganche los caballos de las varas.

—¡No puedo quedarme aquí! —protestó Mackeson.

—Entonces empiece a caminar —gruñó Sandman, y se volvió hacia Meg y Sally—. Vosotras dos montaréis a pelo —les ordenó.

—Yo no sé montar —refunfuñó Meg.

—¡Entonces será mejor que camines hasta Londres! —gritó Sandman, soltando

ligeramente su mal genio—. ¡Y me aseguraré de que lo hagas! —le arrebató la fusta a Mackeson.

—Sí que montará, capitán —aseguró Sally lacónicamente. Por supuesto, cuando el tiro fue desenganchado de las varas, Meg trepó por la escala del carruaje para sentarse en el amplio lomo de un caballo, con las piernas colgando a un lado y las manos agarradas al tirante que se extendía a lo largo del sillar de la yegua. Parecía aterrorizada, mientras que a Sally, a pesar de no llevar silla, se la veía grácil.

—¿Ahora qué? —preguntó Berrigan.

—La carretera principal —respondió Sandman, y entre los dos dieron la vuelta a los cuatros caballos.

Era un riesgo utilizar la carretera de Londres, pero los jinetes, si es que estaban buscando el carruaje, se habían dirigido hacia el sur. Sandman iba con cuidado, pero no se encontraron a nadie hasta que llegaron a un pueblo en el que un perro se puso a perseguir a los caballos y Meg gritó, temiendo que su yegua se fuese hacia un lado. Una mujer salió de una casita y golpeó al perro con una escoba.

Un mojón a la salida del pueblo indicaba que Londres quedaba a cuarenta y dos millas.

—Un largo día por delante —comentó Berrigan.

—Día y noche —añadió Sandman con pesimismo.

—No voy a quedarme aquí arriba día y noche —protestó Meg.

—Tú harás lo que te digan —le espetó Sandman.

Pero en la aldea siguiente Meg empezó a gritar que había sido secuestrada y una pequeña multitud indignada se puso a seguir a los pesados caballos hasta que el rector del pueblo, con una servilleta en el cuello, porque se había levantado de su mesa de desayuno, llegó a investigar el jaleo.

—Está loca —le informó Sandman al capellán.

—¿Loca? —El rector alzó la vista hacia Meg y se estremeció ante la malevolencia de su cara.

—¡Me han secuestrado! —gritó la mujer.

—La llevamos a Londres —explicó Sandman— para que la vean los médicos.

—¡Me han raptado! —vociferó Meg.

—Está más loca que una cabra —añadió Sally, intentando ayudar.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó Meg; se tiró al suelo e intentó escaparse, pero Sandman corrió tras ella, la zancadilleó y se agachó a su lado.

—Te voy a romper tu maldito cuello, muchacha —le susurró.

El rector, un nombre rechoncho con una mata de pelo blanco, intentó apartar a Sandman.

—Me gustaría hablar con la muchacha —comentó—. Insisto en hablar con ella.

—Primero lea esto, por favor —le indicó Sandman, recordando la carta del

secretario de Estado y entregándosela al rector.

Meg, intuyendo que la carta le supondría problemas, intentó arrebatársela, y el capellán, impresionado por el sello del Departamento de Estado, se apartó de la muchacha y leyó el papel arrugado.

—Pero, si está loca —le planteó a Sandman cuando hubo acabado de leerla—, ¿por qué está implicado el vizconde de Sidmouth?

—¡Yo no estoy loca! —protestó Meg.

—En realidad —murmuró Sandman al rector—, se la busca por un asesinato, pero no quiero asustar a sus feligreses. Será mejor para ellos que esté enferma, ¿verdad?

—Tiene razón, tiene razón —el cura parecía alarmado y le devolvió la carta como si fuese contagiosa—. Pero quizá debería atarle las manos.

—¿Has oído eso? —Sandman se volvió hacia Meg—. Dice que debería atarte las manos, y lo haré si causas más alboroto.

Ella reconoció la derrota y empezó a decir palabrotas ferozmente, lo cual sólo reforzaba la afirmación de Sandman ante el rector. Éste empezó a usar la servilleta como un matamoscas, para apartar a sus feligreses de la muchacha maldiciente, la cual, al ver que su intento de liberarse había fallado, y temiendo que Sandman la inmovilizara si no cooperaba, utilizó un abrevadero de piedra como montadero para subir de nuevo a su caballo. Todavía estaba soltando denuestos cuando dejaron el pueblo.

Siguieron caminando pesadamente. Todos estaban cansados e irritables, y el calor y el largo camino minaban las fuerzas de Sandman. La ropa estaba pegajosa y asquerosa, y notó que le estaba saliendo una ampolla en el talón izquierdo. Seguía cojeando, debido a la lesión que se había hecho en el tobillo al saltar hasta el escenario en el teatro de Covent Garden, pero como todos los soldados de infantería, creía que la mejor manera de curar un esguince era seguir caminando. Incluso así, hacía mucho tiempo que seguía caminando. Sally le animó a montar, pero quería mantener un caballo de repuesto fresco, por lo que negó con la cabeza y se enfrascó en la monótona caminata de la marcha del soldado, sin apenas observar el paisaje, ya que sus pensamientos le llevaron a las largas y polvorientas carreteras españolas, a las huellas de las botas de su compañía y al trigo creciendo en la cuneta, donde habían caído las semillas del carro de intendencia. Incluso entonces, apenas había montado su caballo, prefiriendo mantener al animal fresco.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a Londres? —Berrigan rompió el silencio, después de hubiesen atravesado otro pueblo.

Sandman parpadeó como si acabase de despertar. Vio que el sol estaba descendiendo y que las campanas anunciaban el oficio de la tarde.

—Meg nos va a decir la verdad —respondió al cabo del rato. Ella dio un

resoplido de burla y Sandman se aguantó el mal genio—. Meg —le habló con delicadeza—, quieres volver a la casa del marqués de Skavadale, ¿verdad? ¿Quieres volver con tus gallinas?

—Ya sabe que sí —respondió ella.

—Entonces puedes hacerlo —le anunció Sandman—, pero primero nos vas a contar parte de la verdad.

—¿Parte? —preguntó Sally, intrigada.

—Parte de la verdad —insistió Sandman. Sin darse cuenta, había estado pensando en su dilema y, de repente, la respuesta parecía clara. No le habían contratado para descubrir al asesino de la condesa, sino para determinar si Corday era culpable o no. Y eso era lo que le expondría al secretario de Estado—. No importa quién mató a la condesa —le aseguró a Meg—. Lo único que me interesa es que tú sabes que Corday no lo hizo. Lo sacaste del dormitorio cuando ella aún estaba viva y eso es todo lo que quiero que le digas al secretario de Estado.

Ella se le quedó mirando.

—Ésa es la verdad, ¿no? —le preguntó Sandman. Ella seguía sin decir nada y él suspiró—. Meg, puedes volver a la casa del marqués. Puedes hacer lo que te plazca con el resto de tu vida, pero primero debes contarme esa pequeña parte de la verdad. Tú sabes que Corday es inocente, ¿no es así?

Al cabo de un rato, de un buen rato, la muchacha finalmente asintió.

—Le vi salir por la puerta de la calle —respondió en voz baja.

—¿Y la condesa aún estaba viva?

—Por supuesto que sí —aseguró Meg—. Le pidió que volviera al día siguiente, pero para entonces ya estaba detenido.

—¿Y le dirás eso al secretario de Estado?

Meg dudó y luego asintió.

—Le diré eso —respondió—; es lo único que le diré.

—Gracias —suspiró Sandman.

Un mojón les anunció que Charing Cross quedaba a dieciocho millas. El humo de la ciudad inundaba el cielo como una niebla marrón, mientras, a su izquierda, entre los pliegues de las colinas oscurecidas, se vislumbraba el brillante Támesis, liso como el acero. El cansancio de Sandman desapareció. Pensó que parte de la verdad sería suficiente, y su trabajo, gracias a Dios, habría concluido.

Jemmy Botting, el verdugo de Inglaterra, fue a Old Bailey a última hora de la tarde para revisar el patíbulo acabado. Uno o dos transeúntes, al reconocerle, le saludaron irónicamente, pero Botting no hizo caso.

Tenía poco que revisar. Dio por sentado que las vigas estaban bien sujetas, los tablones bien clavados y la tela bien asegurada. La plataforma se balanceaba un poco,

pero siempre lo hacía, y el movimiento no era peor que estar en la cubierta de un barco, sobre un pequeño oleaje. Tiró de la estaca que aguantaba el madero de la trampilla y bajó a la oscuridad de la parte inferior de la plataforma, donde agarró la sogas que tiraba del madero. Cedió con una sacudida y entonces la trampilla se abrió, dejando entrar la luz del atardecer.

No le gustaba aquella sacudida. No había nadie en la trampilla y, sin embargo, al madero le había costado moverse, así que abrió su saco y extrajo un pequeño tarro de sebo que le había regalado el cordonero. Trepó por la estructura de madera y engrasó el tope hasta que su superficie quedó resbaladiza. Después, levantó la trampilla y colocó con dificultad el madero en su sitio. Dos ratas le observaban y les gruñó. Bajó hasta los adoquines de Old Bailey y volvió a tirar de la sogas; el madero se deslizó con facilidad y la trampilla bajó ruidosamente y golpeó en uno de los soportes verticales.

—Funciona, ¿eh? —les señaló Botting a las ratas, bastante despreocupadas por su presencia.

Colocó la trampilla y el madero en su sitio, se guardó el sebo en el saco y escaló hasta la parte de arriba del patíbulo, donde primero colocó la estaca en posición y después comprobó cuidadosamente la firmeza de la trampilla poniendo un pie sobre los tablones y aligerando lentamente el peso sobre esa pierna. Sabía que era segura. No quería convertirse en el hazmerreír de Londres cuando pusiera a un preso sobre una trampilla que cediera antes de tener la sogas alrededor del cuello. Sonrió al pensarlo; luego, convencido de que todo estaba preparado, se dirigió hacia Debtor's Door y llamó a la puerta con fuerza. Le darían de cenar en la prisión y le proporcionarían un pequeño dormitorio sobre el vestíbulo.

—¿Tenéis veneno para ratas? —le preguntó al carcelero que abrió la puerta—. Es que hay ratas del tamaño de zorros bajo el patíbulo. No hace ni dos horas que han acabado la plataforma y ya hay ratas.

—Hay ratas por todas partes —respondió el carcelero y cerró la puerta.

Bajo ellos, y aunque era una tarde calurosa, los sótanos de la prisión de Newgate mantenían una temperatura baja, y por eso, antes de que Charles Corday y el otro condenado fueran encerrados en la celda de la muerte, encendieron un fuego de carbón en el pequeño hogar. La chimenea no tiraba bien al principio y la celda se llenó de humo, pero luego el tiro se calentó y el aire se aclaró, aunque el hedor a humo de carbón permanecía. Pusieron un orinal de metal en una esquina de la celda, aunque sin biombo para tener intimidad. Colocaron dos catres de hierro con jergones de paja y finas mantas junto a la pared, y llevaron una mesa con sillas, ya que los carceleros vigilarían a los presos durante toda la noche. Colgaron lámparas en unos ganchos de hierro. Al anochecer, los hombres que iban a morir por la mañana fueron metidos en la celda y les ofrecieron una cena de potaje de guisantes, chuletas de cerdo y col hervida. El alcaide fue a verles mientras cenaban y pensó, mientras

esperaba a que acabaran la comida, que los dos hombres eran completamente diferentes. Charles Corday era enclenque, pálido y nervioso, mientras que Reginald Venables era un descomunal bruto con una abundante barba negra y una cara absolutamente tosca, aunque era Corday el que había cometido asesinato, porque a Venables le iban a ahorcar por robar un reloj.

Corday, nada más acabarse la cena, con sus grilletes sonando con gran estrépito, se dirigió a su catre y se tumbó boca arriba, mirando, con los ojos como platos, las húmedas piedras del techo abovedado.

—Mañana... —comenzó el alcaide, mientras Venables se acababa el plato.

—Espero que ese maldito predicador no esté allí —le interrumpió Venables.

—Silencio cuando habla el alcaide —gruñó el carcelero mayor.

—El predicador estará allí —anunció el alcaide— para ofrecer todo el consuelo espiritual que pueda —esperó a que el carcelero se llevara las cucharas de la mesa—. Mañana —empezó otra vez— se les acompañará desde aquí hasta la Sala de Reuniones, donde se les sacarán los grilletes y se les inmovilizarán los brazos. Ya habrán desayunado, pero tendremos brandy en la Sala de Reuniones, y les aconsejo que lo beban. Después, saldremos a la calle —hizo una pausa. Venables le miraba con resentimiento, mientras que Corday parecía ausente—. Es costumbre —continuó el alcaide— ofrecerle una moneda al verdugo para que procure que su paso al otro mundo sea menos doloroso. Tales honorarios no son algo que yo apruebe, pero es un funcionario de la ciudad, no de la cárcel, y por eso no puedo hacer nada para evitarlo. Pero incluso sin semejantes emolumentos, comprobarán que su castigo no es doloroso y que acabará pronto.

—Maldito mentiroso —farfulló Venables.

—¡Silencio!

—No pasa nada, señor Carlisle —le comentó el alcaide al enojado carcelero—. Algunos hombres —continuó— no están dispuestos a ir al patíbulo e intentan dificultar el trabajo necesario. No les sirve de nada. Si se resiste, si lucha, si intenta causarnos molestias, igualmente será ahorcado, pero ahorcado con dolor. Es mejor cooperar. Es más fácil para usted y para los seres queridos que pueden estar mirándole.

—Querrá decir que es más fácil para usted —observó Venables.

—Ningún deber es fácil —declaró el alcaide, en tono moralista—; no si se cumplen con la debida asiduidad —se dirigió hacia la puerta—. Los carceleros permanecerán aquí toda la noche. Si requieren consuelo espiritual, pueden hacer llamar al ordinario. Les deseo que pasen una buena noche.

Corday habló por primera vez.

—Soy inocente —murmuró, con la voz casi temblorosa.

—Sí —asintió el alcaide—, por supuesto que sí. —Pensó que no tenía nada más

que decir sobre el asunto, por lo que les hizo un gesto con la cabeza a los carceleros—. Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches, jefe —respondió el señor Carlisle, el carcelero mayor, y permaneció firme hasta que los pasos del alcaide se hubieron desvanecido al fondo del pasadizo. Entonces descansó y se giró hacia los dos presos—. Si queréis consuelo espiritual —gruñó—, no me molestéis ni a mí ni al reverendo Cotton; os podéis poner de rodillas y le molestáis al de allí arriba, y le pedís que os perdone. Venga, George —se volvió hacia su compañero—, triunfan picas, ¿de acuerdo?

En el Paseo de las Jaulas, que era el pasadizo subterráneo que unía la prisión con los tribunales de la Cámara de Sesiones, dos criminales estaban trabajando a pico y pala. Habían colgado faroles en el techo del pasillo y las losas, grandes bloques de granito, habían sido levantadas y amontonadas a un lado. Una fetidez llenaba el pasadizo, una nociva pestilencia a gas, cal y carne podrida.

—¡Jesús! —exclamó uno de los delincuentes, retrocediendo ante el hedor.

—No le encontrarás ahí abajo —le contestó un carcelero, apartándose del hueco de las losas.

Cuando se construyó el Paseo de las Jaulas, el pavimento se había colocado directamente sobre el terreno arcilloso de Londres, pero aquel barro tenía un aspecto moteado y oscuro bajo la inestable luz de los titilantes faroles.

—¿Cuándo se utilizó este tramo de pasillo por última vez? —preguntó uno de los presos.

—Sería hace dos años —respondió el carcelero, pero parecía dudar—; dos años, por lo menos.

—¿Dos años? —repitió el preso, con desdén—. Si todavía respiran ahí abajo.

—Tú acaba con eso —le animó el carcelero—, y te daré esto —le mostró una botella de brandy.

—Que Dios nos ayude, maldita sea —comentó Tom, con pesimismo; tomó una bocanada de aire y siguió cavando con la pala.

Él y su compañero estaban cavando las tumbas para los dos hombres que serían ejecutados por la mañana.

Algunos de los cuerpos eran diseccionados, pero por muy ávidos de cadáveres que estuvieran los anatomistas, no podían quedarse con todos, y por eso, la mayoría eran llevados allí y colocados en tumbas sin nombre. Aunque el pasadizo fuera corto y la prisión enterrara los cadáveres en cal viva para acelerar el proceso de descomposición, y a pesar de que levantaban el suelo siguiendo una estricta rotación, para no tener que excavar en el mismo lugar demasiado pronto, los picos y las palas se encontraban con huesos y barro derretido y podrido. Todo el suelo estaba desnivelado, como si hubiera habido un terremoto, pero, en realidad, se debía a que las losas se asentaban, dependiendo de la descomposición inferior. Además, y aunque

el pasillo apestaba y el fango estaba repleto de carne sin descomponer, seguían llevando cadáveres y los hundían en la inmundicia.

Tom, metido en el agujero hasta los tobillos, sacó una calavera amarilla que rodó por el corredor.

—Está en plena forma, ¿verdad? —comentó.

Los dos carceleros y el otro preso comenzaron a reír y no podían parar.

El señor Botting estaba cenando costillas de cordero, patatas hervidas y nabos. La cocina del alcaide le ofreció un budín con sirope como postre y a continuación una taza de té concentrado y un vaso de brandy. Después de eso, se fue a dormir.

Dos serenos vigilaban el patíbulo. Justo después de medianoche, el cielo se encapotó y dejó caer una breve llovizna que refrescó Ludgate Hill. Un puñado de gente, ansiosos por conseguir los mejores puestos frente a las rejas que cercaban la horca, estaban durmiendo sobre los adoquines y se despertaron con la lluvia. Refunfuñaron, se cubrieron un poco más con las mantas e intentaron volver a dormirse.

El alba llegó temprano. Las nubes se dispersaron, descubriendo un cielo de color perla, surcado por las irregulares columnas de humo de carbón. Londres despertaba.

Y en la prisión de Newgate habría riñones picantes para desayunar.

Capítulo 10

El caballo de Sally, un castrado, se había quedado cojo el domingo, justo después del anochecer; luego, la bota derecha de Berrigan había perdido la suela, así que ataron el caballo a un árbol, Berrigan se encaramó al lomo del tercer caballo y Sandman, cuyas botas aún se mantenían enteras, guió a los caballos de las dos muchachas.

—Si no devolvemos todos los caballos al Club de los Serafines —señaló Sandman, preocupado por el animal que habían dejado abandonado—, podrían acusarnos de haberlos robado.

—Podrían ahorcarnos por eso —contestó Berrigan, pero sonrió—, aunque yo no me preocuparía por eso, capitán. Con lo que sé del Club de los Serafines, no nos pueden acusar de nada.

Los tres caballos restantes estaban tan cansados que Sandman pensó que, probablemente, habrían llegado antes si los hubiesen dejado atrás, pero Meg se había resignado a contar una verdad a medias, y no quería molestarla proponiéndole que caminara, especialmente después de que empezara de nuevo a quejarse de que los zorros se comerían sus gallinas, pero entonces, Sally comenzó a cantar y eso detuvo el gañido. La primera canción de Sally era una favorita de los soldados, «El tamborilero mayor», que contaba la historia de una muchacha tan enamorada de su casaca roja, que le seguía hasta el regimiento; una vez allí se convertía en tamborilero mayor y evitaba ser descubierta, hasta que se bañaba en el río y casi era violada por otro soldado. Se escapaba de él, los oficiales descubrían su identidad y ella insistía en que se casaría con su amante.

—Me gustan las historias que acaban bien —comentó Berrigan.

El sargento se echó a reír cuando Sally comenzó con otra canción, que también era una de las preferidas por los soldados, pero trataba sobre una muchacha que no lograba escapar. Sandman estaba un tanto sorprendido, aunque no demasiado, de que Sally se supiese toda la letra; Berrigan se puso a cantar con ella y Meg empezó a reír cuando le tocaba el turno al capitán y se equivocaba. Sally siguió cantando incluso cuando un petirrojo se abalanzó sobre ellos desde un árbol hueco del margen de la carretera.

El jinete de guardia sospechó que los cuatro desaliñados viajeros habían robado los tres caballos de tiro, lo cual no era del todo mentira, y les salió al paso empuñando una de sus pistolas. El cañón del arma y los botones de acero de su casaca azul y su chaleco rojo relucían en la oscuridad.

—En el nombre del rey —anunció, pretendiendo no ser confundido por un bandolero—, ¡alto! ¿Quién va? ¿Qué hacen viajando a estas horas?

—¿Cómo se llama? —Sandman le devolvió la pregunta—. ¡Nombre y rango! ¿En qué regimiento sirvió?

Todos los petirrojos eran hombres que habían servido en la caballería. Ninguno era joven, porque se creía que un joven podía estar demasiado dispuesto a la tentación, y por eso, los jinetes más serios, mayores y mejor recomendados eran contratados para intentar mantener a raya a los ladrones en la calzada real.

—Soy yo quien hace las preguntas aquí —replicó el petirrojo, pero tímidamente, ya que había una innegable autoridad en la voz de Sandman. Podía llevar una ropa harapienta y arrugada, pero seguro que había sido oficial.

—¡Retire el arma! ¡Rápido, soldado! —le ordenó Sandman, hablándole deliberadamente como si estuviese en el ejército—. Estoy llevando a cabo un asunto oficial, con la autorización del vizconde de Sidmouth, el secretario de Estado, y este documento lleva su firma y sello, y si no sabe leer, será mejor que nos lleve inmediatamente a su magistrado.

El guardia bajó cuidadosamente el arma y la enfundó en la pistolera de la silla.

—¿Han perdido su coche, señor?

—Se le ha roto una rueda unas treinta millas atrás —respondió Sandman—. Bueno, ¿va a leer esta carta o nos va a llevar a su magistrado?

—Estoy seguro de que todo está en regla, señor.

El jinete petirrojo no quería admitir que no sabía leer, y, de hecho, tampoco deseaba molestar a su magistrado supervisor, el cual, en aquel momento, estaría sentado frente a una abundante cena, por lo que apartó su caballo y dejó pasar a Sandman y a sus tres compañeros. Sandman supuso que podría haber insistido más en ser llevados ante el magistrado y haber utilizado la carta del Departamento de Estado para conseguir otro carruaje, o, al menos, cuatro caballos de silla frescos, pero les habría llevado demasiado tiempo y habría turbado la frágil ecuanimidad de Meg. Así que siguieron caminando hasta que, bien entrada la medianoche, atravesaron el Puente de Londres y llegaron a La Gavilla, donde Sally se llevó a Meg a su propia habitación. Sandman le prestó la suya a Berrigan y él se dejó caer en el salón trasero, no en una de las grandes sillas, sino en el suelo de madera, lo que hizo que se despertara con frecuencia. Cuando las campanas de Saint Giles estaban dando las seis, fue a despertar a Berrigan y le ordenó que levantara a las muchachas. Luego se afeitó, buscó su camisa más limpia, se cepilló la chaqueta y le sacó el polvo a sus gastadas botas antes de que, a las seis y media, acompañado de Berrigan, Sally y una Meg muy reacia a remolque, se dirigió a Great George Street para acabar, eso esperaba, con su investigación.

Lord Alexander Pleydell y su amigo lord Christopher Carne casi sintieron náuseas al entrar en Press Yard debido al terrible olor, peor que el hedor de los desagües de las cloacas donde Fleet Ditch desembocaba en el Támesis. El carcelero que les guiaba se rió entre dientes.

—Yo ya no noto el olor, milores —comentó—, pero supongo que es mortalmente malo a su manera, mortalmente malo. Cuidado con los escalones, milores, tengan cuidado.

Lord Alexander retiró el pañuelo cautelosamente.

—¿Por qué llaman a esto «Press Yard»?

—Aquí es donde antaño, milord, los reclusos eran interrogados. Eran hostigados, milord. Apedreados, milord, para persuadirles de que dijeran la verdad. Nosotros ya no lo hacemos, milord, una lástima, y como consecuencia ellos mienten como bellacos, milord, como bellacos.

—¿Los lapidaban hasta, la muerte? —preguntó lord Alexander, horrorizado.

—Oh no, milord, hasta la muerte, no. Hasta la muerte, no, ¡a menos que la pifiasen y les lanzasen demasiadas piedras! —se rió entre dientes, al encontrar la idea graciosa—. No, milord, sólo los hostigaban hasta que dijese la verdad. Es un buen método para que alguien confiese, milord, ¡sobre todo después de media tonelada de piedras! —El carcelero se volvió a reír. Era un hombre gordo con pantalones de cuero, una chaqueta manchada y una robusta porra—. Cuesta respirar —comentó, aún sonriente—, cuesta mucho respirar.

Lord Christopher Carne se estremeció ante el terrible hedor.

—¿Hay desagües aquí? —preguntó, con irritación.

—La prisión está muy renovada, milord —se apresuró a asegurarle el carcelero—, muy renovada; es decir, con desagües y retretes apropiados. La verdad, milord, es que les mimamos demasiado, sí que lo hacemos, pero ellos son animales repugnantes. Ensucian su propio nido, ya que nosotros se lo entregamos limpio y ordenado.

El carcelero bajó la porra, mientras echaba el cerrojo a la verja por la que habían entrado al largo, alto y estrecho patío. Las piedras del pasillo parecían húmedas, a pesar del caluroso día, como si el sufrimiento y el temor de tantos siglos hubiese empapado el granito y no pudiese secarse.

—Si ya no interrogan a los reclusos —preguntó lord Alexander—, entonces, ¿para qué se utiliza el patio?

—Los condenados gozan de la libertad de Press Yard, milord, durante la luz del día —respondió el carcelero—, lo cual es un ejemplo, milores, de lo amablemente dispuestos que estamos hacia ellos. Les mimamos demasiado, sí que lo hacemos. Hubo un tiempo en el que una prisión era una prisión, no una taberna con pretensiones.

—¿Aquí venden licor? —preguntó lord Alexander, mordazmente.

—Ahora ya no, milord. El señor Brown, o sea, el alcaide, milord, ordenó cerrar la tienda de grog, arguyendo que la escoria se ponía borracha y revoltosa, milord, pero eso no cambió nada, ya que ahora hacen que les traigan la bebida desde El Cordero o La Urraca y el Tocón —puso atención para oír que la campana de la iglesia daba los

tres cuartos—. ¡Dios mío! ¡El Santo Sepulcro nos está indicando que ya son las siete menos cuarto! Si ustedes giran a la izquierda, milores, podrán reunirse con el señor Brown y los demás caballeros en la Sala de Reuniones.

—¿La Sala de Reuniones? —preguntó lord Alexander.

—Donde se reúnen los condenados, milord, durante las horas del día, milord —explicó el carcelero—, excepto en grandes ocasiones como hoy, milord; esas ventanas a vuestra izquierda, milord, son las cajas de sal.

Lord Alexander, a pesar de oponerse al ahorcamiento de los criminales, se sentía curiosamente fascinado por todo lo que veía y observó las quince ventanas barradas.

—Ese nombre, cajas de sal —comentó—. ¿Sabe de su derivación?

—No, ni tampoco su inclinación, milord —el carcelero se echó a reír—; sospecho que las llaman cajas de sal porque están apiladas como cajas.

—¿Qué son las c-cajas de sal? —preguntó lord Christopher, que estaba muy pálido aquella mañana.

—En realidad, Kit —intervino lord Alexander, con una aspereza fuera de lugar—, todo el mundo sabe que allí es donde los condenados pasan sus últimos días.

—Las salas de espera del diablo, milord —respondió el carcelero, arrastrando la pesada puerta de la Sala de Reuniones, y tendió la mano, con ostentación.

Lord Alexander, que se enorgullecía de sus nociones de igualdad, estaba a punto de estrecharle la mano al carcelero, pero se dio cuenta del significado.

—¡Ah! —exclamó, desconcertado, pero se hurgó apresuradamente el bolsillo y extrajo la primera moneda que encontró—. Gracias, buen hombre.

—Gracias, su señoría, gracias —respondió el carcelero; entonces, para su sorpresa, vio que le habían dado una libra entera de propina, y rápidamente se quitó el sombrero y le dedicó una reverencia—. Que Dios os bendiga, milord, Dios os bendiga.

William Brown, el alcaide de Newgate, se apresuró a presentarse ante sus dos nuevos invitados. No conocía a ninguno de los dos, pero reconoció a lord Alexander por su pie deforme, por lo que se quitó el sombrero y le dedicó una reverencia.

—Su señoría es bienvenida.

—Brown, ¿verdad? —intuyó lord Alexander.

—William Brown, milord, sí. El alcaide de Newgate, milord.

—Lord Christopher Carne —lord Alexander presentó a su amigo con un vago gesto con la mano—. El asesino de su madrastra será ahorcado hoy.

El alcaide volvió a hacer una reverencia, esta vez a lord Christopher.

—Confío en que su señoría considere la experiencia tanto una venganza como un consuelo; si me permiten, les presentaré al ordinario de Newgate —les condujo hasta un sacerdote robusto con una peluca anticuada, sotana, una sobrepelliz y bandas de Ginebra, que les esperaba con una sonrisa en su rechoncha cara—. El reverendo

doctor Horace Cotton —les anunció el alcaide.

—Su señoría es bienvenida —Cotton le dedicó una reverencia a lord Alexander—. Creo que su señoría es sacerdote, como yo.

—Así es —respondió lord Alexander—, y éste es mi amigo lord Christopher Carne, quien también espera recibir las órdenes algún día.

—¡Ah! —Cotton juntó las manos a modo de plegaria y alzó la vista al techo—. Considero una bendición —confesó— que nuestra nobleza, los verdaderos dirigentes de nuestra sociedad, se nos presenten como cristianos. Es un magnífico ejemplo para las masas, ¿no le parece? Y vos, milord —se dirigió a lord Christopher—, tengo entendido que esta mañana veréis cómo se hace justicia por el grave insulto cometido contra vuestra familia.

—Espero que sí —respondió lord Christopher.

—¡Pero bueno, Kit! —objetó lord Alexander—. La venganza que persigue tu familia le será proporcionada en la eternidad por el fuego del infierno...

—¡Alabado seáis! —exclamó el ordinario.

—Y no es apropiado ni civilizado por nuestra parte hacerles llegar precipitadamente a su merecido sino —terminó lord Alexander.

El alcaide parecía estupefacto.

—Pero vos no sois partidario de abolir el castigo de la horca, ¿verdad?

—Ahorque a un hombre —contestó lord Alexander—, y le negará la oportunidad de arrepentirse. Le negará la oportunidad de tener remordimientos de conciencia noche y día. Creo que debería ser suficiente con deportar a los criminales a Australia. Sé de fuentes fidedignas que aquello es un infierno viviente.

—Sentirán el aguijón de la conciencia en el verdadero infierno —apuntó Cotton.

—Y así será, señor —replicó lord Alexander—, y así será, pero preferiría que un hombre se arrepintiese en este mundo, porque no tiene ninguna oportunidad de salvarse en el otro. Con la ejecución negamos a los hombres la oportunidad de la gracia de Dios.

—Es un argumento original —reconoció Cotton, aunque con recelo.

Lord Christopher había estado escuchando la conversación con mirada agobiada y soltó unas palabras.

—¿Es usted pariente —miró al ordinario— de Henry Cotton?

La conversación se detuvo momentáneamente, interrumpida por el repentino cambio de tema de lord Christopher.

—¿De quién, milord? —le preguntó el ordinario.

—Henry Cotton —respondió lord Christopher. Parecía que le pasaba algo; como si estar dentro de la prisión de Newgate fuese algo casi insoportable—. Era lector de griego en la iglesia de Cristo —explicó—, y ahora es el ayudante del bibliotecario en la Bodleian^[12].

El ordinario se apartó un poco de lord Christopher, el cual parecía estar a punto de caer enfermo.

—Yo había pensado, milord —respondió el ordinario—, que tenía parentesco con el vizconde de Combermere. Parentesco lejano.

—Henry Cotton es un b-buen tipo —continuó lord Christopher—, un buen tipo. Un erudito sensato.

—Es un pedante —gruñó lord Alexander—. ¿Está usted emparentado con Combermere, sir Stapleton Cotton? Casi perdió el brazo derecho en la batalla de Salamanca, y hubiese sido una trágica pérdida.

—Oh, por supuesto —asintió el ordinario, hipócritamente.

—Normalmente no eres bueno con los soldados —le comentó lord Christopher a su amigo.

—Combermere puede ser un bateador muy astuto —recordó Alexander—, especialmente contra los lanzamientos con efecto. ¿Juega usted a críquet, Cotton?

—No, milord.

—Es bueno para el viento —declaró lord Alexander misteriosamente y se giró para ofrecer una altanera inspección a la Sala de Reuniones, observando las vigas del techo, golpeando una de las mesas y mirando las ollas y calderos amontonados sobre las brasas de la chimenea—. Veo que nuestros criminales viven con alguna comodidad —señaló, y miró a su amigo con mala cara—. ¿Te encuentras bien, Kit?

—Oh, sí, por supuesto que sí —respondió apresuradamente lord Christopher, pero tenía muy mal aspecto. Varias gotas de sudor la caían por la frente y estaba más pálido que de costumbre. Se quitó las gafas y se las limpió con un pañuelo—. Es que la aprensión de imaginar a un hombre lanzado a la eternidad es propicia para la reflexión —explicó—. Muy propicia. No es una experiencia que deba tomarse a la ligera.

—Yo también pienso que no, de hecho —observó lord Alexander, y volvió su mirada imperiosa hacia los demás invitados al desayuno, los cuales parecían esperar los acontecimientos de la mañana con un regocijo pecaminoso. Tres de ellos, situados al lado de la puerta, se reían de una broma y lord Alexander les miró con cara de pocos amigos—. Pobre Corday —murmuró.

—¿Por qué os compadecéis del hombre, milord? —preguntó el reverendo Cotton.

—Es probable que sea inocente —respondió lord Alexander—, aunque, al parecer, no se ha encontrado prueba alguna de tal inocencia.

—Su fuera inocente, milord —observó el ordinario, con una sonrisa condescendiente—, estoy convencido de que el Señor nos lo hubiera revelado.

—¿Me está diciendo que nunca han ahorcado a un hombre o una mujer inocente? —preguntó lord Alexander.

—Dios no permitiría tal cosa —aseguró el reverendo Cotton.

—Entonces será mejor que Dios se vaya preparando —insinuó lord Alexander, y se volvió hacia una puerta con barrotes que se había abierto con un súbito y violento chirrido.

Durante un instante no entró nadie y parecía que todos los invitados contenían la respiración, pero entonces, después de una audible boqueada, apareció un hombre con una enorme bolsa de cuero, caminando pesadamente. Era corpulento, de cara colorada, y llevaba unas polainas marrones, pantalones negros y una chaqueta negra demasiado estrecha a la altura de su protuberante barriga. Se quitó respetuosamente su gastado sombrero marrón cuando vio el señorío expectante, pero no les dedicó ningún saludo y nadie en la Sala de Reuniones respondió a su llegada.

—Es el señor Botting —susurró el ordinario.

—Pesado nombre para un verdugo —observó lord Alexander, en voz alta y con poco tacto—. Ketch, por ejemplo, es un buen nombre para un verdugo, pero ¿Botting? Parece una enfermedad del ganado.

Botting clavó una mirada hostil al alto y pelirrojo lord Alexander, el cual se quedó bastante indiferente ante la animosidad, aunque lord Christopher retrocedió, quizá de miedo, al verle la cara, un pedazo de carne cruda desfigurada por verrugas, quistes y cicatrices, y sujeta a involuntarios tics cada pocos segundos. Botting miró a los demás invitados burlonamente y apartó el banco de una mesa, sobre la cual dejó caer su saco de cuero. Lo desabrochó, y, consciente de ser observado, extrajo cuatro rollos de cuerda blanca delgada. Colocó los rollos sobre la mesa y extrajo dos pesadas sogas, cada una con un dogal en un extremo y un ojo ajustado en el otro. Puso las sogas en la mesa, añadió los dos sacos blancos de algodón y dio un paso atrás.

—Buenos días, señor —se dirigió al alcaide.

—¡Oh, Botting! —respondió el alcaide, como si acabara de darse cuenta de la presencia del verdugo—. Buen día tenga usted.

—Y uno bueno es, señor —señaló Botting—. Prácticamente no hay nubes en lo alto. ¿Sólo hay dos clientes hoy, señor?

—Sólo dos, Botting.

—Han atraído a bastante gente —anunció—; no a una muchedumbre, pero sí a unos cuantos.

—Bien, bien —comentó vagamente el alcaide.

—¡Botting! —intervino lord Alexander y se dirigió hacia delante con su pie tullido, caminando ruidosamente sobre el agrietado suelo—. Dígame, Botting, ¿es cierto que ahorca usted a los miembros de la aristocracia con una soga de seda? —El verdugo parecía asombrado de que uno de los invitados del alcaide se dirigiera a él, y aún más de que fuera un personaje como el reverendo lord Alexander Pleydell, con su mata de pelo rojo, su nariz aguileña y su figura desgarbada—. ¿Es eso cierto? He oído que así es, pero en cuestiones concernientes al ahorcamiento, seguramente sea

usted *fons et origo* de información fidedigna. ¿Está de acuerdo?

—¿Una soga de seda, señor? —le preguntó Botting con voz débil.

—Milord —le corrigió el ordinario.

—¡Milord! ¡Ja! —exclamó Botting, recuperando su ecuanimidad, sonriendo ante la idea de que quizá lord Alexander estuviera pensando en ser ejecutado—. Siento decepcionaros, milord —le respondió—, pero no sabría cómo agarrar una soga de seda. No una de seda. Pero éste —Botting acariciaba uno de los dogales sobre la mesa— es el mejor cáñamo de Bridport, milord, superior a cualquier otro; y siempre puedo agarrar con firmeza un cáñamo de Bridport de calidad. Pero ¿la seda? Eso es harina de otro costal, milord, y no sabría ni dónde buscarla. No, milord. Si alguna vez tengo el gran privilegio de ahorcar a un noble, lo haré con cáñamo de Bridport, al igual que con cualquier otra persona.

—Y lleva razón, buen hombre —lord Alexander sonrió, aprobando el instinto de igualdad del verdugo—. ¡Bien dicho! Gracias.

—Perdonadme, milord —el alcaide le hizo señas para que se apartase del amplio pasillo central entre las mesas.

—¿Estoy en medio? —lord Alexander parecía sorprendido.

—Sólo momentáneamente, milord —respondió enseguida el alcaide.

Justo entonces, lord Alexander oyó el ruido metálico de grilletes y pies arrastrándose. El resto de invitados se volvieron y se pusieron serios. Lord Christopher Carne dio un paso atrás, con la cara aún más pálida, y se giró hacia la puerta que daba a Press Yard.

Otro carcelero entró en la sala. Saludó militarmente al alcaide y se quedó de pie al lado de una pequeña tabla tirada en el suelo. El carcelero sostenía un pesado martillo y lord Alexander se preguntó qué era lo que se disponían a hacer, pero no quiso averiguarlo; entonces los invitados más próximos a la puerta se quitaron el sombrero porque el sheriff y su ayudante estaban haciendo pasar a los dos presos a la Sala de Reuniones.

—¿Brandy, señor? —uno de los sirvientes del alcaide apareció junto a lord Christopher Carne.

—Gracias —lord Christopher no podía quitarle los ojos de encima al delgado y pálido joven que había entrado primero con las piernas agarrotadas por los pesados grilletes—. ¿Ése, ése es Corday? —le preguntó al sirviente.

—Ése es, milord, sí.

Lord Christopher se bebió el brandy de un trago y cogió otro.

Y las dos campanas, el toque a rebato de la prisión y el carillón del Santo Sepulcro, empezaron a doblar por los que estaban a punto de morir.

Sandman esperaba que la puerta de Great George Street la abriera un criado, pero lo

hizo Sebastian Witherspoon, el secretario privado del vizconde de Sidmouth, el cual arqueó las cejas con asombro.

—¿No es una hora indecorosa, capitán? —observó Witherspoon, y frunció el ceño ante el despeinado Sandman y el andrajoso aspecto de sus tres compañeros—. Supongo que no habrán venido todos ustedes esperando desayunar —comentó en un tono lleno de desprecio.

—Esta mujer —Sandman no se entretuvo con los cumplidos de un saludo— puede testificar que Charles Corday no es el asesino de la condesa de Avebury.

Witherspoon se secó ligeramente los labios con una servilleta manchada de yema de huevo. Le echó un vistazo a Meg y se encogió de hombros, como si su testimonio no tuviera ningún valor.

—Cuán inoportuno —murmuró.

—¿Se encuentra aquí el vizconde de Sidmouth? —preguntó Sandman.

—Estamos trabajando, Sandman —le respondió severamente Witherspoon—. Su señoría, como sin duda usted ya sabe, es viudo, y desde su triste pérdida busca el consuelo en el trabajo duro. Empieza temprano y acaba tarde, y no tolera que le interrumpan.

—Esto es trabajo —señaló Sandman.

Witherspoon volvió a mirar a Meg y entonces pareció darse cuenta de su aspecto.

—¿Debo recordarle —replicó— que el muchacho fue declarado culpable y que la sentencia está a punto de cumplirse dentro de una hora? Realmente, no sé qué es lo que podemos hacer a estas alturas.

Sandman retrocedió un paso.

—Preséntele mis respetos a lord Sidmouth —respondió—, y comuníqueme que vamos a solicitar una audiencia a la reina. —No tenía ni idea sobre si le recibiría, pero estaba convencido de que ni Witherspoon ni el secretario de Estado deseaban la animosidad de la familia real, y mucho menos cuando esperaban recibir honores y pensiones de la corona—. Creo que Su Majestad la reina —continuó— se había interesado por el caso, y sin duda tendrá gran curiosidad por enterarse de su displicente actitud. Buen día, Witherspoon.

—¡Capitán! —Witherspoon abrió la puerta de par en par—. ¡Capitán! Será mejor que pase.

Fueron conducidos hasta un salón vacío. La casa, aunque estaba situada en una lujosa calle cercana al Parlamento, tenía un aire provisional. No estaba habitada permanentemente, sino que era otorgada como breve usufructo a políticos como lord Sidmouth, que necesitaban un refugio temporal. El único mobiliario en el salón eran un par de sillones con fundas descoloridas y un enorme escritorio con una silla en forma de trono detrás. Había un devocionario bellamente encuadernado encima de la mesa, al lado de una desordenada pila de periódicos regionales con artículos

señalados con tinta. Sandman, cuando les dejaron solos en el insípido salón, vio que los artículos marcados eran informes sobre revueltas. La gente de toda Gran Bretaña estaba echándose a las calles para protestar en contra del precio del trigo y de la maquinaria en los molinos.

—A veces pienso —comentó— que el mundo moderno es un lugar muy triste.

—Tiene sus consuelos, capitán —respondió Berrigan, de manera despreocupada, mirando a Sally.

—Revueltas, quema de almiaras —prosiguió Sandman—. ¡Nunca había sido así! Los malditos franceses han traído la anarquía al mundo.

Berrigan sonrió.

—Las cosas iban mejor antes, ¿eh? Sólo críquet y té con pastas.

—¿Cuando no estábamos luchando contra los ranas? Sí, era algo así.

—No, capitán —el sargento negó con la cabeza—; lo que pasa es que entonces tenía dinero. Todo es más fácil cuando tienes pasta.

—Amén —añadió Sally, con fervor, y se volvió cuando se abrió la puerta y Witherspoon hizo pasar al secretario de Estado.

El vizconde Sidmouth llevaba una toga de seda estampada sobre la camisa y los pantalones. Estaba recién afeitado y su blanca piel brillaba como si hubiera sido estirada y pulida. La expresión de sus ojos, como siempre, era fría y desaprobatoria.

—Parece, capitán Sandman —comentó agriamente—, que ha decidido causarnos molestias.

—Yo no he decidido nada parecido, milord —replicó Sandman, agresivamente.

Sidmouth frunció el ceño ante el tono de Sandman y miró a Berrigan y las dos mujeres. Oyeron el ruido de alguien lavando los platos, que provenía del fondo de la casa, e hizo recordar a Sandman lo hambriento que estaba.

—Entonces, ¿a quién me ha traído? —preguntó el secretario de Estado, con desagrado en la voz.

—A mis socios, el sargento Berrigan y la señorita Hood...

—¿Socios? —a Sidmouth le hacía gracia.

—Debo reconocerles su ayuda, milord, como, sin duda, lo hará Su Majestad cuando sepa el resultado de nuestras investigaciones.

Semejante insinuación provocó una mueca en el rostro del secretario de Estado. Observó a Meg y casi retrocedió impresionado ante la fuerza de sus pequeños ojos y la visión de sus dientes deformados y su cara picada de viruela.

—¿Y usted, señorita? —preguntó con frialdad.

—La señorita Margaret Hargood —Sandman la presentó—, que fue sirvienta de la condesa de Avebury y estuvo presente en el dormitorio de la condesa el día del asesinato. Acompañó personalmente a Charles Corday fuera de la habitación antes del asesinato, le vio salir de la casa y puede testificar que no volvió. En resumen,

milord, puede testificar que Charles Corday es inocente. —Sandman habló con orgullo y satisfacción. Estaba cansado, hambriento, le dolía el tobillo y su ropa y sus botas mostraban los efectos de caminar desde Kent hasta Londres, pero, gracias a Dios, había descubierto la verdad.

Los labios de Sidmouth, ya de por sí finos, se convirtieron en un línea incolora mientras miraba a Meg.

—¿Es eso cierto, mujer?

Meg se irguió. No estaba impresionada en lo más mínimo por su señoría, sino que le repasó de arriba abajo y respondió con desdén.

—Yo no sé nada.

—¿Cómo dice? —el secretario de Estado palideció ante la insolencia de su voz.

—¡Llegó y me raptó! —comenzó a gritar Meg, señalando a Sandman—. ¡Y no tiene derecho a hacerme eso! Me apartó de mis titas. Puede volver por donde vino. ¿Y a mí qué me importa quién la mató? ¿O quién se moría por ella?

—Meg —Sandman intentó suplicarle.

—¡Quíteme sus malditas manazas de encima!

—Dios mío —gimió el vizconde Sidmouth, y se volvió hacia la puerta—. Witherspoon —anunció—, estamos perdiendo el tiempo.

—¡Hay unas avispas tan grandes en Australia! —insinuó Sally—. Ruego a su señoría que me perdone.

Ni siquiera el vizconde de Sidmouth, con su insulsa y monótona mente de abogado, era ajeno a los encantos de Sally. En la oscura habitación, ella era como un rayo de sol, y la verdad es que le sonrió, a pesar de no entender lo que decía.

—¿Cómo dice? —le preguntó.

—Que hay unas avispas muy grandes en Australia —respondió Sally—, y allí es donde irá a parar esta moza, por no haber dado su testimonio en el juicio de Corday. Debería haberlo hecho, pero no quiso. Protege a su hombre, ¿sabe? Pero la vais a deportar, ¿verdad, milord? —Sally reforzó la pregunta retórica con una elegante reverencia.

El secretario de Estado frunció el ceño.

—¿Deportarla? Son los tribunales, señorita, no yo, los que deciden quién debe ser... —De repente, su voz se fue apagando, al ver con estupefacción a Meg temblando de miedo.

—Son enormes las avispas en Australia —añadió Sandman—, y muy conocidas.

—*Aculeata gigantus* —contribuyó erudita y admirablemente Witherspoon.

—¡No! —gritó Meg.

—Son bestiales —continuó Sally, absolutamente entusiasmada—, y tienen agujones como alfileres.

—¡Él no lo hizo! —exclamó Meg—. ¡Y yo no quiero ir a Australia!

Sidmouth la observaba tanto como el público debía contemplar a la mujer con cara de cerdo en el Lyceum.

—¿Está diciendo —preguntó con mucha frialdad— que Charles Corday no cometió el asesinato?

—¡El marqués no lo hizo! ¡No lo hizo!

—¿El marqués no lo hizo? —preguntó Sidmouth, completamente perplejo.

—El marqués de Skavadale, milord —explicó Sandman—, en cuya casa estaba acogida.

—Él llegó después del asesinato —Meg, aterrorizada por las imaginarias avispas, se desesperaba por contarle todo—. El marqués llegó cuando ya estaba muerta. A menudo iba de visita. ¡Y él aún estaba allí!

—¿Quién estaba aún allí? —preguntó Sidmouth.

—¡Estaba allí!

—¿Corday?

—¡No! —gritó Meg, frunciendo el ceño—. ¡Él! —hizo una pausa y acto seguido miró a Sandman y al secretario de Estado, cuya cara seguía mostrando desconcierto—. Su hijastro —reveló—, que se había estado trabajando la propiedad de su padre durante medio año.

Sidmouth hizo una mueca de desagrado.

—¿Su hijastro?

—Lord Christopher Carne, milord —le informó Sandman—, hijastro de la condesa y heredero del condado.

—Le vi con un cuchillo —gruñó Meg—, y el marqués también. Estaba llorando, llorando. ¡Lord Christopher! La odiaba, ¿sabe?, pero no podía quitarle sus esqueléticas zarpas de encima. ¡La mató él! ¡No fue aquel débil pintor!

Hubo un momento de silencio en el que a Sandman le vinieron un montón de preguntas a la cabeza, pero entonces lord Sidmouth ordenó a Witherspoon:

—Presente mis más sinceros respetos a la comisaría de Queen Square —quedaba muy cerca de allí—, y comuníqueles que les estaré muy agradecido si nos proporcionan cuatro agentes y seis caballos de silla inmediatamente. Pero primero deme una pluma, Witherspoon, una pluma, papel, cera y sello. —Se giró y miró el reloj de la repisa de la chimenea—. Y démonos prisa, hombre —su voz era desagradable, como si le molestase aquel trabajo extra, aunque Sandman no podía criticarle. Estaba haciendo lo correcto y lo estaba haciendo rápidamente—. Démonos prisa —volvió a arengar el secretario de Estado.

Y se apresuraron.

—¡El pie en la madera, muchacho! ¡No te entretengas! —espetó el carcelero a Charles Corday, que tragó saliva y puso el pie derecho en el tablón.

El carcelero colocó el sacabocados sobre el primer remache y lo martilleó. Corday gritaba ahogadamente con cada golpe y luego gimoteó cuando el grillete cayó al suelo. Lord Alexander vio que el tobillo del muchacho estaba lleno de llagas.

—El otro pie, muchacho —ordenó el carcelero.

Las dos campanas seguían sonando y ya no se detendrían hasta que los dos individuos fueran ejecutados. Los invitados del alcaide permanecían callados, mirando las caras de los presos como si hubiera alguna pista sobre los secretos de la eternidad en aquellos ojos que tan pronto verían el otro lado.

—Vale, chico, ¡ve hacia el verdugo! —le ordenó el carcelero.

Charles Corday profirió un pequeño grito de sorpresa al andar los primeros pasos sin los grilletes. Tropezó, pero consiguió sujetarse a una mesa.

—No lo sé —murmuró lord Christopher Carne y calló repentinamente.

—¿El qué, Kit? —preguntó lord Alexander con consideración.

Lord Christopher dio un respingo, sin darse cuenta de que había hablado, pero recobró la calma.

—¿Dices que hay dudas sobre su culpabilidad?

—Oh, por supuesto, así es —lord Alexander hizo una pausa para encender una pipa—. Sandman estaba convencido de la inocencia del muchacho, pero supongo que no puede probarse. Lástima.

—Pero si encontraran al verdadero a-asesino —planteó lord Christopher, con la mirada fija en Corday que estaba temblando ante el verdugo—, ¿podría ser acusado del crimen, si a Corday ya le hubieran declarado culpable y le hubieran ahorcado?

—¡Muy buena pregunta! —exclamó lord Alexander con entusiasmo—. Y debo confesar que no tengo respuesta para eso. Pero me imagino, supongo que estarás de acuerdo, que si el verdadero asesino fuera apresado, a Corday debería concedérsele un perdón póstumo, esperando que se le reconociera en el cielo, para que el pobre muchacho fuera recogido de los infiernos.

—Estate quieto, muchacho —le ordenó Botting—, bebe eso si quieres. Te ayudará —señaló una taza de brandy, pero Corday negó con la cabeza—. Tú eliges, chico, tú eliges —comentó, y cogió una de las cuatro cuerdas y le inmovilizó los codos, apretándolos fuertemente por detrás de la espalda. Corday se vio forzado a sacar pecho.

—No tan fuerte, Botting —protestó el alcaide.

—Antiguamente —refunfuñó Botting—, el verdugo tenía un ayudante para esto. Había un mozo de cuerda que hacía la inmovilización. Ése era su trabajo, no el mío.

Corday no le había dado propina y por eso le había inmovilizado de una manera tan fuerte, pero aflojó un poco la presión de la cuerda antes de proceder a atarle las muñecas por delante.

—Esto vale por los dos —Reginald Venables, el segundo preso, grande y

barbudo, tiró una moneda sobre la mesa—. Así que afloje las cuerdas de mi amigo.

Botting miró la moneda, se sorprendió por la generosidad y le soltó un poco las dos cuerdas, antes de colocarle una de las sogas alrededor del cuello. Corday se estremeció ante el roce del sisal y el reverendo Cotton se colocó a su lado y le puso la mano sobre el hombro.

—Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, joven —sermoneó—, y una ayuda muy presente en los malos tiempos. Dirígete al Señor y El será tu guía. ¿Te arrepientes de tus viles pecados, muchacho?

—¡Yo no hice nada! —gimió Corday.

—Tranquilo, hijo mío, tranquilo —le exhortó Cotton—, y reflexiona sobre tus pecados en decente silencio.

—¡Yo no hice nada! —gritó Corday.

—¡Charlie! No les des el gusto —le advirtió Venables—. Recuerda lo que te dije: ¡vete como un hombre! —Se bebió de un trago una taza de brandy y se giró para que Botting le inmovilizara los codos.

—Pero, seguramente —planteó lord Christopher a lord Alexander—, ¿el mismo hecho de que un hombre haya sido c-condenado y c-castigado no haría que las autoridades fuesen bastante reacias a reabrir el caso?

—Hay que servir a la justicia —respondió lord Alexander con vaguedad—, aunque supongo que tienes razón. A nadie le gusta admitir que se ha equivocado y mucho menos a un político; o sea que, sin duda, el verdadero asesino podrá sentirse mucho mejor, una vez que Corday esté muerto. Pobre muchacho, pobre muchacho. Será sacrificado por nuestra incompetencia judicial, ¿eh?

Botting colocó la segunda soga sobre los hombros de Venables y el reverendo Cotton se apartó de los presos y abrió su devocionario por las honras fúnebres.

—«Yo soy la resurrección y la vida —entonó—, y aquél que en mí crea, aunque estuviese muerto, aún vivirá.»

—¡Yo no hice nada! —vociferó Corday, y se volvió a izquierda y derecha como si viera alguna una vía de escape.

—Tranquilo, Charlie —le susurró Venables—, tranquilo.

El sheriff y su ayudante, ambos con largas togas, distintivos oficiales y bastones con punta de plata, y ambos evidentemente satisfechos de que los presos estuvieran correctamente preparados, fueron hacia el alcaide, quien formalmente se inclinó ante ellos, antes de presentarle al sheriff una hoja. El sheriff echó un vistazo al papel, hizo un gesto de aprobación con la cabeza y se lo metió en un bolsillo de su toga con adornos de piel. Hasta entonces los cuatro presos habían estado al cuidado del alcaide de Newgate, pero desde aquel momento pertenecían al sheriff de la ciudad de Londres, y él, a su vez, los entregaría al cuidado del demonio. El sheriff se apartó la toga, se sacó un reloj del bolsillito del chaleco y pulsó un botón para abrir la tapa.

—Queda un cuarto de hora para las ocho —comentó, y se volvió hacia Botting—. ¿Está usted listo?

—Totalmente listo, su señoría, y a su servicio —respondió Botting. Se puso el sombrero, recogió los dos sacos blancos y se los metió en un bolsillo.

El sheriff cerró su reloj, dejó caer su toga y se dirigió hacia Press Yard.

—Tenemos una cita a las ocho, caballeros —anunció—; así que, vámonos.

—¡Riñones picantes! —exclamó lord Alexander—. Dios santo, puedo olerlos. ¡Vamos, Kit!

Se unieron a la procesión.

Las campanas seguían sonando.

No estaba lejos. Un cuarto de milla hasta Whitehall, pasando por Strand, y tres cuartos de milla hasta Temple Bar; después sólo quedaba un tercio de milla bajando por Fleet Street, atravesando la acequia y subiendo por Ludgate Hill, antes de doblar a la izquierda para entrar en Old Bailey. En realidad, no era mucha distancia, sobre todo después de que la comisaría de Queen Square les proporcionara algunos caballos de las patrullas. Sandman y Berrigan iban montados; el sargento sobre una yegua que un agente le había asegurado que era tranquila, y Sandman sobre un castrado con leucoma que tenía más brío. Witherspoon les llevó el indulto y se lo entregó a Sandman. La cera del sello todavía estaba caliente.

—Vaya usted con Dios, Sandman —comentó.

—¡Te veré en La Gavilla, Sal! —gritó Berrigan y se tambaleó mientras su yegua seguía al caballo de Sandman, en dirección a Whitehall.

Tres agentes iban por delante, uno tocando un silbato y los otros dos con cachiporras para abrirse paso entre carros, carromatos y coches. Un barrendero que cruzaba la calle se apartó de un salto con una estridente palabrota. Sandman se metió el valioso documento en el bolsillo y se giró para ver que Berrigan se estaba complicando la vida con la yegua.

—¡Espolee, sargento, espolee! ¡No se agarre a las riendas, déjela correr! ¡Ella cuidará de usted!

Pasaron frente a las cuadras reales y se metieron en el pavimento de Strand. Cabalgaron por delante de la tienda de Kidman el boticario, estampando a dos peatones en su profundo portal, y junto a Carrington's, una cuchillería en la que Sandman se había comprado su primera espada. Recordó que se le había roto en el asalto de Badajoz. No había sido nada heroico, sólo frustración frente al fracaso del ejército a la hora de asaltar la fortaleza francesa; presa de la ira, había golpeado la espada contra un carro de munición abandonado y había partido la hoja por la empuñadura. Siguieron al galope por Sans Pareil, el teatro en el que la actriz Celia Collett había embelesado al conde de Avebury. Un viejo loco se había casado con una

joven extremadamente avariciosa; cuando su amor eterno había resultado no ser más que una lujuria inigualable, y después de que se hubieran peleado, ella se había trasladado a Londres, donde, para poder seguir viviendo rodeada del lujo que creía merecer, había vuelto a contratar a su antigua criada en el teatro, Margaret Hargood, para que fuera su alcahueta. De aquella manera, la condesa había atrapado a sus hombres y les había chantajeado; y habría prosperado, pero la mejor presa posible había caído en sus redes. Lord Christopher Carne, inocente e ingenuo, se había enamorado de su madrastra y ella le había seducido. Le había hecho sufrir y le amenazaba con decírselo a los fiduciarios de sus propiedades, a su padre y a todo el mundo, si no le pagaba más dinero de su generosa asignación, pero lord Christopher, sabiendo que cuando heredara todo el condado su madrastra le pediría más y más hasta dejarlo en la ruina, la había matado.

Sandman había pensado en todo aquello mientras el vizconde de Sidmouth escribía el indulto.

—Lo correcto —había comentado el secretario de Estado— es que el Consejo del Reino expida este documento.

—No tenemos tiempo, milord —señaló Sandman.

—Me doy cuenta de ello, capitán —respondió Sidmouth agriamente. La pluma de acero salpicaba minúsculas gotas de tinta mientras garabateaba su firma—. Presentará esto —le ordenó, espolvoreando arena sobre la tinta húmeda—, con mis respetos, al sheriff de Londres o a uno de sus ayudantes, uno de los cuales sin duda estará sobre el patíbulo. Podrían preguntarle por qué semejante orden no está firmada por el Consejo y remitida al registrador de Londres, y usted les explicará que no ha habido tiempo para seguir con el procedimiento adecuado. ¿Sería tan amable de pasarme esa vela y la barra de lacre?

Pero en esos momentos Sandman y Berrigan cabalgaban, con el sello del indulto todavía caliente, y Sandman pensó en lo culpable que se habría sentido lord Christopher, y que matar a su madrastra no le había aliviado, ya que el marqués de Skavadale le había descubierto casi en pleno asesinato, y aquél, cuya familia estaba casi arruinada, había visto sus problemas solucionados de golpe. Meg era la testigo que podía identificar a lord Christopher como el asesino; mientras ella viviera, y mientras estuviera bajo la protección del marqués, lord Christopher debería pagar por su silencio. Cuando éste se convirtiera en conde y obtuviera la fortuna de su abuelo, estaría forzado a pagar todo lo que habría heredado. Todo iría a parar a manos de Skavadale, mientras que Meg, el motivo por el cual aquella riqueza habría sido arrebatada de la propiedad de Avebury, había sido sobornada con gallinas.

Sidmouth había enviado mensajeros a los puertos del canal, y a Harwich y Bristol, advirtiéndoles a los oficiales que iniciaran la búsqueda de lord Christopher Carne.

—¿Y qué pasa con Skavadale? —le preguntó Sandman.

—No sabemos si ha cobrado algún dinero mediante amenazas —respondió Sidmouth remilgadamente—, y si la muchacha dice la verdad, no planeaban empezar sus expolios hasta que lord Christopher no hubiera heredado el condado. Podemos desaprobarnos sus intenciones, capitán, pero no podemos castigarles por un crimen que todavía debe cometerse.

—¡Skavadale ocultó la verdad! —exclamó Sandman indignado—. Hizo acudir a los agentes y les dijo que no reconocía al asesino. ¡Dejó que un hombre inocente fuera a la horca!

—¿Y cómo prueba eso? —le preguntó Sidmouth de manera cortante—. Conténtese con haber identificado al verdadero asesino.

—Y con haber ganado una recompensa de cuarenta libras —añadió Berrigan alegremente, ganándose una mirada reprobatoria de su señoría.

Mientras cabalgaban, con los cascos de sus caballos resonando en los muros de la iglesia de San Clemente, Sandman se vio reflejado una docena de veces en los cristales de la carnicería Clifton's, y pensó en lo buenas que estarían unas chuletas y un hígado de cerdo en aquel momento. Temple Bar estaba inmediatamente después, y el espacio bajo el arco estaba abarrotado de carros y peatones. Los agentes gritaban a las carretas que se movieran, se metían con los caballos en el atasco y ordenaban a los conductores que usaran la fusta. Un carromato cargado de flores obstaculizaba la mayor parte del pasadizo abovedado y uno de los policías comenzó a golpearle con la porra, esparciendo pétalos y hojas por los adoquines.

—¡Déjelo! —bramó Sandman—. ¡Déjelo! —había visto un hueco en la acera y se dirigió hacia allí con su caballo, atropellando a un hombre delgado con un sombrero alto.

Berrigan le siguió y atravesaron el arco. Sandman iba de pie en los estribos y su caballo corcoveaba en dirección a Fleet Ditch; saltaban chispas cuando los cascos golpeaban los adoquines.

Las iglesias empezaban a dar las ocho y Sandman tuvo la sensación de que toda la ciudad era una algarabía de campanas, ruido de cascos, alarma y muerte.

Lord Alexander, mientras atravesaba el altísimo arco de Debtor's Door, vio delante de él el oscuro y hueco interior del patíbulo y pensó que se parecía a la parte inferior de un escenario. Desde fuera, en la calle donde se congregaban los espectadores, el cadalso parecía sólido, permanente y sombrío con la tela negra, pero desde dentro, lord Alexander podía ver que no era más que una ilusión sostenida por vigas de madera. Era un escenario preparado para una tragedia que acababa en muerte. Unas escaleras de madera subían a su derecha, penetrando entre las sombras antes de girar repentinamente a la izquierda y emerger en un pabellón cubierto que quedaba en la

parte trasera del entarimado. El pabellón se asemejaba a los palcos del teatro, ya que ofrecía a los invitados importantes las mejores vistas del drama.

Lord Alexander fue el primero en subir las escaleras y su llegada fue objeto de una enorme ovación. A nadie le importaba quién era, pero su aparición presagiaba la llegada de los dos presos, y la gente estaba cansada de esperar. Lord Alexander, pestañeando ante la repentina claridad, se quitó el sombrero y dedicó una reverencia a la muchedumbre, la cual, apreciando el gesto, se echó a reír y aplaudió. El gentío no era exagerado, pero llenaba la calle unas doscientas yardas en dirección sur y casi obstaculizaba la esquina con Newgate Street, inmediatamente al norte. Todas las ventanas de La Urraca y el Tocón estaban atiborradas, e incluso había gente en el tejado de la taberna.

—Nos han pedido que ocupemos las sillas de detrás —señaló lord Christopher cuando lord Alexander se sentó en la primera fila.

—Nos han solicitado que dejemos dos asientos libres en la primera fila para el sheriff —le corrigió lord Alexander—, y ahí están. Siéntate, Kit, venga. ¡Qué día tan agradable! ¿Crees que se mantendrá el buen tiempo? Budd el sábado, ¿eh?

—¿Budd el sábado? —lord Christopher fue zarandeado mientras los demás invitados pasaron empujándole hacia las sillas de detrás.

—¡críquet, querido amigo! ¡Ya he convencido a Budd para jugar un partido de una sola portería contra Jack Lambert, y Lambert, como buen tipo que es, está de acuerdo en renunciar si Rider Sandman acepta su puesto! Me lo aseguró ayer, después de misa. Eso sí que será un partido de ensueño, ¿eh? Budd contra Sandman. ¿Irás, no?

Una segunda ovación ahogó la conversación en el patíbulo cuando aparecieron los oficiales con sus togas de adornos de piel. Lord Christopher parecía ajeno a su llegada, ya que se puso a mirar la viga de la cual los presos colgarían. Parecía decepcionado de que no estuviese manchada de sangre; entonces bajó la vista y se estremeció al advertir los dos ataúdes sin barnizar, que esperaban su carga.

—Era una mujer malvada —murmuró.

—Por supuesto que irás —aseguró lord Alexander y frunció el ceño—. ¿Qué decías, mi querido amigo?

—Mi madrastra. Era malvada —lord Christopher parecía temblar, aunque no hacía frío—. Ella y su criada, ¡eran como brujas!

—¿Estás justificando el asesinato?

—Era malvada —reiteró lord Christopher enérgicamente, desoyendo la pregunta de su amigo—. Me amenazaba con solicitar una demanda de la propiedad a los fideicomisarios, porque yo le había escrito algunas cartas. Mentía, Alexander, ¡mentía!

Hizo un gesto de dolor al recordar las extensas cartas en las que había vertido

toda su devoción por su madrastra. No había conocido mujer hasta que ella se lo llevó a su lecho y se había vuelto loco por ella. Le había rogado fugarse a París con él y ella había fomentado su locura, hasta que un día, burlándose de él, había cerrado la trampa de golpe. Le había insistido en que, o le daba dinero, o le convertiría en el hazmerreír de París, Londres o cualquier otra capital europea. Le había amenazado con hacer copiar las cartas y distribuirlas para que todo el mundo conociera su vergüenza, y por eso él le había pagado dinero, aunque ella exigía más y más; él sabía que el chantaje nunca acabaría. Por eso la mató.

No se había creído capaz de matar, pero en su dormitorio, rogándole por última vez que le devolviera las cartas, ella se había burlado de él, le había llamado enclenque, torpe y estúpido. Entonces se había sacado un cuchillo del cinturón. Apenas era un arma; poco más que un viejo estilete que utilizaba para cortar las páginas de los libros intonsos, pero, en un momento de ira, fue suficiente. La había apuñalado, había destrozado y acuchillado su detestable y preciosa piel; después se apresuró hasta el rellano y se encontró con la criada de la condesa y un hombre que le miraban desde el vestíbulo del piso de abajo. Retrocedió hasta el dormitorio y se quedó allí lloriqueando, presa del pánico. Esperaba escuchar pasos en las escaleras, pero no llegaba nadie; se obligó a calmarse y pensar. ¡Había estado en el rellano sólo unas décimas de segundo, sin tiempo para ser reconocido! Agarró un cuchillo de la mesa del pintor y lo clavó en el cuerpo ensangrentado; acto seguido, la cómoda de la muerta buscando sus cartas, que se llevó por las escaleras traseras y quemó en su casa. Y allí se había escondido, temiendo ser arrestado, y al día siguiente se enteró de que el pintor había sido detenido por la policía.

Lord Christopher había rezado por Corday. No era justo, por supuesto, que el pintor tuviera que morir, pero tampoco podía convencerse a sí mismo de que merecía la muerte por el asesinato de su madrastra. ¡Haría alguna buena obra con su herencia! Sería caritativo. Pagaría por el asesinato y por la inocencia de Corday más de mil veces. Sandman había amenazado su plan de arrepentimiento, y por eso lord Christopher consultó a su criado y, afirmando que Rider Sandman le guardaba rencor y planeaba demandar a los fiduciarios para inmovilizar la fortuna de los Avebury en el Tribunal de Justicia, había prometido mil guineas al hombre que lograra evitarle a la propiedad semejante amenaza. El criado contrató a otros hombres y lord Christopher le recompensó generosamente para que incluso acabaran con la vida de Sandman. Aunque a esas alturas parecía que no sería necesario pagar más, ya que Sandman, evidentemente, había fracasado. Corday moriría y nadie desearía admitir que se había enviado a un hombre inocente a bailar sobre el escenario de Botting.

—Pero seguro que tu madrastra no solicitó la demanda —lord Alexander había estado pensando en las palabras de su amigo—, a menos que el vínculo incluyera específicamente a la viuda de tu padre. ¿Verdad?

Lord Christopher parecía confuso, pero hizo un gran esfuerzo para concentrarse en lo que le acababa de decir su amigo.

—No —respondió—, toda la propiedad está vinculada al heredero. Sólo a m-mí.

—Entonces serás un hombre inmensamente rico, Kit —dedujo lord Alexander—, y yo te desearé mucha suerte con tu gran fortuna. —Se volvió, ya que una enorme ovación, la más escandalosa de la mañana, recibía la llegada del verdugo al patíbulo.

—«Guardaré silencio como si no pudiese hablar —la voz del reverendo Cotton era cada vez más alta, mientras subía por las escaleras detrás del primer preso— cuando lo impío esté ante mis ojos.»

Primero iba un carcelero, después Corday, que seguía caminando torpemente porque sus piernas aún no se habían acostumbrado a andar sin grilletes. Tropezó con el último escalón y se precipitó sobre lord Alexander, el cual le sujetó del codo.

—Levántate, que tienes un buen compañero —le comentó lord Alexander.

—¡Sombreros fuera! ¡Sombreros fuera!

La multitud gritaba a los que estaban en las primeras filas. El rugido de la muchedumbre era en gran escala mientras se abalanzaba hacia delante, aplastándose contra la baja barandilla de madera que rodeaba la plataforma. Los agentes que protegían el patíbulo levantaron sus porras y lanzas.

Lord Alexander se sentía abrumado por el ruido que resonaba en la fachada de granito de la prisión. Pensó que era Inglaterra en acción, el populacho recibiendo una muestra de sangre, y esperaba que no pidiera más. Un niño, sentado sobre los hombros de su padre, le estaba gritando obscenidades a Corday, el cual lloraba abiertamente. A la muchedumbre le gustaba que un hombre o una mujer fuera a la muerte con valentía, y con las lágrimas, Corday sólo se había ganado el desprecio. Lord Alexander tuvo el repentino impulso de dirigirse hacia el joven y consolarlo, para rezar con él, pero permaneció sentado porque el reverendo Cotton ya se había colocado junto al preso.

—«Oh, enseñanos a contar nuestros días —leyó el reverendo Cotton con voz cantarina—, para que podamos dirigir nuestros corazones hacia la sabiduría.»

Entonces la muchedumbre rugió con risas de burla porque Corday se había caído. Botting estaba a mitad de la escalera de mano, alzando la soga de los hombros del preso para fijarla en uno de los ganchos de la viga, cuando a Corday le flaquearon las piernas. El reverendo Cotton saltó hacia atrás; el carcelero se acercó a toda prisa, pero Corday no se tenía en pie. Estaba temblando y sollozando.

—¡Pégale un tiro al sodomita! —gritó un hombre entre la multitud.

—Necesito un ayudante —le gruñó Botting al sheriff—, y una silla.

Uno de los invitados se prestó voluntario para quedarse de pie y llevaron su silla a plena luz y la colocaron sobre la trampilla. La muchedumbre, al darse cuenta de que iba a ser una ejecución inusual, aplaudió al verlo. Botting y el carcelero levantaron a

Corday y lo colocaron en la silla; el verdugo deshizo hábilmente la cuerda que inmovilizaba sus codos y la volvió a atar para inmovilizar al preso en la silla. Ya podían ahorcarle. Botting trepó por la escala, fijó la soga, bajó y le apretó fuertemente el dogal a Corday.

—Pequeño bastardo llorica —le susurró, mientras tiraba de la cuerda con fuerza —, muere como un hombre. —Sacó uno de los sacos blancos de algodón de su bolsillo y le cubrió la cabeza.

Lord Alexander, en silencio, vio que el delgado algodón se movía con la respiración de Corday. La cabeza del muchacho se había inclinado hacia delante, por lo que, de no ser por la oscilación del saco sobre su boca, parecería que ya estaba muerto.

—«Muestra a Tus siervos Tu obra —leía el reverendo Cotton—, y a sus hijos Tu gloria.»

Venables apareció en el patíbulo y sólo recibió un mecánico recibimiento de una multitud que se había agotado a expensas de Corday. El gigante, sin embargo, dedicó una reverencia a los espectadores, se dirigió tranquilamente hasta la trampilla y esperó la soga y la capucha. La plataforma crujía bajo su peso.

—Hazlo rápido, Jemmy —vociferó—, y hazlo bien.

—Cuidaré de ti —prometió el verdugo—, cuidaré de ti. Extrajo el saco blanco de su bolsillo y se lo colocó en la cabeza.

—«El Señor otorga y el Señor desposee» —sermoneó el reverendo Cotton.

Lord Alexander, que se había sentido consternado por los últimos momentos, apenas se dio cuenta de que había un alboroto al final de la estrecha Old Bailey.

—«Bendito sea el nombre del Señor» —entonó el ordinario.

—¡Maldita sea! —Sandman se encontraba bloqueado por el tráfico en el cruce entre Farringdon Street y Ludgate Hill. A su derecha Fleet Ditch apestaba bajo el sol de la mañana. Un carro de carbón estaba girando por Fleet Street y se había quedado atascado en la esquina; una docena de hombres le iban dando indicaciones mientras un abogado en un coche de alquiler le gritaba al carbonero que azotara a los caballos del carro aunque no hubiera sitio para moverse, porque otro carro más grande, cargado con un montón de vigas de roble, había pasado rozando. Los agentes a caballo, tocando el silbato y con las porras en la mano, se metieron en el cruce detrás de Sandman, el cual apartó de una patada a un peatón, enderezó el caballo hacia la izquierda, insultó al abogado cuyo coche le bloqueaba el paso y notó que le agarraba la brida un ciudadano bienintencionado que pensaba que estaba huyendo de los agentes.

—¡Quíteme sus malditas manos de encima! —le gritó Sandman.

Entonces Berrigan apareció a su lado y golpeó al hombre en la cabeza,

destrozándole el sombrero; el caballo de Sandman se soltó y le espoleó para pasar rozando el carro con las enormes vigas de roble.

—¡No sirve de nada apresurarse! —gritó el carretero—; no si se dirige al ahorcamiento. ¡A estas horas los tipos ya deben de estar colgando!

Todas las campanas de la ciudad habían dado la hora; las que siempre tañían antes e incluso las rezagadas habían hecho sonar las ocho, pero la que doblaba por los muertos en el Santo Sepulcro todavía se oía, y Sandman confiaba en que Corday aún estuviese vivo mientras salía del enmarañado atasco y subía a toda velocidad hacia la catedral de Saint Paul, que estaba en lo alto de Ludgate Hill con sus escaleras, sus columnas y su cúpula.

A media pendiente dobló por Old Bailey, y en las primeras yardas, mientras pasaba frente a los tribunales de la Cámara de Sesiones, la calle estaba afortunadamente vacía, pero luego se ensanchaba ante el gran patio de la prisión de Newgate; de repente, la bulliciosa muchedumbre se extendía por toda la calle, bloqueándole el paso. Al alzar la vista, pudo ver la viga de la horca y debajo la negra plataforma del patíbulo; justo entonces condujo el caballo hacia la multitud. Estaba de pie en los estribos, gritando, como habían hecho los Royals, los Scott Greys y los Inniskilings mientras conducían sus enormes caballos hacia las tropas francesas que habían destruido en Waterloo.

—¡Abran paso! —vociferaba Sandman—, ¡abran paso!

Vio a los hombres en el patíbulo y se dio cuenta de que uno parecía estar sentado, lo cual era extraño; también vio a un cura, así como a un puñado de espectadores u oficiales en la parte trasera de la plataforma, y deseó llevar un arma para hacerles una señal, pero entonces llegaron los agentes y empujaron a la masa humana con sus largas porras.

Entonces pareció oírse un suspiro entre la multitud y Sandman no vio a nadie, salvo el cura, en el negro escenario del patíbulo, que se extendía hasta la mitad de la parte más ancha de la calle.

Lo cual significaba que la trampilla se había abierto.

La campana del Santo Sepulcro continuó doblando por los moribundos.

Venables insultó al ordinario y maldijo al alcaide, pero no le dijo nada a Jemmy Botting, porque sabía muy bien que el verdugo podía acelerar su fin.

—Deja de llorar —le ordenó a Corday.

—¡Yo no hice nada! —protestó Corday.

—¿Te crees que eres el primer inocente que va a morir aquí arriba? —le preguntó Venables—, ¿o el último? Es un patíbulo, Charlie, y no conoce la diferencia entre el culpable y el inocente. ¿Estás ahí, Jemmy? —Venables llevaba la capucha blanca en la cabeza y no podía ver que el verdugo se había colocado en una esquina de la

plataforma para tirar del tope de la trampilla—. ¿Estás ahí, Jemmy?

—Ya no queda mucho, chicos —respondió Botting—, tened paciencia —desapareció bajo la escalera de atrás.

—¡Es Rider! —lord Alexander se había levantado, lo cual irritó a los invitados sentados detrás de él—. ¡Es Rider!

La muchedumbre había notado que algo extraño estaba ocurriendo. Tuvieron el primer indicio cuando lord Alexander, alto y sorprendente, se levantó en el pabellón y señaló a los jinetes que intentaban abrirse paso entre la multitud.

—¡Dejadlos pasar! —gritaban algunas personas.

—¿Qué ocurre? —bramó Venables desde la trampilla—. ¿Qué ocurre?

—Sentaos, milord —le pidió el sheriff a lord Alexander, que no le hizo caso.

—¡Rider! —gritaba a través del gentío y su voz se ahogó en el alboroto.

Jemmy Botting soltaba sapos y culebras porque había tirado de la sogá y el madero, que estaba engrasado con sebo, había retemblado, pero no se había movido.

—¡Vete al infierno, maldita seas! —insultaba a la viga. Entonces agarró la sogá por segunda vez, le pegó un monstruoso tirón y el madero se movió tan rápidamente, que Botting salió disparado hacia atrás a toda velocidad. La trampilla cedió de un golpe y los dos cuerpos cayeron en el foso. Venables estaba danzando y se ahogaba, mientras que las piernas de Corday daban sacudidas contra la silla.

—¡Sheriff! ¡Sheriff! —Sandman estaba aproximándose al patíbulo—. ¡Sheriff!

—¿Es un indulto? —vociferó lord Alexander—. ¿Es un indulto?

—¡Sí!

—¡Kit! ¡Ayúdame! —lord Alexander cojeó con su pie deforme hasta donde colgaba Corday forcejeando, dando tirones y retorciéndose—. ¡Ayúdame a subirlo!

—¡Dejadlo! —gritó el sheriff, mientras lord Alexander alcanzaba la sogá.

—¡Dejadlo, milord! —le ordenó el reverendo Cotton—. ¡Esto no es lo correcto!

—¡Quítese de en medio, maldito imbécil! —gruñó lord Alexander mientras apartaba a Cotton de un empujón. Luego agarró la cuerda e intentó subir a Corday a la plataforma, pero no tenía suficiente fuerza para ello. El saco blanco de algodón sobre la boca de Corday temblaba.

Sandman empujó a la gente que se amontonaba delante y estampó el caballo contra la barrera. Hurgó en sus bolsillos, buscando el indulto, y por un momento pensó que lo había perdido, pero palpó el documento y lo mostró hacia la plataforma, pero el sheriff no acudió a recogerlo.

—¡Es un indulto! —bramó Sandman.

—¡Kit, ayúdame! —lord Alexander tiró débilmente de la sogá de Corday pero no pudo subir al moribundo ni cinco centímetros, y volvió a mirar a lord Christopher—. ¡Kit, ayúdame!

Lord Christopher, con los ojos abiertos como platos tras sus gruesas gafas, se

llevó las dos manos a la boca. No se movió.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —le gritó Jemmy Botting a lord Alexander desde debajo del patíbulo; entonces, para asegurarse de que no le estafaban una muerte, trepó por las vigas de soporte y tiró de las piernas de Corday—. ¡No lo subiréis! —vociferaba mirando hacia arriba—. ¡No lo subiréis! ¡Es mío! ¡Es mío!

—¡Cójalo! —le gritaba Sandman al sheriff, el cual seguía rechazando acercarse para aceptar el indulto, pero justo entonces un hombre vestido de negro se abrió paso hasta donde estaba Sandman.

—¡Démelo a mí! —exclamó el recién llegado.

No esperó a que Sandman obedeciera; le arrebató el papel, se alzó sobre la reja que protegía el patíbulo y, con un salto prodigioso, consiguió sujetarse en el filo de la plataforma. Por un momento, sus botas negras escarbaron la tela buscando un apoyo, pero consiguió agarrar el filo descubierto que había dejado la trampilla al abrirse, y con esfuerzo logró subir al patíbulo. Era el hermano de Sally, vestido todo de negro y con una cinta negra que ataba su pelo negro; los asiduos de la multitud le ovacionaron, porque le reconocieron y le admiraban. Era Jack Hood, Robin Hood, el hombre que todo magistrado y agente de Londres deseaba ver brincar sobre el escenario de Jem Botting. Jack Hood se burlaba de su ambición al exhibirse en cada ejecución de Newgate. Una vez sobre el patíbulo, le tendió el indulto al sheriff.

—¡Cójalo, maldita sea! —gruñó Hood.

El sheriff, asombrado por la confianza del hombre, cogió al fin el papel.

Hood dio una zancada hacia lord Alexander y agarró la soga, pero Jemmy Botting, temiendo que le arrebatasen a su víctima en el último momento, se había encaramado hasta el regazo de Corday y su peso se añadía al estrangulador nudo.

—¡Es mío! —bramó hacia lord Alexander y Hood; el resuello de la respiración de Corday se ahogó en el barullo de la mañana. Hood tiraba, pero no podía levantar el peso de Corday y Botting—. ¡Es mío! ¡Mío! —gritó.

—¡Tú! —le espetó Sandman a uno de los lanceros—. ¡Dame tu estoque! ¡Ahora!

El hombre, desconcertado, pero intimidado por la orden de Sandman, desenvainó nerviosamente la corta espada curva, que era más decorativa que útil. Sandman le arrebató el arma y de inmediato fue asaltado por otro de los guardias del patíbulo, que pensó que iba a atacar al sheriff.

—¡Vete a hacer gárgaras! —le gruñó al hombre y Berrigan le estampó el puño en la coronilla.

—¡Esperen! —gritó el sheriff—. Orden. ¡Orden! —La muchedumbre gritaba histérica, llenando la calle de un clamor insoportable—. ¡Guardia! ¡Guardia!

—¡Suelte el arma! —le ordenó el guardia a Sandman.

—¡Hood! —bramó Sandman mientras se aguantaba de pie sobre los estribos—. ¡Hood! —Unas manos tiraban de él para bajarlo de la silla, pero Sandman había

captado la atención del bandolero y le lanzó la espada—. ¡Córtele la cuerda, Hood! ¡Córtele la cuerda!

Hood atrapó el arma con destreza. Los agentes que habían escoltado a Sandman y a Berrigan desde Whitehall apartaron a los guardias. Lord Christopher Carne, con los ojos aún como platos y boquiabierto, miraba horrorizado a Rider Sandman, el cual reconoció a su señoría.

—Agente —le indicó al jinete más cercano—, aquél es el hombre que deben detener. Aquel hombre de allí —señaló con el dedo y lord Christopher se volvió como si fuera a escaparse, pero las escaleras del pabellón sólo conducían a la propia cárcel.

Jemmy Botting tenía sus brazos alrededor del cuello de Corday y le abrazaba como un amante mientras movía su peso arriba y abajo sobre el regazo del ahorcado.

—Mío —murmuraba—, mío. —Oyó cómo raspaba el gaznate del muchacho, pero Jack Hood estaba cortando la soga con la espada—. ¡No! —gritó—. ¡No!

Pero el dogal, aunque se suponía que era el mejor cáñamo de Bridport, se deshizo como un cordel de esparto; de repente, Corday y Botting, todavía abrazados, cayeron de golpe, y las patas de la silla se astillaron contra los adoquines mientras el extremo cortado de la soga daba un coletazo al aire de Londres.

—Debemos soltarle —declaró el sheriff, después de haber leído, por fin, el indulto.

La muchedumbre, veleidosa como siempre, se alegraba porque la víctima que había despreciado acababa de estafar al verdugo. Viviría, sería libre, podría pintar.

Sandman saltó de su caballo y le entregó las riendas a un agente. Los demás policías habían utilizado la escalera preparada para ser tocado por la mano del muerto y apresaron a lord Christopher Carne. Sandman vio que su señoría lloraba y no sintió ninguna lástima. Aunque podía oír los ruidos que emitía el estrangulado Venables y ver la soga del moribundo temblando sobre la plataforma cubierta de negro. Apartó la vista, intentado consolarse, sin lograrlo, de que, al menos, había robado un alma a la horca.

—Gracias, sargento.

—Entonces, ya se ha acabado —comentó Berrigan, desmontando.

—Ya se ha acabado —asintió Sandman.

—¡Rider! —gritó lord Alexander desde el patíbulo—. ¡Rider!

Sandman se giró.

Lord Alexander cojeó alrededor del agujero de la trampilla.

—¡Rider! ¿Jugarías un partido de una sola portería? ¿Este sábado?

Sandman le observó con momentáneo asombro y después miró a Hood.

—Gracias —bramó, pero sus palabras se perdieron en el griterío de la multitud. Sandman le saludó con una reverencia—. Gracias —repitió.

Hood le devolvió el gesto y después levantó un dedo.

—Sólo uno, capitán —gritó—, sólo uno, y ellos ahorcarán a un millar antes de que vuelva a arrebatarnos otro.

—¡Es contra Budd! —vociferó lord Alexander—. Rider, ¿me oyes? ¡Rider! ¿Adónde vas?

Sandman se había girado de nuevo y esta vez le pasó el brazo a Berrigan por los hombros.

—Si quiere desayunar en La Gavilla —le advirtió al sargento—, será mejor que se dé prisa, antes de que el gentío llene el bar. Y dele las gracias a Sally de mi parte, ¿de acuerdo? Habríamos fracasado sin su ayuda.

—Es cierto —respondió Berrigan—. ¿Y usted? ¿Adónde va?

Sandman se alejaba cojeando de la horca, sin que nadie entre la muchedumbre, que pedía que Corday, su nuevo héroe, subiera a la plataforma, prestara ninguna atención al capitán.

—¿Yo, Sam? —contestó Sandman—. Voy a hablar con una persona sobre un préstamo para que tú y yo podamos viajar a España y comprar algunos cigarros.

—¿Vas a solicitarle un préstamo con esas botas? —se sorprendió Berrigan.

Sandman bajó la vista y vio que las dos suelas se habían despegado.

—Voy a solicitarle un préstamo —aseguró— y también la mano de su hija; aunque no soy hombre de apuestas, me juego lo que valen unas botas nuevas a que me dirá que sí a las dos cosas. No tendrá un yerno rico, Sam, sólo me tendrá a mí.

—Qué afortunado será —comentó Berrigan.

—Qué afortunado serás tú —replicó Sandman— y Sally, también —sonrió y continuaron bajando por Old Bailey.

Tras ellos, Venables se asfixiaba lentamente, mientras, más arriba, Corday parpadeaba ante la luz de un nuevo día. Sandman miró hacia atrás desde Ludgate Hill y vio el patíbulo negro como el corazón del diablo. Luego dobló la esquina y se marchó.

Nota histórica

He intentado que los hechos del relato fuesen tan precisos como ha sido posible. En efecto, hubo un investigador ocasional contratado para investigar las circunstancias de casos castigados con la pena capital; fue seleccionado por el secretario de Estado, el cual, en 1817, era Henry Addington, primer vizconde de Sidmouth.

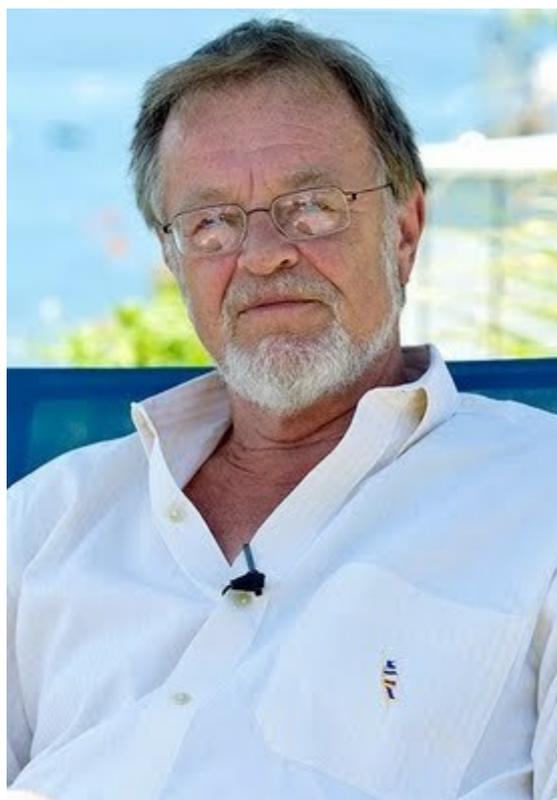
Aquél fue uno de los períodos más activos de la horca en Inglaterra y Gales (la ley escocesa era, y sigue siendo, diferente). Existía la creencia de que el castigo salvaje y extremo pondría freno al delito, y por ese motivo se forjó el «código sangriento»; hacia 1820 ya existían en el código civil más de 200 delitos castigados con la horca. La mayoría eran delitos contra la propiedad (robo, incendios o falsificación), pero el asesinato, el intento de asesinato y la violación también eran castigados con la muerte, al igual que la sodomía (entre 1805 y 1832 hubo 102 ejecuciones por violaciones en Inglaterra y Gales y 50 por sodomía). La mayoría de ejecuciones eran por robo (938 entre 1805 y 1832) y el asesinato era la segunda causa de pena capital (395 casos). En total, se llevaron a cabo 2.028 ejecuciones en Inglaterra y el Gales durante 1805 y 1832; las víctimas incluían a mujeres y, al menos, a un niño de tan sólo catorce años. Todo ello daba como resultado una media de 75 ejecuciones al año, de las cuales una quinta parte tuvo lugar en los exteriores de Newgate, mientras que el resto se llevó a cabo en diferentes condados con jurisdicción o en Horsemonger Lane, aunque durante algunos años la horca estuvo mucho más activa, y en el período entre 1816 y 1820 se realizaron más de 100 ejecuciones de media anuales. Sin embargo, y este punto es crucial, tan sólo alrededor de un diez por ciento de los condenados a muerte fueron finalmente ejecutados. La gran mayoría conseguía que les conmutaran la sentencia (ocurría prácticamente lo mismo con la deportación a Australia). De esa manera, entre 1816 y 1820, cuando se llevaron a cabo 518 ejecuciones en Inglaterra y Gales, en realidad se habían dictado 5.853 sentencias de muerte.

¿Cuál fue la causa de semejante discrepancia en las cifras? ¿La piedad? No es que fuese una época compasiva. Más bien, las cifras delatan un cínico ejercicio de control social. Los amigos y familiares del condenado a muerte invariablemente elevaban una petición a la Corona (lo cual significaba que llegaran al secretario de Estado) y hacían todo lo posible para asegurarse las firmas de prominentes miembros de la sociedad, como aristócratas, políticos o altos cargos eclesiásticos, a sabiendas de que al incluir tales nombres en su solicitud, sería más probable que les concediesen el indulto. Por tanto, se crearon vínculos de gratitud servil, lo cual nunca se hacía explícito, pero el proceso de condena, petición e indulto estaba tan bien aprendido y establecido que no puede haber otra explicación.

Muchos criminales no tenían esa suerte y sus peticiones eran rechazadas, o ni

siquiera las hacían, y sus muertes se convirtieron en espectáculos públicos. En Londres, las ejecuciones solían llevarse a cabo en la famosa horca de Tyburn, «el árbol triple», que se alzaba en lo que actualmente es Marble Arch, pero a finales del siglo XIX el patíbulo se trasladó a Old Bailey. He intentado, en el primer y último capítulo, describir el proceso de una ejecución de Newgate tan fielmente como puede hacerse después de un lapso de doscientos años, y he utilizado los nombres reales de muchos de los participantes; así, el alcaide de Newgate era William Brown (y realmente ofrecía riñones picantes a los invitados que acudían a presenciar los ahorcamientos), el ordinario era Horace Cotton y el verdugo James Botting, más conocido como Jemmy, el cual carecía de ayudante en 1817. Charles Corday, por supuesto, es ficticio, pero bien podría haber sobrevivido a su ejecución. Muchas personas sobrevivían, habitualmente porque los soltaban demasiado pronto, y aún pasarían algunos años hasta que la «gran caída» fuese utilizada, la cual mataba más o menos instantáneamente. Debo expresar mi enorme agradecimiento a Donald Rumbelow, autor de, entre otros buenos libros, *The Triple Tree*, por su gran ayuda al aclarar algunos de los detalles más confusos del proceso de Newgate durante el período de Regencia. También les estoy tremendamente agradecido a Elizabeth Cartmale-Freedman, quien me ayudó en la investigación, y a James Hardy Vaux, el cual, en 1812, durante su exilio involuntario en Australia, compiló su *Vocabulary of the Flash Language*.

La inspiración original de *El ladrón de la horca* proviene del libro de V. A. C. Gatrell, *The Hanging Tree* (Oxford, 1994), una obra que combina el análisis académico del proceso de la ejecución en Inglaterra y Gales entre 1770 y 1868 con una elegante y contenida ira en contra de la pena capital. La sola imagen de la cubierta de *The Hanging Tree*, un esbozo de Gericault sobre un ahorcamiento público en 1820, es una contundente acusación contra un castigo primitivo. Le doy las gracias al profesor Gatrell y garantizo que los posibles errores de *El ladrón de la horca* no se deben ni a él ni a cualquier otra fuente, sino que son totalmente fruto de mi propia creación.



BERNARD CORNWELL, (Londres, 23 de febrero de 1944) es un novelista y periodista inglés. Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre. Adoptado por los miembros de una estricta secta protestante, Cornwell cursó diversos estudios y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad. Tras esta experiencia, pasó a trabajar para la cadena inglesa de televisión BBC, donde comenzó como investigador para el programa *Nationwide*, y permaneció en ella durante los siguientes 10 años, llegando a ser Jefe de la sección de *Actualidades* de la cadena en Irlanda del Norte.

Fue trabajando en Belfast cuando conoció a Judy, una turista americana, de la que se enamoró y con la que se trasladó a Estados Unidos, donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso. Según Cornwell la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente (*Green Card*), solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad. Judy y él se casaron en 1980, y residen actualmente en los Estados Unidos, concretamente en *Cape Cod, Massachusetts*.

Como reconocimiento a su labor como escritor, en junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.

Notas

[1] Press Yard (literalmente, «patio de la prensa») era un recinto de la prisión de Newgate en el que los reclusos, previo pago de cierta cantidad al alcaide, gozaban de más libertad que en el resto de la prisión. (*N. del T.*) <<

[2] Baile folclórico inglés realizado por los hombres, en el que éstos llevan cascabeles en la ropa. (*N. del T.*) <<

[3] Las revueltas de Gordon (*Gordon Riots*) se llevaron a cabo durante la primera semana de junio de 1780, cuando una multitud de cincuenta mil personas, liderada por el radical protestante lord George Gordon, se manifestaba en contra de la *Catholic Relief Act*, una ley que otorgaba derechos al catolicismo. La agitación popular convirtió la manifestación en disturbios, y se saquearon casas, se quemaron iglesias católicas y edificios públicos, entre ellos las cárceles, de las que se liberaron a todos los presos. (*N. del T.*) <<

[4] Era un tipo de oporto barato y también una mezcla de ron y melaza muy popular entre los soldados británicos. (N. del T.) <<

[5] En críquet, las porterías (*wickets*) de cada equipo constan de tres estacas en forma de rastrillo (*slumps*) con dos pequeños trozos de madera (*bails*) encima, a los cuales se lanza la bola para derribarlos. También se llama *wicket* al espacio del terreno de juego entre esas dos estructuras. (*N. del T.*) <<

[6] Variedad del té verde con hojas enrolladas, lo que le da una apariencia granular.
(*N. del T.*) <<

[7] Madame Lucia Elizabeth Vestris (1797-1856), actriz, cantante y empresaria de teatro. (*N. del T.*) <<

[8] En el año 1754, Inglaterra aprobó el *Marriage Act*, que exigía a los menores de veintiún años que querían contraer matrimonio el consentimiento de sus padres. Los jóvenes que querían casarse se fugaban a la aldea escocesa de Gretna Green, porque en Escocia podían contraer matrimonio legalmente a los dieciséis años. En todo ese tiempo se tejieron los más diversos romances y escándalos, historias que excitaron la imaginación de novelistas como Walter Scott (1771-1832), quien hizo populares estos matrimonios, y Wilkie Collins (1824-1889), quien los describió en su novela *Man and Wife* (1870). (N. del T.) <<

[9] West Country hace referencia al sudoeste de Inglaterra, especialmente los condados de Cornualles, Devon y Somerset. (*N. del T.*) <<

[10] La piedra (*stone*) es una unidad de peso equivalente a 14 libras o 6,35 kilos. (*N. del T.*) <<

[11] *Campo*: superficie total inferior del escudo; *gules*: color rojo heráldico; se representa en pintura con rojo y en grabado con líneas verticales muy espesas. (*N. del T.*) <<

[12] La Biblioteca Bodleian recibe ese nombre en honor a sir Thomas Bodley (1545-1613), quien restableció y refundió el fondo bibliográfico de la Universidad de Oxford. (*N. del T.*) <<